

Selección RNR



*Una apuesta
arriesgada*

MARTA ANDRÉS



Romance Actual

UNA APUESTA ARRIESGADA

Marta Andrés



1.ª edición: mayo, 2014

© 2014 by Marta Andrés

© Ediciones B, S. A., 2014

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 5.779-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-790-5

Diseño de portada: Rosa Gámez Imagen portada: ©Thinkstock

Maquetación ebook: Caurina.com Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

PRÓLOGO

Madrid, septiembre de 2009

Sentada frente a su vieja máquina de escribir, Virginia se preguntaba qué era lo que había ido mal.

¿Por qué ese cabeza de chorlito tuvo que mencionar la palabra matrimonio? Y ella que pensaba que todo iba a las mil maravillas... Parecían entenderse tanto dentro como fuera de la cama, disfrutar de su mutua compañía y pasarlo en grande. ¡Eso era más de lo que cabía esperar de cualquier relación, generalmente aburridas y carentes de emoción!

Pero, por lo visto, a Marcos no le bastaba con eso. ¡Él quería más! Y ella nunca podría dárselo.

Se levantó de la silla, harta de esperar una inspiración que no llegaba. Era inútil seguir mirando aquella hoja en blanco. Estaba demasiado furiosa para concentrarse en otra cosa que no fuera su propia frustración. ¿Por qué le costaba tanto comprometerse?

¡Maldita sea! Marcos le gustaba. Era guapo, inteligente y divertido... Claro que no tanto como para casarse con él. Ni con él ni con nadie.

Eran tantas las parejas que había visto romperse a lo largo de su vida que no tenía fe en el amor. Sencillamente, no creía en él. A ella le gustaban las relaciones desenfadadas, divertidas y sin compromisos ni ataduras.

Su infancia había estado marcada por las continuas discusiones de sus padres, que no podían estar ni cinco minutos juntos sin gritarse, faltarse al respeto o lanzarse hirientes acusaciones. Aquel matrimonio había sido un auténtico fiasco. Mientras que su padre buscó consuelo en el trabajo, enfrascado en la difícil tarea de dirigir y gestionar la empresa familiar, su madre se había dedicado a conquistar a cualquier hombre que tuviese un buen talonario en el bolsillo y un traje de Armani como fondo de armario.

Aquello le había abierto los ojos, mostrándole el lado amargo del amor. Y Virginia no estaba dispuesta a pasar por ello. Tendría que dejar el romanticismo exclusivamente para sus novelas. ¡Sólo así estaría libre de sufrir un desengaño!

Se preguntó si algún día podría superar aquella opresión en el pecho que parecía invadirla cada vez que una relación tomaba un cariz más serio o exigía de ella un mayor compromiso. Estar atrapada le producía tal temor y angustia que se veía obligada a romper con todo, refugiándose en la paz de su pequeño

apartamento del Madrid de los Austrias. Allí, a solas con su conciencia, le asaltaba un poderoso sentimiento de culpa y aflicción por haber acabado cruelmente con las esperanzas de un hombre enamorado, que de repente descubriría que Virginia Delgado no era como las inocentes, apasionadas y románticas féminas de sus novelas, sino una vulgar imitación. Y aquello era el final de la historia.

Pese al amor que su hermano Daniel le profesaba, tachaba su comportamiento de frívolo e inmaduro. «¡Como mamá!», parecía querer decirle a gritos.

Y, aunque no podía reprochárselo, eso le dolía... ¡Para nada era igual que ella! ¡No podría soportarlo! Puede que llevara una vida desordenada y que las relaciones afectivas no fueran su fuerte pero, a diferencia de su madre, nunca hacía falsas promesas ni hería intencionadamente a los demás. Además, tenía una profesión: era escritora.

Se asomó al balcón, convencida de que aquellas hermosas vistas de la plaza de Oriente, la catedral de la Almudena y el Palacio Real mitigarían su malestar. Era un privilegio despertarse cada mañana en un apartamento de ensueño, en medio de aquel bullicio y rodeada de edificios históricos. Aunque lo que realmente convertía aquel pequeño loft, pero coqueto, en algo tan especial, era que estaba a cinco minutos andando del Teatro Real, donde acudía a disfrutar de la ópera en cartel siempre que podía; una de sus grandes aficiones.

Precisamente había ido con Marcos a ver *Madame Butterfly* hacía unos días. ¡Y ahora todo se había ido al garete por su absurdo empeño de casarse con ella!

Un sonido rítmico y agudo la sacó de aquellos pensamientos destructivos y repletos de remordimientos. ¡Su absoluta falta de inteligencia emocional era patética!

Agradecida por la interrupción, levantó el auricular.

—¿Dígame?

—Virginia, ha ocurrido algo terrible —la voz quebrada de su cuñada sonó al otro lado del hilo telefónico.

—¿Alicia? Cálmate. ¿Qué ha ocurrido?

—Es Daniel. Ha sufrido un accidente. Está muy grave.

—¡Noooooo!

—Tienes que venir enseguida al hospital.

—¿Dónde estás? —preguntó, tratando de mantener la calma.

—En el Ramón y Cajal.

Al llegar al hospital, todas sus esperanzas se desvanecieron al descubrir la flagrante verdad. Daniel se encontraba en la Unidad de Cuidados Intensivos. Su estado era crítico y se temía por su vida.

Virginia se abrazó a su cuñada, ajena a las miradas especulativas y pesarosas de la gente que las observaba. Sin poder reprimir por más tiempo lo inevitable, las lágrimas salieron a borbotones de aquellos ojos negros. El dolor que la invadía era indescriptible.

Miró a Alicia. Tenía los ojos hundidos y enrojecidos por el llanto. Se la veía agotada e, incluso, perdida. Probablemente debido al efecto de los tranquilizantes.

—¿Cómo ha sido? —preguntó, desconsolada.

—Esta mañana salió muy temprano. Tenía mucho trabajo pendiente. Al parecer le asaltaron cuando iba de camino a la empresa. Virginia... le han dado una paliza brutal. La policía dice que probablemente opuso resistencia y se cebaron con él.

—¡Oh, Dios!

A Virginia no le salía la voz. Sencillamente se había quedado muda ante aquella avalancha de información sin ningún sentido para ella.

—¿Por qué diablos tuvo que enfrentarse a ellos? ¡¿Por qué no les dio el dinero y punto?! —exclamó Alicia, impotente, sin poder contener la rabia por más tiempo.

Virginia se llevó las manos a la cara, intentando ocultar la pena y la ansiedad que la embargaban. Pero, era inútil. Nada podía aplacar la desazón de aquellos momentos de absoluta impotencia.

Estaba deshecha, pero no podía derrumbarse ahora que Alicia tanto la necesitaba. Era ella quien compartía la vida con Daniel; quien notaría más su ausencia; la que se acostaría sola cada noche, sin el calor de sus besos y sus caricias; la que había perdido no sólo un marido, sino un amigo, un amante, un compañero...

¿Por qué la vida tenía que ser tan ingrata? No era justo que el destino acabase de un plumazo con las ilusiones y el futuro de la única pareja estable y enamorada que ella conocía. Llevaban ocho años de relación y los tres últimos felizmente casados... ahora truncados por la fatalidad.

Sólo les quedaba rezar y esperar que se produjese un milagro. Al menos,

se recordó a sí misma, se tenían la una a la otra.

Su padre había fallecido hacía siete años de un ataque al corazón y su madre, tres años antes, víctima de la esclerosis que padecía y que acabó por destrozarse cada partícula de su cuerpo enfermo; un mal día, su corazón dejó de latir.

De repente, una voz desconocida anunció:

—¿Familiares de Daniel Delgado?

Precipitaron sus pasos hacia el joven ataviado con una bata verde. Aquella expresión circunspecta no presagiaba nada bueno.

—Soy el doctor Santamaría. Lo siento. El estado del paciente es crítico. Sufre un traumatismo craneoencefálico importante y no responde a los estímulos. Habrá que esperar a ver si el hematoma se reabsorbe y consigue salir del coma en el que ha entrado.

CAPÍTULO 1

Madrid, marzo de 2010

Hacía un día precioso para salir a pasear, pero Virginia no podía dejar de pensar en todo lo que se le venía encima. ¡Como si no tuviera ya suficientes problemas!

Se levantó del sofá y se asomó a la ventana. «Esto no puede estar pasando», pensó, en un vano intento por engañarse. Pero ya no le quedaban más excusas a las que agarrarse.

Miró de reojo a su cuñada, que la observaba sentada al otro extremo del salón, visiblemente preocupada. Tarde o temprano tendría que decírselo. Pero la cuestión era cómo hacerlo. ¿Cómo le dices a la mujer de tu hermano que la empresa que durante años ha pertenecido a la familia está a punto de pasar a las manos de un aprovechado oportunista de la competencia? Tenía el corazón en un puño.

Y ella era la única responsable. ¡En apenas seis meses había dejado que los sueños de su padre se fueran al carajo! Aquella carga pesaba como una gran losa de hormigón.

«Diablos, soy escritora, no empresaria. ¿Qué se suponía que debía haber hecho?»

No había un ápice de mentira en aquella afirmación pero, aún así, los remordimientos la estaban consumiendo.

—Bueno, ¿vas a contarme qué te ocurre? Llevas más de una hora distraída y evitando mirarme a los ojos —preguntó Alicia, expectante. Por más que miraba a su gran amiga de la infancia, le costaba reconocerla. Estaba mucho más delgada y demacrada. Pero era su rostro abatido lo que le confería un aspecto tan desolador.

La joven se giró hacia ella, vacilante.

—Se trata de Vidasa.

—¿Qué ha pasado? ¿Hay algún problema?

Virginia sintió que el estómago se le encogía. O lo soltaba de golpe o sencillamente explotaría. Se armó de valor y comenzó con la explicación que tantas veces había reproducido mentalmente en su cabeza.

—La empresa no va bien, Ali. Tenemos graves problemas económicos —dijo al fin—. La situación es crítica.

—¿Tan mal van las cosas? —preguntó, alarmada.

—Sí. Es muy probable que tengamos que vender.

—¿Vender?! ¡Pero si es la empresa familiar!

—¿Crees que no lo sé? —repuso con resignación—. Pero hemos recibido una buena oferta de Food Gourmet y Oliver insiste en que deberíamos aceptar ahora que Vidasas todavía es atractiva para el mercado.

—¿Y cómo hemos llegado a esta situación?

—Ojalá lo supiera... —murmuró Virginia con tristeza—. Supongo que debido a un cúmulo de desafortunadas circunstancias. El caso es que varios pedidos no llegaron a tiempo y, ya sabes cómo es este negocio... Se dice que, desde que Daniel no está al frente, todo ha cambiado. ¡A peor, claro!

Lo cual, bien mirado, era cierto. En todo aquel tiempo había descubierto que no tenía ni puñetera idea de cómo dirigir una empresa.

Si la noticia del grave estado de salud de su hermano fue como un mazazo, tener que hacerse cargo del negocio fue el detonante para disparar la angustia y la tensión que la atenazaban desde entonces.

Sabía que Alicia era incapaz de asumir ese papel, no tenía ni la formación ni las fuerzas suficientes para emprender aquella batalla. Sin embargo, se suponía que ella estaría más familiarizada con el negocio. Aunque, por desgracia, nunca le prestó demasiada atención.

Fue Daniel quien, al comenzar su carrera universitaria de Administración y Dirección de Empresas, se unió a su padre en la dura tarea de capitanear y administrar la empresa familiar y quien, a la muerte de éste, tomó el mando absoluto de la misma, posicionándola en lo más alto.

Aunque ella no compartía aquella pasión, su hermano no le permitió quedarse totalmente al margen, obligándola a mantener a su nombre un porcentaje de acciones, convencido de que la profesión de escritora era demasiado inestable económicamente como para vivir de ella eternamente. De este modo, siempre contaría con un dinero extra importante. Al final, ella aceptó de mala gana; detestaba discutir con él. ¡Ambos eran igual de testarudos!

Por aquel entonces, Vidasas ya era un verdadero imperio: la número uno en la elaboración de comida preparada. Su nombre comercial, Ñam-Ñam, impreso en letras azules y amarillas en todos sus envases, era reclamo de los mejores guisos y las recetas más originales que podían encontrarse en el mercado; estaban en todas partes, incluso en pequeños supermercados y gasolineras.

Sonrió al recordar cómo surgió la idea del nombre comercial. Cada vez que su padre regresaba a casa con un nuevo plato, se lo daba a probar a ellos que, deseosos de compartir su entusiasmo, siempre terminaban por decirle: «Ñam, ñam... ¡Está riquísimo!»

Vidasa era una máquina de hacer dinero y ella, en apenas unos meses, lo había echado todo a perder.

—¿No podríamos pedir un crédito? —quiso saber Alicia.

—Ya hemos sopesado esa posibilidad, pero la situación se agravaría aún más. Estamos endeudados hasta las cejas. Apenas cubrimos costes. Tres de nuestros mejores clientes se han ido a la competencia...

—¿Por qué no me habías dicho nada hasta ahora? Podría haberte... —«ayudado», pensó. «Imposible, no sabría ni cómo empezar»—. Apoyado —dijo finalmente.

—Porque no quería preocuparte. Bastante tienes con atender a Daniel.

—Virginia, no olvides que también es tu hermano. Esto está siendo igual de duro para las dos. Y encima esta maldita empresa acabará por destrozarte los nervios. ¿Te has visto? Tienes un aspecto horrible.

—No duermo demasiado.

Alicia había estado tan sumida en su propia desgracia personal que había olvidado que Virginia también estaba sufriendo. ¡Tendría que haberle prestado más atención! ¡Estaba claro que verse obligada a tomar las riendas de Vidasa había contribuido a agravar aquel dolor! Bastaba con mirarla a los ojos para adivinar la frustración y el sentimiento de culpa que se habían apoderado de ella. Su tesón y afán de superación eran legendarios y tener que vender suponía una derrota. Al menos, para ella.

Virginia, consciente de que su cuñada había advertido su malestar, trató de reponerse. Pero era inútil. Las lágrimas amenazaban con asomar a sus ojos.

Desde que ocurrió la tragedia había soportado demasiado peso sobre sus hombros. Lo había sacrificado todo, renunciando a sus sueños y dejando de lado su profesión y su vida, sólo para poder ocuparse de la empresa y de Alicia, que estaba emocionalmente hundida. La acompañaba al hospital siempre que su apretada agenda se lo permitía y, cuando no le era posible, pasaba por su casa para asegurarse de que estaba razonablemente bien.

Pero ya no podía con tantas responsabilidades. El futuro de ambas corría el mismo camino incierto y juntas debían tomar una decisión.

—Ingenuamente confié en poder controlar el negocio hasta la vuelta de

Daniel —continuó justificándose. Hablaba de él como si hubiera emprendido un viaje de negocios del que fuera a regresar en cualquier momento—. Es obvio que me equivoqué —se lamentó, conteniendo el llanto.

—¿De verdad crees necesario vender? —desdramatizó Alicia, intentando animarla al ver su rostro desencajado.

—Nos guste o no, debemos enfrentarnos a la realidad. Ali, seamos prácticas. Si vendemos ahora, todavía podríamos sacar una buena cantidad y, créeme, la vas a necesitar.

El dinero era importante. Solo con el respaldo de una cuenta millonaria, Alicia podría seguir manteniendo el mismo ritmo de vida que había llevado hasta ahora, sin tener que ponerse a trabajar ni reparar en los elevados gastos médicos que, mientras Daniel siguiera en coma, iba a tener que afrontar.

—La recuperación de Daniel puede ser larga, dura y costosa. Te vendrá muy bien el dinero. Sinceramente, no creo que podamos sacar adelante el negocio —concluyó Virginia con resignación.

—Sabes que confío plenamente en ti. Si crees que lo mejor es vender, adelante, hazlo. Te apoyaré hasta el final —dijo Alicia, apretándole la mano con fuerza, como muestra de su cariño.

—Bien, hablaré con Oliver para que estudie con más detalle la oferta de Food Gourmet. Si mantienen el precio de diecinueve millones de euros, aceptaremos. Creo que es muy razonable dada la situación tan caótica en la que nos encontramos.

Pero de una cosa estaba segura: si Daniel se recuperaba algún día, ella no viviría para contarlo. La decepción y la ira de su hermano al conocer la repentina venta de la empresa serían de tal calibre que, irremediablemente, se lanzaría sobre ella para estrangularla con sus propias manos.

«Perdóname, Daniel, solo Dios sabe lo difícil que es tomar esta decisión, pero por encima de todo está vuestra salud y bienestar. No pienso dejar a Alicia en la estacada, arruinada y deshecha. Ella necesita todo el dinero que pueda reunir.»

La decisión estaba tomada. Venderían.

Aquella mañana primaveral Virginia se levantó muy temprano. Apenas había dormido en toda la noche.

Sentía como si una mano invisible le oprimiera la boca del estómago hasta el punto de impedirle casi respirar. No era apetito; fue incapaz de desayunar otra cosa que un café con leche. Después de darse una ducha bien caliente,

echó un vistazo al interior de su armario y pensó en qué ponerse para la ocasión. Eligió un traje negro de chaqueta y pantalón que combinó con una camiseta blanca. No podría haber elegido mejor, la cita que tenía esa mañana se asemejaba bastante a un funeral.

Se miró al espejo y observó que su rostro era el vivo reflejo de su desesperada situación. Parecía cansada y tensa; había que estar ciega para no reconocerlo. Los ojos enrojecidos por el llanto y las enormes ojeras no ayudaban en absoluto a mejorar aquella patética imagen.

«¡Ni hablar, no pienso darles el gusto de verme así: demacrada y hundida!»

Se puso crema hidratante revitalizante y, a continuación, eligió una base de maquillaje que le diese cierta luminosidad al rostro, un corrector de ojeras, rimel negro para alargar las pestañas y, por último, se aplicó un poco de brillo en los labios. Volvió a mirarse en el espejo. El cambio era notable. Cogió el bolso y decidió que ya estaba lista para partir.

Era hora punta en Madrid y prefirió tomar un taxi en lugar de utilizar su propio coche. Estaba demasiado nerviosa para conducir.

—¿A dónde, señorita?

—A la Torre de Cristal, por favor.

Una vez allí, miró hacia arriba. Daba vértigo incluso desde la base. Era uno de los rascacielos más altos de Madrid del nuevo parque empresarial Cuatro Torres Business Área, junto al paseo de la Castellana.

Consultó el reloj y advirtió que eran casi las nueve. Tomó el ascensor, que la llevó a la planta veintitrés donde la recepcionista, reconociéndola de inmediato, se dirigió a ella educadamente.

—Buenos días, señorita Delgado, la esperan en la sala de reuniones. La acompaño.

—No será necesario, gracias. Conozco el camino.

Se dirigió lentamente hacia el final del pasillo. Sentía las piernas muy pesadas. Era como si fuese un preso en el Corredor de la Muerte que, con cada paso que daba, se acercara más a un destino anunciado. Le costaba respirar. Se detuvo y trató de recordar lo aprendido en los cursos de relajación a los que había asistido el verano anterior. Cogió aire y lo soltó lentamente. «Inspirar, espirar, inspirar, espirar...» Repitió la maniobra varias veces, hasta que alivió levemente la presión que sentía en el pecho.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó un hombre de aspecto

desaliñado, pero elegantemente vestido.

—Perfectamente, gracias —respondió Virginia en un ataque de orgullo. «Maldita sea, quizá debería haber comido algo». Estaba mareada. «En fin — se dijo—, acabemos con esto de una vez».

En esta ocasión no le flaquearon las piernas y se dirigió con paso firme a la sala. Llamó a la puerta y entró. Le extrañó que Oliver, su abogado, no estuviera ya allí.

—Buenos días, señor Márquez —y le estrechó la mano.

Luis Márquez era de estatura mediana y debía rondar los cincuenta años. A Virginia le resultó antipático en cuanto le conoció, hacía ya dos meses. Claro que, teniendo en cuenta que era el aprovechado oportunista que le iba a arrebatar su empresa, la aversión que sentía hacia él era, del todo, justificada.

Márquez era considerado en el mundo empresarial un próspero hombre de negocios y, viendo la oportunidad que se le presentaba, no dudó en hacerles una magnífica oferta en cuanto supo que tenían problemas.

Virginia se preguntaba quién habría filtrado la información acerca de la grave situación financiera por la que atravesaba Vidasa. Oliver y ella habían sido extremadamente cautelosos al respecto. Si llegaba a oídos de los empleados podría cundir el pánico y lo último que deseaban era tener que lidiar, también, con los sindicatos.

Cuando tres semanas atrás se citaron con Márquez, éste les hizo una oferta que no pudieron rechazar. Además de ofrecerles una cantidad importante de dinero, les garantizó que no habría despidos, requisito innegociable para acceder a un posible trato.

—Encantado de volver a verla, señorita Delgado —dijo Márquez—. Tome asiento, por favor. Ya conoce a mi abogado, el señor Ramírez. —Ella hizo una leve inclinación de cabeza a modo de saludo—. A mi derecha, don Fernando Villacañas, que será el notario de la operación.

—Buenos días —saludó Virginia. Apenas conseguía articular las palabras.

¡Jamás se imaginó que finalmente accedería a vender y que sería precisamente ella la que estamparía su firma en aquella operación! Pero, a la muerte de su padre, Daniel insistió en que debían firmar plenos poderes solidarios por si algo inesperado le sucedía al otro. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! Ahora no estaría en esta encrucijada. Aunque, para qué engañarse, quizá Vidasa no estuviera a punto de pasar a otras manos, pero se encontraría al borde de la quiebra más absoluta. Los remordimientos la estarían

consumiendo igualmente.

Sentada en la sala, observó al comprador. Era de complexión fuerte, facciones bien marcadas y mirada dura. De joven debió de ser un hombre apuesto pero hoy, sus arrugas y bolsas bajo los ojos eran signos indiscutibles de una vida intensa. Su voz era grave y decidida y su presencia imponía respeto. Pensó cómo sería tenerlo de enemigo. Probablemente, se imaginó, sería cruel y despiadado.

Dejó de especular y miró el reloj. Pasaban quince minutos de las nueve. ¿Dónde diablos estaba Oliver? Esperaba encontrarle ya allí cuando llegó, solía ser escrupulosamente puntual.

Oliver, además de un buen amigo, era el abogado de la familia. Se encargaba tanto de los asuntos personales como de los relacionados con la empresa. A pesar de ser unos años mayor que Daniel, siempre habían pertenecido a la misma pandilla y, cuando él comenzó a trabajar en Vidasa, también lo hizo el abogado. Parecía tener cualidades indiscutibles para el derecho y un buen olfato empresarial. Daniel y él hacían un buen equipo y se complementaban estupendamente. Además de gozar de una magnífica relación, en lo relativo al trabajo eran considerados dos sabuesos.

Virginia no lograba dominar los nervios. «Nueve y veinte.»

Tratando de no perder la calma, guardó la compostura y simuló leer los documentos que tenía frente a ella. Oliver seguía sin llegar.

«Maldita sea, ¿dónde te has metido?», se preguntó malhumorada. Estiró la mano hacia el bolso, con el fin de coger el teléfono móvil y llamarle, pero en ese preciso momento, una mujer menuda precedida por unas enormes y modernas gafas, asomó la cabeza por la puerta.

—Discúlpenme. Señorita Delgado, su abogado le espera en la salita contigua. Dice que su prometido está al llegar y que les gustaría hablar con usted en privado un momento.

«¿Mi prometido?», pensó Virginia. Definitivamente Oliver había perdido el juicio. No estaba segura de qué tramaba, pero sospechaba que no tardaría mucho en descubrirlo.

—Si me disculpan, veré de qué se trata. Volveré en unos minutos —se excusó, mirando a Márquez, visiblemente nervioso. Las gotas de sudor le caían por la frente y, con las manos entrelazadas, hacía girar los gruesos pulgares uno alrededor del otro. Estaba claro que este asunto estaba poniendo a prueba la serenidad de todos ellos.

—Claro, adelante, tómesese su tiempo, no pensábamos ir a ninguna parte — dijo, en un intento de relajar el pesado ambiente y riendo de una forma que a ella le resultó forzada.

Oliver la esperaba en la sala contigua. Su expresión denotaba ansiedad y su respiración era agitada.

—¡Pero qué tontería es esa de mi prometido! —le abordó sin darle la más mínima opción de explicarse—. ¿Sabes qué hora es? Vender Vidasa ha sido la decisión más difícil de mi vida y tú lo estás haciendo todavía más agónico. ¡Acabemos con esto de una vez! —y se dirigió hacia la puerta.

—Espera Virginia, por favor —dijo Oliver interrumpiéndole el paso—. Creo que quizá exista una solución y no tengamos que vender.

Virginia se sintió morir. La decisión estaba tomada, le había costado horrores llegar a esa conclusión. Si tenía que volver a pasar por el calvario de escoger entre la empresa y el bienestar de Alicia, enloquecería.

—Creía que habíamos sopesado todas las alternativas posibles — respondió desconcertada y sin entender una sola palabra—. Santo Cielo, Oliver, en esa sala hay tres hombres esperando para firmar el contrato de compraventa de Vidasa. Creí que estábamos juntos en esto.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y un hombre alto, de piel morena, cabello oscuro y ojos negros como el azabache, irrumpió en la sala. Iba impecablemente vestido con un traje italiano de corte moderno en tonos grises, pero desgraciadamente su elegancia estaba reñida con la educación y Virginia lo sabía con absoluta certeza.

Desafiante y arrogante, la miraba directamente a los ojos.

Virginia rememoró el día en que le conoció. Se encontraba charlando con Daniel en su despacho cuando ese mismo hombre irrumpió enérgicamente, del mismo modo que ahora e, ignorando su presencia, dijo: «Si nos disculpa, necesito hablar urgentemente con Daniel. A solas». Su voz era grave y autoritaria.

Se encontraba sentada de espaldas a la puerta y, con la intención de ver al individuo que les había interrumpido de forma tan brusca y descortés, hizo girar su silla. Y allí estaba él. Atractivo y elegante. Masculino y viril.

«Qué sorpresa, Lucas. —Daniel pareció alegrarse de la inesperada visita y le abrazó palmeando a la vez su espalda—. Te presento a mi hermana, Virginia».

Lucas parecía no poder apartar los ojos de ella. Se acercó lentamente,

como si estuviera cautivado por algo que no podía entender qué era. Ella le devolvió la mirada con expresión dura y desafiante. Se sentía desnuda, como si él pudiera ver cada una de sus exuberantes curvas bajo el vaquero y el grueso jersey rojo de cuello vuelto que vestía. Aquella mirada, intensa y penetrante, la incomodó hasta límites insospechados.

«Encantado», dijo entonces Lucas, saludándola con dos besos, que a ella le parecieron lentos y excesivamente íntimos.

Si su primera intención fue recriminarle sus malos modales, sencillamente no pudo abrir la boca. Tratando de disimular la impresión que Lucas le había causado y molesta por el descaro con que continuaba mirándola, se dirigió hacia la puerta con el fin de que él no percibiese el rubor de sus mejillas.

«Me marchó, Daniel. Ha sido un placer volver a verte, hermanito», y sin despedirse de Lucas, dio un portazo y desapareció.

No volvió a verle hasta el día de la boda de Daniel y Alicia, cuando a la salida de la iglesia todos se dirigían hacia sus vehículos para ir al lugar donde se celebraría el banquete. Lucas también estaba allí, un poco alejado, pero su aspecto era inconfundible y, al igual que le sucedió la primera vez, sintió una especie de atracción hacia él, de curiosidad enfermiza, y su cuerpo se estremeció.

Si en el primer encuentro le pareció atractivo, ese día estaba imponente, aun cuando la situación en la que se encontraba parecía embarazosa e impropia de un caballero. Arrastraba del brazo a una mujer, mientras ésta, tratando de zafarse de él, le gritaba todo tipo de improperios. Después de aquello desapareció durante el resto de la celebración.

Y hoy, de nuevo, lo veía por tercera vez.

Volviendo a la realidad, observó cómo Lucas permanecía de pie, frente a ella, examinándola fijamente. Definitivamente era el hombre más atractivo que había visto en su vida.

—¿Acostumbra usted a entrar siempre sin llamar? —Disimuló la emoción de volver a verlo y le lanzó una mirada hostil. La respuesta de Lucas la pilló desprevenida.

—Siempre y cuando haya sido invitado, sí —le inquirió Lucas, sin apenas inmutarse—. Y ya que veo que me recuerdas, nos ahorraremos las presentaciones. —Parecía divertido.

Ignorando su último comentario, Virginia volvió al ataque.

—Lo que no recuerdo es haberle invitado, señor... —dejó la frase

inconclusa, esperando que fuera él quien la cumplimentara. Conocía perfectamente su nombre, pero no iba a darle ese gusto.

—Saldarriaga, Lucas Saldarriaga —intervino Oliver—. Le he invitado yo. —Si las miradas matasen, el abogado habría caído fulminado en el acto—. Virginia, deberías escucharle. Él es nuestra solución, la única opción de conservar Vidasa. Y las condiciones son aceptables.

Virginia apostaría que Oliver evitaba mirarle a los ojos. Le conocía demasiado bien y, por su actitud evasiva, presentía que este trato arrastraba algo turbio.

—De acuerdo, señor Saldarriaga, tiene un minuto. Sea breve —dijo de forma rotunda y descortés, ansiando saber qué tenía que ofrecerle ese hombre tan enigmático.

—Para empezar, siento mucho lo que le ha ocurrido a Daniel. Espero que se recupere pronto. —Su dolor parecía sincero.

—Gracias, eso esperamos todos —respondió, algo más relajada.

—En fin, iré al grano, no tenemos mucho tiempo. No sé si sabrás que, actualmente, soy un cargo público del Ministerio de Industria, pero que hasta hace tres años dirigía la cadena de Supermercados Taste me. Ambos puestos me han permitido conocer en profundidad el negocio de la alimentación.

—¿Y...? —susurró débilmente, apremiándole.

—Deseo ayudar a Daniel. Es un buen amigo. —Se detuvo—. Estos años en los que he dedicado mi vida a la política me han dado la oportunidad de descubrir que no pertenezco a ese mundo. Sencillamente no encajo en él. Demasiada hipocresía y favoritismos. Estoy pensando en volver a ejercer de empresario.

—Ahhh.

Su conversación monosilábica exasperaba a Lucas, que guardó la calma y prosiguió con su exposición.

—Sé de buena tinta que si Vidasa pasa a manos de Márquez, la calidad del producto caerá en picado. No sería justo que el esfuerzo de tantos años quedase en nada.

—Una vez venda, lo que pase con Vidasa dejará de ser asunto mío —mintió.

Le horrorizaba pensar que todo aquello por lo que tanto había luchado su familia se fuera al garete en dos días. ¡Por supuesto que le preocupaba el futuro de la empresa y de sus trabajadores!

—No hablas en serio —le contradijo Lucas, provocándola intencionadamente—. Créeme si te digo que Márquez es un tipo que no se caracteriza precisamente por su integridad. Es más, podría asegurar sin temor a equivocarme, que es ruin y despreciable. Como ves, no somos precisamente buenos colegas.

—Ya. Y ahora que me ha puesto en antecedentes, ¿qué pretende? No sé dónde quiere ir a parar. —Virginia frunció el ceño. Sin motivo aparente, Lucas conseguía ponerla nerviosa—. ¿Oliver, qué significa esto?

—Tiene una oferta —aclaró el letrado.

—¿Una oferta?! ¿No te parece que llega demasiado tarde? —Observó al intruso con atención, tratando de adivinar sus intenciones—. Por el amor de Dios, ¿estamos a punto de firmar! ¿Qué es lo que quiere, Saldarriaga? ¿No pretenderá que le venda la empresa a usted?

—Llámame Lucas, por favor. Me encantaría poder comprar Vidasa, pero mi amistad con Daniel me impide aprovecharme de las circunstancias.

—Entonces, ¿de qué solución estamos hablando? —saltó impaciente.

—Mi oferta es sencilla y creo que todos saldremos beneficiados. Se trata de que yo me convierta en socio capitalista adquiriendo un veinte por ciento del paquete de acciones de Daniel. De este modo él continuaría siendo el accionista mayoritario, al tiempo que mi entrada de capital permitiría hacer frente a los pagos pendientes. Estoy convencido de que con trabajo y tesón, sacaremos adelante el negocio de nuevo.

—Señor Saldarriaga. —Él le hizo un gesto recriminatorio y ella captó el mensaje—. Perdón... Lucas, es de agradecer que trate de ayudar, pero si bien es cierto que económicamente no atravesamos nuestro mejor momento, el dinero es sólo una pequeña parte del problema. Por alguna extraña razón, la cadena de fabricación y distribución no funciona como debería, no cumplimos plazos, hay errores en la entrega de pedidos o, lo que es aún peor, ni siquiera entregamos en algunas ocasiones... Las cosas no marchan como antes.

—Lo sé, por eso estoy aquí.

Ignorándole, continuó:

—Hemos dejado de gozar de la confianza de muchos de nuestros clientes, que han optado por marcharse a la competencia. Me temo que su aporte de capital tan sólo alargaría la agonía durante otros seis meses y, posiblemente para entonces, la situación sea tan caótica que no me darán ni un céntimo por Vidasa. —Dirigiéndose al abogado, Virginia prosiguió con cierto pesar en su

voz—. Oliver, sinceramente, no veo que esto sea una solución factible.

—Déjale continuar, Virginia, todavía hay más. Créeme, funcionará —le suplicó con una convicción plausible.

—Conozco perfectamente la actual situación financiera de la empresa —era evidente que Oliver le había informado de todos los pormenores—, y tengo la absoluta certeza de que puedo sacarla adelante y posicionarla de nuevo en lo más alto. —Su arrogancia no tenía límites—. Eso sí, seré únicamente yo el que tomará el mando total de la empresa. Hasta que Daniel se recupere, por supuesto.

Con una expresión de extrema dureza, añadió:

—Virginia, espero que este último requisito esté lo suficientemente claro. —Ella le lanzó una mirada feroz—. Ése es el trato. Yo seré el único responsable de todo cuanto tenga que ver con Vidasa.

—Pero...

—No dejaré que nadie, ni siquiera tú, interfiera en las decisiones que tome respecto al negocio. Yo asumiré la dirección total y absoluta. Y este punto no es negociable —apuntó Lucas con determinación y sin pestañear.

Virginia detestaba su tono autoritario. Ahora mismo era un torbellino de dudas a punto de estallar. No deseaba vender, pero ¿y si accedía a este inesperado plan y Vidasa se hundía definitivamente sin poder sacar nada a cambio?

Oliver, consciente del total desconcierto de Virginia, se acercó a ella y le cogió las manos entre las suyas.

—Lucas es un gran empresario. Domina este negocio y te aseguro que no tardará ni una semana en ponerse al día. Ha estado estudiando las cuentas conmigo y está convencido de poder sacar la empresa adelante.

—No sé... —respondió dubitativa.

—Por favor, déjale intentarlo. Dale seis meses y, si no funciona, entonces podrás vender, pero con la seguridad absoluta de haber agotado todas las posibles soluciones.

—Pero, Oliver...

—¡Daniel haría lo imposible antes de vender su empresa!

Aquel comentario era un golpe bajo. Virginia estaba completamente bloqueada. No podía pensar con claridad y además le aturdía el hecho de que en la sala de al lado estuvieran esperando. Como si de pronto recobrase la lucidez perdida, habló con firmeza.

—¿Y qué ocurrirá si la empresa no remonta o quiebra durante esos meses?
—Se dirigió a Lucas—. ¿Puedes garantizarme que comprarás la empresa por el mismo importe que piensa pagarme hoy Márquez? Descontando tu paquete de acciones, por supuesto.

Estaba segura de que él no aceptaría esa condición.

Lucas hizo una mueca, como si sonriese. No se había equivocado al juzgarla. Era inteligente y decidida; tal como la describía Daniel, que inconscientemente hablaba de ella a menudo. Esa mujer no sólo era guapa, sino que además tenía la cabeza muy bien amueblada. Estaba decidido a conocerla mejor, si bien era consciente de que ella no se lo iba a poner nada fácil. No parecía apreciarle demasiado.

—Bien, supongo que es justo —afirmó, convencido. Ella le observó expectante—. En caso de no conseguir levantar el negocio en... digamos, diez meses, me comprometo a comprar Vidasa por el precio pactado hoy.

Virginia abrió los ojos como platos, sin saber muy bien si reír o llorar. No podía creer que aceptase semejante disparate.

—Con una condición —le interrumpió. Lucas levantó las cejas en muda pregunta—. Ni un solo despido. Tienes que garantizar la permanencia de todos los puestos de trabajo, así como que no habrá rebajas salariales.

—De acuerdo. Me comprometo a no tocar, salvo en caso de extrema necesidad, que en todo caso discutiríamos en su momento, la partida de gastos salariales.

Virginia no daba crédito a lo que estaba escuchando. Era demasiado fácil. De pronto, Lucas añadió, con una tranquilidad pasmosa:

—Yo también tengo una condición: si finalmente me convierto en socio capitalista y me hago cargo de la empresa, no dudo en que Márquez hará lo imposible por acusarme de cohecho, uso indebido de información privilegiada, espionaje industrial o cualquier otro delito semejante. Y no sin cierta razón —susurró para sí mismo.

—¿Y? —le respondió Virginia en tono altivo—. No veo cómo puedo ayudarte en eso.

—Ya lo creo que puedes. Mi reputación hasta ahora es intachable y quiero que continúe siendo así. Debo estar seguro de que nadie pueda acusarme de actuar de mala fe o haberme aprovechado de mi paso por la política. Naturalmente, yo dimitiré de mi cargo público antes de formalizar la operación, pero mi orgullo me exige que de mi andadura se diga que actué

como un perfecto caballero, como lo haría un hombre honrado y enamorado, capaz de cualquier cosa por salvar a su dama en apuros. Y para ello, tendrás que casarte conmigo.

Virginia estaba perpleja.

—¿Es una broma, no? —Por el cruce de miradas entre Oliver y Lucas, supo que la cosa iba totalmente en serio—. Definitivamente, habéis perdido el juicio —indignada, miró a su abogado—. Oliver, no pensarás que pienso casarme con este... —Se detuvo. «Monstruo» era el calificativo más suave que le venía a la cabeza—. ¡Con este desconocido! —acertó a decir finalmente.

Lucas la observaba con aire divertido. Su actitud arrogante le exasperaba. Parecía tan seguro de sí mismo que la anulaba, sin dejarle pensar con claridad.

¿Casarse? ¿Ella? ¡Ni soñarlo! A sus treinta y tres años, era una mujer hermosa y llena de vitalidad, pero amante de su libertad. Era atractiva, alta, delgada, con una larga melena oscura y unos preciosos ojos negros que, junto con su carácter alegre y risueño y ese halo de misterio que parecía acompañarla siempre, hacían de ella un cóctel explosivo.

Lo cierto es que podía conseguir a cualquier hombre que se propusiera..., todos la encontraban irresistible. Pero simplemente pensar en la idea de compartir su vida se le hacía cuesta arriba y le producía una terrible angustia. No, estaba mejor sola.

Y ahora, aquel saco de testosterona le decía que tenía que casarse con él para salvar Vidasa. ¡Esto era demasiado! ¿Se había vuelto loco?

Se encaminó hacia Oliver y, sujetándolo por los hombros, le espetó:

—¿Ésta era tu fantástica solución? ¡Por lo que más quieras! ¡Es un plan maquiavélico! —Estaba realmente furiosa. Sentía un deseo irrefrenable de abofetearle.

—Vamos, Virginia, sólo serán unos meses. Hasta convencer a todo el mundo y a la prensa de que Lucas ha actuado con honestidad. Luego formalizaremos los papeles del divorcio.

Virginia no podía creer que la posibilidad de conservar Vidasa pasase por ese trámite. Eso jamás entró en sus planes, ni siquiera por amor. No creía en los flechazos ni en el amor a primera vista y, menos aún, en el amor eterno. Detestaba la idea del matrimonio, aunque el suyo fuese uno de conveniencia.

—Lo siento, no puedo hacerlo. Es una locura.

—¿Crees que a mí me atrae la idea de casarme contigo? —dijo Lucas en

tono despectivo.

Eso la enfureció todavía más.

¿Acaso consideraba que ella no era lo suficientemente digna como para ser su esposa? «¡Engreído!» Él jamás podría aspirar a encontrar a una mujer como ella.

De pronto, se encontró divagando sobre aquella descabellada idea. Aquel hombre le resultaba odioso. Era dominante, presuntuoso y arrogante aunque, para ser sincera, debía admitir que sentía una enorme atracción hacia él. Algo le decía que, desde el primer momento que Lucas entró en su vida, había deseado conocerle más en profundidad. Pero de ahí a contraer matrimonio...

Desechó la idea. Casarse con él para salvar Vidasa era la estupidez más grande que podría cometer.

La puerta se abrió de golpe y apareció Márquez, impaciente y con aire de preocupación. Pareció aliviado al ver que Virginia permanecía aún allí.

—¿Va todo bien? La estamos esperando.

Entonces su mirada se topó con Lucas y su cara se descompuso.

—Saldarriaga, ¿se puede saber qué coño haces tú aquí? —Aprisionó con fuerza el brazo de Virginia, arrastrándola hacia la puerta—. Señorita Delgado, no sé qué es lo que está ocurriendo aquí, pero será mejor que firme ahora mismo o le juro por Dios que lo lamentará.

Virginia forcejeó hasta conseguir soltarse.

¿Pero con qué derecho le hablaba así? Sentía un fuerte dolor en el brazo. «¡Mañana tendré un cardenal terrible! Maldito bastardo», pensó Virginia, que vio cómo a Lucas se le tensaban los músculos y temió que hiciera algo de lo que luego pudiera arrepentirse.

—¿Me está amenazando? —exclamó con firmeza—. Quizá sea usted el que lamente haberme conocido. Le aseguro que si vuelve a tocarme de ese modo, le demandaré por agresión. Y desde luego, ¡olvídese de comprar Vidasa!

—Bravo, Virginia, así se habla. —Oliver no pudo contener la emoción—. Sabía que harías lo correcto. —Y, sin más, le plantó un beso en la mejilla.

Lucas deseaba con todas sus fuerzas golpear a Márquez, pero se contuvo. Ciertamente esa mujer le tenía fascinado, pero debía ser prudente. Si detectaba la atracción que sentía hacia ella, era hombre muerto. Lucas vio interrumpidos sus pensamientos por los insultos de Márquez, que parecía recién salido de un manicomio.

—Si has tenido algo que ver con esto, Saldarriaga, te juro que acabaré

contigo, aunque tenga que dedicar mi vida entera en conseguirlo. Te llevaré a los tribunales o dónde haga falta, ¡traidor! Hasta ahora te han salido bien tus tretas, pero no podrás librarte de ésta tan fácilmente. Nadie querrá volver a hacer negocios contigo. Voy a hundirte, cabrón.

Lucas permaneció impasible, clavándole la mirada con desprecio. No parecían afectarle aquellas amenazas. Simplemente se limitó a observarle con una serenidad pasmosa. Era un hombre con una gran capacidad de autocontrol.

No obstante, sabía que Márquez haría todo lo que estuviese a su alcance para destruirle. En su etapa anterior, mientras estuvo al frente de la cadena de alimentación, habían sido competidores directos y, desgraciadamente, conocía sus sucias tretas para hacerse con grandes clientes sin importarle acabar con la reputación de un buen hombre. Difundía falsos testimonios o rumores maliciosos si era preciso.

Sin apenas inmutarse, se dirigió a Virginia y, para asombro de ésta, le cogió la mano con dulzura y se encaminó hacia la puerta. Cuando llegaron a la altura de Márquez, se giró hacia él.

—Si nos disculpa, debemos irnos. No veo que nuestra presencia aquí sea necesaria ni un minuto más. Oliver —añadió, indicándole la salida con la mano—, tú primero.

Virginia notó cómo le apretaba la mano con más fuerza. Ella no sabía exactamente cómo ni por qué, pues apenas le conocía, pero ese hombre lograba transmitirle una gran seguridad y protección.

Mientras se encaminaban hacia los ascensores, supo que se casaría con él. Lo que ya no tenía tan claro era cómo diablos iba a terminar esa locura.

CAPÍTULO 2

Alicia estaba realmente preocupada por el giro que habían tomado los acontecimientos.

—Virginia, todavía estás a tiempo, no tienes por qué hacerlo. Sinceramente, no creo que casarte sea la mejor solución. Sé que lo haces por conservar Vidasa, pero Daniel no aprobaría tu comportamiento. Te repito que es una locura. No es necesario llegar tan lejos.

—Tranquilízate, ¿quieres? Sé que estás preocupada por mí. Pero no tienes motivos.

—Por el amor de Dios, Virginia, ¡tengo cientos de motivos para estar preocupada! —la contradijo, enfadada—. Todo esto es un disparate.

—Tú misma me has confirmado que Lucas es un buen amigo de Daniel. Y Oliver asegura que es un hombre de palabra, honrado y honesto. Todo va a salir bien, ya lo verás.

—Yo no lo tengo tan claro.

De repente, a Virginia le asaltaron las dudas. No podía olvidar la imagen de Lucas arrastrando a aquella misteriosa mujer. ¿La trataría a ella de igual modo? ¿Sería agresivo? Lo cierto era que apenas le conocía. Prefirió ocultarle este incidente a su cuñada, que seguía con su inútil intento de disuadirla.

—¿Y quieres decirme cómo diablos vais a convencer al resto del mundo de vuestra inminente boda?

—Algo se me ocurrirá.

—De eso estoy segura —dijo, con evidente sarcasmo—. Vamos, Virginia, si ni siquiera nuestros amigos le conocen. Cuando menos, se sorprenderán de la noticia y harán preguntas. Te recuerdo que eres una detractora total del matrimonio. ¿Cómo vas a explicar ese cambio de actitud?

—Diré que durante estos meses en los que me he volcado en la empresa, he tenido la ocasión de conocerle y que ha sido un auténtico flechazo.

Alicia arqueó las cejas, negando con la cabeza.

—No colará.

—¿Por qué no? Durante este tiempo apenas he podido ver a nadie. ¿A quién va a sorprenderle que haya perdido la cabeza por un hombre? Ocurre a menudo. Además, hay que reconocer que Lucas es un hombre muy atractivo, rico y poderoso. ¡¿Qué mujer en su sano juicio no se enamoraría de él?!

Alicia frunció el ceño. No le convencían sus elocuentes explicaciones.

—¡Tú! ¡¿No dices que te parece rudo y arrogante?! En fin, la verdad es que no sé por qué me molesto en hacerte cambiar de opinión, ¿eres tan testaruda como tu hermano! Al final, acabarás haciendo lo que te dé la gana. Así es que, adelante, pero luego no digas que no te lo advertí.

—Entonces, ¿querrás ser tú quien me lleve al altar? —bromeó Virginia.

—Sí, ríete, que ya tendrás tiempo de arrepentirte. Ahora estás eufórica porque no has tenido que vender pero, si sale mal, volverás a sufrir una decepción. Y, para colmo, estarás casada con un hombre al que no amas.

—¡Déjalo ya, Alicia! No seas agorera. No todo tiene por qué salir mal. Nuestra suerte tiene que cambiar algún día.

Estas últimas palabras le hicieron recordar a su hermano, entristeciéndola.

Al menos, pensó, todavía le quedaba Alicia.

Si cerraba los ojos podía verla con cinco años, con su rubia melena lisa y sus claros ojos verdes que, al igual que ahora, iluminaban su rostro. Pasaban las horas encerradas en aquella pequeña cabaña de madera que su padre construyó para ella y Daniel en la parte trasera del jardín.

¡Disfrutaban tanto estando juntas! Una de sus aficiones favoritas era permanecer horas en aquel reducido agujero con la única compañía de un enorme bocadillo, un refresco y una novela romántica; la cual resultaba ser, en la mayoría de las ocasiones, demasiado erótica para su edad.

Solían imaginarse cómo serían ellas con treinta años: emprendedoras, atractivas e inteligentes y, cómo no, casadas con hombres igualmente atractivos e inteligentes que, en el caso de Alicia, resultaba ser invariablemente Daniel.

Siempre supo que su amiga se casaría con él. No recordaba una pareja de enamorados mejor avenida... Hasta que el destino decidió arrebatárselo.

Era martes. Virginia se había comprometido a enseñarle la fábrica a Lucas y a explicarle con detalle el funcionamiento del negocio. Aunque este ya había visitado a Daniel, en numerosas ocasiones, esta vez iba a acceder a las entrañas de la empresa.

Su dimisión pública ya había sido difundida por todos los medios de comunicación, así es que le presentó como su futuro marido, haciendo hincapié en que, como experto empresario, iba a ayudarles en la difícil tarea de sacar a flote la empresa.

Los empleados recibieron la noticia con optimismo, ya que en las últimas semanas había corrido el rumor de que Vidasa estaba a punto de quebrar. Eran

conscientes de que sus puestos de trabajo estaban seriamente comprometidos.

—Fabián, te presento a Lucas Saldarriaga, mi prometido. —Fabián González era el director financiero. No se sorprendió al ver que ya se conocían.

—Me alegro de volver a verte, Lucas —dijo Fabián, dándole un buen apretón de manos—. Ya me ha comentado Oliver que debemos ser discretos y no comentar la precaria situación que atravesamos. Me parece acertado dadas las circunstancias. Es conveniente que no cunda el pánico entre los empleados. El ambiente ya está bastante revuelto. Virginia, puedes confiar en mí. —Ella le agradeció sus palabras con una sonrisa.

Oliver le había informado de la adquisición del veinte por ciento de acciones a favor de Lucas, puesto que era imposible tratar de ocultarle al director financiero una operación que debía reflejarse en los libros de cuentas. Era cuestión de tiempo que preguntase por la procedencia de los nuevos fondos. Sin embargo, no le comentó que la boda era pura ficción. No lo consideró oportuno.

Fabián trabajaba en Vidasas desde hacía dos años y había entrado a formar parte del equipo en unas circunstancias muy particulares.

Una noche que Daniel regresaba tarde a casa, vio a un hombre descolgándose de un puente, sujeto por una sola mano, con intención de lanzarse al vacío. «No imagino qué puede ser tan grave como para quitarse la vida, amigo», le dijo Daniel, que pasaba por ahí, sin acercarse demasiado.

«Lárguese y déjeme en paz. No sabe nada de mí.» Daniel pudo sentir la angustia en la voz de aquel extraño. Le sorprendió aquella desesperación en un hombre tan joven y saludable. Vestía pantalones de pinzas azules y una camisa de cuadros. No tenía aspecto de indigente.

«Podrías probar a contarme algo de tu vida y quizá pueda ayudarte. —Le tendió la mano—. Vamos, coge mi mano. Tomaremos un café y charlaremos. Las cosas vistas desde otra perspectiva suelen ayudar a aclarar las ideas. Y, si no, siempre puedes tirarte más tarde.» Y el hombre, cabizbajo y avergonzado por aquella escena, accedió.

Aquel hombre era Fabián González. Le explicó cómo, después de cinco años de matrimonio, su mujer le había abandonado por su mejor amigo cuando perdió su trabajo, dejándole en la ruina. Se había marchado sin tan siquiera despedirse. No tenía adónde ir, pues estaba alquilado y, en unos días, le desahuciarían si no pagaba lo que debía. ¿Qué sentido tenía seguir viviendo?

Sus familiares estaban todos muertos. Su mejor y único amigo le había robado a su mujer. Hacía meses que la empresa donde trabajaba había cerrado, declarándose en suspensión de pagos. ¿Para qué seguir adelante? Se encontraba en la más absoluta de las miserias, solo y deprimido.

«En cuanto al trabajo, creo que puedo ayudarte —le animó—. ¿A qué te dedicabas antes de perder tu empleo?»

«Soy contable.»

«Estupendo, quedas contratado. Casualmente mi director financiero está ampliando plantilla. Mañana mismo te dejas caer por aquí —y le facilitó su tarjeta—. Firmarás un contrato temporal y, si demuestras ser trabajador, tu futuro con nosotros estará garantizado. De momento creo que con cien euros tendrás suficiente. —Le extendió dos billetes de cincuenta—. Cena algo, vete a casa y descansa. Mañana será otro día.»

«¿Qué le hace pensar que no cogeré el dinero y me largaré?»

«Pareces un buen tipo. Desesperado, pero decente. Si eres inteligente, te presentarás mañana a las nueve en mi oficina. Ahora ve y descansa.»

«Es usted un buen hombre. Gracias. No se arrepentirá, lo juro.»

Al día siguiente, Fabián se incorporó al Departamento Financiero de la empresa. Demostró ser muy capaz y, en pocos meses, se erigió en la mano derecha del director financiero. Cuando éste falleció en un accidente de tráfico, hacía un año, asumió la dirección.

Virginia todavía se conmovía cuando lo veía. Solía imaginárselo desvalido y desesperado en lo alto del puente. Ahora era su propio hermano el que se encontraba al borde de la muerte. ¡Ojalá alguien pudiera tenderle la mano y darle una nueva oportunidad! Pero, desgraciadamente, en este caso, solo quedaba confiar en su fortaleza.

—Quizá necesite que me expliques algunos apuntes contables. He estado mirando las cuentas y hay algunas operaciones que no entiendo —le indicó Lucas.

—Claro, cuando quieras —respondió Fabián—. Y, por cierto, enhorabuena por tu compromiso. No tenía ni idea de que Virginia y tú... Ya sabes, de vuestra relación.

—Gracias —intervino Virginia. Le incomodaba enormemente cualquier mención al noviazgo—. Creo que debemos continuar la visita, Lucas. Se hace tarde y sería interesante que vieras las cocinas y el proceso de elaboración y envasado de comida.

—Sí, claro, cariño —respondió.

Virginia le lanzó una mirada fría y cortante.

Cuando ya se habían alejado lo suficiente y nadie podía escucharles, frenó el paso.

—¿Cariño?! ¿Tienes que ser tan explícito delante de los empleados? No me gusta que me llames así.

—Oye, escucha bien lo que voy a decirte —replicó Lucas con semblante serio—. Esto no es ningún juego. Te advertí que Márquez trataría de desacreditarme acusándome de coacción, abuso de poder o de cualquier otra patraña semejante. ¡Que nuestro matrimonio resulte convincente es vital! No te olvides de que, hasta hace dos días, era un cargo público. Se supone que he dimitido, alegando motivos personales, para ayudar a mi futura esposa a levantar su negocio. La prensa me machacará si descubre que todo esto es un montaje y, lo último que deseo, es un escándalo. Así que ve acostumbrándote, *amor mío* —concluyó con determinación.

Era evidente que se recreaba haciéndola sufrir o burlándose de ella, lo cual venía a ser lo mismo.

—¿Disfrutas con esto, verdad? ¿Es una venganza personal por mi desprecio el día en que nos conocimos o simplemente la crueldad forma parte de tu retorcida personalidad?

—Por Dios bendito, Virginia, si mi memoria no me falla, han pasado más de tres años desde nuestro primer encuentro y ni siquiera recuerdo exactamente qué ocurrió entonces —mintió Lucas.

Nunca podría olvidar aquel primer encuentro. Era completamente cierto que ella le había ignorado, por no mencionar el desdén que irradiaba su mirada; si bien, para ser justos, se lo tuvo merecido por ser tan impertinente. Sus modales en aquella ocasión dejaron mucho que desear, aunque eso era algo que nunca reconocería ante ella.

Desde aquel día, la imagen de ese cuerpo, perfectamente moldeado y apetecible, le perseguía. Un sueño le acompañaba cada noche: poder conocer mejor a la mujer cuya belleza y personalidad tanto le habían impactado.

—Continuemos y, por favor, haz un esfuerzo por evitar tus cariñosos apelativos. ¡Me sacan de quicio! —exclamó Virginia, desafiante.

—¿No seré yo quién te pone nerviosa? —empleó un tono de voz de lo más seductor.

—¡No digas tonterías! Y no trates de jugar conmigo. Quizá tus devaneos

funcionen con el resto de las mujeres, pero no malgastes tu tiempo conmigo — dijo con frialdad.

Le costaba admitir que no solo la ponía nerviosa, sino que, cuando le clavaba aquellos intensos ojos negros, la excitaba y hacía que le temblaran las piernas hasta casi perder el control.

—Y ahora, insisto, ¿quieres hacer el favor de centrarte en la visita?

—Y tú, ¿no podrías bajar la guardia tan solo un poquito? ¿Siempre eres tan desagradable? ¿O soy yo el culpable, que saca lo peor de ti?

Al momento, Lucas se arrepintió de haber hecho semejante acusación. Los ojos de Virginia disparaban balas de fuego. No podía imaginarse cómo sería la convivencia con ella, pero ardía en deseos de que fuese cuanto antes.

—Lo siento, no he querido decir eso. —Esta vez su tono era dulce—. Imagino que todo esto te estará resultando muy difícil, pero yo solo pretendo ayudar. No lo olvides. Tampoco yo quiero ver Vidasa en manos de un desaprensivo.

Su disculpa parecía sincera y consiguió conmoverla, dando por terminada aquella batalla verbal.

Al final del pasillo, asomó la figura estilizada de Oliver, con el pelo revuelto y su aire despreocupado.

—Por fin os encuentro, pareja. —Hacía tiempo que no estaba tan contento.

Lucas le lanzó una mirada triunfal a su futura esposa. Era obvio que debía aprender a aceptar esos apelativos. Esto era sólo el principio y hasta Oliver, que era consciente de la farsa de aquel noviazgo, les llamaba pareja. ¿Por qué ella no podía aceptarlo y punto?

«¿Pareja?», maldijo Virginia en su interior. Era evidente que debía resignarse a recibir esos ridículos calificativos. Le gustase o no, eran eso, una pareja, e iban a contraer matrimonio en unas semanas. O al menos eso creía ella hasta que Oliver les dio la noticia.

—¿Poniéndote al día con la empresa, Lucas? Con Virginia estás en buenas manos. Todos la conocen y aprecian. Estoy seguro de que está encantada de acompañarte en tu primera visita a la fábrica, ¿no es así, Virgi? —El tono burlón con el que pronunció su nombre la enfurruñó.

—No me llames así. ¡Sabes que lo odio!

—Sí, lo sé, y por eso lo encuentro tan divertido —dijo Oliver, girándose hacia Lucas—. Todavía recuerdo cómo se ruborizaba cuando su padre acudía a buscarla al colegio y, a gritos, les llamaba a ella y a Daniel. «Virgi, pequeña,

papá está aquí.» —Se esforzaba por imitar el tono de voz de su padre—. Supongo que con cinco años eso estaba bien, pero con quince... Virginia deseaba estar muerta antes que su padre apareciera por el colegio.

—¡Ya basta, Oliver! No creo que a Lucas le interese mucho mi vida a los quince años.

—Al contrario, la encuentro fascinante. —Y la miró fijamente a los ojos con expresión divertida—. Aunque, honradamente, me cuesta creer que una mujer con un carácter tan fuerte, haya sentido vergüenza alguna vez.

Virginia contuvo su rabia. Sabía que con sus palabras solo pretendía provocarla, así que respiró hondo e ignoró su comentario. Pero Oliver, sin captar su evidente crispación, continuó con sus explicaciones a pesar de su mirada amenazante.

—¡Sin duda, es una mujer de armas tomar! Y, si no, que se lo pregunten a Jaime Otero. Era compañero de clase de Daniel. Virginia le atizó un puñetazo en la mandíbula cuando el pobre muchacho, tratando de ligar con ella, le llamó cariñosamente Virgi. Debías de tener entonces unos trece años, ¿no? —Oliver soltó una carcajada—. Todavía recuerdo la cara de espanto que se le quedó al chaval y cómo corría muerto de miedo.

—¿Serías tan amable de dejar el tema? —Estaba furiosa. Entre los dos la estaban amargando la mañana.

—Por cierto, cambiando de tema —la expresión de Oliver pasó de desenfadada a seria en décimas de segundo. Virginia dedujo que tenía algo importante que decir—. Ya tengo arreglada toda la documentación. La boda se celebrará este sábado en una finca en la sierra. El alcalde del pueblo es amigo mío y se ha ofrecido a officiar la ceremonia.

—¿Este sábado?! Tan pronto... Pero si estamos a martes. —Virginia no podía creerlo.

Palideció al instante y sintió un intenso dolor en la boca del estómago. Empezó a ver borroso y la intensidad del sonido a su alrededor comenzó a ser leve, casi imperceptible. Estaba sufriendo una bajada de tensión.

«Ahora no», se lamentó. Solía ocurrirle a menudo cuando estaba nerviosa y, obviamente, su boda con Lucas la ponía muy, pero que muy nerviosa. Sabía que su rostro reflejaba aquella ansiedad, anulando la extrema seguridad que habitualmente irradiaba, y se odia a sí misma por ello. Respiró hondo, tratando de sobreponerse.

Lucas, en cambio, fingió no alterarse por la noticia, pero estaba ansioso

por dar ese paso. Deseaba casarse con ella.

Desde la primera vez que la vio no había dejado de pensar en ella ni un solo día pero, entonces, su nuevo cometido en el ministerio absorbía todo su tiempo sin dejarle ni un segundo para cualquier otra cosa. Sin embargo, gracias a Daniel, con quien mantenía un asiduo contacto, siempre estuvo al tanto de su vida. El amor de Daniel hacia su hermana era tan intenso que, inconscientemente, hablaba de ella a todas horas. A él le encantaba escucharle y, máxime, después de haberla conocido.

Lucas la encontraba, además de una mujer muy atractiva, inteligente y endiabladamente misteriosa. Virginia era un enigma; uno que le volvía loco. La deseaba como jamás había deseado a otra mujer, y las había tenido a montones. Quizá el hecho de que huyese de los compromisos emocionales la hacía incluso más apetecible. Conquistarla iba a convertirse en un auténtico reto.

Conocía, por las largas conversaciones con su amigo, cada una de las aventuras amorosas de Virginia y cómo todas ellas habían fracasado por su negativa a comprometerse.

A Daniel le preocupaba esa faceta tormentosa de su vida. Decía que cualquiera que se atreviese a mantener una relación con ella era tan digno de admiración como de compasión. Incluso llegó a comentar su caso con algún amigo psicólogo, que siempre concluía que el suyo era un claro ejemplo de inmadurez.

Pero él no podía estar más en desacuerdo.

Lucas la consideraba una mujer fuerte y luchadora, comprometida con su familia, decidida y muy segura de sí misma. Tenía una carrera espléndida y un futuro prometedor como escritora. Era independiente y económicamente bien posicionada. En definitiva, una mujer atractiva, culta y formada. Se le podrían aplicar infinidad de calificativos pero, en ningún caso, inmadura.

Tras el desgraciado incidente de Daniel, ella no dudó en coger las riendas de la empresa. Es cierto que, por algún motivo aún desconocido, no había logrado sacar el negocio adelante, pero se había enfrentado a su cometido sin vacilar, dejando atrás todo cuanto la rodeaba: su trabajo, sus amigos, sus aficiones... Cuando Virginia hablaba de Vidasa, Lucas percibía la gran frustración que sentía por su fracasado intento como empresaria. Era obvio que se culpaba de una mala gestión.

—El sábado es perfecto —asintió Lucas—. Así terminaremos con los

rumores acerca de los verdaderos motivos que me han impulsado a abandonar la política, disipando cualquier duda acerca de nuestra boda. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

—Pero, ¿y qué ocurrirá después? —Virginia continuaba pálida—. ¿Qué haremos para que este matrimonio parezca real? ¿Quedar de vez en cuando y aparecer en público?

Oliver y Lucas se miraron, perplejos. A Virginia no le gustó nada esa mirada cómplice entre los dos. Estaba claro que ocultaban algo y no iba a tardar mucho en enterarse.

—¿Quedar de vez en cuando? —repitió Lucas—. Virginia, me parece que no has comprendido el alcance del acuerdo.

—¿Qué quieres decir? —Le asustaba la respuesta.

—Nuestro matrimonio debe parecer tan real como que ahora estamos aquí. Si descuidamos el más mínimo detalle, mi carrera estará acabada, por no mencionar mi reputación. Y he luchado mucho para llegar hasta aquí. El delito de uso indebido de información privilegiada o el de cohecho no son ninguna broma. No voy a permitir que ese cabrón de Márquez me arruine la vida. —Lucas hizo una pausa—. Nos casaremos y vendrás a vivir conmigo —dijo en tono autoritario.

—¿Cómo?! Eso no fue lo que convinimos —protestó Virginia, recobrando el aliento.

—Quizá no lo expresamos con suficiente claridad —intervino Oliver— pero, para que esto funcione, no puede ser de otro modo. Virginia, debéis comportaros como una pareja enamorada de recién casados.

—¿Y qué puñetas hago yo en una casa que no es la mía y con un hombre al que apenas conozco? ¿Y que pasará con mis cosas? Mi ropa, mi máquina de escribir... ¡Mi vida!

—Me encargaré de que el viernes vaya alguien a recogerlas —afirmó Lucas—. Lo haría yo mismo, pero Vidasá requiere toda mi atención.

—Claro —susurró decepcionada. «Pero, ¿qué demonios me pasa?»

—Tranquila, mi casa es lo suficientemente grande como para que encuentres un poco de intimidad. Te acostumbrarás rápido. —Con la intención de mitigar la angustia que sus ojos reflejaban, bromeó—: Pronto desearás no tener que irte nunca. En serio, tienes servicio las veinticuatro horas, una cocinera excelente, jardín privado con piscina y un marido dispuesto a complacer a su reciente esposa.

Curiosamente esa última parte, hizo estremecer cada uno de los músculos de la joven. No pudo evitar esbozar una ligera sonrisa.

Lucas comprobó, con satisfacción, cómo Virginia relajaba la tensión acumulada en el rostro. ¡Al fin conseguía arrancarle una sonrisa!

A Virginia le gustaba cuando él intentaba ser amable. Cuando dejaba de lado su arrogancia y autoridad, podía ser encantador. Y su aspecto estaba muy lejos de ser desagradable.

Lo contempló detenidamente. Era algo más alto que ella; delgado, pero con la musculatura bien marcada. Por Oliver sabía que tenía treinta y cinco años, dos más que ella, aunque aparentaba ser algo más joven. De piel morena, ojos negros y mirada penetrante, junto con un abundante cabello oscuro, algo desaliñado, resultaba un bombón bastante apetecible para cualquier mujer. Y, en contra de su voluntad, también para ella. ¡Lo cierto es que había que estar ciega para no fijarse en él!

De pronto, recordando la imposición de vivir en su casa, le atormentó una duda: ¿cómo iban a dormir? ¿Tendría su propio dormitorio? ¿O compartirían habitación? «Daniel —se dijo para sí misma—, espero que tanto sacrificio valga la pena.»

Virginia desconocía el final de esta locura, pero de algo sí estaba segura: estar casada con Lucas iba a resultar de lo más interesante.

Dos días más tarde, Virginia se encontraba en casa de su cuñada, esperando la llegada de Lucas y Oliver. Su inminente esposo había insistido en explicarle a Alicia, personalmente, los términos del trato, poniendo como condición indispensable para la continuidad del mismo que ella no tuviese ninguna objeción al respecto.

Alicia percibió la tensión de Virginia, que se había quedado callada de pronto, con la vista perdida más allá de las copas de los árboles que se divisaban desde la ventana del salón. Tenía que hacer algo para tranquilizar a su amiga, claramente descompuesta por los nervios.

—Virginia, ¿cómo vas con tu novela? ¿Has podido avanzar algo?

Las palabras de Alicia le hicieron regresar al presente, negando con la cabeza.

—Nada. No he escrito ni una sola palabra.

—Se me pone la piel de gallina solo de imaginarme lo enfadada que debe de estar Bárbara porque todavía no le hayas entregado ni un solo capítulo. No quisiera estar en tu pellejo —insistió Alicia.

Bárbara era la editora de Virginia, además de una buena amiga de ambas. Había transcurrido un año desde la publicación de su última novela y estaba segura de que ella confiaba en que ya estuviera inmersa en la escritura de una nueva historia. Pero nada más lejos de la realidad.

Virginia estaba furiosa. Furiosa consigo misma. La paciencia de Bárbara no era infinita y sabía que el plazo comenzaba a agotarse. La necesidad de sacar adelante la empresa la había absorbido de tal manera, que había descuidado completamente la escritura. Y lo peor de todo era que ese esfuerzo había sido en vano.

Desde que Bárbara le dio su primera oportunidad, ocho años atrás, había publicado cuatro novelas, convirtiéndose la segunda de ellas en una exitosa serie de televisión de la cual también era la guionista, y que la había catapultado directamente a la fama. A partir de entonces, todo lo que escribía se vendía como churros.

Alicia observó a Virginia, en silencio. Conocía muy bien su afán de superación y no era difícil imaginarse la aflicción y amargura que debían embargarla. Afortunadamente, el sonido del timbre rompió el tenso mutismo que se había apoderado de las dos.

—Deben de ser ellos. Iré a abrir —dijo Alicia.

Abandonó el salón y Virginia comenzó a ponerse nerviosa ante la expectativa de volver a ver a su prometido.

—Buenas tardes a los dos —les saludó Alicia, dándoles dos besos, de manera amistosa—. Me alegro de volver a verte, Lucas. Te agradezco mucho las flores que envías al hospital. Daniel siempre te ha apreciado mucho.

Alicia le conocía vagamente. Habían coincidido en algunas galas benéficas, conferencias y convenciones del sector alimentario. Siempre le pareció un hombre educado y de trato agradable, aunque bastante reservado. Daniel solía describirle como un buen amigo, aunque muy celoso de su intimidad. Ya no recordaba lo guapo que era y hoy estaba radiante.

—Ojalá pudiese hacer algo más.

—Bueno, supongo que hemos de agradecerte que impidieses la venta de Vidasa aunque, como le he dicho a Virginia, lo de la boda no me parece buena idea. Seguidme, por favor, ella nos está esperando.

Lucas se estremeció al oír su nombre y se limitó a sonreír. No la veía desde hacía dos días, cuando le acompañó a Vidasa, pero le parecía una eternidad. Ansiaba pasar unas horas con ella. Había estado muy atareado

poniéndose al día con la empresa y, al parecer, Virginia había preferido mantenerse al margen dejándole vía libre, por lo que no habían pasado demasiado tiempo juntos.

Siguió a Alicia hasta el salón, donde les esperaba Virginia de pie junto a la ventana. Estaba preciosa. Llevaba botas negras altas, una falda de pana cruda y un jersey berenjena de cuello de pico.

—Hola Virginia. —Oliver le dio un beso en la mejilla—. ¿Preparada para el gran día?

Lucas se acercó a ella y, posando la mano en su cintura, le dio dos besos que a Virginia le resultaron excitantes y muy peligrosos. Deseaba conocerle mejor. En dos días se convertirían en marido y mujer y apenas sabían nada el uno del otro.

—Bueno, Alicia, quería asegurarme personalmente de que Virginia y Oliver te han contado el plan con detalle, para que puedas estar tranquila respecto al dinero. En el peor de los casos te garantizo que tendrás el precio acordado, aunque pienso dejarme la piel intentando sacar adelante Vidasa.

Lucas parecía decidido a salvar la empresa. Si era tan bueno en lo que hacía como vanidoso, no había motivos para preocuparse, pensó Virginia.

—Nunca he dudado de tu palabra, Lucas. Si Daniel confiaba en ti, también yo. Sé que cumplirás lo acordado. Es esa estúpida idea de la boda lo que me tiene preocupada. ¿Quién va a creerse semejante disparate?

—No existe otra alternativa. Habrás comprobado por la prensa que no cesan los rumores acerca de mi dimisión. Además, Márquez se ha ocupado de poner en tela de juicio mi profesionalidad con declaraciones que dejan entrever que he utilizado mi cargo para favorecer el negocio de mi futuro cuñado.

—Pero eso es mentira —protestó Alicia, indignada.

—Está forjando su estrategia. Estoy convencido de que, antes o después, me interpondrá una denuncia.

—Es despreciable.

—Bueno, ya sabía a lo que me enfrentaba cuando decidí ayudar a Daniel. Desgraciadamente, me enteré demasiado tarde de los problemas que atravesaba Vidasa. No tenía ni idea de que la situación fuera tan grave hasta que supe de la inminente venta. —Virginia escondió el rostro detrás de su larga melena, tratando de ocultar el sentimiento de culpa que le carcomía por dentro—. Al menos, mi matrimonio ayudará a silenciar ciertos comentarios.

No obstante, no tienes que preocuparte por Virginia, cuidaré de ella.

—No tienes por qué hacerlo, sé cuidarme sola. —Virginia, que seguía de pie junto a la ventana, saltó de inmediato.

—Ya ves, Alicia, ella no parece preocupada, no veo por qué habrías de estarlo tú. —Lucas posó sus ojos directamente sobre su futura esposa, estudiando su expresión dura y desafiante.

Alicia captó aquella hostilidad. Algo se estaba cocinando entre los dos y no lograba adivinar qué era. Conocía demasiado bien a su amiga y la notaba tensa e irritada. Era lógico que estuviese intranquila por su próximo enlace, pero presentía que había algo más. Se prometió que trataría de indagar los motivos de ese desmesurado malhumor. Desde hacía días, Virginia se mostraba algo distante, especialmente cuando la conversación derivaba en Lucas.

—En ese caso, será mejor que os pongáis al día en todo lo referente a vuestras vidas: familia, amigos, trabajo, aficiones... La boda será en dos días y sospecho que apenas habéis tenido tiempo de conoceros y charlar acerca de esos asuntos —les advirtió Alicia—. Oliver, acompáñame a la cocina, prepararé café.

—A sus órdenes, *madame* —y salieron los dos por la puerta.

—Mañana por la mañana mandaré a mi antiguo socio y amigo, Gonzalo Bárcenas, a recoger todas tus cosas, si te parece bien. No confío en nadie más —dijo Lucas, amablemente, cuando se quedaron solos.

—Si no hay más remedio...

Virginia no tenía la menor intención de ponérselo fácil, pero Lucas no iba a entrar en ese absurdo juego. En apenas tres zancadas se plantó frente a ella.

—Me temo que no. —La cogió de la mano llevándola directamente hasta el sofá donde, apoyando sus manos levemente sobre sus hombros, la obligó a sentarse—. Y ahora, ¿podrías prestarme un poco de atención y contarme algo sobre tu apasionante vida?

Virginia no podía entender por qué su presencia la trastornaba tanto. Ella era extrovertida, alegre y dicharachera, pero con él era distante, cautelosa e incluso agresiva. ¿Por qué? Si no cambiaba de actitud, su vida en común iba a convertirse en un infierno. Debía hacer un esfuerzo por ser más amable.

—Me llamo Virginia Delgado, tengo treinta y tres años y soy escritora. Me licencié en Filología Inglesa e hice un Master en Dirección de Empresas que, obviamente, no me ha servido para nada —dijo con un amargo sarcasmo. Parecía estar leyendo una reseña de un periódico.

—Muy graciosa. Todo eso ya lo sé. No sé, quizá podrías empezar por contarme algo más personal. Algo acerca de tus aficiones, de tus amigas... y amigos.

Lucas ya sabía mucho más de lo que ella imaginaba. A través de Daniel tenía una vaga idea de cómo transcurría cada uno de sus días. Sabía de la existencia de Bárbara, su amiga y editora, y de su eterna amistad con Alicia. Según Daniel, las tres hacían un grupo bastante peculiar.

—Hablemos mejor de ti. —Virginia pareció más receptiva al juego—. Te llamas Lucas Saldarriaga, tienes treinta y cinco años, soltero y licenciado en Empresariales. Durante un tiempo fuiste propietario de la importante y exitosa cadena de supermercados Taste Me, abandonando tu prometedora carrera empresarial para adentrarte en el abominable mundo de la política. Hasta aquí, la parte mundialmente conocida. Ahora sorpréndeme.

—Una curiosa manera de simplificar mi vida —afirmó, divertido—. Bien, *milady*, acepto el reto. —Lucas sonrió e hizo un gesto a modo de reverencia—. He de admitir que soy muy reservado acerca de mi vida privada, aunque contigo, y por circunstancias obvias, haré una excepción. La mayor parte de mi tiempo lo dedico al trabajo. No suelo salir mucho, si acaso a cenar con algún amigo que, como ya tendrás ocasión de comprobar, son bastante escasos. No suelo fiarme de la gente. Mis padres fallecieron hace ya varios años y —se detuvo— tengo un hermano. —Esto último lo dijo tan bajo que Virginia casi ni le oyó.

—¿Tienes un hermano? No me habías dicho nada.

—No me lo preguntaste —contestó Lucas, tajante y serio—. Mi hermano vive en el extranjero. Apenas nos vemos. Cada uno tiene su propia vida.

—No le has dicho que vas a casarte, ¿verdad? —le interrogó. Algo le decía que este tema no era de su agrado. La mirada se le ensombreció con solo mencionarle, sin poder disimular la tristeza.

—No y, sinceramente, no creo que le importe. —Virginia sintió lastima por él.

Podía sentir su dolor. Quizá porque ella disfrutaba de una excelente relación con su hermano, no alcanzaba a comprender qué motivos podían provocar ese grave distanciamiento entre dos seres que deberían quererse.

—Quizá algún día me expliques el porqué de tanto resentimiento —musitó ella con curiosidad.

—Puede, pero no te hagas ilusiones. —Su tono fue contundente y evasivo.

Virginia sintió el roce de su pierna contra la de Lucas, sentado junto a ella con aire ausente. Ese leve contacto la hizo estremecer. Por unos instantes, deseó abrazarle. Era la primera vez que sentía que Lucas era vulnerable. Estaba claro que la escasa relación con su hermano le hería. Le miró fijamente a los ojos. Transmitían dolor, angustia y desesperación. Y al mismo tiempo, deseo.

Era muy consciente de cómo la miraba. No le sorprendió, estaba acostumbrada a que los hombres recorriesen su cuerpo con los ojos de aquel modo. Aunque lo extraño de este caso era que ella también le deseaba a él. Negó una y otra vez la evidencia, las señales que su propio cuerpo emitía, pero era inútil. Sus pezones se erizaron por la cercanía de Lucas. Deseó abrazarle, besarle, poseerle allí mismo... Un deseo incontrolable nada propio de ella, tan comedida en sus emociones.

Se levantó antes de que él pudiera notar su turbación y rezó para que Alicia regresase con el café lo antes posible.

—Iré a ver si Alicia necesita ayuda —dijo, huyendo de él, pero estaba tan alterada que tropezó contra el revistero y fue a caer directamente sobre Lucas que, todavía sentado en el sofá, extendió los brazos y la sujetó con firmeza, evitando que rodara por el suelo.

Virginia no sabía decir cuánto tiempo permanecieron así, ella sentada sobre sus piernas y él envolviéndola con los brazos, pero le pareció una eternidad. Se decía que debía levantarse, pero sus piernas no respondían. Oliver, tan oportuno como siempre, entró por la puerta.

—Vaya, vaya, ya veo que os estáis tomando muy en serio eso de conoceros más a fondo —dijo, divertido por la insólita imagen que tenía frente a él.

Virginia se sonrojó y dio un salto, poniéndose de pie y alejándose de Lucas a toda velocidad.

—Me resbalé y Lucas me cogió —se justificó, todavía roja como un tomate.

—Claro —Oliver esbozó una sonrisa pícaro.

Alicia apareció llevando una bandeja con cafés y pastas.

—Ya que sospecho que la idea del matrimonio sigue adelante, será mejor que nos demos prisa. Virginia y yo todavía tenemos importantes detalles de la boda que rematar —anunció la anfitriona.

Tomaron café y conversaron de cosas triviales. Pasada una hora, se despedían.

—Gracias por recibirme, Alicia. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes cómo localizarme. Nos vemos el sábado —se despidió.

Cuando llegó el turno de Virginia, le dio un beso en la mejilla y le susurró algo al oído.

—Te esperaré expectante el sábado, mi vida. —Virginia no pudo evitar que una risita nerviosa delatase su ansiedad.

—Anda, lárgate ya. —Y le dio un pequeño empujón.

A Alicia no le pasó desapercibida esa curiosa despedida entre los dos. Presentía que algo no marchaba bien.

«Ojalá no tengas que arrepentirte de esto, Virginia», pensó para sí misma, confiando en que supiese con quién estaba a punto de unirse en matrimonio. «Y tú, Lucas, espero que sepas lo que estás haciendo. Más te vale, si quieres conservar tu preciado equilibrio emocional.»

CAPÍTULO 3

Virginia estaba muy nerviosa. Por fin había llegado el tan temible «día de la boda».

Miró a su alrededor. No podía creerse que fuera a dar aquel paso. Sin embargo, allí estaba, rodeada de encinas centenarias que daban un aspecto bucólico a la finca donde estaba previsto que se celebrase la ceremonia y el banquete de aquel rocambolesco enlace.

Afortunadamente, y dado el crítico estado de salud de Daniel, no parecía que nadie se hubiera sorprendido por la rapidez y sobriedad del acto. Incluso estaban de acuerdo en que era lo más lógico que, en lugar de una gran boda con multitud de invitados y alegría a mansalva, todo quedara reducido a una discreta ceremonia con la única asistencia de los allegados más íntimos y que el viaje de luna de miel se aplazara hasta que las aguas volvieran a su cauce.

En la explanada del aparcamiento vio a Bárbara, que acababa de llegar con tiempo suficiente para no perderse ni un solo segundo de la ceremonia. Salía de su espectacular descapotable y estaba elegantemente vestida. Virginia sonrió al recordar la cara de su editora cuando le dijo que iba a casarse.

Bárbara se había quedado atónita. Al principio no podía creérselo; pensó que se trataba de una broma pesada, pero cuando Alicia le confirmó que era cierto y que ella y Lucas estaban muy enamorados, terminó por asumirlo.

Luego, como siempre hacía, había dado la vuelta a la situación y había encontrado la parte buena a todo aquello. Así que, después de asimilar que, por fin, iba a tener la oportunidad de ver a su amiga vestida de novia —algo por lo que jamás hubiera apostado ni un solo euro a tenor de su fracasada trayectoria amorosa— había decidido que este enamoramiento, como mínimo, sería bueno para dar rienda suelta a su imaginación de escritora romántica.

Sin embargo, para ella había sido muy duro mentir a Bárbara, pero debía acatar la imposición de Lucas de que sólo Oliver, Alicia y ellos dos conocieran los verdaderos motivos de este enlace. Aún así, consideraba que era una deslealtad para con alguien a la que conocía de toda la vida. Por ello tenía que hacer verdaderos esfuerzos para que la editora no descubriese que su matrimonio era una farsa y, lo que era aún peor, que no había escrito ni una sola palabra de su nuevo libro. Es más, ni siquiera tenía pensada la trama.

Bárbara había sido muy paciente debido a las circunstancias tan dramáticas que estaba atravesando pero, ¿hasta cuándo sería tan comprensiva?

Se conocían desde niñas y, hasta el día de hoy, habían conservado esa profunda amistad. Incluso ahora, que cada una tenía su propia vida y no se veían con la frecuencia que desearían, cuando lo hacían se palpaba la estrecha relación que mantenían.

No sabía qué hora era, pero ya debía de faltar poco. Las manillas del elegante reloj de pulsera que Virginia había elegido para la ocasión señalaban, casi, el mediodía. Tenía que prepararse para la ceremonia. Dio media vuelta y entró en la casa. Había un par de habitaciones que la dirección de la finca ponía a disposición de las novias que elegían aquel escenario para celebrar su boda.

En este caso se trataba de una ceremonia civil, por lo que no utilizaron la capilla que les habían ofrecido, sino que se decantaron por una bonita y decorada carpa en la que el alcalde les leyó los artículos del código civil que les convirtió en marido y mujer, intercambiando las alianzas de oro blanco que habían escogido para la ocasión, con sus nombres de pila y la fecha — diecinueve de abril— serigrafiado en su interior.

Estaba hecho. Se había casado con él.

Miró a Lucas, que estaba vestido con un traje azul oscuro y una camisa blanca, perfectamente combinados con una corbata en tonos rojos. Ella había escogido un traje de falda y chaqueta color blanco roto y había decidido recogerse el pelo para hacer resaltar sus enormes ojos negros. No cabía duda de que, como mínimo, hacían una pareja espectacular. Los dos eran guapos y elegantes.

Tras ellos, en unas pocas hileras de sillas enfundadas con telas azules, había unos cuantos invitados. Pocos, en realidad: algunos amigos de Lucas, entre los cuales estaba Gonzalo, a quien había conocido la mañana anterior, Oliver, Alicia y Bárbara.

De repente, el alcalde pronunció las palabras que ella había rogado no escuchar jamás.

—Enhorabuena. Ya son marido y mujer. Puede besar a la novia —dijo, dirigiéndose a Lucas.

Los novios se giraron hasta hacer coincidir sus miradas.

—Estás preciosa —le susurró Lucas al oído.

Luego se inclinó sobre ella ligeramente, buscando sus labios. Confusa, descubrió con asombro que todo su cuerpo se estremecía ante ese contacto y, cuando él la rodeó con los brazos y entreabrió la boca, comprobó con

estupefacción que estaba deseando corresponderle.

Virginia no podía creer que estuviese delante de unas veinte personas dándose un tórrido beso con un absoluto desconocido. Sintió un vuelco en el estómago al comprobar que no deseaba que aquel placer terminase, pero la vergüenza le invadió y retiró la boca, dando por zanjado el primer beso entre los dos.

Todos acudieron a desearles la mejor de las suertes. «La iban a necesitar», pensó Virginia.

—No te ofendas, Lucas, pero todavía no imagino cómo lograste convencer a Virginia para casarse. Siempre ha sido una detractora acérrima del matrimonio —expuso Bárbara con extrema curiosidad—. Algún día tendrás que confesarme cómo lo hiciste.

—Bueno, quizá deberías preguntárselo a ella.

—Creo que lo haré ahora mismo —y dirigió su mirada hacia ella—. Y bien, Virginia, confiesa. Además de su evidente atractivo, dinero y prometedora carrera, debe de haber algo más que te hizo dar ese paso.

Se quedó pensativa durante unos segundos. Parecía meditar la respuesta adecuada.

—Digamos que me vi forzada a ello.

Alicia abrió los ojos de par en par, perpleja ante la afirmación de su cuñada. También el rostro de Oliver reflejaba el más absoluto temor a que dijera algo inapropiado. Solo Lucas permanecía a la expectativa de sus próximas palabras sin el más mínimo asomo de preocupación.

—La alternativa era casarme o renunciar a lo que más quería. No tuve elección. Decidí que casarse no era tan mala idea.

Alicia y Oliver suspiraron tranquilos.

—Dios mío, Lucas, ¡devuélvenos a nuestra amiga! Esta no puede ser más que una vulgar imitación. Virginia jamás confesaría su amor y, menos aún, en público —rio Bárbara ante esas palabras tan apasionadas—. ¿Me ha parecido escuchar que eres lo que más quiere? Definitivamente, o se ha vuelto loca o está enamorada hasta las cejas. ¡Enhorabuena! Esto es un claro ejemplo de que las personas cambian.

Lucas observó a su esposa con gran admiración. Era capaz de jugar con las palabras con una facilidad asombrosa. Ante una pregunta tan comprometida, no solo había salido airoso con una respuesta increíblemente ingeniosa, sino que no había mentado ni un ápice.

—¿Se ha satisfecho tu morbosa curiosidad, Bárbara? —dijo Lucas de forma amistosa y con una amplia sonrisa—. Yo no lo habría descrito mejor y con tan pocas palabras. Ya ves, me he casado no solo con una mujer hermosa, sino con una excelente demagoga.

—Todo está delicioso. —Alicia decidió que ya era hora de cambiar el rumbo de la conversación.

No conseguía acostumbrarse a la idea de que su cuñada fuese una mujer casada e, inevitablemente, sentía que su situación financiera había tenido mucho que ver en la fatídica decisión.

Miró a Virginia con preocupación y ésta, adivinando su desasosiego, le dirigió una sonrisa tranquilizadora. Después de tantos años de profunda amistad, habían alcanzado tal grado de complicidad que eran capaces de comunicarse con una breve mirada.

Alicia mitigó parte de su angustia al verla conforme con su nuevo estado civil. Al menos eso interpretó de aquella sonrisa dulce. Pese a conocerla tan bien, no dejaba de sorprenderle la sangre fría que, a veces, parecía correr por las venas de su mejor amiga. Era obvio que el interrogatorio de Bárbara no la había alterado lo más mínimo. Ni a ella ni al resto de los invitados pues, al parecer, nadie sospechaba de la puesta en escena de este disparatado plan. Solo ella parecía estar alerta.

Cuando terminó la comida —consistente en entremeses, crema de nécoras y solomillo de ternera con foie—, algunos se sirvieron una copa, tras la tarta nupcial de yema, continuando con la animada charla que reinaba en la mesa. De vez en cuando, se escuchaba algún brindis en honor a los recién casados.

Otros se aventuraron a dar un paseo por los jardines de la finca, que tenían un aire romántico y medieval, con cientos de árboles que por la altura y el grosor de los troncos debían tener más de cien años. Las plantas, los setos, las flores... todo parecía estar en armonía haciendo de este paisaje un lugar para la paz y la contemplación.

Gonzalo y Virginia se habían apartado para dar un paseo, absortos por ese entorno de fantasía irreal.

—¿Conoces a Lucas desde hace tiempo? Ayer apenas tuvimos tiempo de hablar.

Virginia pretendía entablar conversación con uno de sus mejores amigos. Toda información que pudiera recabar sobre la personalidad de su marido le sería útil.

—Le conozco, si es que alguien puede llegar a emplear ese término con él, desde hace aproximadamente quince años. Estudiamos juntos en la universidad. Es un tipo algo singular. ¡Me costó meses ganarme su confianza! Como ya sabrás, Lucas es extremadamente reservado con su vida privada y le cuesta horrores abrirse a los demás. Mantiene las distancias hasta estar seguro de que eres digno de su amistad.

—No te lo puso fácil, ¿eh?

—Nada fácil pero, finalmente y gracias a mi infinita paciencia, logré ganarme esa confianza. Creo poder afirmar que soy uno de sus mejores amigos, junto con tu hermano —añadió cariñosamente.

A Virginia, le parecía un hombre muy agradable y simpático. Era bajito y un poco regordete, y su voz suave y melódica hacía de él una compañía muy grata con la que conversar.

—Supongo que le conoces mejor que yo. Para mí, Lucas es todavía un enigma en muchos aspectos. Creo que cada día descubro algo nuevo sobre él —reveló Virginia, mirándole directamente a los ojos a fin de que éstos delatasen si conocía los verdaderos motivos de este matrimonio.

—Sí, es todo un misterio. Hasta yo me quedé perplejo cuando me dijo que se casaba. No tenía ni idea de que mantuviese una relación.

—Bueno, lo cierto es que hemos sido muy discretos. Era preferible ser prudentes hasta descubrir lo que realmente sentíamos el uno por el otro. ¡Ha sido todo tan rápido!

—Desde luego. Nunca imaginé que lo vería felizmente casado. Aunque debo admitir que, cuando me lo dijo, deseé matarlo. No puedo creerme que, después de tantos años, todavía no me haya ganado su plena confianza. ¡¿Cómo pudo ocultarme algo así?! Te mantuvo escondida hasta casi el mismo día de la boda. ¡Es una calamidad!

A tenor de aquellas palabras, repletas de decepción, a Virginia ya no le quedó ninguna duda de que Gonzalo no era partícipe de la trama. «¿Con qué sangre fría podía Lucas ocultarle a su mejor amigo que su boda era una farsa? ¿Acaso era un hombre tan solitario e introvertido que no necesitaba compartir ni un gramo de su intimidad?»

Ella ya había tenido ocasión de comprobarlo cuando le confesó tener un hermano. Entonces ni siquiera le dio opción a preguntar sobre él. Se limitó a narrar el hecho de su parentesco y punto. Y, sin embargo, ella pudo percibir cómo se le partió el corazón cuando le mencionó. Era evidente que algo había

empañado la relación y estaba decidida a averiguar qué era eso tan terrible que había ocurrido entre los dos.

—Por fin te encuentro.

Lucas apareció, de repente, detrás de un seto.

—¿Gonzalo, serías tan amable de dejarme a solas con mi esposa? Me gustaría disfrutar de su compañía durante un rato.

—Claro, faltaría más —y se alejó de inmediato.

—Bueno, por fin solos. Estás realmente preciosa.

Virginia le sonrió tímidamente. Ella era una excelente comunicadora, pero ese hombre conseguía anular ese don sólo con mirarla.

—Por cierto, debo admitir que tu réplica a Bárbara fue de lo más aguda. Eso explica por qué eres tan buena escritora. Supongo que te referías a Vidasa al aludir lo que más querías y, por ende, a Daniel.

—Claro, ¿a quién si no? —contestó, con brusquedad.

—Virginia, espero que ahora que estamos casados, deje de ser el centro de tu malhumor. —Ella frunció el ceño. «¿Qué diablos quería decir con eso?»—. ¿O piensas seguir odiándome por arrastrarte a este... cómo le llamaste... maquiavélico plan?

—No sé de dónde has sacado esa absurda idea de que yo te odio. Lo cierto es que apenas te conozco y me eres indiferente. —Pero, en contra de lo que hubiese deseado, no le era en absoluto indiferente—. Tú quieres seguir siendo un próspero hombre de negocios y yo deseo que Vidasa resurja para cuando Daniel se recupere. Estamos juntos en este proyecto. Esto nos convierte en socios. Eso es todo.

Cada vez que Virginia mencionaba a su hermano su expresión se tornaba triste y abatida.

—Eso ya me lo has dejado perfectamente claro en numerosas ocasiones —respondió, algo contrariado por la manera cortante de dirigirse a él—, pero es indudable que debemos convivir durante algún tiempo. Te estaría enormemente agradecido si dejases de tratarme con tanta hostilidad.

«Convivir». Eso sí aturdí a Virginia. Más bien debería decir que le aterraba. Lucas no podía ni imaginar cuán equivocado estaba. No le odiaba, le resultaba imposible hacerlo; por el contrario, se sentía terriblemente atraída hacia él. Su corazón latía a cien por hora cuando él la miraba y su singular forma de combatir esa inexplicable atracción era maltratándole.

No sabía muy bien los motivos, pero le costaba comportarse con

naturalidad delante de él. Acostumbraba a ser siempre la que llevaba la batuta en toda relación y, hasta ahora, le había resultado muy fácil dominar a los hombres. ¿Por qué no podía actuar de igual modo con Lucas? ¿Por qué él anulaba sus sentidos hasta dejarla fuera de juego? Era completamente absurdo.

Lucas estaba frente a ella, a tan solo unos centímetros, mirándola fijamente a sus enormes ojos negros y preguntándose qué estaría pensando. Deseaba estrecharla entre sus brazos y besarla apasionadamente. Aquel ardor se hizo de pronto patente en esa incontrolable parte de su cuerpo que ocultaba bajo el pantalón.

Mierda, esa mujer le hacía perder el control y su plan se vendría abajo si tenía el más mínimo error. Debía seducirla lenta y sutilmente, sin evidenciar el gran interés que sentía por ella. Por Daniel conocía demasiado bien qué ocurriría si Virginia tenía la impresión de estar oprimida. Solo él debía manejar el ritmo de esta relación y no sucumbir ante ella, aunque no iba a resultarle nada fácil. La deseaba tanto que dolía.

El sol ya se había ocultado y comenzó a levantarse una ligera brisa fresca.
—Estás temblando. Será mejor que te abrigues.

Lucas se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Ese leve contacto y la fragancia varonil de su ropa la embriagaron hasta el punto de desear fervientemente que aquel hombre, ahora su marido, la arropase entre sus cálidos brazos y la besase de nuevo.

—Gracias —respondió precipitadamente para ocultar su nerviosismo.

Detestaba que fuera tan encantador. La hacía sentirse terriblemente cruel y despiadada al tratarle de forma tan injusta. Él se había ofrecido a ayudarla, sacrificando su reputación e incluso su estado civil, y ella le trataba como a un gusano. «¿Por qué?», se preguntó, y la respuesta era obvia: sentía algo por Lucas que le era imposible explicar. Quería conocerle más a fondo pero, al mismo tiempo, le atemorizaba lo que pudiera descubrir. No conseguía controlar su cuerpo, que se estremecía solo con mirarle y, para colmo, su imaginación le traicionaba con escenas eróticas con él como centro de sus fantasías.

—Creo que es hora de dar por terminada la fiesta. Es tarde. —apuntó Lucas, mirando el reloj.

Ahora debía enfrentarse a lo más duro, pensó Virginia: vivir en una casa que ni siquiera conocía, aparentar ser una fiel y enamorada esposa y rezar para que Vidasa volviera a posicionarse como la gran empresa que fue.

De regreso a Madrid, Virginia se limitó a mirar a través de la ventanilla del coche, inquieta por conocer lo que sería su domicilio durante no sabía cuánto tiempo. Lucas, al volante de un BMW azul marino, parecía tranquilo.

—¿Impaciente por conocer tu nuevo hogar? —preguntó, leyéndole los pensamientos.

—Aterrada, diría yo. Lucas, todo esto es un disparate. ¿Cómo vamos a engañar al personal de la casa? Ni siquiera me conocen. Pensarán que soy una golfa cazafortunas que te ha seducido.

—¡No digas tonterías! ¿Tiendes siempre a dramatizarlo todo? Supongo que es tu vertiente literaria.

—Mi vertiente literaria, ¿eh?

—Dime, ¿por qué habrían de pensar algo así? Te tratarán como lo que eres, mi mujer. Tranquila, lo harás bien. Son buena gente y estoy seguro de que se desvivirán por agradarte.

—Espero que tengas razón —añadió con tono de preocupación.

—Confía en mí. Te adaptarás estupendamente —repuso con dulzura.

Definitivamente, su marido era un hombre encantador cuando se lo proponía. Sin embargo, ella no acababa de confiar en él. No lograba quitarse de la cabeza esa escena de él arrastrando a aquella mujer por la fuerza. ¿Sería realmente Lucas un hombre honrado e íntegro?

Por otro lado, no dejaba de darle vueltas a su repentina y oportuna aparición con respecto a Vidasa. ¿Por qué diablos había aceptado él un trato tan arriesgado? Se jugaba no sólo su futuro profesional, dadas las acusaciones ya difundidas por Márquez, sino también su dinero. No le cabía ninguna duda de que Lucas planeaba algo que a ella, por el momento, se le escapaba; pero no iba a parar hasta descubrirlo. No era ninguna estúpida y allí había gato encerrado.

Hasta ahora, él se había comportado con ella de manera impecable, mientras que no se podía decir lo mismo de su actitud hacia Lucas. Desde el principio le había tratado de forma hostil y desagradable. Pero lo peor de todo era que Virginia no se sentía cómoda adoptando aquella conducta.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el coche se detuvo frente a una verja que empezó a abrirse lentamente y tras la que se divisaba una magnífica casa al final de un camino.

A medida que el vehículo se aproximaba a su destino, la impresión de Virginia iba en aumento.

La casa era un moderno chalé de dos plantas de líneas rectas, con una fachada de hormigón gris claro y grandes ventanales enmarcados en aluminio azul. Estaba rodeado de jardines, perfectamente cuidados, compuestos de plantas y árboles exóticos desconocidos para ella, que le daban un encanto especial. Viendo simplemente el envoltorio, Virginia podía hacerse una idea de cómo sería el interior. Estaba expectante por visitar cada estancia.

—Tienes una casa preciosa —exclamó. Lucas sonrió, orgulloso.

—Bien, me alegra oír eso. Es un buen comienzo. —Detuvo el coche y bajó—. Buenas tardes, Carlos. —Un hombre de unos cincuenta años salió a su encuentro—. Te presento a la señora Saldarriaga.

—Virginia, por favor —corrigió ella—. Encantada

Él se limitó a hacer un leve movimiento de cabeza.

—Carlos es el guardián y mayordomo. Se ocupa de todas las labores que conllevan el mantenimiento y el funcionamiento de la casa. Contrata al personal, elabora los menús junto con la cocinera, dirige las labores de limpieza... En fin, cualquier tarea que se te ocurra y más. No podría sobrevivir sin su inestimable ayuda. Todo lo que necesites, puedes pedirselo a él.

—Bien, eso haré.

—Enhorabuena por su reciente enlace, señora. Será un placer ayudarla en lo que haga falta —dijo Carlos.

Virginia notó cierta aspereza en el tono de voz del mayordomo. ¿Quizá pensaba que ella iba a usurparle su puesto?

Otra mujer de mediana edad apareció cuando entraban en el vestíbulo de la casa.

—Buenas tardes, señor. —Parecía alegre y jovial—. No sabe cuánto me alegro de conocer, finalmente, a la mujer que ha logrado atrapar el corazón del señor. —Miraba a Virginia con curiosidad y admiración.

—¡Raquel! —exclamó Lucas, divertido pero en tono reprobatorio. Estaba claro que Lucas gozaba de una excelente relación con sus empleados—. Raquel se ocupa de las labores de limpieza, junto con María, que por la hora que es, ya debe de haberse marchado. Como puedes ver, esta mujer tiene cierta tendencia a los culebrones. —Ella ignoró su comentario y siguió contemplando a Virginia sin perder detalle—. Raquel y Carlos viven aquí. Tienen las habitaciones junto a la cocina y, dado que yo viajo mucho, ellos cuidan de la casa en mi ausencia. Y ahora, creo que ha llegado la hora de que

conozcas el dormitorio.

Lucas la tomó de la mano. Subieron a la planta de arriba y la llevó por un largo pasillo. Virginia estaba expectante por ver el resto de las dependencias. Sin duda, lo que había visto hasta ahora no le había defraudado. La decoración era sencilla, moderna y con clase, tendiendo a lo minimalista. Finalmente llegaron a su destino. Lucas abrió la puerta y le cedió el paso.

La habitación era enorme y muy luminosa, acorde con todas las demás y, por todos los Santos, lo que se temía, ¡una sola cama! Las sospechas de Virginia se habían hecho realidad: tendrían que compartir habitación y cama. Al menos el tamaño era considerable; debía de medir unos dos metros.

Junto al enorme ventanal que daba acceso a una coqueta terraza, había un pequeño salón privado, con dos cómodos sillones separados por una peculiar lámpara de pie y un escritorio con una silla. Virginia supuso que él debía pasar mucho tiempo allí sentado, leyendo o trabajando.

Con satisfacción, observó que su preciada y antigua máquina de escribir se encontraba situada sobre el escritorio, rompiendo completamente la decoración de líneas rectas y modernas que impregnaba toda la estancia.

—Pensé que era el lugar idóneo para colocar tu máquina. Gonzalo me dijo que, al recoger tus cosas, la tenías en el dormitorio.

—Sí, suelo escribir cuando me desvelo y, por desgracia, últimamente eso me ocurre a menudo. Si bien es verdad que lo único que he conseguido ha sido aporrear las teclas sin ningún éxito. Con tantos problemas, la inspiración parece haberme abandonado.

A Virginia se le empañaron los ojos de lágrimas. Se sintió tremendamente incómoda por su falta de control. Aunque no solía dejarse llevar por las emociones, en esta ocasión no pudo evitar que la tensión acumulada de todo el día y la de los últimos meses, estallara al fin.

Lucas se acercó a ella y se limitó a abrazarla. Odiaba mostrarle sus debilidades pero, hallarse en esa habitación, nueva y desconocida, le hacía sentirse muy sola y desamparada. Tras unos minutos, se enjugó las lágrimas y se apartó de él, recomponiéndose.

—Pareces cansada. Ven, te enseñaré el cuarto de baño.

Era como encontrarse en un hotel de gran lujo. El baño contaba con una ducha de hidromasaje y una enorme bañera, que parecía un jacuzzi.

—Creo que te iría bien quedarte a solas y darte un buen baño caliente. Le diré a Francine que prepare algo ligero para cenar, si te parece bien.

—¡No podría probar ni un bocado! Por hoy ya he tenido suficiente. ¡Mi estómago va a reventar! Si no te importa, me daré ese baño y luego me quedaré descansando.

—Bien, entonces subiré un tentempié para mí. Se dispararían los rumores si, en nuestra primera noche juntos, me sentase a cenar solo.

—Lo siento, se me olvidaba que debemos guardar las apariencias —se disculpó Virginia—. Entonces, te acompañaré en la cena.

—Tranquila, no es necesario que alteres tus planes por mí —murmuró condescendiente—. En realidad, lo más apropiado para unos recién casados es encerrarse en la habitación hasta el amanecer.

Virginia sintió que se sonrojaba y retiró la mirada, confiando en que él no hubiese percibido su inquietud.

—Descansa. Yo vendré en un rato. Por cierto, hice colocar tu ropa en ese armario que está junto a la mesilla. Y creo haber visto dos toallas en el baño. Supongo que Raquel se habrá ocupado de que no te falte de nada; es una romántica empedernida. No quiero ni pensar qué hará cuando descubra que, bajo su mismo techo, vive una auténtica estrella de la literatura romántica. Deberías prepararte para el interrogatorio al que te someterá en cuanto se entere. —Consiguió arrancarle una sonrisa.

—Gracias por la advertencia. Estaré preparada.

Lucas estaba un tanto desconcertado por la actitud pacífica y sumisa de Virginia. No parecía la misma persona. Ella siempre encontraba cualquier pretexto para enfrentarse a él y hoy estaba desconocida.

No estaba del todo convencido de si el nuevo papel que desempeñaba su reciente esposa era de su agrado. ¿Significaba aquello que habían firmado la paz? ¿O simplemente era una tregua debido al cansancio y al estrés acumulado del día? Seguramente, tendría que esperar hasta la mañana siguiente para descubrirlo.

Y, en efecto, Virginia estaba totalmente descolocada. Los acontecimientos del día la tenían aturdida. Había contraído matrimonio con un perfecto desconocido, al que por otro lado había besado apasionadamente. De no haber estado en un sitio público, quién sabe lo que hubiese ocurrido. Y ahora se encontraba a escasos minutos de compartir dormitorio y cama con ese mismo hombre. Todo había sucedido a velocidad de vértigo y le parecía mentira haber llegado tan lejos con ese asunto. Confiaba en no tener que arrepentirse.

La atracción entre ambos se palpaba en el ambiente y ella no debía bajar

la guardia. Era obvio que Lucas era un embaucador que lograría seducirla si no estaba alerta. Aunque bien mirado, ¿qué tenía de malo tener una tórrida aventura con él?

«No digas sandeces, Virginia —se dijo a sí misma—. No estás escribiendo una novela, se trata de tu vida. Y está claro que Lucas no es precisamente el hombre que te conviene: mujeriego, arrogante, engreído y quién sabe si maltratador.» Aunque, no sabía por qué, se negaba a creer esto último.

Transcurrido un tiempo prudencial que Lucas consideró suficiente para que Virginia tomase un baño, regresó a la habitación. Abrió la puerta y ella le dedicó una discreta sonrisa que le hizo enloquecer. Deseó que su matrimonio fuera real.

Llevaba puesto un pijama de pantalón largo ajustado, de color gris, y una camiseta blanca con dibujos. El pelo, ligeramente húmedo, le caía sobre los hombros. Estaba realmente hermosa. Sostenía un libro y tenía el rostro más relajado.

Lucas trató de controlar el impulso salvaje de abalanzarse sobre ella y hacerle el amor hasta quedar exhausto. Con toda la serenidad que le fue posible, se desajustó un poco el nudo de la corbata, quitándosela por la cabeza sin deshacerlo. Luego, se sacó la camisa del pantalón y comenzó a desabrocharse los botones pausadamente. Cuando terminó, lanzó la camisa a la cama, exponiendo su pecho a la mirada aprobatoria de su esposa.

Virginia no lograba retirar sus ojos de él. Tenía un cuerpo perfecto. Su torso moreno y fibroso parecía sacado de una escultura de Bernini, con cada músculo y cada vena perfectamente dibujada. Pero cuando Lucas procedió a desabrocharse el pantalón, decidió que era el momento de poner fin a aquel maravilloso espectáculo o, en breve, no sería dueña de sus actos.

—Veo que entre tus innumerables aficiones se te olvidó mencionar tu tendencia al exhibicionismo —dijo con ironía.

—Vamos, Virginia, no pretenderás hacerme creer que te escandaliza verme así. No me cabe la menor duda de que has visto a muchos hombres con bastante menos ropa de la que llevo yo en este preciso instante e, incluso me atrevería a decir, que lo has pasado en grande con muchos de ellos —respondió Lucas, desnudo, salvo por sus negros calzoncillos ajustados Calvin Klein.

—Sí, pero con un pequeño matiz: siempre fui yo quien eligió a esos

hombres, no me los impusieron. ¿Qué te hace pensar que deseo verte a ti?

—*¡Touché!* Y ya que has resultado ser tan pudorosa, en contra de mi costumbre, me pondré el pantalón del pijama para que tu honor no quede en entredicho. ¿Contenta?

«En absoluto», pensó Virginia, que se moría de ganas de que el striptease continuase.

Vestido exclusivamente de cintura para abajo, Lucas se sentó en el sillón que quedaba libre junto a ella.

—¿Puedes explicarme cómo puedes escribir con semejante trasto? — Lucas observaba la vieja máquina de escribir.

—Permíteme que te recuerde que gracias a ese trasto, como tú lo llamas, he logrado alcanzar mi sueño de ser escritora —replicó orgullosa.

—Eso no lo pongo en duda. Lo que me sorprende es que no hayas sustituido esta antigualla por un moderno y práctico ordenador. Ahorrarías tiempo y ganarías calidad.

—Quizá, pero lo encuentro algo... impersonal. Me gusta escribir a máquina. Y, además, estoy encariñada con ella, es mi incondicional compañera de trabajo. Hemos compartido nuestros éxitos.

—Pues te sugiero que vayas pensando en comprarte una nueva, porque esa se cae a pedazos. ¡Debe de tener más de quince años!

—Puede que lleves razón, pero eso implicaría tener que ir a la tienda. — Hizo una breve pausa—. Y he de admitir que detesto ir de compras.

—Eso sí que no me lo creo. Serías la única mujer sobre la faz de la tierra que no disfruta gastando todos sus ahorros en comprar trapos y demás baratijas —replicó Lucas, algo escéptico ante aquella inusual confesión.

—Bueno, Daniel insiste en que tengo mi lado masculino muy desarrollado. Al parecer no soy como las demás chicas. Yo amo mi independencia, adoro mi libertad, odio las compras y, lo más terrible de todo, tengo verdadero pavor a los compromisos emocionales. Como puedes ver, mi querido hermano tiene una fascinante imagen de mí...

—Sinceramente, yo no veo nada de masculino en ti —murmuró Lucas con tono sensual, clavándole los oscuros ojos negros en su provocativa figura—. Es más, te encuentro deliciosamente femenina —susurró, despertando un deseo ardiente y salvaje en Virginia—. Eres todo un misterio, *señora Saldarriaga*.

—No te rindes nunca, ¿no es así, Lucas? Disfrutas coqueteando con todo aquello que revolotea a tu alrededor.

—No te subestimes, querida. Tú no eres cualquier cosa que revolotea a mi alrededor. Y en respuesta a tu pregunta, te diré que sí, que disfruto mucho en compañía de una mujer hermosa e inteligente; pero no siempre mis fines son sexuales. No soy tan primitivo.

Virginia no supo qué decir. ¿Era Lucas un mujeriego? ¿Un seductor? ¿O simplemente le gustaba hacer juegos de palabras?

Lucas se lo pasaba en grande provocando a Virginia. Era difícil dejarla fuera de juego y, en esta ocasión, tenía la plena seguridad de haberlo logrado. Ella estaba perpleja ante su última afirmación.

No dejaba de pensar en cómo sería estar casado de verdad y hacerle el amor cada día. Desde que la conoció había soñado compartir noches enteras con ella y, ahora que estaban tan cerca, debía luchar contra sí mismo para frenar los primitivos impulsos sexuales que ponían su corazón, y algo más, a seis mil revoluciones por minuto.

—Supongo que esa cama no es sólo para mí —preguntó Virginia con sarcasmo, señalando el mueble.

—Eres muy perspicaz...

—¿Y en qué lado se supone que debo dormir yo?

—Virginia, en cuestión de camas, no tengo manías. —El tono tenía un deje de picardía.

—¡Eres incorregible!

Esa noche ninguno de los dos logró conciliar el sueño. La presencia del otro, su olor, su respiración, y saber que estaban tendidos a escasos centímetros el uno del otro, convertían la difícil tarea de relajarse en un imposible. Les distanciaba exactamente la longitud de un brazo; cualquiera de los dos podría extenderlo y tendría al otro a su merced.

CAPÍTULO 4

Habían transcurrido dos largas semanas desde el día que contrajeron aquel peculiar matrimonio, pero apenas tenían ni un segundo para verse.

Virginia hacía verdaderos esfuerzos para no sucumbir a su propia rebeldía. Estar enclaustrada en aquella casa le producía claustrofobia. ¡Y para colmo hacía días que no sabía nada de Lucas! Estaba tan inmerso en su papel de salvador que no encontraba tiempo para nada más, pensó, aUn sabiendo lo egoísta que estaba siendo con él.

Lucas se levantaba muy temprano y pasaba prácticamente el día entero trabajando en Vidasa.

Ahora conocía con exactitud las dificultades económicas que atravesaba la empresa, centrando su valioso tiempo en conocer al personal y los entresijos de la fábrica.

—Fernando, ¿podrías explicarme el proceso de manipulación, preparación y envasado? —preguntó Lucas al jefe de fábrica, mientras se adentraban en las cocinas.

—Claro —respondió con amabilidad—. Como le expliqué ayer, solo los manipuladores de alimentos están autorizados a entrar en las cocinas y en la cámara refrigerada. Van todos perfectamente uniformados con la bata, guantes y gorro correspondientes para evitar el contacto directo con los alimentos.

—Ajá, de la misma guisa que vamos nosotros.

—Creo que no es presuntuoso decir que disponemos de uno de los mejores programas de procedimiento de manipulación de alimentos.

—Lo sé —asintió, mostrándole su interés.

—Con el fin de evitar la contaminación cruzada, utilizamos distintas superficies y utensilios para manipular alimentos crudos y cocinados. Al final de la jornada de trabajo se procede a la desinfección total.

—¿Cómo se realiza la conservación de alimentos?

—Las materias primas y los productos intermedios y finales que precisen mantenimiento a temperatura regulada se almacenan separadamente y protegidos en recipientes de materiales aptos para su uso en industria alimentaria. Hay una temperatura estipulada para cada fase; es decir, para el almacenamiento, conservación, transporte y venta.

—¿Y qué me dice de la congelación de alimentos? ¿Son equipos independientes?

—Disponemos de un equipo que permite una congelación rápida en el menor tiempo posible, tal y como establecen las normas, así como otro para el mantenimiento de estos productos congelados.

—Ya veo que está todo estudiado al milímetro.

—¡Todo! —corroboró con el rostro teñido de orgullo—. Cuando se termina con la elaboración de la comida, se conserva en la cámara hasta que es empaquetada. Ya sabrá que nuestro envase, de cierre hermético, es mundialmente conocido por su gran resistencia a los cambios de temperatura, aumentando el tiempo y la capacidad de conservación de la comida.

—Claro, ¿quién no conoce el envase de los productos Ñam-Ñam?

—Luego se etiqueta y se almacena, protegida de la contaminación, hasta que se distribuye al cliente.

—A pesar del gran volumen que se mueve, parece una secuencia limpia y sencilla. ¿Cómo es posible que un proceso tan mecanizado haya sufrido tantos fallos durante estos meses de atrás? Tengo entendido que hubo algún problema.

Fernando Casado se quedó pensativo durante unos segundos, algo contrariado ante la repentina curiosidad de su jefe.

—Yo tampoco me explico qué ha podido pasar. Ya le habrá contado la señorita Virginia, la señora, quiero decir, que durante este tiempo que ha faltado Daniel parece que una maldición haya caído sobre la empresa.

—Explíquese, ¿quiere?

—Bueno, los contratiempos se iban sucediendo... —Hizo una pausa, como si temiese una represalia, pero Lucas le invitó a continuar con un suave gesto de cabeza—. Como le iba diciendo, una vez por semana, muy temprano, tres de nuestros empleados más fieles van a Mercamadrid, donde se aprovisionan de la verdura, fruta, carne y pescado necesario para hacer frente a los pedidos de los siguientes días. Pero, incomprensiblemente, cuando llegaba el momento de cocinar siempre faltaba algún alimento imprescindible. Ellos aseguraban haber comprado todo, pero parecía extraviarse por el camino.

—Ya. Y eso, ¿cuándo sucedió exactamente?

—Yo diría que fue durante las Navidades pasadas. Luego Virginia decidió que la única manera de atajar este misterio era supervisar personalmente la compra. Y el problema se solucionó, pero surgieron otros —dijo con un tono cargado de frustración.

Lucas no podía dejar de compadecer a Virginia. Imaginaba lo duro que

debió ser estar pendiente de cada detalle, sin preparación alguna para hacer frente a las vicisitudes de un negocio de estas características.

—Luego fue la maquinaria. Se estropeaba continuamente, lo cual provocó el retraso en la entrega de varios pedidos de clientes importantes.

—Entiendo.

—Fueron momentos de mucha tensión y estrés. En innumerables ocasiones, el mecánico no daba con la avería, obligándonos a detener la cadena de producción durante días enteros. Los encargos se iban acumulando y los clientes nos iban abandonando. Faltó poco para que a Virginia y a mí nos diese un ataque al corazón. Se pasaba las horas colgada al teléfono tratando de justificar lo injustificable y calmando el evidente descontento de muchos de los afectados; pero sin mucho éxito. Los rumores sobre la pésima gestión de la empresa comenzaron a propagarse y el número de pedidos cayó en picado.

—¿Significa eso que la maquinaria está ya obsoleta? —preguntó Lucas, sacando una precipitada conclusión.

—No, en absoluto. Eso es lo absurdo del caso. La maquinaria está en un estado excelente. De hecho las averías se debieron al desajuste de algunos tornillos y tonterías como esa. Nada serio. Eso hizo más difícil encontrar el origen de las malditas averías.

—Ya entiendo. ¿Algo más que yo deba saber? —inquirió, tratando de encontrar una explicación coherente a lo que Fernando acababa de relatarle.

—No, creo que eso es todo.

Lucas estaba bastante contrariado. ¿Cómo era posible que una empresa solvente, con experiencia sobradamente demostrada, se fuese a pique en seis meses? No parecía que Virginia se hubiese despreocupado. Todo lo contrario; había estado pendiente de cada detalle, sin embargo, el control se le había ido de las manos.

Se dirigió al despacho de Oliver, dispuesto a aclarar algunas dudas sobre este asunto.

—Adelante, Lucas —dijo, sacudiendo la cabeza—. Chico, estás hecho un asco. Pareces cansado. ¿No has dormido bien esta noche?

—¡Si solo fuera esta noche! —se lamentó Lucas—. Oliver, he estado hablando con Fernando acerca de los desgraciados incidentes que ocurrieron durante los meses que Virginia se hizo cargo de la empresa. ¿Sabes tú algo de eso?

—No tengo ni idea de qué me estás hablando. Sí, es cierto que hubo algún

que otro problemilla, pero nada fuera de lo normal.

—¿Nada fuera de lo normal? —repitió contrariado—. ¿Quieres decir que cuando Daniel todavía dirigía la empresa también solía desaparecer comida?

—Lo cierto es que no, pero supongo que siempre hay una primera vez. ¿A dónde quieres llegar, Lucas?

—No lo sé. Simplemente hay cosas que no encajan.

—¿No será que Virginia te está contagiando su tendencia a la fantasía?

—Lo dudo, apenas la veo —confesó, sin disimular su malestar al respecto.

Muy a su pesar, el propósito de sacar adelante Vidasa absorbía todo su tiempo. Nunca llegaba a casa antes de las doce de la noche y, para entonces, estaba tan agotado que solo soñaba con dejarse caer sobre la cama y conformarse con contemplar el cuerpo que yacía dormido junto a él.

—Lucas, recuerda que sois un matrimonio de recién casados. Deberías esmerarte más en tu papel de marido devoto.

Oliver había dicho la última frase en tono divertido pero con la clara intención de advertirle de la importancia de su papel en esta farsa.

—Lo sé, lo sé. Es más, creo que he terminado por hoy. Me voy a casa con mi mujer —replicó con expresión de intensa malicia, siguiéndole el juego.

Virginia aborrecía los interminables días a los que se había reducido su vida desde que accedió a casarse con Lucas.

Era cierto que antes se quejaba de no tener ni un minuto para sus cosas, pero ahora soñaba con ver girar las manillas del reloj a toda prisa para poder meterse en la cama, cerrar los ojos y olvidar la angustia que le acechaba a cada segundo.

Sus preocupaciones se habían multiplicado por dos: no solo debía esperar el milagro de que su hermano se recuperase, sino que, además, había dejado la supervivencia de Vidasa en manos de un auténtico desconocido con el que, para más inri, compartía cama cada noche. ¡Esto era de locos!

Al menos antes tenía la sensación de estar haciendo algo útil por Daniel, ocupándose personalmente de Vidasa, pero ahora ahora solo se lamentaba.

Desde que se levantaba hasta que se acostaba, su vida no era otra cosa que pura apatía y regocijo de su mala suerte. Lo paradójico del caso es que, precisamente ahora que disponía de más tiempo para escribir, no lograba teclear ni una sola frase que le sirviera de comienzo para una nueva y apasionante historia. Era como si la tensión de todos esos meses hubiera acabado con su, antaño, inagotable inspiración.

Las mañanas las pasaba con Alicia, pero las tardes, sin misión alguna, se le hacían infinitas. Además, le costaba aceptar la evidente tensión sexual que existía entre Lucas y ella. Por eso, cada noche fingía estar dormida cuando él llegaba, creyendo que de este modo acabaría con sus confusos sentimientos.

Los primeros días estuvo entretenida conociendo al personal de la casa. Francine, la cocinera, era una mujer seria y de una elegancia asombrosa. María era una joven hacendosa, callada y algo tímida. Alberto, el jardinero, era un joven de aproximadamente su misma edad, alto, delgado, de complexión fuerte y extremadamente guapo. Y, por último, Javier era el encargado de la seguridad de la casa.

Todos ellos la habían recibido y aceptado con total normalidad e incluso, como en el caso de Raquel, con suma alegría. Todos salvo Carlos, cuyo trato era correcto pero frío y distante. Le exasperaba su actitud altiva y su mirada amenazante, con la que se topaba en cada rincón.

En todos los aspectos, ese hombre conseguía ponerle la piel de gallina. Su alargada figura, su rostro huesudo y algo cadavérico, su mirada impertérrita e inquisitiva hacían de él un ser absolutamente peligroso al cual Virginia trataba de evitar por todos los medios. Era más que evidente que ella no le gustaba. Seguramente la tachaba de oportunista y, por eso, la vigilaba como un lobo hambriento acechando a su presa.

«¡Mayo, por fin! Al menos, ahora podré ver salir el sol cada día», se dijo Virginia, sentada cómodamente, mientras contemplaba las rosas ya florecidas en el jardín.

Sin duda alguna, el jardín era su rincón favorito. Le transmitía paz y sosegaba la angustia que parecía ahogarle en algunos momentos críticos del día.

Al jardín se accedía desde el salón a través de unas enormes cristaleras correderas que daban paso a una terraza, decorada elegantemente con una mesa y unos cómodos sillones de mimbre que invitaban irremediabilmente al descanso.

A ella le encantaba ver cómo Alberto, el jardinero, se esmeraba en cuidar y mimar cada planta de su preciado paraíso. Incluso en ocasiones, le resultaba cómico ver a un hombre de apariencia tan varonil susurrarles bonitas palabras cuando las podaba o regaba. Se le veía comprometido con el trabajo, serio y eficiente.

—Señora, perdone que me entrometa, pero no debería permitir que el

señor trabaje tanto. Por Dios bendito, unos recién casados deberían pasar más tiempo juntos —le comentó Raquel, mientras retiraba la taza de café de la mesa del jardín.

—Tienes razón, pero las circunstancias no han acompañado demasiado —murmuró Virginia, sin ninguna intención de ahondar en el tema.

—Lo sé, lo sé, señora. Siento muchísimo lo de su hermano. Debe ser terrible no poder hacer nada por ayudarlo.

Había podido comprobar que Raquel era una charlatana y, aunque a veces se entrometiese demasiado en su vida privada, le gustaba tener a alguien con quien hablar. En esos momentos, Carlos se acercó al jardín, llevando el teléfono inalámbrico consigo.

—Señora, es para usted. Su cuñada —dijo con voz grave y cascada.

—Oh, gracias. —Tomó el teléfono con urgencia—. Hola Alicia, ¿va todo bien?

—Me acaban de llamar del hospital. El doctor quiere verme.

—Pero, ¿no te han dicho para qué quieren verte?

—No, simplemente que debía estar allí a las siete.

Virginia pretendía mantener a raya las emociones y disimular su evidente turbación. Miró el reloj, eran casi las seis y media.

—Estaré ahí en media hora —colgó muy confusa y alarmada.

Virginia estaba francamente inquieta tras la llamada de Alicia.

Durante aquellos quince días, había visitado a Daniel en varias ocasiones y no había observado nada fuera de lo normal.

Se arregló todo lo deprisa que pudo, subió a su Mini descapotable, se abrochó el cinturón y condujo a toda prisa y de un modo algo atolondrado. Se plantó en el hospital en veinte minutos.

Cuando llegó a la habitación de Daniel, Alicia estaba visiblemente nerviosa. Se paseaba apresuradamente de un lado a otro, ensimismada en sus pensamientos. Ni siquiera la escuchó llegar.

—Hola Alicia, ¿qué ocurre? —preguntó Virginia mientras se acercaba a su hermano, tendido en la cama, y le daba un beso.

La tranquilizó ver que Daniel estaba todo lo bien que se podía estar en aquellas circunstancias y que, a simple vista, no había sufrido ningún empeoramiento.

—No lo sé exactamente. —A Alicia se le quebraba la voz—. Como te dije, hace una hora me llamaron del hospital para decirme que el doctor quería

verme.

Pensativa, cogió la mano de Alicia. Era terrible ver a Daniel enganchado a cientos de tubos y rodeado de máquinas cuyo único fin era mantenerle con vida.

—Ya. Cálmate, no será nada importante. Daniel está bien. Mira, duerme plácidamente.

—Por Dios Santo, como envidio tu autocontrol.

Virginia le dedicó una leve sonrisa, procurando mostrar esa calma que le rogaba a su cuñada y que ella no hallaba por ninguna parte. Los nervios empezaban a traicionarla.

En ese preciso instante, el médico entró en la habitación. Llevaba una carpeta bajo el brazo, que supuso sería el historial de Daniel.

—Buenas tardes, señoras.

El doctor lucía una amplia sonrisa dibujada en la cara, la cual no presagiaba malos augurios. Después de más de siete meses de ingreso hospitalario, había alcanzado un trato más cercano con la esposa de su paciente.

—Alicia, te he mandado llamar por una razón. Ante todo, por favor, quiero advertiros de que debéis tomar mis palabras con suma cautela.

—¿De qué se trata, doctor?

—Esta mañana se ha registrado cierto movimiento en el monitor de Daniel. Creemos que puede deberse a un aumento en la actividad cerebral.

—¿Cómo?!

Virginia no podía contener la emoción. Apretó la mano de su cuñada, que suspiró aliviada.

—Es pronto para sacar conclusiones, pero podría ser un comienzo. Es posible que la pequeña rehabilitación a la que está siendo sometido cada día haya dado sus frutos al fin.

El médico hablaba de manera pausada y midiendo cada una de sus palabras. Se trataba de un tema muy delicado y era obvio que no quería darles excesivas esperanzas.

—He dado orden de intensificar la rehabilitación desde mañana mismo. Ojalá pudiera deciros algo más, pero habrá que esperar algún tiempo hasta realizarle otras pruebas y recabar más información.

—Gracias, doctor. Gracias.

Alicia no daba crédito a la excelente noticia. Por fin Daniel daba alguna

señal de estar vivo.

—Es estupendo —repuso Virginia con una sonrisa de gratitud.

Ambas amigas se dieron un prolongado abrazo. No era para menos.

Virginia entró en casa, radiante y con un hambre feroz. No podía creer que al fin la suerte le estuviese sonriendo de nuevo. ¡Añoraba tanto a Daniel! Si tan solo pudiera decirle cuánto le quería una vez más, se sentiría tremendamente agradecida.

Se dirigió al comedor, deseando que la cena estuviese servida.

Abrió la puerta y se encontró de frente con el rostro de Lucas, que la escudriñó con una mirada traviesa.

Hacía días que no lo veía. Había intentado evitarle por todos los medios, pero ahora que lo tenía delante era consciente de lo mucho que le había echado de menos.

—Oh —dijo ella sorprendida ante su inesperada presencia—. ¿Cómo tú por aquí?

—Vivo aquí, ¿recuerdas?

Lucas lucía una encantadora sonrisa, pero Virginia observó que Carlos no les quitaba los ojos de encima desde el otro extremo del amplio comedor. Fingía supervisar que la mesa estuviese lista para la cena, pero estaba analizando aquel frío recibimiento.

Entonces, se acercó a Lucas y le dio un apasionado beso de bienvenida, con el único fin de enfurecer al mayordomo. Le aterraba esa mirada oscura e impermeable.

—¡Qué sorpresa! ¡No te esperaba tan pronto!

Lucas no salía de su asombro. Tenía todavía el sabor de Virginia impregnado en sus labios. Estaba claro que ella se había tomado muy en serio su papel de enamorada esposa.

—Vaya, qué agradable recibimiento. Creo que a partir de hoy llegaré temprano todos los días.

Le tendió la mano gentilmente para ir hacia la mesa. ¡Cómo ansiaba pasar una tranquila y agradable velada con ella!

—¿Cenamos? Estoy hambriento y hace días que no disfruto de uno de los succulentos platos de Francine. ¿No te dije que era una cocinera excelente?

Tomaron asiento mientras Lucas saboreaba de antemano los manjares que Carlos iba dejando sobre el mantel.

—¿Vino blanco o tinto? —La miró fijamente.

—Blanco. Creo que con la lubina a la sal irá perfecto —contestó ella, disfrutando de cada minuto que pasaban juntos.

—Perfecto. ¿Y puedo saber de dónde vienes a estas horas? Raquel me ha dicho que saliste a toda prisa y en un estado de nervios considerable. ¿Va todo bien?

—Vengo del hospital.

La expresión de Lucas se tornó expectante y sombría.

—Parece que Daniel ha sufrido una ligera mejoría. El monitor registró ciertos estímulos del cerebro.

—¡Virginia! ¡Qué buena noticia! Eso hay que celebrarlo —y alzó su copa para hacer un brindis.

—¿No es maravilloso? —dijo ella, chocando su copa contra la de él.

Lucas nunca la había visto tan radiante. Estaba muy hermosa y no pudo evitar quedarse absorto, contemplándola durante un largo minuto.

—¡Lo estás haciendo otra vez!

—¿El qué?

—Mirarme de ese modo tan...

—¿Y cómo se supone que debo mirarte?

Había hecho la pregunta en tono seductor. Las quejas de Virginia le habían excitado.

—¿Crees que sería posible cenar y mantener una conversación amena y trivial, sin que me incomodes con tus constantes coqueteos?

—Eres increíble. Cualquier mujer se sentiría halagada y, sin embargo, tú...

Ella le interrumpió, sin darle opción a terminar lo que tenía que decir.

—Ya te advertí que no soy como las demás mujeres y, mucho menos, como a las que indudablemente frecuentas.

A Lucas le fascinaba su forma refinada de hablar.

—De eso no me cabe la menor duda. Eres hermosa, elegante, decidida, inteligente, algo caprichosa y muy orgullosa. Ah, además de endiabladamente tozuda.

—¿Es ese su veredicto final, señorita? —preguntó con afectación.

Virginia estaba disfrutando de la cena y de la ligera confrontación entre ellos. De hecho, era imposible que estuviesen ni cinco minutos juntos sin enzarzarse en alguna batalla verbal.

—Ahora entiendo por qué Daniel estaba siempre tan pendiente de tu vida.

¿Eres consciente de cuánto se preocupa él por ti y, muy en particular, por tus relaciones con el sexo opuesto? Ahora comprendo por qué.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber qué diablos quieres decir con eso?

A Virginia le fastidió esa afirmación tan frívola. La estaba juzgando sin conocerla.

—Vamos, Virginia, los dos sabemos que tus relaciones no han sido precisamente de lo más corrientes. Daniel solía hablar de ti constantemente, lo cual incluyó algún sórdido capítulo de tu vida amorosa.

—Sinceramente, Lucas, no creo que eso sea de tu incumbencia —suspiró, visiblemente molesta—. Por el amor de Dios, tengo más de treinta años, ¿en qué estaría pensando Daniel al hablarte de mí? ¡Apenas me conocías!

Aunque el carácter sociable, abierto y comunicativo de su hermano era algo a destacar, no imaginaba qué siniestro motivo le había impulsado a confiarle a Lucas las intimidades de ella. ¡Tendría que darle una buena reprimenda a Daniel por ir hablando acerca de su vida sin ningún pudor!

—Pues, ya ves, sé mucho más acerca de ti de lo que imaginas.

Se preguntó hasta qué punto conocería él esa parcela oscura de su personalidad. No era la parte de la que se sentía precisamente más orgullosa.

Era bien consciente de sus temores y prejuicios respecto al amor y cómo, de forma inconsciente, los trasladaba a cada uno de sus noviazgos, machacando sentimentalmente a sus parejas hasta acabar con cualquier resquicio de amor que pudiera existir. Pero, al contrario de lo que muchos pensaban, ella también sufría al terminar cruelmente con las esperanzas de todos ellos, poniendo de manifiesto su más absoluta incapacidad por mantener viva una relación. ¿Sería capaz de amar algún día?

—No sé qué te habrá contado Daniel acerca de mis... —Se detuvo, avergonzada ante su nefasto historial.

—¿Amantes?

—Parejas —rectificó ella, con expresión seca y rotunda—. Para tu información, Daniel tiene un concepto bastante equivocado del amor. Tiende a idealizarlo por el mero hecho de haber encontrado a una persona maravillosa con quien compartir su vida; pero la realidad suele ser bien distinta.

—Y, según tú, ¿cuál es esa realidad?

—La gran mayoría de parejas son una auténtica mentira, alimentadas por el engaño y la hipocresía. A Daniel le cuesta entender que no todos hayamos encontrado a nuestra pareja ideal antes de los treinta.

Lucas percibió amargura en su tono de voz.

—Y, ¿se puede saber el nombre del hombre que te ha causado tanto escepticismo y resentimiento hacia el amor? Has debido sufrir mucho para llegar a una conclusión tan drástica.

—Te equivocas. Hace mucho tiempo que descubrí que el amor eterno es un imposible y jamás permito que una relación me haga daño. Cuando termina, dejo que se esfume sin más —mintió con frialdad.

Pero ella era consciente del motivo de su particular concepto del amor. Quizá por eso sus novelas estaban enmarcadas dentro del género romántico. Solo a través de la ficción era capaz de imaginar una unión perfecta entre un hombre y una mujer.

—Espero que algún día aparezca el hombre que te haga cambiar de opinión.

—Olvídalo. Es imposible que eso suceda. ¡Soy una causa perdida! Seré una eterna solterona, dedicada a la vida alegre y a los placeres más pecaminosos —rio Virginia.

Aquel comentario hizo que Lucas ardiese, deseando llevarla a la cama y poseerla hasta quedar sin aliento.

La postura de Virginia frente al amor era peor de lo que él jamás hubiera imaginado. No solo estaba dispuesta a renunciar a él, sino que tenía el absoluto convencimiento de que, aun encontrándolo, esforzarse por conservarlo era una pérdida de tiempo puesto que nada duraba para siempre.

Era evidente que se había provisto de una coraza para protegerse del dolor de amar y ser amada. Iba a tener que emplearse a fondo si quería conquistarla y Dios sabía que la deseaba más que a cualquier otra cosa en el mundo.

Aquel día, como todos los anteriores, ninguno de los dos pudo conciliar el sueño. La presencia del otro en el lecho, junto con la frustración por no dominar el permanente deseo, hacía de cada noche una auténtica tortura. ¿Hasta cuándo?

CAPÍTULO 5

Lucas no dejaba de pensar que todos los desafortunados incidentes ocurridos en Vidasa durante los meses anteriores no eran fortuitos.

Pero había una pregunta que resaltaba sobre todas las demás: ¿por qué?

«¿Por qué alguien querría destruir una empresa que era un auténtico orgullo, digna de envidia para cualquier empresario por su eficacia y por la implicación de sus trabajadores, que se sienten parte imprescindible del éxito de la misma?», se preguntó Lucas, desalentado.

Se dirigió hacia el despacho del jefe de personal con la intención de averiguar algo más sobre la sospecha que le atormentaba y que le estaba ocasionando un terrible dolor de cabeza.

—Buenos días, Diego, ¿podrías darme un listado actualizado de todo el personal, con la fecha de incorporación en la empresa y el cargo que desempeña? —preguntó Lucas con aire despreocupado.

—Claro. ¿Puedo saber para qué lo necesita, señor Saldarriaga? —preguntó mirándole desconcertado ante lo inusual de la petición—. ¿Ocurre algo?

—Nada —mintió Lucas—. Tengo por costumbre conocer a fondo a todos los empleados con los que trabajo. Me permite tener un trato más cercano.

—Ah, entiendo. Trataré de facilitárselo a lo largo de la mañana.

—Estupendo. Muchas gracias.

Lucas esperaba sentado en la mesa del restaurante la llegada de su gran amigo Gonzalo Bárcenas.

Con él como socio emprendió su aventura de empresario creando la cadena de supermercados Taste me. Ese fue el comienzo de su vertiginosa carrera profesional, lo que le permitió alcanzar la notoriedad suficiente para que le ofrecieran un importante puesto en el Ministerio de Industria. Así se introdujo en el mundo de la política, lo que le obligó a tener que renunciar a sus negocios particulares, vendiendo su parte de los mismos a su socio.

—¡Lucas! —Su amigo sacudió la mano a modo de saludo mientras atravesaba la entrada del restaurante. Sorteó algunas mesas hasta llegar a su destino y le tendió la mano—. ¿Ocurre algo? Parecías algo preocupado por teléfono.

—Hola Gonzalo, siéntate —respondió, hojeando la carta—. Creo que el confit de pato es excelente.

—¿Y bien? ¿De qué se trata esta vez? —murmuró, impaciente por saber qué era eso tan importante que Lucas tenía que decirle.

—¿Has encontrado la tarjeta de visita que te pedí? —preguntó Lucas, expectante. Gonzalo le extendió la tarjeta—. He perdido la mía. Estaba seguro de haber grabado el número en el teléfono móvil, pero debió de ser en algún terminal antiguo.

—Detective privado Andrés Riquelme —dijo Gonzalo—. Y ahora, quieres decirme qué es lo que está pasando. Me tienes en ascuas. ¿Virginia se encuentra bien?

—Estupendamente. Se trata de Vidasa.

Lucas no pudo evitar esbozar una sonrisa al pensar en su mujer.

Gonzalo arqueó las cejas. ¿Qué demonios era eso tan misterioso que había obligado a Lucas a recurrir de nuevo a un detective privado?

—¿Vidasa? Explícate.

—En estas semanas he descubierto que durante los meses que Virginia se hizo cargo de la empresa ocurrieron ciertos incidentes extraños.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Gonzalo, impaciente.

—La comida desaparecía, la maquinaria se estropeaba...

—Lucas, no veo qué tiene eso de extraño. También nos ha ocurrido a nosotros en muchos de nuestros negocios. ¿Cuántas veces algún empleado desleal nos ha robado parte de la recaudación del día o alimentos del almacén? Es de lo más normal.

—No lo entiendes...

Trató de explicarle, de la forma más objetiva posible, lo que había descubierto tras su reveladora charla con el jefe de fábrica y cómo, a pesar del esfuerzo de Virginia por tenerlo todo controlado, el asunto le había conducido a una situación crítica.

Gonzalo escuchaba atentamente, analizando la información. Conocía lo suficiente a Lucas para saber que tenía una mente privilegiada para los negocios y que no solía equivocarse en sus intuiciones. Pero, en este caso, no acababa de verle el sentido a aquellas sospechas.

—¿Entiendes ahora mi preocupación? Es una empresa que funciona prácticamente sola. Cada eslabón de la cadena está perfectamente ligado al anterior y se lleva a cabo con la mayor precisión.

—Ya.

—Fíjate lo que te digo: aunque Virginia hubiese desatendido el negocio,

que no fue así —aclaró con la intención de salvaguardar la profesionalidad de su esposa—, Vidasa hubiese podido continuar a flote sin el menor problema.

—Vamos a ver si te entiendo. ¿Estás tratando de decirme que alguien ha querido boicotear la empresa?

Lucas asintió, aliviado de poder compartir sus temores con un amigo.

—Pero los dos conocemos lo suficiente a Daniel y sabemos que es un empresario justo. ¿Quién podría querer destruirle de ese modo?

Lucas se encogió de hombros. De ser ciertas aquellas sospechas, ésa era la gran incógnita.

—A no ser, claro —continuó—, que el objetivo fuera hundir la empresa para luego comprarla.

—¿Estás pensando en Márquez? —preguntó Lucas.

—En efecto. ¿No fue él quien intentó comprarla?

—Sí, pero eso no demuestra nada. —Lucas se detuvo—. Aquí es donde interviene Riquelme. Voy a contratarle para que investigue todo cuanto pueda acerca de este asunto. Hay algo que no me huele bien.

—No me gusta, Lucas. No veo cómo alguien ajeno a la empresa puede desenmascarar un asunto tan feo.

—Le proporcionaré un listado con el personal. Podrá empezar por investigar a todos y cada uno de ellos. No sé quién quiere destruir Vidasa, pero lo que sí sé es que tuvo que ayudarle alguien desde dentro. Y pienso descubrir de quién se trata.

Gonzalo estaba completamente seguro de que no pararía hasta conseguirlo. Si había algo que destacaba en el peculiar carácter de su amigo, era la perseverancia. Ni en las circunstancias más adversas le había visto tirar la toalla. En contra de lo que haría cualquier persona sensata, él desplegaba toda su artillería y atacaba al oponente, pillándole por sorpresa. En muchas ocasiones, eso le había dado el triunfo.

—Entiendo. Entonces Riquelme es la persona perfecta. Diligente, eficaz y absolutamente discreto.

—Ajá —asintió Lucas, satisfecho de que su amigo compartiese su decisión.

—Ya confiaste en él una vez y, por cierto, con el mejor resultado. Llámale. Aunque sinceramente, Lucas, no lo veo nada claro. Quizá lo estás sacando de quicio y tan solo fueron un cúmulo de desafortunados incidentes.

—Quizá, pero no voy a esperar a que vuelva a ocurrir. Si hay alguien

implicado en este asunto, lo encontraré.

—De eso no tengo la menor duda —afirmó Gonzalo, sabiendo lo testarudo y tenaz que podía llegar a ser.

Virginia se encontraba en el jardín, cómodamente tumbada en una hamaca bajo el tibio sol de primavera. Tenía los ojos cerrados, inmersa en sus pensamientos. Lo cierto es que en casa de Lucas disponía de tantas comodidades que era fácil acostumbrarse a este tipo de vida.

Por fortuna, desde que había aceptado abandonar la dirección de Vidasa se encontraba algo más relajada. ¡El estrés generado por su mala gestión casi había acabado con ella! Había perdido cinco kilos, quedándose en los huesos y parecía un esqueleto andante, demacrado y de ojos hundidos.

Al menos estas tres últimas semanas, aburridas pero ociosas, le habían permitido recobrar parte de su paz interior y su aspecto físico.

Su matrimonio con Lucas no era tan terrible como ella había imaginado en un principio. Es cierto que todavía no se acostumbraba a compartir cama con él pero, por lo demás, se encontraba sorprendentemente animada y de buen humor. No recordaba cuándo fue la última vez que se sintió tan bien.

Miró la hora negando la evidencia. Estaba ansiosa ante la perspectiva de volver a ver a Lucas. Detestaba albergar sentimientos de esa índole por un hombre al que apenas conocía.

Jamás había sentido algo parecido. Sus hormonas se revolucionaban cuando él andaba cerca, embargada por su inconfundible olor masculino. Su sensual manera de echarse el pelo hacia atrás, su encantadora sonrisa, su poderosa silueta, su pasión al defender sus ideales, su mirada penetrante pero apasionada... Esos pequeños detalles eran los que la estaban volviendo loca.

Pero si había algo que la tenía desconcertada era que no lograba dominar la atracción que sentía hacia él. Lo más humillante era que precisamente ese hombre parecía inmune a sus encantos, permaneciendo impasible.

De repente, un familiar olor la invadió. Abrió los ojos y lo vio, sentado a un metro de ella, observándola.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó, con una extraña oleada de alegría por volver a verlo.

—El suficiente para saber que estabas pensando en algo realmente reconfortante. ¿No es así? —respondió, con una amplia sonrisa en sus labios.

Virginia se incorporó y sintió un impulso terrible de besarle, pero se tragó las ganas. Estaba guapísimo, con el reflejo del sol en su cabello y la piel

dorada por los cálidos días de la primavera.

—Virginia, mañana necesito que me acompañes a Vidasa.

Lucas observó cómo una expresión de disgusto se dibujó en su cara. Era obvio que aquella propuesta no era de su agrado.

—Solo será para la reunión extraordinaria. Eres socia capitalista y tienes que acudir. Recuerda que tu voto representa también el de Daniel. No puedes faltar.

—De acuerdo —contestó de mala gana.

Era consciente de que su presencia en la reunión era inevitable, pero había confiado en no volver a pisar Vidasa durante algún tiempo. Tiempo suficiente para olvidar que su pésima gestión casi les lleva a la ruina. Desgraciadamente, también esta vez se había equivocado en las predicciones.

«En fin, si no queda más remedio, tendré que asistir a esa maldita reunión», maldijo en su interior.

—¿Y cuál es el orden del día?

—Nada importante —vaciló—, se expondrá la actual situación de la empresa y se tomará alguna decisión sobre posibles recortes. Es necesario reducir costes si queremos salir a flote.

Virginia tenía el presentimiento de que Lucas no deseaba ahondar en el tema. Parecía algo inquieto.

—Y ahora, ¿te importaría si hablamos de otra cosa?

—Claro. Pareces cansado. ¿Va todo bien?

—Sí, sí... es tan sólo que no consigo dormir como debiera.

Virginia desvió la mirada, temiendo que descubriese que también a ella le resultaba una misión imposible.

Lucas no pensaba adelantarle nada acerca de la reunión. Presentía que si mencionaba lo de los despidos estallarían la tormenta.

Confiaba en que, al día siguiente, en la reunión y tras exponer la grave situación financiera, ella se viese acorralada y accediese a sus medidas de recorte de gastos sin crear excesivos obstáculos. Aunque, a decir verdad, no lo tenía nada claro. Virginia era muy terca y una de las condiciones que le impuso cuando cerraron el trato fue que no hubiera despidos. Y Dios sabía que había hecho lo imposible por evitarlo, entre otras razones porque tenía la certeza de que eso le iba a acarrear un verdadero problema.

Esa noche Lucas apenas habló durante la cena. Estaba visiblemente cansado e inquieto. Era obvio que algo le rondaba en la cabeza, pero Virginia

no quiso preguntar.

Tras la silenciosa comida, Lucas le dio las buenas noches y se encerró en su estudio con la excusa de preparar la reunión. Virginia tenía la sospecha de que estaba tratando de evitarla, pero la cuestión era por qué.

A la mañana siguiente, se levantaron temprano y se dirigieron juntos a Vidasa. La conversación entre ambos era escasa y el ambiente parecía cargado de tensión.

La reunión comenzó puntualmente. Además de ellos dos, estaban convocados Oliver, Fernando, Fabián y Diego.

Fue Fabián el encargado de exponer las cuentas de la empresa, haciendo alusión a la notable mejoría en las mismas durante el último mes, pero advirtiendo que todavía quedaba mucho camino por recorrer si deseaban alcanzar un estado financiero estable y solvente. Para ello era necesario tomar algunas medidas drásticas y reducir costes de manera inmediata.

—Eso nos permitirá un respiro, saneando definitivamente las cuentas y alcanzando un superávit en pocos meses. Confío en que recuperemos pronto nuestro bien merecido puesto entre las empresas más grandes del sector. Para terminar, y a nivel personal, quisiera agradecer a Lucas su esfuerzo y dedicación de las últimas semanas, que nos han permitido recobrar la fe y la esperanza en salir adelante de este duro trance —terminó Fabián.

—Gracias, pero sin duda la mejora del negocio es obra de todos y cada uno de los que trabajamos aquí —dijo Lucas de manera rotunda—. Ahora que todos estamos al tanto de la actual situación, pasaré a mencionar algunos recortes que se hacen imprescindibles para continuar la complicada tarea de sacar a flote Vidasa.

Lucas tomó el relevo e hizo una extensa exposición de las medidas que pretendía adoptar: controlar los gastos energéticos derivados de la producción, comprar alimentos a un precio menor sin bajar la calidad, reducir el coste del material de empaquetado, congelación salarial...

Imponía respeto con su traje de marca y su semblante serio y convincente. Se le veía tan seguro de sí mismo que podría convencer al más acérrimo de sus rivales si se lo propusiese.

Virginia lo observaba con atención. Por alguna extraña razón, Lucas evitaba mirarla a los ojos.

—Por último, y tras un detallado estudio de la plantilla, si en el plazo de un mes la situación no mejora notablemente, nos veremos obligados a efectuar

algunos despidos.

Virginia dio un respingo en la silla, mientras sus facciones se endurecían ferozmente.

«Esto no es lo que acordamos. ¡Maldita sea!»

—No creo que eso sea necesario —exclamó desafiante y claramente enfurecida.

A Lucas no le pasó desapercibida la ira que escupían sus ojos. Le había fallado.

—Virginia —su tono era serio y tajante—, la decisión ya está tomada. No permitiré que nadie interfiera en mi trabajo.

Dando por zanjado el tema, se dirigió al resto de los asistentes.

—Id pensando de cuáles de vuestros empleados podéis prescindir y pasadme un listado con sus sueldos y sus funciones. Hemos terminado. Gracias a todos. Oliver, ¿puedes quedarte un minuto, por favor?

Cuando todos salieron, Virginia se levantó con brusquedad, agarró su bolso y se dirigió a la puerta. Parecía muy enfadada.

—¿Quieres hacer el favor de esperar un minuto? Tenemos que hablar —le pidió Lucas.

—¡Vete a la mierda! —estalló Virginia, entre la ira y el dolor.

Ella confiaba en él. Es más, empezaba a gustarle. Pero él había roto el acuerdo traicionando su confianza. Si había algo que odiaba en esta vida era la mentira. Había crecido con ella y le revolvía el estómago. Y, muy a su pesar, Lucas había cruzado esa línea.

Ahora comprendía el porqué de tanta tensión la noche anterior y cómo él había intentado evitar por todos los medios hablar de la maldita reunión.

—Está bien, como quieras. Hablaremos en casa —se resignó.

Debió suponer que ella no accedería tan fácilmente a su plan de recortes.

Virginia abrió la puerta y desapareció tras ella dando un enorme portazo.

—No te envidio en absoluto, amigo. —Oliver conocía perfectamente el temperamento explosivo de Virginia—. No quisiera estar en tu pellejo cuando llegues a casa esta noche.

—Ya me imagino.

Lucas trató de templar los nervios fingiendo absoluta normalidad, pero le hervía la sangre. La mirada de gran decepción con la que se había despedido Virginia se le había clavado en el pecho.

—Supongo que estará más calmada esta noche. —«Al menos eso espero»,

pensó para sí mismo—. Oliver, en cuanto te sea posible prepárame un informe con una estimación aproximada de costes por indemnizaciones para el despido de unas diez personas... despidos improcedentes.

—De acuerdo. Esto va a ser muy desagradable.

—Lo sé.

Lucas dio por zanjada la conversación y se refugió en la soledad de su despacho. Debía prepararse para lo peor.

Virginia estaba furiosa. Furiosa con Lucas y furiosa consigo misma por haber sido tan estúpida al confiar en él.

«¿Cómo he podido estar tan ciega?»

La respuesta era evidente: le gustaba Lucas.

Al principio sospechó que tramaba algo, pero con el tiempo se había ido relajando convencida de su honestidad.

Se maldijo por haberse dejado llevar por el instinto sexual, idiotez más propia del sexo masculino. En fin, a partir de ahora tendría que estar más alerta.

Tomó un taxi y se dirigió a casa de Alicia.

—Vaya, qué sorpresa —dijo su cuñada, sorprendida por la inesperada visita—. Si me hubieras avisado habría preparado comida para tres. Bárbara está aquí.

La expresión de Virginia se tiñó de decepción. Necesitaba desahogarse y con Bárbara allí tendría que seguir fingiendo ser la devota esposa de ese embustero.

—¿Estás bien?

Alicia captó su clara inquietud y desazón.

—No —exclamó, sin poder evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas.

—Santo cielo, ¿qué ha ocurrido? —La cogió de las manos con gran ternura.

—Es Lucas —logró decir entre sollozos. Apenas podía hablar.

—¡Virginia! —Bárbara apareció de repente—. ¿Qué diablos pasa?

Pasados unos minutos se calmó y comenzó su explicación.

—Maldita sea, me prometió que no habría despidos.

Intentaba ponerlas al día de la reunión, pero las palabras se le atragantaban sin sentido.

—Y esa forma de hablarme delante de todos, como si fuera cualquiera. Me

he sentido como una idiota.

Era duro fingir que sólo se trataba de una disputa entre marido y mujer. ¿Cómo podía engañar a Bárbara de ese modo?

—¡Será cerdo! —añadió la editora, indignada—. ¡Hombres! Jamás cumplen con su palabra. El trabajo por encima de todo.

—Vamos, ¿no os parece que estáis siendo un poco injustas? —Alicia las miró con desaprobación.

—¿Cómo puedes decir eso? —quiso saber Virginia, enfurruñada.

—Parecéis olvidar que gracias a él la empresa está saliendo a flote. Además, me ha parecido oírte decir que lo de los despidos no es inmediato, que es tan sólo una alternativa que se está barajando en caso de que la cosa vaya a peor. No creo que sea para tanto.

Sabía que lo que en realidad le dolía a Virginia era no poder manejar a Lucas a su antojo, como habitualmente hacía con todos los hombres. Pero también conocía la fuerte personalidad de Lucas, que difícilmente se doblegaría ante ella.

—¡Me ha humillado! Y por si fuera poco, también me ha mentido. Pudo decírmelo anoche y, simplemente, no lo hizo.

—Quizá porque sabía que ocurriría precisamente esto.

Alicia habló de forma pausada, pero con franqueza, sin dejar de mirar el ceño fruncido de su cuñada, a quien obviamente no le gustó nada esa acusación.

Sin embargo, Virginia se mantuvo en silencio; solía respetar mucho las lógicas y razonables intervenciones de su amiga de la infancia.

—Probablemente lo que necesita tu marido es una buena dosis de humildad, como todos. ¿Por qué tendrán la fea costumbre de anteponer el trabajo a la familia? Es de tontos —afirmó Bárbara, estupefacta ante su propio descubrimiento.

Si había alguien allí que tenía experiencia con los hombres esa era ella. Se había casado tres veces; todos ellos hombres ricos y con negocios prósperos, pero que dedicaban más tiempo a su trabajo que a su mujer, por lo que pronto pasó a sustituirles por otro con quien poder disfrutar de más sexo y compañía.

—En fin, Virginia, creo que lo mejor será que tengas una larga conversación con Lucas. Quizá él pueda aclararte ciertos aspectos de este malentendido —habló la más cabal del grupo.

Alicia sabía que nada de lo que ellas dijese aplacaría su malhumor. Lo

que Virginia necesitaba era una disculpa y solo Lucas podía darle una.

—Y ahora, ¿qué tal si comemos? —continuó—. Creo que Bárbara tiene intención de atormentarnos con su última conquista.

—Creo que éste podría ser el definitivo —apuntó emocionada.

Alicia y Virginia rieron a carcajadas.

—Vamos, Bárbara, ¿acaso no recuerdas que los anteriores también lo eran? —dijo Virginia, mucho más relajada.

—Esta vez es diferente. Lo presiento. Miguel es rico, pero a diferencia de los otros, le encanta disfrutar de la vida y no pasarse el día entero encerrado en un aburrido despacho con la mesa plagada de papeles. —Con la mirada perdida, añadió—: ¡Es tan guapo!

Virginia sonrió al comprobar que, al menos, Bárbara todavía creía en el amor. Parecía muy enganchada con su nueva conquista. ¡Era una suerte!

—No tanto como Lucas —aclaró—. A decir verdad, creo que tu marido es uno de los hombres más atractivos que conozco.

Virginia arqueó una ceja, fingiendo sorpresa, pero no podía estar más de acuerdo con ella.

—Sí, muy guapo, pero idiota —dijo en tono divertido.

Todas rieron de nuevo, agradecidas a la vida por haberles obsequiado con el don de la verdadera amistad.

Virginia se enorgullecía de tener unas amigas tan fieles y leales, especialmente Alicia. Era buena, sincera, sensata, cariñosa, con una gran capacidad para escuchar y siempre dispuesta a sacar lo mejor de las personas.

Todavía a día de hoy su mente no era capaz de asimilar cómo dos personas tan dispares podían congeniar de una manera tan extraordinaria. Incluso físicamente eran como la noche y el día.

Alicia era como una muñeca de porcelana, de rubia melena, ojos claros, tez pálida y cara ovalada, y su carácter era más bien tranquilo, dulce y condescendiente. Ella, por el contrario, tenía un cabello oscuro como el alquitrán, las facciones angulosas, piel morena, ojos negros y salvajes y un carácter explosivo. Era puro temperamento.

Por esa razón Virginia solía recurrir a la sensatez de su cuñada cuando se le nublaba la mente o le inquietaba algo como consecuencia de alguna discusión subida de tono. Era la única persona capaz de hacerle reflexionar de forma justa y objetiva, obligándola a analizar el punto de vista de la otra parte implicada en la confrontación.

En esta ocasión, en lugar de arremeter contra Lucas, le había defendido concediéndole el beneficio de la duda.

Pero hoy, a diferencia de otras veces, el esfuerzo de Alicia por calmar la ira de su amiga había sido en vano. Virginia seguía profundamente dolida con Lucas. Ni siquiera la tarde tan agradable que habían pasado las tres, charlando y riendo, había logrado apaciguar su desánimo. Parecía no desprenderse del sentimiento de humillación que tenía desde la reunión.

Cenó pronto con la intención de no hacerlo con el causante de su malhumor y ahora leía plácidamente en el salón. Confió en que eso la relajaría. Con suerte, cuando Lucas llegase a casa, estaría ya dormida y no tendría que enfrentarse a él.

Para su desgracia, oyó abrirse la puerta principal. Era Lucas.

Mierda, todavía no estaba preparada para plantarle cara. Sintió un deseo irrefrenable de gritarle y abofetearle. Rezó para que se metiera directamente en su estudio, pero sus esperanzas se vieron truncadas cuando escuchó que preguntaba a Carlos por ella.

Dos segundos más tarde, entró en el salón con paso firme y decidido. Dios, qué guapo era.

Ella le ignoró intencionadamente y continuó leyendo como si no estuviese.

—Hola. Me han dicho que ya has cenado. Estupendo, yo también. Así podremos charlar de lo que ha ocurrido esta mañana.

—Disculpa, pero no tengo intención de hablar nada contigo.

Descargó parte de su ira contenida en la mirada asesina que le clavó.

—Ya veo que sigues enfadada.

A Virginia le irritó la aparente tranquilidad de él, que hablaba con cierta cautela.

—¡Enfadada! —exclamó, cerrando el libro de golpe sin poder contener la furia—. No solo me mentiste anoche, sino que además me has humillado delante de todos. No sé qué pintaba yo allí si el señor sabelotodo ya había tomado una decisión.

Lucas pareció sorprenderse por la injusta apreciación de ella.

—Por el amor de Dios, se supone que soy tu mujer.

—Pero no lo eres... Al menos no de verdad. —Ojalá fuera así, pensó.

—Sí lo soy. Sí a los ojos de los demás —aclaró ella con firmeza—. No debiste hablarme de ese modo. Fue realmente humillante. No me diste la menor opción, haciéndome callar como si fuese una imbécil.

—Un momento, yo no...

—¡La inútil que casi arruina a la empresa necesita que la pongan en su sitio! —apuntó, cambiando intencionadamente el timbre de su voz.

—¿No te parece que estás exagerando?

Nunca antes se había fijado en cómo se le encendían las mejillas y se le iluminaban los ojos cuando se enojaba tanto. Estaba preciosa... y muy cabreada.

—En primer lugar, si obvié este tema anoche fue para evitar darte un disgusto.

—Tonterías. Es evidente que antes o después iba a enterarme. Sencillamente, no tuviste valor.

Aquellas palabras hirieron a Lucas profundamente. Podía ser un mentiroso, pero no era ningún cobarde. No soportaba la idea de que ella le tachase de gallina.

—Virginia, si te he herido esta mañana en la reunión, lo lamento de veras —se disculpó, disimulando su malestar por haberle ofendido. Odiaba la palabra cobarde—. Pero te advertí que no sería fácil y que tendrías que acatar mis órdenes. Te gustasen o no.

—Y supongo que para eso era necesario ofenderme y mandarme callar. Solo te faltó darme un azote.

Era evidente que Virginia no aceptaba sus disculpas. Deseaba continuar con el enfrentamiento y machacarlo.

—Lo estás sacando de quicio, Virginia. Cálmate, estás histérica.

Eso la enfureció todavía más.

—¡Estoy muy calmada!

Entonces se acercó a él, con paso firme, y comenzó a darle con su dedo índice en el pecho.

—Te gusta tenerlo todo controlado, ¿verdad?

Él retrocedió unos pasos mientras ella continuaba amenazándole con el dedo.

—No hagas eso, Virginia —protestó.

—Debe de ser terrible tener que vivir de una manera tan estricta, con cada pieza del puzzle perfectamente encajada y cada paso premeditado y estudiado.

—Su tono era cortante y frío.

—Virginia, basta.

Se encontraba tan cerca de él, que estaba empezando a perder el control.

Necesitaba abrazarla y explicarle que lo último que deseaba era hacerla daño. Lamentaba profundamente haberla herido. El corazón le latía a cien pulsaciones por minuto.

—Pues conmigo te has equivocado. No pienso acatar tus malditas normas.

Virginia esbozó una sonrisa al advertir su desconcierto. Esta vez había logrado romper su cuadriculado esquema. Su enfado se transformó en satisfacción al ver cómo, poco a poco, el autodomínio del que Lucas siempre alardeaba se hacía añicos. Estaba completamente descolocado, no solo por la actitud altiva de ella, sino también por la cercanía de su cuerpo, que le incomodaba claramente. Consciente de su poder de seducción, continuó haciéndole retroceder acorralándolo contra la pared.

—Vamos, Lucas, no puedo creer que te incomode tener tan cerca a una mujer... o tal vez sí.

Continuando con el juego, acercó su pecho hasta casi rozar el de él y le clavó la mirada, esperando su reacción.

—Virginia, te lo advierto por última vez, será mejor que te apartes, si no quieres...

Le costaba respirar. Esa mujer definitivamente le hacía perder el control hasta casi hacerle enloquecer. Él, que era de carácter fuerte, duro, implacable y de un autocontrol envidiable, ahora estaba indefenso a merced de ella.

—¿Si no quiero, qué? —le provocó—. ¿Cómo piensas castigarme esta vez?

¡Cómo estaba disfrutando de verle tan alterado! Siempre había sabido de su poder de seducción, aunque con Lucas no resultaba ser muy efectivo. Hasta ahora. Era muy consciente de que estaba jugando con fuego y que él no tardaría en reaccionar apartándola bruscamente. Ese momento no se hizo esperar.

Lucas estalló. Deseaba a Virginia desde hacía mucho tiempo, la deseaba de una manera enfermiza. Hasta ahora había actuado con cautela, tratando de dominar la situación, pero esto era demasiado. Sentir el roce de sus pechos hizo que una ola de calor recorriera su sexo. Ya no había vuelta atrás, estaba excitado como nunca, erecto y preparado para el combate.

Con una rapidez asombrosa, agarró a Virginia por los hombros y la hizo girar con ímpetu, apoyándola contra la pared con los brazos extendidos hacia arriba. La estudió con detenimiento mientras sujetaba sus manos con fuerza. Ahora era ella la que parecía fuera de juego. Le miraba con rabia, pero al

mismo tiempo el deseo que sus ojos negros desprendían era claro e inequívoco.

Mientras sus cuerpos, enfrentados, se arrimaban todavía más, el tiempo pareció detenerse. Se examinaron, de pie con los brazos extendidos y las manos entrelazadas, imaginando lo que estaría pasando por la perversa mente del otro. Era inevitable, la tormenta de fuego había comenzado.

Lucas inclinó la cabeza y sus labios rozaron los de ella. Virginia no se resistió. Al contrario, lo deseaba tanto como él a ella. De repente, los besos pasaron de ser lentos y dulces a ardientes y apasionados.

—¿L-Lucas? —susurró ella.

—Chssssss.

La hizo callar abriendo su boca e introduciendo su húmeda lengua. Ella le recibió encantada y la pasión se desató salvajemente.

Lucas soltó a su presa, sabiendo que ya no huiría, y deslizó una mano bajo la camisa de seda. Su piel era tal y como la había imaginado, tersa y suave. Tomó un pecho con fuerza y ella gimió dulcemente, mientras se besaban con fervor.

Le desabrochó el sujetador sin grandes esfuerzos, ansiando acariciar sus pezones duros y firmes. Era como un sueño. Entonces comenzó a hacer círculos con el dedo y el pezón reaccionó al instante. Virginia anhelaba más. Arqueó la espalda animándole a seguir.

El pene hinchado de Lucas delató su excitación y ella deseó verlo, tocarlo, sentirlo... Dirigió sus manos directamente hacia el pantalón, desabrochándolo y dejándolo caer. Mientras tanto, Lucas le subió la camisa e introdujo su cabeza bajo la misma. Virginia dio un respingo de placer cuando sintió su lengua recorriéndole el cuerpo y sus hormonas se dispararon cuando le succionó el pezón una y otra vez. Era como estar en el paraíso.

Lucas, consciente de su estado de excitación, temió no poder dominar su cuerpo. Jamás había sentido esa explosión de placer tan incontrolable hacia una mujer, más aún cuando ni siquiera la había penetrado. Como si temiera que le fueran a arrebatarse de inmediato ese momento soñado, arrancó con furia la camisa de Virginia dejando su cuerpo al aire. Sintió un deseo salvaje de poseerla. Se detuvo y la miró. Era mucho más excepcional de lo que esperaba. Tenía los pechos pequeños, pero le parecieron perfectos, firmes y sabrosos.

Virginia, deseosa de complacerle, también le quitó la camisa con suavidad y contempló su cuerpo fibroso. Era único. De repente, con una urgencia

abrasadora, le acarició el pene bajo el calzoncillo ajustado.

Lucas se encendió. Sin tiempo que perder, la levantó en brazos y la llevó directamente al sofá. Allí tumbada la desnudó con ansia, sin poder detener la llama que lo quemaba por dentro. Le arrancó la ropa interior, que voló por los aires. Rápidamente, él se desprendió también del resto de su vestimenta.

Completamente desnudos y excitados, ambos sintieron una enorme ola de lujuria. Lucas estaba arrebatado de placer y, cuando ella abrió las piernas invitándole a entrar, la penetró con ímpetu. Virginia agarró sus nalgas y se apretó contra su escultural cuerpo. Dios, qué sensación más maravillosa. ¿Podía existir algo mejor?, pensó Virginia, mientras él la embestía salvajemente una y otra vez.

—L-Lucas —susurró Virginia, gimiendo.

Lucas la besó con fuerza. Sabía que ella estaba a punto de estallar y continuó con el movimiento rítmico de cadera, haciéndola jadear salvajemente. Virginia explotó, por fin, en el orgasmo más rápido e intenso de su vida, sin poder reprimir un grito de placer. Eso excitó tanto a Lucas que también alcanzó el clímax, sintiendo cómo su semen se disparaba dentro de ella.

Ambos permanecieron tumbados, uno encima del otro, sin dejar de abrazarse y con la respiración entrecortada. Las gotas de sudor corrían por sus cuerpos como signo inequívoco de la pasión y el deseo con el que habían hecho el amor. Había sido algo salvaje y brutal.

Esta vez Lucas la besó en los labios con ternura.

—Eres preciosa —dijo con dulzura.

Virginia le dedicó una amplia sonrisa, todavía exhausta por el inesperado ejercicio físico.

—¿Significa esto que estoy perdonado? —continuó en tono seductor.

Virginia le dio una palmada en el culo.

—¡Aaaay! —gritó, divertido.

—¿No creerás que voy a olvidarme de todo por un polvo... por muy maravilloso que haya sido? —Su tono era amistoso y jovial—. Si crees que eso es suficiente para comprarme, estás muy equivocado.

Le miró con expresión divertida, pero estaba claro que todavía no le había perdonado del todo.

—Está claro que voy a tener que esmerarme mucho más —y volvió a besarla apasionadamente—. Quizá esto te haga cambiar de opinión.

Virginia tembló ante la cercanía de su cuerpo. Quería sentirle de nuevo dentro de ella y un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies.

—¿Tienes frío? Será mejor que subamos al dormitorio.

—¿Siempre eres tan atento o solo cuando pretendes llevarte a una inocente jovencita a la cama? —Su sarcasmo podía ser realmente irritante.

—Joven, quizá, pero inocente... permíteme que lo dude. No creo que lo que acaba de suceder entre los dos sea precisamente propio de una jovencita inocente.

—¿Me estás llamando indecente? —preguntó Virginia, todavía acalorada —. Vamos, Lucas, ¿acaso acostarme con mi marido no es decoroso?

—Eres excelente manipulando las palabras para adecuarlas a tu conveniencia.

Lucas la miraba entre la admiración y el asombro.

—Definitivamente debes de ser una gran escritora. —Virginia no pudo reprimir el impulso de besarle—. Además de una amante ardiente y entregada.

—Creo que es suficiente —le susurró Virginia al oído—. Estás perdonado. —Su expresión se endureció—. Pero, por favor, no vuelvas a mentirme. Detesto la mentira.

—Bien, lo tendré presente —dijo, buscando el resto de su ropa dispersa por el suelo—. Anda, vayamos al dormitorio antes de que Carlos o Raquel nos vean así.

Desde luego, de haber entrado alguien al salón en ese preciso momento, no hubieran podido negar la evidencia. Estaban a medio vestir y con el pelo alborotado.

Se dirigieron a la habitación. Era evidente que lo ocurrido en el salón no había saciado a ninguno de los dos. Lucas, ansioso por sentirse de nuevo dentro de Virginia, la arrastró hacia la ducha y bajo el potente chorro del agua, la alzó y la sentó sobre la bandeja de la cabina de hidromasaje. Virginia le envolvió con las piernas y éste la penetró suavemente. Esta vez trató de no dejarse llevar por las emociones, midiendo cada movimiento, hasta hacerla rugir de placer. Ella arqueaba la espalda con cada embestida.

El placer era tan intenso que deseó parar el tiempo y permanecer unido a ella para siempre. La pasión y el deseo estaban presentes pero de forma más comedida, no de una manera tan salvaje como la primera vez que habían hecho el amor. En esta ocasión, los dos estallaron de placer alcanzando el orgasmo al mismo tiempo.

Ya en la cama, permanecieron abrazados y en silencio. ¡Virginia jamás había disfrutado tanto! Hasta esa noche, el sexo le gustaba, pero creía que estaba sobrevalorado. Ahora sabía que había estado equivocada todo este tiempo. El sexo era increíble. Al menos lo era con él.

No obstante, estaba confundida. Sentía una enorme atracción hacia Lucas, pero también desconfiaba de sus propios sentimientos. ¿Qué había de cierto en su atracción? ¿Pasión? ¿Deseo? ¿Amor? ¿Interés?

—¿Lucas? —dijo Virginia en un tono débil.

—¿Sí?

—Prométeme que recapacitarás sobre los despidos. —Se detuvo—. Por favor.

—Ya te dije esta mañana que es simplemente una hipótesis que estamos barajando. —Ella le miró suplicante—. Lo pensaré, pero no te prometo nada. Lo que sí te aseguro es que solo se hará como último recurso. —Eso fue suficiente para ella.

Para Lucas hacer el amor con Virginia había sido la culminación de un sueño. Y desde luego, había satisfecho las expectativas con creces, pero se odiaba a sí mismo por haber perdido completamente el control. Era muy consciente de cómo ella le había provocado sin piedad, consiguiendo hacerle enloquecer de deseo y sucumbiendo los dos a esos impulsos. Debía ser cauteloso y tomar el mando de nuevo o ella le rechazaría igual que a los demás.

La primera vez que la vio supo que era la mujer de su vida: interesante, inteligente, independiente, decidida y de personalidad arrolladora. Y aunque la belleza no era una cualidad imprescindible para que Lucas se enamorase de una mujer, siempre era bienvenida. Había esperado más de tres años hasta encontrar la manera de introducirse en su vida y, ahora que lo había conseguido, no podía echarlo todo a perder.

Sabía que ella había advertido su falta de control cuando lo había aprisionado contra la pared y ahora debía enmendar ese error. Tendría que hacerle ver que no era como el resto de los hombres a los que estaba acostumbrada a conquistar y dominar sin vacilar. Hombres sin personalidad que caían rendidos a sus pies dispuestos a hacer cualquier cosa por agradarla.

No podía negar que estaba perdidamente enamorado de ella, y más después de esa maravillosa experiencia, pero tendría que disimular hasta que Virginia descubriese por sí misma que no podía vivir sin él.

«Dios mío —se dijo— no será una tarea fácil mantenerse alejado de ella.»
La contempló. Dormía plácidamente con la cabeza apoyada en su pecho y con una ligera sonrisa en los labios. Estaba irresistible.
Instintivamente la besó en la mejilla, como si se tratara de una despedida.

CAPÍTULO 6

Virginia sentía que sus párpados pesaban como el acero. Le resultaba imposible abrir los ojos. Por primera vez desde que había venido a vivir a esa casa había dormido toda la noche tranquila y sin sobresaltos. ¡Eran más de las diez! No recordaba cuándo fue la última vez que durmió nueve horas seguidas.

Hizo lo imposible por despejarse, sacudiendo y estirando el cuerpo hasta casi oírlo crujir. De repente, recordó la noche anterior y extendió el brazo buscando a Lucas, pero ese lado de la cama estaba frío y vacío.

Disgustada, se vistió lo más rápido que pudo y fue directa al salón, esperando encontrarle allí. Tampoco estaba.

—Carlos, estoy buscando a Lucas. ¿Sabes si está en su estudio?

El mayordomo frunció el ceño, extrañado ante esa pregunta.

—El señor se fue muy temprano esta mañana. Debía coger un avión. Pero supongo que eso ya lo sabe —añadió irónico.

A Virginia no le gustó nada esa mirada atrevida y altiva; parecía acusarla de que lo suyo con Lucas era una mentira y que a él no podían engañarle.

—Claro —mintió—, lo había olvidado.

Virginia estaba tremendamente decepcionada. Confiaba en que pasarían el día juntos, pero era evidente que Lucas tenía otros planes más interesantes. ¿Por qué diablos no le había dicho lo del viaje? Le hacía quedar como una verdadera idiota ante los ojos de Carlos. Hubiera querido preguntarle cuándo regresaría, pero eso le haría parecer todavía más idiota.

«No, mejor le llamaré al móvil, aunque quizá no le guste que le moleste mientras trabaja. Tendré que esperar.»

Se dirigió al dormitorio y se sentó frente a su vieja máquina de escribir. Sorprendida, pues creía encontrarse estancada en una insípida apatía imaginativa, descubrió cómo sus dedos tecleaban sin parar y comenzaban a escribir una historia que prometía ser espectacular. Por fin, parecía haber recuperado la inspiración.

Se negaba a admitirlo, pero desde que Lucas había entrado a formar parte de su vida, ésta parecía haber recobrado algún sentido. Lucas, Lucas... siempre Lucas. Lo tenía presente a todas horas y eso la hacía sentirse insegura.

Lucas no podía centrarse en la lectura del periódico que tenía entre las manos. Estaba sentado, impaciente, en la sala de espera del bufete del detective, esperando ser recibido por éste. Estaba tan intrigado con todo lo

que había ocurrido, que incluso se había trasladado hasta Valencia para acelerar la entrevista. Era un gran profesional.

—Buenos días, señor Riquelme. —Lucas le tendió la mano—. No creo necesario mencionarle que todo cuanto le diga hoy es confidencial y que confío plenamente en su discreción, como siempre.

—Por supuesto, señor Saldarriaga. ¿De qué se trata esta vez?

No era la primera vez que hacían negocios juntos. Hacía cuatro años, Lucas tuvo que recurrir a él para un asunto familiar delicado y el resultado fue excelente.

En esta ocasión le contó, de la manera más objetiva posible, sus sospechas acerca del complot contra Vidasa, poniéndole en antecedentes sobre todo lo que concernía a la misma, incluyendo la abortada compra de Márquez.

—Ya se imaginará que quiero que investigue todo cuanto esté relacionado con la empresa: empleados, competidores, posibles fraudes o incluso malversación de fondos, oscuros motivos para destruir a Daniel o a la empresa...

El investigador escuchaba con atención. Era un hombre que debía rondar los cincuenta años, delgado y de porte elegante. Las lentes redondas y la perilla bien perfilada le conferían aspecto de intelectual.

—Yo ya he realizado un estudio detallado de las cuentas, sin hallar nada sospechoso, pero le estaría enormemente agradecido si usted también les echase un vistazo.

—Comprendo. —Riquelme se quedó pensativo—. ¿En algún momento se le ha ocurrido pensar que, quizá, el desgraciado accidente de su cuñado no fue fortuito?

Lucas alzó la ceja. Ni por asomo su imaginación había ido tan lejos. Pensar que alguien podía haber hecho daño a Daniel intencionadamente era exigirle demasiado a su reciente afición por las tramas de suspense.

—No, por supuesto que no.

Estaba perplejo. De repente, pensó en Virginia y sintió miedo. ¿Y si alguien también quería hacerle daño a ella?

—Con su permiso, investigaré eso también. Sé que le parecerá una locura, pero no debemos dejar cabos sueltos.

—De acuerdo —convino, angustiada por la idea de perderla—. Le he traído una lista actualizada de todo el personal de la empresa. Quiero que me mantenga informado de todo cuanto averigüe, por muy insignificante que

parezca. En cuanto a sus honorarios, no repare en gastos. Soy consciente de que dicha investigación le obligará a trasladarse provisionalmente a Madrid.

—Sí, mañana mismo comenzaré con la investigación.

—Fantástico. —Lucas se detuvo—. Por cierto, ni qué decir tiene que no deseo que mi mujer se entere de nada de esto. Bastante tiene con la grave enfermedad de su hermano. Si necesita cualquier otra cosa, puede localizarme en el móvil.

—Así lo haré entonces. Le aseguro, señor Saldarriaga, que si hay algo oscuro en este caso, lo encontraré.

—Cuento con ello. Y gracias por recibirme tan pronto.

El viaje había sido vertiginoso y ya estaba de vuelta en Madrid, pero no podía volver a casa. Todavía no.

Lucas deseaba con toda su alma ver a Virginia, pero su estrategia consistía en todo lo contrario. La obligaría a echarle de menos. Ella no podía pensar que le tenía bajo control. No aparecería por allí hasta pasados unos días y, además, tenía el firme propósito de no llamarla, aunque eso acabase provocándole un ataque cardíaco.

Solo de esta manera Virginia sabría que él no era como los demás.

Habían transcurrido dos días desde la noche de pasión con Lucas y seguía sin saber nada de él.

Virginia estaba colérica y no lograba contener la rabia de haber pensado que aquello había significado algo importante. Era bastante evidente que para él no había sido así, puesto que ni siquiera se había dignado a llamarla. Se sentía como una verdadera idiota.

Nuevamente, la imagen de Lucas arrastrando del brazo a aquella mujer desconocida le vino repentinamente a la cabeza. ¿Sería Lucas un vividor, aprovechado y desconsiderado con las mujeres? Virginia se negaba a admitirlo. ¿Acaso se estaba enamorando de él y por eso no quería admitir la evidencia? No podía negar su comportamiento despótico hacia ella; en realidad, hacia todos cuantos le rodeaban. Su cabeza iba a estallar si seguía dándole vueltas al asunto.

Había sido una estúpida quedándose en casa esperando una llamada que no se había producido y que no parecía que fuese a producirse en las próximas horas. Decidió que lo mejor sería despejarse un poco e irse a casa de Alicia. Eso la distraería.

—¡Qué maravillosa sorpresa! —Alicia la abrazó, complacida por su

inesperada visita—. Deberías llamar antes de venir. Cualquier día no me encontrarás en casa y te habrás dado un paseo en balde.

—Supongo que tienes razón —respondió. Su semblante era serio—. ¿Qué tal sigue Daniel?

—Igual.

Alicia percibió una actitud evasiva en su amiga. Fingía estar bien, pero a ella no podía engañarla.

—¿Solucionaste tus diferencias con Lucas?

Virginia se estremeció solo de oír su nombre.

—No... sí —tartamudeó, sin saber muy bien qué responder.

—Ay, Dios. ¿No te habrás acostado con él? —murmuró Alicia, segura de recibir una respuesta afirmativa.

—Maldita sea, Ali, ¿acaso lo llevo escrito en la frente?

La intuición de su cuñada era irritante.

—Conozco esa mirada ausente y distraída. Cómo has podido...

—Bueno, no se qué tiene de raro acostarme con mi marido —contestó con sarcasmo.

—Déjate de ironías, ¿quieres? Si sale mal, la convivencia se hará insoportable e hicisteis un trato. Aparentar ser un matrimonio feliz es suficiente, no es necesario que también representéis vuestros papeles en la intimidad. Mejor ateneros al plan hasta que todo esto termine.

Como si no tuviera bastante con el desprecio de un hombre al que odiaba tanto como deseaba, ahora tenía que soportar un sermón.

No pudo más y se derrumbó. Alicia advirtió cómo aquellos enormes ojos negros, se humedecían.

—Cielo, ¿qué ha ocurrido?

Virginia se abrazó a ella con fuerza hasta que se hartó de llorar.

—¿Tan mal fue la cosa?

—No, lo cierto es que fue... maravilloso. —Esbozó una sonrisa recordando esa noche que permanecería imborrable en sus recuerdos para siempre—. Es sólo que, el muy cabrón se ha largado de viaje y ni siquiera ha sido capaz de llamarme en dos días.

—Ahora lo entiendo. —Alicia no pudo evitar reírse—. Lo que te pasa es que, por primera vez en tu vida, no tienes a un hombre atosigándote a llamadas y besando por donde pisas. Lucas es diferente, ¿no? —Hizo una pausa—. Esta vez es tu orgullo lo que está herido, querida.

—Pero tú, ¿de qué lado estás?

—Siempre del tuyo, cariño —rió Alicia, abiertamente—. Y ahora, ¿vas a contarme con detalle lo que ocurrió? ¡Me muero de ganas por saberlo todo!

Virginia le narró su tórrida noche, sin entrar en intimidades más allá de las justas y necesarias. Ella escuchaba con atención.

—Simplemente digo que podría haberme llamado. ¡Joder, Ali, ni siquiera mencionó lo del viaje! —Aunque, a decir verdad, habían estado demasiado entretenidos como para hablar—. Creí que después del enfrentamiento sobre los despidos, había quedado claro que habría más comunicación. Es obvio que me equivoqué o que sencillamente no nos entendemos. Salvo en la cama, claro —aclaró, amargamente.

—No sé qué decirte. Lucas no parece ser de esos hombres que van conquistando mujeres y luego, si te he visto no me acuerdo. Parece íntegro, honesto, serio y cabal.

—Demasiados adjetivos elogiosos.

Alicia no podía negar que apreciaba a Lucas y se alegraba de la evidente atracción entre los dos. Virginia solía fijarse en tipos que no la convenían. Pese a todo, no entendía qué motivos habían llevado a Lucas a actuar de ese modo tan poco considerado, pero tenía el presentimiento de que no era por casualidad. Lo que ya no tenía tan claro era que este improvisado romance fuese a terminar bien.

Si había algo de lo que se sentía especialmente orgullosa era de su intuición. Y, aquella tarde en su casa, no le pasó desapercibida la mirada encendida de Lucas al contemplar a Virginia, creyendo que nadie le veía. Aun sin motivo aparente confiaba en él, pero tampoco podía dejar de pensar que la inesperada aparición en sus vidas no era algo casual. Tomó la determinación de preguntarle sobre aquella extraña intrusión tanto en Vidasas como en el corazón de Virginia.

—En realidad, ¿qué sabemos de él...? ¡Nada! —concluyó Virginia pensativa, rememorando las últimas semanas—. Aunque, hubiese jurado que durante este tiempo había llegado a conocerle. Es inteligente, decidido, con personalidad, atento, orgulloso, enormemente atractivo y tiene un gran sentido del humor.

—Pensaba que era yo la experta en los buenos adjetivos —se burló.

¿Era posible que al fin Virginia estuviese enamorada, o simplemente era una atracción pasajera hacia lo desconocido? Alicia prefirió no ahondar

demasiado en el tema. Si hacía alguna alusión a sus sospechas, posiblemente la espantaría de un hombre que, en su opinión, era idóneo para ella.

—En fin, me temo que tendrás que esperar a que Lucas regrese para saber cómo se desarrollan los acontecimientos.

Como siempre, la respuesta de Alicia fue realista y pragmática.

Lucas estimó que tres días fuera de casa eran ya más que suficientes. Además, esa noche se celebraba un baile benéfico al cual asistirían todos los empresarios del gremio y no podían faltar.

Estaba alojado en un hotel del centro de Madrid, escondiéndose como un forajido que huye de unos malvados perseguidores. Se sentía como un auténtico gilipollas por el espectáculo que era capaz de dar solo para conquistar a una mujer. Claro que, la mujer valía la pena. Ni en plena pubertad se hubiese imaginado haciendo algo tan ridículo. ¡Y ni siquiera estaba seguro de que su plan fuese a funcionar!

Le habían llegado rumores acerca de la campaña que Márquez había emprendido para desprestigiarle, acusándole de desleal y embustero. Y eso era sólo el principio. Debía poner fin a esas estúpidas difamaciones.

La mejor forma de conseguirlo era con hechos. Aprovecharía el baile de esa noche para presentar a su mujer y hacerles ver a todos que ese matrimonio era tan real y ejemplar como el que más.

Algunos periódicos habían escrito que «había dejado la política aduciendo temas personales y renunciando a un futuro prometedor, por amor.» Y no había ni un ápice de mentira en esa afirmación.

Aunque, para ello, primero tendría que informar a Virginia y no quería, ni podía, imaginarse su reacción después de su súbita desaparición de tres días. El papel de cabrón no le iba en absoluto, pensó.

Se armó de valor y marcó el número de su casa.

—Buenos días, Carlos.

—Señor —respondió, educadamente.

—Estoy en el Hotel Palace. Por favor, ¿podrías acercarte sobre las seis y traer contigo mi esmoquin? —De sobra sabía que podía confiar en él y que no haría preguntas.

—Claro.

—Y ahora, ¿me pasas con Virginia, por favor?

Carlos se encogió de hombros. Últimamente el señor estaba muy raro y había algo en ese matrimonio que no encajaba. Ya le había visto sufrir por

amor en una ocasión y no deseaba verle de nuevo hundido y pesaroso.

A Virginia le dio un vuelco el corazón cuando le anunciaron la llamada de Lucas. Por fin daba señales de vida, ¿qué diablos querría? Estaba irritada y enojada; se sentía ignorada y humillada. Y aunque se repetía, una y otra vez, que tal vez estaba exagerando, no podía quitarse de la cabeza que su actual situación se asemejaba bastante a la de una mujer objeto: utilizada y abandonada. Si bien es verdad que no se arrepentía de la noche tan extraordinaria que habían pasado juntos.

Contrariada, pero deseosa de hablar con él, cogió el auricular.

—¿Sí? —dijo con la máxima frialdad.

—Buenos días, ¿cómo te encuentras?

—Hasta que has llamado tú, estupendamente.

Virginia se había hecho el firme propósito de no montar una escena, pero llegado el momento no fue capaz de retener su afilada lengua. Lucas, en cambio, había hablado en un tono alegre. Era evidente que para él la distancia no había supuesto ni un solo segundo de ansiedad. Desde luego, eso no ayudaba a apaciguar su malhumor.

«Está enfadada —pensó Lucas—. De eso no hay duda.»

—Esta noche tenemos un baile. —Decidió ignorar el ataque e ir al grano—. Pasaré a recogerte a las ocho.

—Maldita sea, Lucas, ¿crees que puedes llamar después de tres días y esperar que esté a tu entera disposición? Aparte de este matrimonio fantasma, tengo una vida, ¿sabes? ¿Se te ha ocurrido pensar que puedo tener planes? ¿O que quizá no quiera asistir a ese maldito baile?

«Será posible...» Virginia no salía de su asombro. No la llamaba en tres días y luego pretendía que acudiesen a un baile simulando ser la pareja perfecta. «¡Al carajo!»

—Además —continuó—, no tengo nada que ponerme y no pienso salir a comprarme un vestido para la ocasión.

—Ah, por eso no te preocupes. Si no me equivoco, debes estar a punto de recibir un paquete. Encontrarás todo lo que necesitas.

Lucas estaba seguro de haber acertado con la talla y el modelo. ¡Estaría espléndida!

En ese preciso momento sonó el timbre. Virginia estaba atónita y no supo qué decir. Odiaba cómo Lucas lo controlaba absolutamente todo.

—¿Virginia? —Ella emitió un leve gruñido, indicándole que seguía ahí—.

Te recogeré a las ocho. Estoy deseando verte —añadió en tono cariñoso tras una leve pausa.

Ella no respondió y colgó.

Efectivamente, era un mensajero con un paquete a su nombre. Virginia tenía una ligera sospecha del contenido. Lo llevó al dormitorio y lo abrió, impaciente. Sus conjeturas se hicieron realidad, cubriendo sus expectativas con creces.

«Es fantástico.» Quedó hechizada con el contenido del paquete. El vestido era elegantísimo y, por si fuera poco, estaba acompañado de unas preciosas sandalias de color plata y tacón alto, que combinaban a la perfección. Sorprendida, vio que eran de su número.

Virginia no cabía en sí de gozo. ¿Habría acertado también con la talla del vestido? Sin duda, después de aquella noche, podía tener una ligera idea de sus medidas.

De pronto, el enfado se había esfumado y se odió a sí misma por ser tan benevolente con él. ¿Qué le estaba pasando? Ella era implacable con los hombres y, sin embargo, a Lucas trataba de justificarle todas las faltas.

Lo cierto es que sabía manejar a una mujer. «Estoy deseando verte», le había dicho y con esa sencilla frase había logrado ablandar su enojado corazón. ¡Cómo podía ser tan estúpida! Por un momento creyó en sus palabras y deseó que Lucas sintiese algo por ella, más allá de la pura atracción física.

Estaba completamente desconcertada. Ella era la que siempre trataba de frenar los sentimientos más profundos de sus parejas. Le gustaban las relaciones informales, divertidas y sin compromiso. Así nadie le partiría el corazón.

Entonces, ¿por qué no estaba contenta con esta desenfadada aventura? Lucas era diferente. Se moría por verle y por sentirle de nuevo dentro de ella. Sin embargo, él actuaba de un modo irracional. O bien era brusco y engreído, o bien le hacía el amor con tanta pasión que solo recordarlo la quemaba por dentro. Tan pronto la ignoraba como la colmaba de regalos. ¿Qué diablos pretendía? Era obvio que jugaba con ella, pero ¿por qué?, ¿para qué tomarse tantas molestias? Si lo que pretendía era sexo, ella se lo había puesto en bandeja. No necesitaba agasajarla con regalos.

La cabeza le daba mil vueltas. Se tumbó en la cama y cerró los ojos mientras se masajeaba las sienes tratando de apaciguar su terrible jaqueca. Finalmente, se quedó dormida, esperando ansiosa la cita con Lucas.

Raquel llamó suavemente a la puerta.

—¿Señora? ¿Se encuentra usted bien? —Asomó la cabeza—. Estaba preocupada. No ha bajado a comer y son casi las siete.

«¿Las siete?!» Se incorporó de golpe en la cama, como movida por un resorte, y descubrió con alegría que la jaqueca había desaparecido. Apenas tenía una hora para arreglarse y, además, sentía un terrible vacío en el estómago.

—Me he quedado dormida —confesó—. Lucas pasará a buscarme en una hora. Debo darme prisa. ¿Podrías subirme algo de comer? Algo ligero para llenar el estómago. Me muero de hambre.

—Si yo fuera su madre, la obligaría a que se tomase más en serio las comidas. Está muy delgada.

—Raquel, por favor, haz lo que te pido.

Virginia se temió que la mujer tuviera ganas de charla y, no era el momento. Ignorándola, se metió en el cuarto de baño para tomar una ducha rápida.

CAPÍTULO 7

Cuando Lucas la vio en lo alto de la escalera, su rostro era de absoluta admiración. Suponía que si alguien le viera en esos momentos, estaría contemplando la imagen de un hombre cautivado y paralizado por la suprema belleza.

Virginia lucía un largo vestido rojo de seda, sencillo pero de corte elegante. El escote palabra de honor hacía resaltar sus hombros, que quedaban al descubierto. Llevaba el pelo recogido en una especie de moño y algunos mechones le caían sobre la curva de su estilizado y elegante cuello en tirabuzones.

Se había maquillado discretamente, resaltando su frescura y naturalidad, con aquellos grandes ojos negros como estrellas indiscutibles de su hermosura. Los labios, carnosos y perfilados, resaltaban su juventud y sensualidad.

Lucas nunca imaginó que la elección sería tan acertada. Si el vestido por sí solo era una joya, con ella dentro era un diamante. No tenía palabras y, durante un largo minuto, sencillamente no pudo emitir ningún sonido, limitándose a contemplarla. Estaba increíble.

Ella le dedicó una amplia sonrisa y él, definitivamente, se derritió.

—Estás impresionante —murmuró en un susurro, sin dejar de mirarla.

—Gracias —contestó, satisfecha—. Tú tampoco estás mal.

Llevaba puesto el esmoquin que Carlos le había acercado al hotel y le sentaba como una segunda piel. No había duda de que se lo habían hecho a medida. Estaba imponente. Pero Virginia no iba a darle el gusto de decírselo. Ah no, todavía estaba enfadada con él. O eso creía. No podía flaquear. No tan pronto.

Todo un caballero, Lucas le abrió la puerta del coche. Se sentía como una adolescente en su puesta de largo, con la salvedad de que, antes de que empezara el primer baile, ya había elegido al galán que quería que la cortejase.

De camino, decidió romper ese encantamiento que parecía haberse apoderado de los dos impidiéndoles hablar.

—¿Puedes decirme de qué va todo este rollo del baile?

—Es un baile benéfico. Todo lo que se recauda se entrega a una ONG que gestiona comedores gratuitos para gente sin techo.

—Vaya, es conmovedor. Hombres y mujeres, envueltos en carísimos trajes y derrochando bebida y comida, con el loable fin de darle una pizca de su fortuna a los más necesitados. ¿No sería más práctico y menos costoso hacer una transferencia cada mes?

—No te burles.

—No lo hago. Mi padre donaba gran parte de su fortuna a esos fines, pero siempre desde el anonimato. Así es como entiendo yo que debe hacerse.

Otro motivo más para admirarla. A tenor de esas palabras, no le gustaba la ostentación. Bueno, debió suponerlo. Pese a su gran fortuna vivía en un pequeño apartamento, vestía de manera informal, sin abusar de las marcas, y confesaba no ser una compradora compulsiva.

—Y así lo hacemos algunos. Cuando era propietario de la empresa, enviábamos partidas de alimentos no perecederos a un sinfín de instituciones altruistas. Era nuestra forma de contribuir a sus obras sociales. Bromeábamos con la idea de que eso nos facilitaría un pasaje al cielo.

—Siento desengañarte. Eso no es suficiente —le tomó el pelo.

—En serio, es algo de lo que me siento orgulloso.

—Yo también lo estoy de mi padre. A su manera, intentaba que el mundo fuese un poquito mejor.

A medida que Virginia iba conociendo a Lucas en profundidad, se daba cuenta de su gran humanidad. Aunque como su comportamiento con ella era tan visceral, no sabía a qué atenerse. Era un enigma, pero estaba dispuesta a descifrarlo costase lo que costase.

—En cuanto a la fiesta, bastará con estar un rato y dejarnos ver. Espero que así terminemos con los chismorreos.

—Ya veo. Será como mi presentación en sociedad, ¿no? —se burló ella.

—Algo así. —La miró de reojo—. Y no tengo la menor duda de que causarás sensación. Espero que te guste bailar, porque me temo que te van a llover las ofertas. ¡Vas a estar muy ocupada!

—¿No te parece que exageras un poquito?

—En absoluto. Apuesto lo que quieras a que antes de una hora tendrás que espantar a algún que otro moscón.

—Te olvidas de que soy una mujer casada.

A Lucas le costaba acostumbrarse a ese sarcasmo tan mordaz. Sobre todo cuando el comentario le atacaba de pleno. Deseaba que ese matrimonio funcionase.

—Yo no lo olvido, querida, pero estoy seguro de que muchos de los presentes sí lo harán. Aunque te creo muy capaz de manejarlos a todos, Virgi.

Virginia le lanzó una mirada afilada y mortal.

Cuando irrumpió en el salón del brazo de Lucas, todos los ojos se giraron hacia ellos. No se podía negar que hacían una pareja impresionante.

Se mezclaron entre la multitud, charlando animadamente y saludando a unos y a otros. Todos parecían conocer a Lucas; había sido perseguido por los medios de comunicación durante demasiado tiempo. Él se limitó a presentarla a todo el mundo, orgulloso.

—¡Oliver!

Virginia vio el cielo abierto cuando lo reconoció a lo lejos, y muy bien acompañado, por cierto.

—Por fin una cara amiga —le saludó Virginia efusiva.

—Virginia, estás... preciosa —apuntó, mirándola de arriba abajo—. Te presento a Marta, una amiga.

No hacía falta ser muy lista para adivinar la complicidad que había entre ellos.

—Por lo que he oído, eres la protagonista indiscutible de la fiesta. Todos hablan de la misteriosa mujer de Lucas —dijo Oliver, moviendo los dedos de las manos a la altura de la cabeza como si escenificase una película de terror.

—Muy gracioso. Marta, huye de este monstruo ahora que todavía estás a tiempo.

—¡Virginia! —le increpó el abogado, mientras su supuesta «amiga» reía a carcajadas.

—Ahora en serio, Marta, debajo de esta fachada de payaso hay un hombre tierno y sensible —murmuró la escritora, acariciándole cariñosamente la mejilla a su viejo amigo.

Lucas, que se había quedado rezagado saludando a un conocido, se acercó al trío.

—Oliver, si no estuvieras acompañado por esta preciosidad pensaría que estás intentando robarme a mi mujer. Hola, soy Lucas, el marido ultrajado —saludó a la acompañante del abogado.

—Estaba comentándole a Virginia que sois el alma de la fiesta. Todos hablan de vosotros.

—Ya, pues vamos a dar a esta panda de cotillas sedientos de sangre un motivo más para chismorrear —comentó, tirando de la mano de su mujer—. A

bailar.

—Ay, Dios.

Virginia se sonrojó. Odiaba ser el centro de atención. Pese a ser conocida por su trayectoria profesional y haber sido entrevistada en varias revistas, no acababa de acostumbrarse a ser el objetivo de las miradas curiosas de la gente.

La orquesta tocaba un vals. La tomó con firmeza de la cintura, atrayéndola hacia él, y ella colocó la mano sobre aquel ancho hombro. Luego entrelazaron las manos libres y se movieron al compás de la música.

Virginia tenía la sensación de estar flotando en el paraíso. Descubrió con asombro que Lucas era un buen bailarín y ella se limitó a seguirle el ritmo. Notaba cientos de ojos clavados en ella y sus piernas flaquearon. Lucas percibió esa debilidad y la sujetó con fuerza, transmitiéndole confianza y serenidad.

—Por cierto —el rostro de Lucas se iluminó y, con cierta timidez, añadió—: Respecto a la otra noche, con la pasión del momento... yo no... tú no...

Una ráfaga de calor recorrió el cuerpo de Virginia. No sabía qué diablos querría decirle, pero era evidente que le costaba horrores.

—¿Sí?

—Nos dejamos llevar y no... —Se detuvo, vacilante—. Olvidamos tomar precauciones.

Virginia estaba indignada. Después de aquello, esperaba algo más romántico. Y, sin embargo, le estaba preguntando sutilmente si existía la posibilidad de un embarazo.

Él notó el enfado en la expresión de su cara.

—No es que me arrepienta...

—Tomo la píldora —espetó, mintiéndole—. Puedes estar tranquilo. Llegado el momento, podrás desaparecer de mi vida sin temor a que lleve un hijo tuyo en el vientre.

«¡Cómo me gusta dramatizar!», pensó Virginia. Se prometió que debía intentar corregir esa manía.

Desde muy jovencita sufría desarreglos hormonales y la posibilidad de un embarazo era prácticamente imposible.

—¿La píldora? ¿No es eso más apropiado en mujeres con relaciones estables?

—No te atrevas a juzgarme.

—Dios me libre.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Sueles acostarte con una mujer, derrochando generosidad al entregarle tu más preciado tesoro, tus diminutos espermatozoides, y después salir corriendo a hurtadillas a la mañana siguiente?

—No suelo ser tan impulsivo. —Jamás se había acostado con una mujer sin el correspondiente preservativo—. No obstante, y ya que veo que me has echado de menos, lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Su soberbia no tenía límites, pensó Virginia.

—¿Y se puede saber qué te hace pensar que habrá una próxima vez?

—La forma en que te estremeces cuando te toco.

Lucas la miró directamente a los ojos y sonrió. Ella no supo qué decir. Seguía deseándola, de eso no había ninguna duda. Y sin embargo, era increíble que tuviera la desfachatez de insinuarle que era una frívola alocada por tener sexo con la píldora anticonceptiva como única medida de control. No salía de su asombro.

«Maldito machista.»

Lucas supo que su estrategia había funcionado. Virginia estaba molesta por su repentina desaparición. Había dado en el clavo. Ahora solo quedaba esperar las consecuencias de esa arriesgada maniobra.

Cuando terminó la pieza, un individuo abordó a Lucas y Virginia aprovechó para ir en busca de una copa que la ayudase a calmar el ardor y la rabia que sentía por dentro a partes iguales.

—¿Habéis visto a Lucas? —oyó decir a una señora, que rondaba los setenta años, bien parecida y con un vestido de corte clásico y elegante—. ¡Qué hombre! Si fuese treinta años más joven no me importaría darme un buen revolcón con él.

—¡Inés! —exclamaron sus dos acompañantes, también de la misma edad, fingiendo estar escandalizadas cuando, en realidad, estaban gozando de aquella conversación, poco apropiada en damas de su posición.

Virginia no pudo evitar escuchar los elogios hacia Lucas mientras esperaba que le sirvieran una copa de vino. Encontró tan divertida la confesión que prefirió girarse para que no la reconocieran. De este modo, aquellas soñadoras podrían continuar fantaseando con el escultural cuerpo de su marido. Sin saber exactamente por qué, sintió una pizca de orgullo. Era ella la que compartía su lecho cada noche.

—Qué diría Federico si te oyese —continuó una de ellas, con picardía.

—Dicen que se ha casado con esa mujer. —Parecían encontrar el tema de lo más entretenido—. ¿De dónde la habrá sacado? Se comenta que es la hermana de Daniel Delgado, el empresario que atracaron y dejaron en coma hace unos meses.

Virginia sintió un dolor agudo en la boca del estómago.

—Para mi gusto, es desgarbada y demasiado delgada.

Esta última apreciación de su cuerpo no le gustó nada. «Envidiosas».

—Pues yo la encuentro sencillamente deliciosa —la contradijo.

—Natalia tenía más... presencia y elegancia. Hacían una pareja formidable. Lástima que terminasen de aquella manera tan repentina.

«¿Natalia? ¿Quién diablos era Natalia?»

—He oído decir que esta mujerzuela es una vulgar cazafortunas.

«¡Esto es el colmo!» Virginia reprimió el impulso de aclararle unas cuantas cosas.

—Leticia, no puedo estar más de acuerdo contigo. Natalia era magnífica y... tan dulce —asintió el tercer vejestorio.

Virginia empezaba a estar furiosa. ¿Qué derecho tenían esas viejas arpías a juzgarla de ese modo?

—Mamá. —Un apuesto joven besó la mejilla de la tal Inés—. Leticia, Pilar... —Hizo una leve inclinación de cabeza a modo de saludo—. Dado que no he podido evitar oír vuestra pequeña conspiración y, como representante masculino, debo discrepar. Esa mujer —se refería a Virginia, naturalmente— es atractiva, elegante y extremadamente sensual. Me temo que no tiene nada que envidiar a Natalia.

—¡Pamplinas! —Aquella mujer era irritante—. Insisto, está muy delgada. Y, además, debe tener muy poca vergüenza para presentarse aquí mientras su hermano se debate entre la vida y la muerte. Francamente, lo encuentro inadmisibile.

Esta vez Virginia sintió cómo se le desgarraba el corazón.

—¿No os parece que estáis siendo muy duras con alguien a quien ni siquiera conocéis? —Inés era sin duda la más sensata.

—Vamos, Inés, ¿acaso te gustaría que Jorge contrajese matrimonio con una mujer frívola que se dedica a escribir noveluchas rosas?

Esta vez ya no pudo soportarlo más. Tanto su orgullo profesional como su integridad como persona estaban en tela de juicio y eso no iba a permitirlo.

¡Por encima de su cadáver!

Fingió tropezarse con la tal Leticia y comentó sin poder contenerse:

—Señoras... —dijo calmada y vocalizando para que no se perdiesen ni una sola de sus palabras—. Ya que las veo tan interesadas en mi profesión, no dudaré en incluirlas en mi próxima novelucha titulada «Las arpías de lengua viperina de la tercera edad».

Las tres se quedaron boquiabiertas sin poder emitir ni un sonido. El joven que la había adulado soltó una gran carcajada.

—Y ahora, si me disculpan, mi marido me espera.

—¡Oh, qué descaro! —exclamó la que la había criticado más duramente, llevándose la mano a la boca.

Aunque le doliese admitirlo, aquellos comentarios maliciosos le habían herido profundamente. ¿Cómo podía alguien dudar del amor y la preocupación que sentía por Daniel?

—Te he visto hablando animadamente con Leticia Maldonado, una asidua de este tipo de fiestas. Si ella te acepta, todos lo harán.

Lucas percibió la expresión de culpabilidad en el rostro de Virginia. Algo no marchaba bien. Dirigió una rápida mirada hacia Leticia. Estaba pálida y parecía escandalizada.

—Por el amor de Dios, Virginia, ¿qué le has dicho a esa mujer?

—Mejor no quieras saberlo.

Virginia lo miró con ojos de cordero degollado y se arrepintió de inmediato por ser tan impulsiva.

—Sin duda, te has casado con una mujer de un temperamento extraordinario. —El apuesto hijo de la tal Inés palmeó la espalda de Lucas.

—Te presento a mi incorregible mujer. Virginia, este es Jorge Escribano. Y, ahora, ¿puede alguien decirme qué ha ocurrido? Leticia está pálida como la nieve.

—Dios, no sabes cuánto me arrepiento —avergonzada, Virginia se dirigió a Jorge.

—No, al contrario, has estado formidable. Acabas de dejar mudas a las tres mujeres más chismosas de la ciudad, entre ellas a mi madre.

Era obvio que Jorge había disfrutado con la bochornosa escena que acababa de tener lugar.

—Lo siento, yo...

—Creo que no olvidarán la lección. Les sobra arrogancia y les falta una

buena dosis de humildad. Y yo que pensaba que esta fiesta sería aburrida. Está resultando ser de lo más interesante —continuó Jorge, sin el menor reproche. Lucas no salía de su asombro—. Ya tienen tema de conversación para, al menos, la próxima década.

—¿Puede alguien decirme qué diablos ha ocurrido?

Lucas se temía lo peor. Jorge narró lo sucedido con gran regocijo.

—Por el amor de Dios, Virginia, deberías controlar ese genio de mil demonios. —Lucas ya estaba pensando en cómo disculparse. Ella se encogió de hombros.

—Lucas, si yo tuviera una mujer como la tuya, creo que podría perdonárselo absolutamente todo. Y ahora, con tu permiso, creo que invitaré a bailar a esta preciosa dama.

Jorge coqueteaba sin pudor alguno delante de él, a quien no parecía importarle. Tomó la mano de Virginia y ambos giraron por la pista de baile.

Lucas no sabía si reír o dar a su esposa, que le tenía totalmente obsesionado, una buena tunda de azotes. Lo cierto es que aquellas mujeres habían sido muy groseras y ofensivas, y era del todo comprensible que hubiese perdido los papeles. Incluso le pareció ver un atisbo de arrepentimiento en los ojos de Virginia y sintió pena por ella. La grave enfermedad de Daniel y la responsabilidad que sentía hacia su cuñada estaban resultando ser una carga demasiado pesada para ella, aunque se negase a admitirlo.

—Jorge, ¿me harías el enorme favor de disculparme ante tu madre y sus amigas? He sido muy grosera y no quisiera que la intachable reputación de Lucas se pusiese en entredicho por mi culpa. —Virginia se sentía realmente abochornada.

—Tranquila, lo solucionaré. Prometido. —Pensó que era la mujer más tierna y adorable del universo.

Al terminar el baile, se despidieron de forma amistosa con un suave beso en la mejilla.

—Un placer haberte conocido. Espero verte pronto. Y tranquila, me encargaré de que el trío calavera reflexione sobre lo ocurrido y se sientan enormemente culpables por sus precipitadas y malintencionadas acusaciones.

—Eres un encanto. —Virginia le sonrió con coquetería. Le encontraba muy gracioso y divertido.

Buscó a Lucas entre la multitud y, al no encontrarle, decidió dar un paseo por el jardín. Estaba acalorada y francamente aturdida por su comportamiento

infantil e impulsivo.

¿Cómo había sido capaz de escupir aquellas palabras en un momento donde la prioridad era reafirmar la credibilidad y el buen criterio de Lucas? No había estado a la altura de las circunstancias. A la menor provocación había sacado su genio y probablemente lo iba a pagar caro. No quiso imaginarse cómo se sentiría Lucas ahora. ¿Recriminaría su salida de tono o, por el contrario, comprendería su ataque de ira ante aquellas acusaciones tan perversas?

Cuando quiso darse cuenta, se topó directamente con el rostro de Márquez.

—Vaya, vaya, la señorita Delgado. ¿O debería decir la señora Saldarriaga? —Eso sí que era embarazoso.

—Señor Márquez.

Virginia le dedicó una leve inclinación de cabeza y precipitó sus pasos hacia el interior, pero él la agarró del brazo con fuerza y la impidió marchar.

—¿No creerás que Lucas siente algo por ti? Es muy listo, ese cabrón. Se quedará con todo. ¿Acaso esta información no merece un besito?

«Calma, solo necesita desahogarse. Te soltaré enseguida.» Pero no fue así. La apretó con más fuerza hasta que sintió que le fallaba el riego sanguíneo en el brazo. Esta vez sí forcejeó para quitárselo de encima, pero sin éxito.

—De haber imaginado que lo que deseabas era un amante con experiencia, dispuesto a darte todos los caprichos y sexo salvaje, me habría esmerado más.

—Me hace daño. ¡Suélteme!

Haciendo caso omiso de aquella orden, la estrechó contra él y la besó con energía. Fue asqueroso.

Virginia sintió el apestoso aliento a alcohol y le empujó, tratando de zafarse de aquellos corpulentos brazos, pero la sostenía con una fuerza que parecía sobrenatural. La cabeza le daba vueltas y pensar en cuál sería el siguiente paso, la tenía aterrada. Entonces, con una rapidez asombrosa, le dio un puntapié y él lanzó un grito ahogado.

—Maldita zorra.

El intenso dolor le obligó a soltarla haciéndola caer sobre unos arbustos. Virginia sintió un dolor agudo en la espalda y, cuando pudo recobrar el equilibrio, corrió hacia el interior en busca de ayuda.

Nada más verla, Lucas advirtió que algo terrible acababa de suceder. La expresión de su rostro era la viva imagen del horror. Tenía la cara desencajada y parecía asustada, con los ojos empañados en lágrimas y el cabello algo

revuelto.

Corrió hacia ella, esquivando a la multitud que parecía ajena a su ataque de pánico.

—Virginia, ¿qué te ocurre? —Ella le abrazó, sin dejar de llorar—. Maldita sea, dime qué te pasa.

Entonces lo vio y supo el motivo de la congoja y angustia de su mujer. En ese preciso instante, Márquez cruzaba la enorme cristalera que daba acceso al salón. Iba dando tumbos, sin rumbo fijo. Estaba borracho.

Cuando los ojos de ambos se enfrentaron, Márquez le miró desafiante y con una sonrisa triunfal. Sin poder contener la ira y la sed de venganza, Lucas apartó a su esposa con suavidad y, en tres zancadas, se plantó frente a él.

—¡Lucas, no! —Virginia adivinó el odio en aquellos ojos negros e intentó sujetarle sin éxito—. Espera, no vale la pena.

—¿Qué le has hecho, cabrón? —Lucas estaba fuera de sí.

—Bueno, tú te has quedado con todo: con la empresa y con ella, así que he pensado que, como mínimo, merecía darle un apetitoso bocado.

Al pensar en la posibilidad de que ese hombre le hubiese puesto las manos encima, una rabia irracional se apoderó de él y, sin analizar sus actos, soltó un puñetazo directo a la nariz de aquel mentecato. Márquez, sin poder esquivar el golpe, cayó al suelo. Lucas sintió un agudo pinchazo en los nudillos.

La gente comenzó a murmurar, arrimándose al revuelo que estaba teniendo lugar.

Cuando Oliver y Jorge vieron que era Lucas el que estaba en apuros, acudieron en su ayuda. Oliver fue el encargado de consolar a Virginia, tratando de enterarse de qué diablos había ocurrido para que el hombre con más temple que él conocía estuviese enzarzado en una pelea más propia de bandas callejeras. Jorge sujetó firmemente a Lucas por los hombros.

—Ya es suficiente, Lucas. —Nunca le había visto tan alterado—. No tengo la menor idea de qué está pasando, pero sea lo que sea, seguro que hay otra manera de solucionarlo.

De sobra sabían todos los allí presentes las diferencias que existían entre los dos.

—Si vuelves a molestarla, te juro que acabaré contigo, maldito hijo de puta.

—¿Es una amenaza? —le provocó, sangrando por la nariz e intentando incorporarse del suelo sin éxito.

—No, es una promesa.

Lucas cogió a Virginia de la mano, aún temblorosa, y dio por concluida la fiesta. Desde luego, no había sido lo que esperaban.

CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente, al incorporarse de la cama, Virginia sintió el escozor de la espalda, arañada por la caída de la noche anterior.

«Desde luego —se dijo al recordar el momento— la fiesta no ha ido precisamente bien. Mi presentación ha sido un auténtico fracaso.»

Recordó cómo la noche anterior, de regreso a casa, Lucas y ella apenas se habían dirigido la palabra. No quería ni imaginarse de qué humor estaría hoy su marido. De cualquier modo y pese a ser domingo, estaba segura de que se habría ido a trabajar, como todos los fines de semana desde la boda, por lo que no tendría oportunidad de comprobarlo hasta la noche.

Tomó una ducha bien caliente, se colocó unos pantalones vaqueros elásticos y una camiseta blanca de algodón y fue al comedor con intención de comerse, como mínimo, una vaca. Solía invadirle una sensación de hambre atroz cuando algo la inquietaba y el desagradable incidente de la noche anterior, sin duda, la estaba atormentando.

—Oh, buenos días —exclamó complacida al ver a Lucas leyendo el periódico, cómodamente sentado en un sillón del salón.

—Hola —contestó, con semblante reflexivo pero mucho más sosegado.

Virginia le examinó e intentó adivinar su estado de ánimo por la expresión de la cara. Estaba distinto e inmediatamente supo que era por el aspecto informal. Hasta ese momento siempre le había visto impecablemente vestido, con trajes hechos a medida y corbatas de marca, pero esa mañana llevaba unos Levi's y un polo azul marino que, combinado con el pelo algo revuelto y la barba incipiente, le hacían irresistiblemente atractivo y seductor.

—¿Qué tal esa espalda? —preguntó, sin levantar la vista del periódico.

—Lo superaré, son tan sólo unos rasguños. ¿Y tu mano?

Estaba segura de que ese puñetazo le habría pasado factura. Él abrió y cerró la mano un par de veces, dándole a entender que estaba recuperado.

—Creo que yo también lo superaré.

—Lucas, yo... quería disculparme. Sé que anoche lo eché todo a perder. Mi comportamiento fue inadmisibile.

En esta ocasión Lucas sí levantó la vista, pero no dijo una palabra. Se limitó a observarla.

—Fui una grosera con la madre de Jorge y sus amigas y, para colmo, provoqué una pelea absurda y de lo más desagradable. Lo lamento de veras.

«¡Por Dios, deja de mirarme como si fuese un monstruo y di algo de una maldita vez!»

Y lo hizo.

—Sí, no voy a negar que el comentario sobre el título de tu próxima novela fue de lo más desacertado... pero no más que los de esas brujas. Lo cierto es que fueron crueles e injustas contigo.

Ella suspiró. No estaba enfadado; al menos, no demasiado.

—Respecto al... otro incidente —continuó—, creo que soy yo quien te debe una disculpa. De haber sabido que ese bastardo andaría por allí, jamás te hubiera dejado sola. —Se incorporó y se acercó a ella, levantándole suavemente la barbilla con el dedo índice—. ¿Seguro que estás bien?

—Seguro —respondió, desviando la mirada.

«Ser tan guapo debería estar prohibido.» Era una invitación al pecado. Se separó de él lo suficiente para que no advirtiese su turbación y decidió que lo mejor sería cambiar de tema o acabaría lanzándose a sus brazos.

—Pensé que te habrías ido a trabajar.

—Tengo algo importante que hacer. Si no tienes planes, quizá te gustaría acompañarme.

Le dedicó una sonrisa arrebatadora y ella asintió ruborizada.

—Tienes veinte minutos escasos. Desayuna y asegúrate de coger alguna chaqueta. Quizá refresque más tarde.

—Por el amor de Dios, Lucas, ¿siempre eres tan autoritario? ¿No has pensado en dedicarte al ejército?

—Intenté que me ficharan para el Ministerio de Defensa, pero no era lo suficientemente mandón —bromeó—. Anda, espabílate. Ya solo te quedan diecinueve —la apremió, mirando el reloj.

De camino, en el coche, los dos permanecieron en silencio. Virginia esperaba que Lucas le informase de los planes previstos para ese día, pero él no parecía tener ganas de conversar.

Respetando su decisión de permanecer en silencio, ella se limitó a observarle. Estaba concentrado en la carretera, con el pelo negro alborotado por la brisa que entraba a través de la ventanilla y los ojos negros ocultos tras unas oscuras gafas de sol.

Ese hombre era enigmático y misterioso. Frío, pero a la vez tierno. Reservado, pero pasional. Poderoso, pero justo. Ambicioso, pero generoso. Solitario, pero entregado. Y todo ello formaba un apetitoso pastel que

amenazaba la convicción de Virginia de que ningún hombre podría cumplir jamás los requisitos suficientes para arrebatarle la libertad.

Lucas la miró de reojo. Le sorprendió el aspecto fresco y lozano de Virginia. Le había oído dar vueltas en la cama durante toda la noche sin poder conciliar el sueño. Claro, que la espantosa experiencia de la velada no era para menos.

No podía dejar de culparse por el mal trago que ella había tenido que soportar por su imperdonable descuido. Era su deber protegerla e intuir que Márquez acudiría a la fiesta. ¡No debió dejar que algo tan desagradable ocurriera!

Recordó cómo un dolor insoportable recorrió su espina dorsal cuando supo que ese hombre le había puesto las manos encima. Hubiera querido estrangularle pero, dejando atrás aquellos instintos asesinos, se conformó con propinarle un buen puñetazo. Sin embargo, no estaba orgulloso. Al contrario, se sentía avergonzado por haberle pegado a un borracho, perdiendo la compostura de esa manera tan poco elegante. No, por más que intentase justificar su comportamiento, no podía.

Además, estaba francamente preocupado por Virginia. Si la opinión que ella tenía acerca del sexo masculino dejaba mucho que desear, este suceso podría marcarla para siempre. Confiaba en que la entereza y firmeza que la caracterizaban la ayudasen a superarlo.

Esa mujer le resultaba apasionante. Tan pronto reía como lloraba; hablaba alocadamente o sus silencios eran tan ensordecedores que podrían hacer enloquecer al hombre más cuerdo. Podía ser amable y extrovertida o hiriente y solitaria. Pero curiosamente, esa mezcla la convertía en la mujer con la que deseaba pasar el resto de sus días.

—Virginia —dijo, cuando estaban a punto de llegar a su destino—. ¿Crees que puedo confiar en que durante la siguiente hora te comportes como una auténtica señorita, sin hacer ningún comentario inapropiado?

—Supongo que podría intentarlo. —Le lanzó una mirada maliciosa.

—Es importante. Se trata de alguien a quien quiero mucho y está muy delicada de salud. No quisiera que una de tus genialidades la mandase al otro barrio antes de tiempo.

—Está bien. Si es tan importante para ti, prometo portarme como una verdadera dama: aburrida, callada y remilgada.

—Bastará con que evites un comentario fuera de lugar.

Lucas detuvo el coche frente a una casita de piedra a la entrada de un pueblo de Ávila, llamado Mombeltrán. Llamó al timbre de la puerta y esperó. Una mujer de mediana edad, gordita y simpática, le dio un cariñoso abrazo de bienvenida.

—La señora Adela se alegrará mucho de verle, señorito Lucas.

—¿Cómo está? —preguntó, preocupado.

—Sobreviviendo, que no es poco. Pero pase y compruébelo usted mismo.

Se introdujeron en lo que Virginia calificaría como un hogar humilde pero acogedor.

Siguiendo el consejo de la mujer, que Virginia dedujo velaba por el bienestar de la misteriosa señora Adela, Lucas llamó a una puerta al final del pasillo. Sin esperar respuesta, entró.

—¿Lucas, eres tú? —dijo emocionada una anciana sentada en una mecedora.

—Sí, tata, soy yo.

Escuchaba una radio que, a juicio de Virginia, debía ser una antigüedad valiosísima.

—Podría distinguir tu olor a kilómetros de distancia. Oh, Lucas, acércate para que pueda tocarte.

Le dio un beso en la mejilla y ella le envolvió la cara con las manos, estudiando y acariciando cada rasgo de su rostro. Virginia no tardó en adivinar que la anciana era ciega. Debía tener más de noventa años, aunque desprendía vitalidad y energía. No le pasó desapercibido que Lucas se había quitado la alianza.

—Por ti no pasan los años, jovencito. Sigues tan guapo como siempre. Y por lo que veo vienes muy bien acompañado.

—¡Oh! —exclamó Virginia, sorprendida por la sagacidad de la anciana.

¿Cómo era posible? ¡No había abierto la boca y apenas había hecho ruido al entrar en aquel cuarto! Había oído decir que los invidentes desarrollaban otros sentidos de manera espectacular con el fin de compensar la ceguera y así desenvolverse mejor pero, hasta hoy, no había podido comprobarlo personalmente.

—Adelante, señorita, una mujer guapa y bien perfumada es siempre bienvenida a mi casa, sobre todo si viene acompañando a mi niño. —Virginia juraría que Lucas se había ruborizado un poquito ante ese tierno comentario.

—Tata, esta es Virginia, una amiga.

—Encantada.

Virginia se acercó a ella e, instintivamente, se llevó las manos de aquella mujer al rostro, permitiéndole estudiar sus facciones de igual modo que había hecho con Lucas.

—Sin duda, una mujer preciosa —añadió, conmovida por aquel bello gesto.

—Gracias —dijo Virginia cariñosamente—. Me alegro de conocer, por fin, a la misteriosa mujer que ha mantenido a Lucas tan distraído durante todo el trayecto en coche. Estaba empezando a ponerme celosa.

Aquel desparpajo y simpatía provocaron la risa de la anciana.

—Eres muy amable, aunque siento disentir. Temo no ser yo la culpable de la distracción de Lucas —apuntó con picardía. Parecía estar disfrutando del momento—. Pero nene, cuéntame, ¿cómo estás? ¿Y tu hermano?

Una sombra de tristeza y melancolía envolvieron el rostro de Lucas.

—Estamos bien, tata.

Ella arqueó las cejas, escéptica y recelosa de semejante afirmación.

—La última vez que Nicolás vino a verme parecía estar muy alterado —confesó Adela. Lucas tensó la mandíbula—. Eso fue hace más de cuatro años. Dijo algo de irse fuera, al extranjero. Llama de vez en cuando, fingiendo que todo le va a las mil maravillas, pero le conozco... os conozco a los dos. A mí no podéis engañarme. Hay tristeza y desasosiego en su voz. Y también en la tuya.

—Estamos bien. Se trata sólo de un pequeño malentendido.

—Lucas, él te quiere. —Su voz se tornó dulce y suave. Como si supiera que entre los dos hermanos hubiera un enfrentamiento grave, continuo—: Tú siempre has sido mucho más sensato, más responsable y cabal, el que se ha ocupado de que todo anduviera bien. Nicolás es más impulsivo y visceral, pero excesivamente sensible y frágil. Lo eres todo para él y te necesita más de lo que imagina.

—Lo sé, tranquila. —Lucas la escuchaba con atención.

—¿Querrás, por favor, decirle que le quieres y hacerle recapacitar para que vuelva a casa pronto? A saber en qué líos estará metido ese demonio de muchacho.

—Claro, tata, se lo diré.

Ese hombre era pura ternura con aquella mujer. Era evidente que la quería con locura e intentaba disimular, sin éxito, el dolor que el tema escogido le

acarreaba.

—Bueno, jovencita, supongo que mi niño tendrá intenciones serias contigo porque, de lo contrario, jamás te habría traído hasta aquí. Es demasiado celoso de su intimidad. Me alegra saber que, por fin, hay alguien que ha sabido comprenderle y conquistarle.

La anciana esbozó una ligera sonrisa.

—Tata, ¡Virginia no es...! —protestó Lucas.

—Calla nene. —Debió ser una mujer firme y autoritaria, pero cariñosa y sensible—. Quiero saber lo que Virginia tiene que decir.

Virginia detectó cómo la cara de Lucas se transformaba en un rictus de pánico, temiendo que ella respondiese con uno de sus inadecuados comentarios. Le dirigió una mirada maliciosa y se encogió de hombros, divertida.

—Bueno, digamos que su nene, como usted lo llama, y yo estamos... conociéndonos. —Se detuvo y le susurró al oído—: Pero he de confesar que lo que he visto hasta ahora, me gusta. Me gusta mucho.

Lucas alcanzó a oír lo que ella decía y sus miradas se cruzaron. Había fuego.

—Una chica lista. Lucas puede parecer distante y reservado, pero no he conocido a nadie con un corazón más grande.

Lucas tenía la sensación de que el ambiente estaba cargado de tensión sexual. ¿Serían ciertas sus palabras o solo intentaba agradar a una pobre anciana?

Tras una hora de larga y amena conversación, el rostro de la anciana se tornó débil y cansado. Se reclinó en su mecedora con los ojos cerrados.

—Creo que ya te hemos molestado bastante, tata. Será mejor que descanses —dijo Lucas, advirtiendo su cansancio.

—Te esperaré fuera, Lucas. Me ha encantado conocerla. —Virginia se despidió cariñosamente de Adela—. Espero volver a verla pronto.

—Yo también lo espero.

Una vez se hubo marchado, Adela quiso saber más acerca de aquella extraña relación.

—¿La amas, verdad?

Lucas no hizo amago de ocultar sus sentimientos. Sabía que jamás podría engañar a la persona que le había criado y amado incondicionalmente.

—Con toda mi alma.

—Entonces, cariño, muéstrale tu alma. Te mereces ser feliz.

Cuando subieron al coche, ya era la hora de comer y Lucas condujo hasta un restaurante cercano.

Hacía un día espléndido y pidieron una mesa en la terraza. No había nada que a Virginia le gustase más que disfrutar de una buena comida, en la mejor compañía y bajo el cálido sol de la primavera.

—Espero que tengas hambre, aquí hacen un cochinito exquisito.

—Estoy hambrienta. Te recuerdo que apenas me has dado tiempo para desayunar esta mañana.

—Has sido muy amable con ella. Gracias —dijo Lucas, sinceramente.

—Se nota que os queréis mucho.

Era evidente que estaba feliz después de aquella emotiva visita. Virginia deseaba que Lucas le contase algo más acerca de aquella mujer que, en tan breve espacio de tiempo, le había despertado tanta curiosidad.

—Debe de tener, al menos, noventa años.

—Noventa y cuatro, para ser más exactos —le corrigió él—. Es terrible ver cómo su cuerpo se va deteriorando y, sin embargo, su mente permanece igual de lúcida. Creo que es su temperamento explosivo lo que la mantiene viva.

—Sí, parece una mujer fuerte y pasional. ¿Puedo preguntarte qué parentesco guarda contigo?

—Creo que si no llega a ser por ella, Nicolás y yo jamás habríamos salido adelante tras la muerte de mis padres. —Lucas tenía la mirada perdida en el infinito—. Fallecieron en un accidente de tráfico cuando teníamos doce y catorce años, dejando huérfanos a dos niños ricos en plena adolescencia, con todas las papeletas para echarse a perder y arruinar sus vidas.

—Debió de ser horrible perder a tus padres de golpe y de una manera tan trágica.

—Lo fue. Por aquel entonces, Adela trabajaba para ellos; se ocupaba de la casa y de nosotros.

Lucas estaba de lo más comunicativo y Virginia le escuchaba con atención.

—¿No te estaré aburriendo con la historia de mi vida?

—Sabes que no —contestó con una amplia sonrisa en los labios.

A Lucas casi le mata ese gesto

sensual. Intentando no perder el hilo de la conversación, prosiguió con la explicación:

—Si ya entonces era como una madre para nosotros, tras el accidente, se hizo el firme propósito de convertirnos en dos hombres honrados y de provecho.

—Vaya, una mujer de metas claras.

—¡Ya lo creo! Con mucho amor y esfuerzo, sacrificó su vida para alcanzar ese sueño. Creo que nunca podré agradecerérselo lo suficiente.

—Estoy segura de que lo has hecho de mil maneras.

—Dios sabe la cantidad de veces que he intentado que esa mujer se traslade a vivir conmigo, pero es tan tozuda que se niega a irse de esa casita que se cae a pedazos.

Ella sintió la gran frustración en su voz.

—No te tortures. Salta a la vista que sabe cuánto la quieres y seguramente eso es más que suficiente para ella. Es lógico que quiera permanecer en su casa, rodeada de sus cosas.

—Creo que evita ser una carga.

—Ajá. Pero tienes que entenderla. Es duro hacerse mayor. Supongo que piensas que eres un auténtico estorbo para todo el mundo. Yo, mientras el cuerpo aguante, preferiría estar en mi propia casa.

—No me cabe la menor duda. Me recuerdas mucho a ella: tozuda, tenaz y temperamental hasta la saciedad.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Lucas alzó una ceja—. Por cierto, todavía no he podido darte las gracias por el vestido del baile. Lo que siento es no haber estado a la altura.

—Olvida esa maldita fiesta. Además no imagino a nadie mejor que tú para lucirlo.

La imagen de ella envuelta en ese vestido le vino de golpe a la cabeza. Estaba radiante.

—¿Lucas? —Virginia se detuvo, meditando si la respuesta a la pregunta que iba a formularle iba a ser de su agrado—. ¿Quién es Natalia?

Lucas se atragantó con el vino, aturdido por esa pregunta tan inesperada y directa.

«¿Cómo diablos sabía ella de la existencia de Natalia?»

—Oí mencionar a las arpías de la fiesta que hacíais muy buena pareja.

—Ya veo que esas mujeres se explayaron hablando más de la cuenta. —Virginia esperaba ansiosa una respuesta—. Natalia es... una amiga.

—Vamos... —Ella frunció el ceño, cruzándose de brazos—. Estoy segura

de que puedes ser más conciso.

Se recordó a sí mismo que la curiosidad de las mujeres podía ser infinita, así es que era mejor terminar cuanto antes.

—Es una antigua novia, ¿satisfecha? Estuvimos juntos unos tres años.

—¿Y?

—Se acabó. Eso es todo —apuntó con rotundidad.

—Por Dios, Lucas, mira que es difícil mantener una conversación un poco personal contigo. Te cierras herméticamente como si tus pensamientos y experiencias fueran lingotes de oro que haya que proteger y custodiar.

—Mira quién fue a hablar.

—Y de tu hermano Nicolás, mejor ni hablamos, ¿no? —El rostro de Lucas se tensó—. ¿Puedo saber qué grave pecado ha cometido para que llevéis cuatro largos años sin hablaros?

—No, no puedes.

—¡Estupendo! ¿Has pensado que quizá sería gratificante confiar en alguien alguna vez en tu vida?

—¿Y quién te ha dicho que no lo he hecho? —contestó con un semblante tan serio que daba hasta miedo—. Quizá por eso, no he vuelto a confiar en nadie.

—Que alguien te traicionase una vez no significa que todos vayamos a hacerlo.

—¿Y por qué habría de confiar en ti?

Sintió cómo Virginia se ponía rígida y algo nerviosa.

—Bueno, yo... yo solo...

«Ay, Dios, ¿por qué era tan difícil decirle lo que sentía? Quería ayudarle.»

—¿Y bien? Ni siquiera sabes qué decirme.

—Eso no es cierto. —Sacó valor y se expresó con cautela—. Creo que es bastante obvio que me importas.

—Te importo —repitió él, como si meditase el valor de esas palabras—. ¿Y qué significa eso? Los dos sabemos que existe una atracción física entre nosotros, pero eso es todo.

—¡Pues ya sabes más que yo!

Ese hombre era capaz de sacarle de sus casillas. Hasta ahora, a Virginia la simple atracción física con un hombre le habría bastado para mantener una relación. Sin embargo, en este caso, las palabras de Lucas la dejaron vacía e insatisfecha. ¿Era exclusivamente atracción física lo que había entre ellos? Y

entonces supo que deseaba que hubiese mucho más que eso. Deseaba que sintiese algo por ella, algo más allá del deseo carnal.

Lucas percibió cómo aquellas palabras, dichas sin pensar, habían herido a Virginia. Ella le había tendido la mano ofreciéndole su confianza y él la había rechazado aduciendo que lo suyo era sólo sexo.

Por primera vez dudó de que su estrategia fuese a funcionar. Una cosa era ser prudente y ocultar el amor que sentía por ella y otra muy distinta tratarla como a una cualquiera. ¿Qué había querido decir con que le importaba? ¿Era esa la forma de hacerle saber que sentía algo por él? Gracias a su metedura de pata, ahora nunca lo sabría. Era muy consciente del esfuerzo que a Virginia le había supuesto admitir algo así y él la había espantado de un manotazo. Tendría que buscar la manera de compensarla.

—Lo siento —se excusó—. Te agradezco tu apoyo pero, sinceramente, no creo que puedas ayudarme con lo de mi hermano.

—Olvídalo. No debí entrometerme.

Una gran decepción la invadió por dentro. La alusión de Lucas a que aquella relación era puramente sexual era tan extrañamente dolorosa que no sentía el menor deseo de continuar husmeando en temas íntimos. Lo que realmente deseaba era estar sola.

Virginia estuvo bastante parca en palabras durante el resto de la excursión y al llegar a casa se encerró en el dormitorio con la excusa de trabajar un rato en la novela.

A medianoche, Lucas, que también había estado trabajando, se deslizó en la cama alertado ante la respiración nerviosa de Virginia.

Durante este tiempo en el que habían compartido cama y algo más, había aprendido a distinguir cuándo dormía profundamente o simplemente descansaba sin poder conciliar el sueño.

De repente, no pudo reprimir el impulso de estrecharla contra él y abrazarla, apretándose con fuerza contra aquel cuerpo que le estaba volviendo loco.

—¿Virginia? —Ella no respondió—. Sé que estás despierta. Siento de veras lo que te dije hoy. Yo... no estoy acostumbrado a confiar en la gente. ¿Podrás perdonarme?

Virginia se giró y le miró a los ojos. Se había propuesto odiarle, pero aquel gesto tan tierno la había dejado fuera de juego. Estaba inmersa en tal vorágine de sensaciones, que la simple idea de resistirse a él se le hacía

cuesta arriba.

A Lucas no le cupo la menor duda de que había estado llorando.

Entonces sintió la necesidad más absoluta de amarla. La besó con dulzura. Primero en la mejilla, luego en la otra mejilla y después en los labios, todavía con el sabor salado de las lágrimas derramadas.

Virginia deseó pegarle, apartarle lo más lejos posible. ¿Acaso creía que podía tomarla cuando quisiera, como si fuera su amante o, aún peor, su prostituta particular? ¡Maldita sea, la había herido! Había intentado acercarse a él, comprender los motivos de tanto rencor y él la había rechazado de un plumazo.

Quiso mostrarle su enfado, gritarle que era un cerdo egoísta y solitario, pero sencillamente, no pudo. Su cuerpo no atendía a razones y abrió la boca e introdujo la lengua buscando la de él. Sus lenguas juguetonas, daban giros recorriendo cada rincón del otro, devorándose. Ambos se fueron encendiendo dando paso a un ardor en combustión y peligroso. Virginia tenía el corazón desbocado.

Cuando el deseo se hizo doloroso, Lucas la desnudó lentamente, mientras colmaba su cuello de besos y lametazos. Bajó las manos hacia sus pechos y masajeó sus pezones, satisfecho al palpar cómo se endurecían de gozo. Entonces se introdujo un pezón en la boca y lo mordisqueó con suavidad, haciéndola perder la cabeza. Virginia gemía con cada contacto de su lengua, arqueando la espalda, mientras sus dedos se enredaban en el pelo de Lucas.

Lucas sintió que se endurecía, pero deseaba darle a Virginia un placer más allá de lo divino. Abrió ligeramente las piernas de ella, acariciando sus partes íntimas, húmedas y cálidas, y bajó su cabeza hacia aquel paraíso. Su provocativa lengua recorrió su sexo.

Lucas sentía la respiración agitada de Virginia. Quería hacerla estallar de placer, sentirse dueño y señor de cada parte de ese cuerpo terso y suave. Continuó explorando su sexo, primero con lentitud y luego salvajemente, sabiendo que ella no resistiría mucho más. Entonces ocurrió. Virginia explotó, alcanzando el clímax y gimiendo como una gata salvaje. Era pura dinamita.

Lucas la observó, satisfecho de ver cómo se recreaba en el éxtasis. Un atisbo de orgullo le inundó al saber que, al menos en la cama, podía ejercer todo el control, dejándola sin aliento. El dolor agudo de su miembro masculino, le devolvió a la realidad.

—Lo siento —se disculpó Virginia, todavía con la respiración

entrecortada y la boca seca, avergonzada por no haber sido capaz de controlar el placer.

—No lo sientas. No hay cosa que desee más que hacerte feliz —contestó, embargado por la emoción.

—¿Cómo dices?

—Que deseaba darte placer —rectificó.

—Y yo deseo dártelo a ti.

Le provocó quitándole el calzoncillo y recorrió su cuerpo con las manos hasta alcanzar su objetivo. Agarró el pene, todavía erecto, y lo masajeó con suavidad. Lucas dio un breve respingo al sentir la ardiente mano sobre su miembro y ella supo que la deseaba con locura.

De pronto, sintió la necesidad apremiante de poseerle. Se sentó sobre él, uniendo sus sexos sedientos de placer. Cada movimiento de las caderas de Virginia provocaba en Lucas una ola de calor, extrema e incontrolable.

Las manos de él, sobre las nalgas femeninas, acompañaban el balanceo que esa diosa ejercía sobre su cuerpo. Lucas se dejó llevar por lo que él calificaría de una maestra en el arte de amar. Tan pronto levantaba ligeramente el cuerpo, moviéndose arriba y abajo, como hacía girar las caderas en círculo, elevándole al cielo. Lucas no soportaba esa dulce tortura. Deseaba derramarse en su interior.

—Dios, Virginia, no pares —un hilo de voz salió de su boca y ella supo que, en ese momento, le tenía completamente rendido a sus pies.

Excitada y a punto de explotar por aquella sensación de dominio, aceleró el ritmo de sus caderas y sus cuerpos se fundieron en uno, alcanzando el clímax más absoluto.

Exhausta por el esfuerzo y el placer, se derrumbó en la cama sin apenas poder respirar. Lucas, todavía envuelto en el ardor y la excitación, trataba de controlar el pulso acelerado de su corazón.

Cuando ambos consiguieron llenar los pulmones de aire, se miraron, sin poder ocultar la sensación de bienestar y alegría que les embargaba.

—¡Vas a acabar conmigo! —dijo Virginia en tono divertido y provocador.

—Pues, sinceramente, yo te veo en plena forma.

Esa mujer era extraordinaria. Lucas no pudo evitar pensar en todos aquellos hombres a los que Virginia habría hecho el amor con esa misma pasión y entrega, y unos celos terribles le invadieron. Quiso asegurarse de que, en esta ocasión, era él el afortunado y, sin darle apenas tiempo de

recuperarse, la besó apasionadamente.

—Lucas, no podría aguantar la prórroga. Creo que para ser un amistoso, con primera y segunda parte es suficiente. ¡Estoy agotada!

Él se rio. Adoraba su forma de expresarse. Llamar prórroga a un encuentro sexual era algo que a él jamás se le habría ocurrido.

—Eres extraordinaria. —Y la besó con dulzura.

A la mañana siguiente, nada más abrir los ojos, Virginia advirtió que estaba sola. Un sentimiento de rabia e impotencia la invadió.

—¡Mierda!

—¿Tienes por costumbre maldecir al despertarte por las mañanas?

La voz de Lucas sonó como música celestial en el interior del baño.

—¡Lucas! —exclamó complacida al verle. Vestía un elegante traje azul y una camisa blanca. Su pelo todavía estaba húmedo—. Por un instante pensé que, otra vez, te habías marchado sin decirme adiós. Y, la verdad, detesto que un hombre me deje tirada y abandonada sin ni siquiera un beso de despedida tras una noche de sexo maravilloso —confesó en un arrebato de valor.

—Son las diez de la mañana, dormilona. Es lunes y debería haber llegado a la oficina hace más de una hora. Pero, precisamente por no dejarte «tirada y abandonada», ahora tendré que enfrentarme a las caras de reproche de todo el personal, acusándome de comportamiento irresponsable y poco profesional al dejarme seducir por mi mujer en un día laboral —dijo en tono burlón, mientras se colocaba la corbata ya anudada por encima de la cabeza.

—Creo que estar recién casado te da cierta ventaja. Estoy segura de que serán benevolentes contigo. —Rio.

—¡Maldita sea! Quién inventaría una moda tan absurda. ¡Dichosas corbatas! Son un verdadero incordio. Ahora tendré que escoger otra.

Virginia observó cómo se le había deshecho el nudo y era incapaz de hacerlo de nuevo. Intentaba elegir otra en un armario repleto de corbatas ya anudadas.

—Anda, déjame ayudarte. No puedo creer que no sepas hacer un nudo de corbata.

Se puso frente a él y, en apenas unos segundos, lucía la corbata espléndidamente. Lucas se miró al espejo, satisfecho.

—¿Quién te ha enseñado a hacer esto? Olvídalo, no quiero saber a cuál de tus conquistas le anudabas las corbatas —dijo Lucas en un tono algo celoso.

—No digas tonterías. A mi padre le encantaba que le despidiese con un

beso y le ayudase a elegir la corbata que debía ponerse cada mañana.

—Una estupenda costumbre que no deberíamos perder —y le dio un beso de despedida—. Nos vemos esta noche.

En muchos aspectos, Lucas le recordaba a su padre. Era metódico y trabajador, exigente y detallista, cariñoso pero reservado. Y eso la hacía sentir inmensamente feliz. Adoraba a su padre.

Recordó cómo, cada mañana, éste entraba a despertarla con un beso y, sentado al borde de la cama, le mostraba la percha con la ristra de corbatas. A esas horas ya estaba impecablemente vestido con un traje de corte clásico, siempre de color azul marino o gris marengo. Decía que los trajes de color verde o marrón eran más apropiados para los novatos, mientras que el negro lo era para los jóvenes ejecutivos modernos. Él se consideraba un empresario madurito y serio, por lo que tan solo los colores azul y gris encajaban con su perfil sobrio.

«Bueno, ratita —solía decirle su padre, mostrándole las diferentes corbatas—, ¿cuál de ellas va a ser la afortunada en acompañarme hoy al trabajo?»

Por supuesto, ella tenía sus preferidas, pero procuraba alternarlas. Con el tiempo se dio cuenta de que, inconscientemente, siempre solía elegir el color en función del estado anímico en el que se encontrara esa mañana. El rojo era para los días que se presentaban alegres y entretenidos, el azul oscuro para los sobrios y el clarito para aquellos corrientes, en los que no esperaba que pasase nada fuera de lo normal.

Empezó como un juego entre ellos y luego se convirtió en una rutina diaria que, ahora, siete años después de su muerte, aún echaba de menos. Cada día añoraba más la compañía de su padre.

De su madre no solía acordarse muy a menudo, pues el recuerdo le ocasionaba pena y rencor. No es que a ella no la hubiese querido. A su modo, la quiso, pero jamás llegó a comprenderla y, en gran medida, la culpaba de la tortura sentimental a la que sometió a su padre en los largos años de aquel infeliz matrimonio.

¡La idea de parecerse a ella en lo más mínimo la atormentaba cada día! Salvo por el físico —pues el parecido entre ellas era evidente e irremediable — no deseaba ninguna otra similitud.

CAPÍTULO 9

Tendida en la cama, junto a Lucas, Virginia no era capaz de recordar otras dos semanas más maravillosas e intensas que las últimas. Estaban siendo como una auténtica luna de miel.

Por el día, ambos trabajaban duramente; Lucas, en su empeño de sacar adelante la empresa y ella, escribiendo lo que prometía ser su mejor historia de amor.

Pero, por la noche, solo estaban ellos dos; sin problemas financieros ni tragedias personales. Tan solo una tórrida aventura, repleta de pasión y seducción, y una buena dosis de largas conversaciones acerca de política, sexo, guerra o cualquier otro tema que les hiciera enfrentarse lingüísticamente.

Lucas la hacía sentirse bien. Al menos, durante las horas en que disfrutaba de su compañía, lograba evadirse de la terrible espiral de pesadillas por las que estaba atravesando su vida.

—¿Sabes? Creo que podría acostumbrarme a esta casa y a tu compañía — le confesó Virginia, bromeando.

—Ya te dije que te resultaría fácil acostumbrarte a la casa.

—Pero te olvidaste de advertirme que también podría acostumbrarme a ti.

—Confiaba en que eso lo descubrieras por ti misma.

Lucas la besó en los labios.

—Pues será mejor que vayas buscando un buen pretexto para echarme de tu lado si no quieres que me instale aquí para siempre. Es fácil vivir rodeada de comodidades y sin responsabilidades —murmuró jocosa, acariciándole el pelo.

—Tranquila, sé cómo despacharte. Si no recuerdo mal te aterran los compromisos. Bastaría con pedirte que te casaras conmigo y no tardarías ni un minuto en hacer tus maletas y largarte.

Virginia tomó una gran bocanada de aire. Tenía la sensación de estar asfixiándose.

—Para empezar, ya estamos casados. No obstante, eso que has dicho es cruel y malvado.

—Solo bromeaba.

—¿Sabes?, a mi madre le gustaban las aventuras desinteresadas y extra conyugales: sexo sin compromiso y con hombres de grandes fortunas, con los que disfrutar de todos los placeres que no le estaban permitidos en su vida

cotidiana.

—Pero tu padre contaba con un gran patrimonio y una economía más que saneada.

—Sí, pero era un hombre sencillo. El dinero nunca significó mucho para él.

—Ya.

—No necesitaba demasiado para ser feliz. Le bastaba con pasar una agradable tarde en familia... y eso, precisamente, no podía comprarlo con dinero.

Lucas la abrazó con ternura. Podía imaginar el sufrimiento que este tema generaba en su mujer.

—¡Tendrías que haberla conocido!

—¿A tu madre?

—¡Era una mujer tan bella y elegante! Los hombres caían como moscas ante sus encantos. Daniel y yo fingíamos no darnos cuenta de sus infidelidades, pero era imposible ignorar el sufrimiento y la desesperación de mi padre, enamorado y entregado... y rechazado por la mujer amada.

Era la primera vez que Virginia compartía esta historia con alguien que no fueran Alicia o Daniel. Pero con Lucas sentía la necesidad de hablar y hacerle partícipe de sus miedos y temores. Él sabía escuchar y, además, tenía la enorme virtud de hacer o decir lo que ella esperaba.

—Virginia, no tienes por qué hablar de esto si no quieres.

Él se acurrucó junto a ella en la cama. Había tocado un tema escabroso. Ahora comprendía la actitud de ella frente al amor: esa ferviente obsesión por huir de él.

—¡Temo tanto parecerme a ella! —Lucas intentó decir algo pero ella le puso la mano sobre la boca, impidiéndole que lo hiciera—. Me odiaría a mí misma si me embarcase en una vida en común con un hombre y luego se la arruinase al no poder corresponderle como es debido.

—Virginia, yo tan sólo bromeaba. Sé que eres perfectamente capaz de asumir compromisos y responsabilidades, y no creo en absoluto que tengas nada que ver con tu madre. Ignoro lo que ocurrió entre tus padres, pero sospecho que ese es el origen de tus fantasmas.

—¿Fantasmas? Te equivocas. Sencillamente tengo la certeza de que ninguna relación es eterna y no vale la pena involucrarse en algo que, antes o después, solo te generará amargura y sufrimiento.

—No siempre tiene por qué ser así.

—Quizá, pero no pienso arriesgarme. Por eso estos días han sido maravillosos. Compartir sexo desinteresado y una conversación amena y jovial con alguien que espera lo mismo de ti, no es fácil. Sin complicaciones ni exigencias.

Esas palabras se le clavaron a Lucas en el pecho. Cuando creía haber avanzado algo en la ardua y dura tarea de conquistarla, de pronto se vio a años luz.

—Aunque he de confesar que esta casa y tú habéis hecho tambalear esas creencias seriamente —continuó con un tono divertido.

—Bueno, me alegra saber que todavía no está todo perdido. Estoy seguro de que algún día encontrarás a alguien que derribe ese muro y esa absurda creencia de que el verdadero amor no existe.

Lucas disimuló su decepción.

Virginia se arrepintió enseguida de haber mantenido esa conversación. ¿A quién trataba de engañar? Era inútil insistir en la absurda idea de que lo suyo era puramente sexual. Había mucho más que eso. Se sentía a gusto con Lucas y no solo cuando practicaban sexo. También era inmensamente feliz cuando cenaban y veían una película juntos, cuando conversaban hasta altas horas de la madrugada. Era una estúpida al no querer admitir lo evidente. Sentía algo por él que jamás había sentido antes por ningún otro hombre, y eso la tenía completamente descolocada.

Por un momento temió que su duro y falso testimonio espantase a Lucas para siempre, como había ocurrido con sus anteriores parejas. Tan pronto ella les exponía su singular punto de vista acerca del amor, la relación comenzaba a desmoronarse. Pero, esta vez, sintió un miedo atroz. No deseaba perder lo que fuese que había entre ellos dos.

—Lucas, ¿crees que soy frívola e inmadura?

Él se quedó perplejo por la pregunta directa de Virginia. Imaginó que ella aplicaría esos atributos para describir a su madre.

—En absoluto. Simplemente creo que estás... confundida.

—Eres un hombre increíble, ¿lo sabías? Creo que podría...

—¿Crees que podrías qué?

—Olvídalo. —Se incorporó de la cama—. Voy a darme una ducha.

Por un instante, Lucas tuvo la absurda esperanza de que iba a expresarle algún sentimiento íntimo y profundo, pero se esfumó en cuanto tomó de nuevo

la palabra.

Virginia hubiera deseado poder terminar la frase y decirle que podría enamorarse de él, si es que no lo estaba ya. Pero prefirió no hacerlo. ¿Por qué le aterraba tanto enfrentarse a ese sentimiento nuevo y desconocido? ¿Quizá porque temía no ser correspondida?

«¡Tonterías!». En cualquier momento podía prescindir de Lucas si quisiera, no le necesitaba... ¿O sí?

Si la memoria no le traicionaba, a estas alturas de la relación, todas sus anteriores parejas ya le habían declarado su amor eterno y, podía afirmar sin temor a equivocarse, que también le habían pedido que se casara con ellos una docena de veces.

Era irónico pensar que, precisamente el hombre con el que estaba casada, era quien, hasta ahora, no había manifestado el más mínimo indicio emocional hacia ella, salvo la evidente atracción sexual. Lucas no le pedía explicaciones pero tampoco las daba.

Esa indiferencia la estaba volviendo loca. Estaba completamente perdida respecto a los sentimientos que él pudiera albergar hacia ella.

Hacía días que Alicia no sabía nada de su cuñada. ¿Estaría bien? Cogió el teléfono y marcó su número de móvil.

—Hola Ali, pensaba llamarte. —La voz de Virginia sonaba alegre—. ¿Comemos juntas? Tengo algo que contaros.

—Espero que sea interesante porque hace tres días que no sé nada de ti.

—Lo siento, pero espera y veras. Tengo un gran motivo que justifica mi desaparición. ¿Daniel está bien?

—Sí, tranquila.

—Bien, entonces llamaré a Bárbara. ¿Quedamos en el italiano que está junto a la editorial a las dos?

—Perfecto, allí estaré.

Lucas se encontraba en estado de hipnosis con respecto a Virginia. La había deseado desde que la vio por primera vez pero, ahora que iba conociéndola mejor, había descubierto que tenía infinidad de virtudes acompañadas de unos cuantos defectos. Soportables, eso sí. Estaba profundamente enamorado.

El sexo con ella era extraordinario pero, lo más fantástico de todo, era descubrir que Virginia era tal cual se la había imaginado: trabajadora, independiente, inteligente, leal a los suyos...

«Única», pensó.

Al principio, Lucas llegó a temer que fuera tan solo una obsesión, un espejismo visto a través de los ojos de Daniel. Ahora podía asegurar que era real.

Si bien era verdad que, en su opinión, en muchos aspectos Daniel la juzgaba muy duramente, no cabía duda de que el amor que sentía hacia ella era incondicional e ilimitado. En innumerables ocasiones la tachaba de inmadura y se declaraba incapaz de comprender su estilo de vida. Posiblemente Daniel nunca alcanzaría a entender cómo alguien podía dedicarse a escribir novelas románticas y guiones de televisión y, lo más increíble, vivir de ello.

Sin embargo, era una opción muy respetable estar vinculado a una profesión tan creativa y artística. Para él era motivo de orgullo y envidia estar dotado de semejante talento.

Era evidente que Virginia amaba su profesión. Tenía una extraordinaria manera de expresarse, empleando cada palabra con el matiz adecuado.

—Lucas, ¿estás oyendo lo que digo?

Fabián estaba junto a la puerta del despacho.

—Perdona, ¿qué decías?

—Digo que Pablo Zabala, de Alimentaciones Buendía, espera que contestes el teléfono y está muy cabreado. Según parece no le ha llegado el pedido. Tenemos un buen problema. Es uno de nuestros mejores clientes.

—Está bien. Pásamelo. —Alzó el auricular, disgustado por tener que enfrentarse a ese hombre que le resultaba especialmente antipático e impertinente—. Buenos días, señor Zabala, me comentan que el pedido que nos hizo no le ha llegado. ¿Podría explicarme qué ha ocurrido?

—¡Una catástrofe! Le advertí al individuo que me cogió el pedido que era de suma importancia que llegase a tiempo. Debíamos de ofrecer un cóctel para cerrar una operación crucial y, adivine, simplemente no lo hubo. Y todo gracias a su nefasta gestión.

Lucas no hubiese dudado en colgarle si no fuera porque la supervivencia de Vidasa dependía de clientes como ése.

—No sabe cuánto lo lamento. No me explico qué ha podido suceder pero, descuide, voy a averiguarlo y le llamo lo antes posible.

—¡No me interesan sus disculpas y, mucho menos, sus explicaciones! ¿Van a compensarme de alguna manera? —Estaba fuera de sí—. Esto nunca me habría pasado si Daniel Delgado siguiera al frente de la empresa. Me estoy

pensando seriamente cambiar de proveedor. Está claro que Vidasas ya no satisface mis necesidades y le aseguro que no soy el único que ha sufrido una decepción.

—Señor Zabala, por favor, escúcheme. —Odiaba tener que arrastrarse de este modo—. Deme unas horas para enterarme de qué ha podido suceder y le prometo que le compensaré.

—Tiene hasta mediodía, ni un minuto más. Y ya puede buscarse una buena excusa. Se lo advierto, se está jugando mi permanencia como cliente.

El tipo colgó el teléfono sin esperar la respuesta. A Lucas no le cupo ninguna duda, ¡habían perdido otro cliente!

Estaba de un humor de mil demonios. No encontraba ninguna explicación a lo sucedido.

Recordaba claramente haber aprobado ese pedido. Si su memoria no le fallaba —y eso era algo que no solía ocurrirle muy a menudo— constaba de varios platos preparados de gama alta, en cantidad suficiente como para dar un convite a unas cien personas.

Aunque en circunstancias normales le hubiera correspondido al jefe de compras supervisar y autorizar cada pedido anotado en el sistema, él se había empeñado en realizar esa labor, consciente de que absorbería gran parte de su tiempo. Pero la supervivencia de Vidasas pendía de un hilo y solo de este modo podría tener algún control sobre la evolución del negocio.

Abrió la carpeta donde archivaba las copias de los pedidos y no encontró el que buscaba. «¡Qué extraño!»

—Fernando, ¿recuerda haber recibido un pedido del señor Zabala? Debía haberse entregado el sábado pasado. —Lucas apretaba el auricular del teléfono con fuerza. Tenía un mal presentimiento.

—No, señor. No lo recuerdo. Y ya sabe que suelo memorizar los pedidos de cada semana. Estoy absolutamente convencido de no haber recibido ninguno a nombre de Alimentaciones Buendía.

—Lo curioso es que yo estoy seguro de haberlo tramitado.

—Quizá se haya traspapelado. ¿Lo ha comprobado?

—No, pensaba hacerlo ahora. Gracias.

Lucas colgó, desconcertado. Abandonó el despacho y se dirigió hacia el departamento de gestión de pedidos. Era allí donde enviaba la solicitud para ser ejecutada, una vez él daba el visto bueno.

—Buenos días, Carla, ¿podría enseñarme los comprobantes y solicitudes

de los pedidos de la semana pasada?

—Claro, faltaría más. ¿Busca algo en particular?

—Sí, el pedido de Alimentaciones Buendía.

—No lo recuerdo —dijo ella, extrañada, mientras hojeaban los papeles sin ningún éxito.

En esos momentos, entró Fabián.

—Fabián, ¿aparte de mí hay alguien que tenga una llave de mi despacho?

—Sí, Oliver guarda una copia de todos los despachos.

Lucas salió disparado hacia el despacho de Oliver. Estaba dispuesto a llegar al final de este asunto que estaba empezando a provocarle un importante dolor de cabeza.

«Si hay algún culpable detrás de toda esta mierda, lo encontraré», pensó irritado.

Exasperado, entró sin llamar. El abogado, que tecleaba en el ordenador, levantó la vista.

—Adelante, Lucas. Tienes un aspecto horrible, chico. Otra mala noche, ¿eh?

—Oliver, ¿tienes una llave de mi despacho? —El tono de Lucas era grave y seco.

—Buenos días, yo también me alegro de verte.

—No tengo tiempo para bromas.

—Creo que la tengo en este cajón. —Oliver se apresuró a sacar del primer cajón del escritorio una caja de cartón repleta de llaves. Le entregó una identificada como «Daniel», escrito en un cartelito plastificado—. Mira a ver si es ésta. ¿Has olvidado la tuya?

—¿Alguien más sabe dónde guardas las llaves?

Lucas permaneció de pie, con semblante serio y preocupado.

—Sí, claro —respondió, sorprendido por ese improvisado interrogatorio—. Cuando Daniel estaba de viaje de negocios, todos me pedían la llave si había que coger algo de él. ¿Qué ocurre?

Lucas cerró la puerta y se sentó frente a él, meditabundo. Finalmente, le contó lo sucedido de una forma detallada y concisa con el fin de ser lo más objetivo posible.

—No lo entiendo. Estoy seguro de haber guardado la copia en mi carpeta y..., sencillamente, ha desaparecido. No está, Oliver, ha volado. Recuerdo haber tramitado ese maldito pedido y haberlo dejado en la valija, pero Carla

tampoco lo tiene y Fernando ni siquiera lo recuerda.

La mente de Lucas parecía estar recomponiendo cada paso.

—¿Y qué crees que ha podido pasar? Algo tendrás que decirle a Pablo Zabala.

—La única explicación es que alguien haya robado esos papeles sin darle opción a Carla a verlos y tramitarlos.

—Por el amor de Dios, Lucas, estás paranoico. Se te ha metido en la cabeza que alguien quiere sabotear la empresa y no hay quien te apee del burro.

Oliver no creía, y mucho menos aceptaba, esa teoría tan absurda y poco verosímil. Un pedido traspapelado, un olvido de alimentos y unas averías en la maquinaria no justificaban un complot.

—No hay otra explicación —recalcó con énfasis—. Alguien debió robar las llaves de tu despacho, entrar en el mío y extraer los papeles.

—Me cuesta creer algo así.

—En el despacho de Carla hay mucho tránsito de empleados. Es fácil entrar y llevarse los papeles sin ser visto. Lo que realmente me preocupa es que alguien haya sido capaz de entrar en el mío y robarme la copia. ¡Debe de ser un osado para hacer tal cosa!

—No sé qué decirte. Lo encuentro absurdo, ¿quién querría hacer una cosa así?

—No lo sé. Pero, desde luego, es alguien que tiene mucho interés en desprestigiar a la empresa. Se está tomando demasiadas molestias.

—¿Qué sentido tiene? Vivimos todos de este negocio. ¿Quién en su sano juicio querría hundir la empresa que le da de comer? Y menos todavía, con la crisis que tenemos encima.

Oliver no creía ni una sola palabra de aquella conspiración.

—Sé que parece una locura, pero tengo la seguridad de que todos estos lamentables sucesos no son fruto de la casualidad.

Con la sensación de ser un incomprendido, Lucas abandonó la estancia dando por terminada la conversación.

Esa misma mañana hizo cambiar la cerradura del despacho y sólo él se quedó con un juego de llaves.

Ahora debía centrarse en inventar una buena excusa para darle a Pablo Zabala, pero estaba de un humor terrible y le resultaba imposible pensar con claridad.

Virginia estaba entusiasmada con la idea de comer con sus amigas. Bárbara estaba siempre tan ocupada que la única manera de encontrar un hueco en su apretada agenda era facilitarle al máximo el tema, por lo que el italiano que había junto a la editorial resultaba ser la solución más apropiada. Acostumbraban a comer juntas una vez a la semana y, desde hacía años, solían hacerlo en ese mismo lugar.

Sorprendería a Bárbara entregándole los diez primeros capítulos de la nueva novela. Estaba ansiosa por oír su opinión aunque, con toda seguridad, era lo mejor que había escrito a lo largo de toda su carrera. También Alicia se alegraría de saber que por fin había vuelto a recuperar la inspiración.

—No sé si podré esperar a oír tu opinión. —Virginia estaba eufórica y de un humor espléndido.

—Pues me temo que no te queda más remedio.

—Creo que, sin duda, es mi mejor novela.

La tarta de queso le estaba sabiendo a gloria bendita.

—Chica, te envidio —dijo Bárbara, perpleja—. Creo que a ti, en contra de lo que esperábamos todas, el matrimonio te sienta de maravilla. No hay más que verte, estás radiante.

—¿Qué quieres decir con «en contra de lo que esperábamos todas»? Conspirando a mis espaldas, ¿eh? ¡Es perverso!

—He de confesar que cuando dijiste que te casabas casi me da un patatús. La verdad, Virginia, estaba convencida de que Lucas era uno más de tu larga lista de caprichos y que, en un par de meses, le mandarías a paseo.

Si había un rasgo a destacar de Bárbara, era su devastadora sinceridad, aunque ello implicase ser cruel y despiadada.

—Es realmente tranquilizador ver la confianza que tenéis en mí —protestó en un tono malicioso.

—En serio, me alegra haberme equivocado. ¡Ahora va a resultar que eres la esposa perfecta!

—Bueno, ¿y qué hay de lo tuyo con Miguel? —intervino Alicia.

Cualquier alusión al matrimonio ficticio de Virginia la incomodaba especialmente. Estaba francamente preocupada por el rumbo que estaban tomando las cosas. Virginia parecía encontrarse cómoda con aquella extraña relación con Lucas. No estaban sopesando la posibilidad de que, antes o después —y ella no tenía ninguna duda de que eso acabaría ocurriendo—, alguno se implicaría más de la cuenta y entonces llegarían los reproches, el

abatimiento y el desengaño.

—Definitivamente, es mi hombre. Es encantador, detallista, divertido... y me adora —sonrió Bárbara, con los ojos llenos de brillo. De repente, lanzándoles una mirada traviesa, dijo—: Me ha pedido que me case con él.

—¿Qué?! —Las dos amigas gritaron al unísono.

—¿Cuándo pensabas decírnoslo?! —añadió Virginia—. Has esperado hasta los postres, canalla.

—Os lo estoy diciendo ahora, ¿no? —Todas rieron—. Lo cierto es que no pensaba volver a casarme pero, ha insistido tanto, que me lo estoy pensando. —Esta vez su semblante se tornó serio—. Me he equivocado tantas veces, que no creo que pudiera soportar otro fracaso.

Virginia le sujetó la mano con ternura.

—Bueno, alguna vez tendrá que salir bien, ¿no crees? —dijo, tratando de animarla.

—Aunque, ¿no es algo precipitado? —La cordura de Alicia era siempre bienvenida—. Quizá deberías esperar a estar segura. Al fin y al cabo, ¿qué prisa tienes?

—Sí, eso sería lo razonable, pero Miguel tiene que trasladar su residencia a Tokio por negocios durante un par de años y quiere que le acompañe. No tiene mucha fe en las relaciones a distancia. —El tono de Bárbara denotaba tristeza—. No sé qué hacer, chicas, estoy hecha un auténtico lío. No duermo, no como... Miguel ha desbaratado todos mis planes.

—Pero Tokio está muy lejos —dijo Virginia, con expresión sombría—. ¿Qué pasará con la editorial? ¿Piensas dejar tu trabajo?

—Ya he pensado en eso. La editorial podría dirigirla provisionalmente Carlota y yo puedo seguir supervisando todo a través de internet. Eso no supondría ningún problema. Pero abandonar mi casa, a vosotras, irme a un país extraño con un idioma que desconozco... No sé, me estoy volviendo loca.

Carlota era la socia de Bárbara.

Cuando Bárbara se empecinó, quince años atrás, en embarcarse en el difícil proyecto de crear una editorial, muy pocos creyeron en sus posibilidades. Pero ella, pese a los comentarios desalentadores de la gente, se mantuvo firme.

Con el tiempo demostró estar perfectamente cualificada para ello, convirtiendo la editorial en un negocio próspero y rentable. Era tal su dedicación y entrega que, enseguida, se hizo con una cuota de mercado

importante. Su acogida y éxito en el sector literario fue sorprendente.

La editorial se dedicó, entre otras cosas, a impulsar y promocionar a autores noveles y desconocidos ansiosos por publicar una primera obra. Bárbara resultó tener un don especial para descubrir nuevos talentos. Fue ella precisamente la que dio su primera oportunidad a Virginia, animándola a escribir una novela tras leer varios de sus relatos cortos. No se equivocó al confiar en su talento; desde el principio tuvo una gran acogida.

El negocio se expandió deprisa y, ni la plena dedicación de Bárbara ni el pequeño cubículo escogido para sus comienzos, eran suficientes para abarcar la cantidad de trabajo que se les venía encima. Fue entonces cuando Bárbara decidió asociarse con Carlota, que había estado con ella desde el principio. Contaba con dos de los requisitos fundamentales para ello: el capital y las cualidades para el desempeño de un trabajo de mayor responsabilidad.

Carlota se dedicaba a la parte financiera y a la distribución, centrándose en aplicar nuevas tecnologías para mejorar el negocio. De este modo, Bárbara empleaba la mayor parte del tiempo en la captación de nuevos talentos y en los derechos de publicación de autoras extranjeras consagradas, así como en el mantenimiento de la cartera actual. Todo ello con la colaboración de doce empleados de plantilla fija.

—Es curioso las vueltas que da la vida —susurró Alicia, con tristeza—. Una nunca sabe qué le deparará el mañana.

Era obvio que el recuerdo de Daniel estaba detrás de aquellas palabras.

Ante aquel evidente ataque de nostalgia, la reacción de sus fieles amigas no se hizo esperar y le tomaron de la mano en señal de apoyo. Eran conscientes del sufrimiento de Alicia y sentían una gran impotencia al no poder hacer nada más para aplacar tanto dolor.

—Cariño, Daniel está mucho mejor —le animó Virginia—. El doctor dice que es muy probable que pronto notemos alguna mejoría y despertar de su letargo.

—¡Dios te oiga!

Virginia le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Sabía que ella era un pilar imprescindible en la vida de su cuñada, que ahora más que nunca necesitaba de su optimismo y comprensión. La contempló. Estaba visiblemente fatigada y algo deprimida. Se alegró al recordar que esa misma tarde Alicia debía asistir a la sesión semanal con el psicólogo que la ayudaba a superar la traumática experiencia. Seguro que después se encontraría más animada.

—Lo siento, chicas, es que hoy no tengo un buen día —dijo Alicia—. En fin, Bárbara, piénsate lo de Miguel. Tu felicidad es lo más importante.

—Lo sé, pero es tan complicado. —El rostro de la editora mostraba un leve indicio de desesperación.

Cuando las tres amigas se estaban despidiendo en la puerta del restaurante, se toparon de frente con Lucas, que iba acompañado de otro hombre de su misma edad.

—Virginia, ¡qué sorpresa! —Lucas se quedó sorprendido y le dio un cariñoso beso en la mejilla—. ¿Ya habéis comido?

Saludó también a las chicas.

—Sí —respondió ella—. Ya nos íbamos. Bárbara tiene una reunión y Alicia una cita.

—Bueno, pues hola y adiós. Me alegro de veros. ¿Todo bien, Alicia?

—Todo lo bien que cabe esperar.

La editora y Alicia se despidieron, iban con el tiempo justo a sus respectivos compromisos.

—¿Virginia? —El acompañante de Lucas, que hasta ahora había permanecido al margen, la estudiaba con atención.

Ella desvió la mirada hacia aquel rostro que le resultaba tan familiar.

—Lo siento, ¿nos conocemos? —contestó. Pero entonces cayó en la cuenta—. ¿Pablo? ¡Pablo Zabala!

—Jamás te habría perdonado que me hubieses olvidado después de lo que hubo entre nosotros...

Virginia se sonrojó ligeramente ante aquella descarada observación. Pablo, sin captar su evidente incomodidad, se arrimó a ella y le dio dos besos demasiado cálidos para el gusto de Lucas, claramente molesto.

—Caramba, no sé cómo no te reconocí enseguida. Estás igual.

—De atractivo, espero.

—Por supuesto. —Virginia no pudo evitar soltar una carcajada. Su falta de modestia era asombrosa—. Veo que conoces a Lucas, mi marido.

—¿TU marido? —La boca de Pablo se giró en una mueca de desagrado.

—Nos casamos en abril —puntualizó Lucas, mandándole un manifiesto mensaje de que ella no estaba disponible—. ¿De qué os conocéis?

El comentario de Pablo había despertado su curiosidad.

—Estudiamos juntos en la universidad —le aclaró Virginia.

—Y no olvides que también salimos durante unos meses. Ella fue mi

primer amor.

A Lucas no le gustaba nada el tono íntimo que empleaba Pablo. Aquella aclaración le pareció indiscreta y fuera de lugar. ¡Demonios, estaban hablando de su mujer!

—Íbamos a tomar una copa, ¿nos acompañas? —prosiguió Pablo con desparpajo.

Ella dirigió una mirada fugaz a Lucas, solicitándole su aprobación. Él asintió, con evidente desgana.

—De acuerdo, me apunto.

Entraron en el bar de la esquina, muy conocido por ser punto de encuentro de escritores y artistas. Se sentaron en una mesa colocada en un discreto rincón.

—No sabía que Vidasa perteneciese a tu familia —dijo el joven—. Llevo años haciendo negocios con Daniel sin tener ni idea de que se trataba de tu hermano. Cuando me enteré de que su hermana había tomado provisionalmente el relevo, no reparé en el nombre.

—Pues, ya ves, el mundo es un pañuelo —respondió Virginia, orgullosa de llevar el apellido Delgado.

—Ya lo creo.

—Estás preciosa —Pablo la contemplaba de arriba a abajo, babeando como un perro en celo.

—Gracias —respondió, estudiando sus rasgos.

Continuaba siendo un hombre bien parecido, alto, de constitución atlética, cara angulosa, pelo castaño y ojos verdes. La boca grande de labios carnosos llamaba poderosamente la atención. ¡Podría decirse que era todo un modelo de pasarela!

Virginia nunca podría olvidar la primera vez que le besó. Estaban tumbados en el césped del campus universitario, reposando el bocadillo de calamares que acababan de comerse. Sin dejarla apenas tiempo de reacción, Pablo se había sentado a horcajadas sobre su estómago y la miraba fijamente. Entonces ella sintió un primitivo impulso de besar aquellos labios que desde el primer momento le habían resultado tan sensuales y, sin poder contenerse, le atrajo hacía ella y le besó. Él, encantado de aquella impulsiva maniobra, no opuso ninguna resistencia; muy al contrario, se esmeró bastante en complacer la tórrida curiosidad de su amante. Fue un verdadero morreo de adolescentes, deseosos de experimentar emociones fuertes.

Su aventura duró escasos meses, tiempo suficiente para que Virginia descubriese que Pablo era un chico superficial y bastante egocéntrico. Si hoy, diez años después, su personalidad había cambiado, era una incógnita por resolver.

«Valiente gilipollas.» Lucas era el único que no parecía estar disfrutando de esa improvisada tarde. Es más, le repateaba pensar que ese creído y descarado hubiese podido tener una aventura con su mujer.

—¿Y puedo saber qué os traéis entre manos vosotros dos? —dijo Virginia, con cierta curiosidad.

—Pues lo cierto es que se trata de un tema de lo más desagradable.

Virginia les dirigió una mirada rápida a ambos, pero no hubo respuesta. Observó cómo las angulosas facciones del rostro de Pablo se endurecían cuando miraba a su marido. Algo no marchaba.

—¿De qué se trata? —quiso saber.

—Lamento mucho tener que ser yo el que te lo diga pero, desde que Daniel no dirige la empresa, la atención al cliente de Vidasa es bastante mala, por no decir pésima. —Lucas le lanzó una mirada hostil—. El otro día, sin ir más lejos, no recibí un pedido de suma importancia. Pudo costarme la firma de un contrato vital.

—Bueno, es obvio que debió de haber un malentendido —contestó ella, tratando de relajar el ambiente claramente tenso y crispado.

—Una empresa competente no puede permitirse este tipo de errores. Ya le he comunicado a Lucas que me estoy pensando seriamente si continuar mi relación comercial con Vidasa.

—¡Oh! —exclamó Virginia. Continuaba siendo tan egocéntrico y engreído como antes, pensó.

—Claro que, dado que el negocio es también tuyo, quizá esté dispuesto a dar una segunda oportunidad.

A Lucas ese hombre le había resultado antipático desde el primer día. Cuando le conoció, años atrás, le pareció un pijo pedante y egocéntrico, sin pizca de educación y con injustificados aires de grandeza.

Ese mediodía le había citado para invitarle a comer con el fin de limar asperezas y disculparse por su garrafal error. Se había inventado la excusa de que la persona encargada de tramitar los pedidos había sufrido la reciente pérdida de su querida madre y estaba algo distraída, confiando en que esa desgracia humana le conmovería. Pero Zabala, además de ser un completo

gilipollas, resultó ser un monstruo sin escrúpulos ni sentimientos.

Cualquier explicación, disculpa o promesa que Lucas le dio, garantizándole que eso no volvería a suceder, fue inútil y una pérdida de tiempo. Directamente, Pablo no le escuchaba. Estaba más pendiente de restregarle su incompetente dirección y su mala gestión, poniendo en tela de juicio sus capacidades y habilidades para el mando.

Lucas aguantó estoicamente sin mandarle a la mierda, que es lo que hubiera deseado; todo por la supervivencia de Vidasa, que dependía de energúmenos como aquél. Muy a su pesar, no podían permitirse perder a un cliente como Pablo Zabala, aunque gustosamente hubiese prescindido de él.

Durante el postre, Pablo le había confirmado que, mientras él fuese el director en funciones, no deseaba continuar haciendo negocios con Vidasa. Aún así, y haciendo honor a su buena educación, Lucas había insistido en invitarle a una copa con la intención de hacerle recapacitar. Fue justo entonces cuando Virginia apareció en escena.

—Vamos, Pablo, piénsatelo mejor. Te estaría enormemente agradecida si nos concedieses una segunda oportunidad —le pidió Virginia, coqueteando intencionadamente—. Estamos atravesando un momento difícil, pero desde que Lucas se ha hecho cargo de la dirección, la empresa está remontando.

No dudó en defender las habilidades de su marido, que permanecía en silencio, claramente contrariado.

Pablo gruñó, sin compartir esa opinión, pero evitó hacer un comentario poco acertado para no herir los sentimientos de su ex novia.

—En fin, Lucas, puesto que Virginia me lo pide, dejaré pasar este desafortunado incidente. Confío en que nada parecido vuelva a suceder.

—Claro —respondió Lucas, de manera escueta y tajante.

No tenía ningunas ganas de seguir haciéndole la pelota a ese capullo egocéntrico. Además, le irritaba más de lo que quería admitir que coquetease descaradamente con la que se suponía era su mujer. Siempre había pensado que coquetear sin ningún pudor con alguien ya comprometido decía mucho de la honestidad de una persona. Lo encontraba desleal y mezquino.

—Bueno, se hace tarde —apuntó Pablo. Eran cerca de las seis—. Será mejor que me retire. Todavía tengo infinidad de cosas que hacer.

«Ya era hora», se dijo Lucas a sí mismo. Nada le hacía más feliz que terminar con aquella farsa.

Pablo tenía la mirada clavada en el prominente escote de Virginia.

—Pero antes has de prometerme que un día de estos aceptarás que te invite a cenar. Así podremos contarnos qué ha sido de nuestras vidas —continuó.

Desde luego era evidente que no incluía a Lucas en sus planes.

—Claro, cómo no, llámame cuando quieras —dijo Virginia, mientras le facilitaba una tarjeta con su número móvil—. ¿Hacia dónde vas?

—Vivo cerca de aquí, junto al Retiro. Puedo ir andando.

—Yo tengo el coche aparcado ahí mismo. Si quieres te llevo. —Detectó el gesto contrariado de su marido—. ¿Lucas, has venido en coche?

—Sí, te veré en casa —y le dio un beso fiero y posesivo en la boca, dejando claro que era suya y que no estaba en venta.

Aproximadamente sobre las diez, Virginia regresó a casa. Lucas estaba sentado en el salón, con una copa de vino y un buen libro.

—Si que has tardado. —Su tono era seco e inquisitivo.

—Pablo insistió en enseñarme su casa y luego nos tomamos algo —respondió, ignorando su evidente malestar.

—Vaya, juraría haberle entendido que tenía muchas cosas que hacer. Supongo que coquetear contigo era una de ellas.

—Lucas, si tienes algo que decirme, hazlo de una vez, pero no emplees ese tonito sarcástico conmigo.

Se detuvo, pero Lucas no dijo nada.

—Bien, tema zanjado.

—Ese tío es un gilipollas.

—¿Se puede saber qué te ocurre? Pablo es un viejo amigo y pensé que, después de lo ocurrido, era conveniente seguirle un poco el rollo.

—Claro, y eso incluye una cena romántica a la luz de las velas. Sinceramente no me explico qué pudiste ver en ese tipo.

—Bueno, no me negarás que es bastante guapo —dijo Virginia con una risita picarona.

—Sí, claro, guapo... y un pedante pomposo y estirado. Por no hablar de sus modales. No he visto a nadie con más caradura. No ha dejado de mirarte el escote que, por cierto, aprovecho para decirte que era excesivo. Espero que, al menos, fuese bueno en la cama.

—No pienso responderte a eso. ¡Me parece increíble...! —dijo con la cabeza bien alta.

—Mejor, no me interesa.

—Y respecto a mi escote, ¡no irás a decirme ahora qué debo ponerme,

¿verdad?! Es evidente que no has tenido un buen día pero, por favor, no lo pagues conmigo.

—No lo hago. Simplemente me limito a darte mi opinión.

—Yo solo trataba de ser amable. Creí que te hacía un favor. Hasta donde yo sé, no podemos permitirnos perder a un cliente como Pablo.

—El dinero es importante, Virginia, pero por encima de todo está la dignidad.

—¿Qué quieres decir?

—Ese tipo es un cerdo sin escrúpulos que pretendía que despidiese sin más a la empleada responsable del extravío de su pedido. Ni su ropa cara ni su perfume de Channel pueden disimular su olor a podrido.

—¡Basta! Estás de un humor de perros.

Cenaron juntos, pero esa noche, a diferencia de las anteriores, no hubo sexo ni amena conversación. Cada uno se dedicó a sus quehaceres particulares.

Efectivamente, Lucas estaba de un humor de perros. Pablo Zabala había logrado amargarle el día, no solo por haber puesto en duda su valía profesional, sino sobre todo por cómo se comía a Virginia con los ojos. De haberle ella dejado, él no habría perdido el tiempo en echarle ambas manos a los pechos sin vacilar.

«¿Qué diablos habrán hecho en casa de ese tipejo durante dos horas?»

No había ninguna duda de que estaba sufriendo un clásico ataque de celos, un sentimiento hasta ahora desconocido para él y que había comenzado a experimentar después de conocer a Virginia. Lucas podía presumir de tener una personalidad bien marcada, con una autoestima elevada y una gran seguridad en sí mismo... Y todo eso parecía estar derrumbándose.

Amaba a Virginia y cualquier posible amenaza a la obtención de sus fines le hacía sentirse inseguro.

Esa noche, Virginia no conseguía conciliar el sueño. Estaba tan inquieta por conocer la opinión de Bárbara con respecto a su nueva novela, que era incapaz de relajarse y dormir.

Miró la hora. Eran cerca de las tres de la mañana. Se levantó con cuidado para no despertar a Lucas, y se sentó frente a la máquina de escribir. Estaba ansiosa por acabar su libro. Las ideas se le agolpaban en la cabeza y sentía una necesidad apremiante de plasmarlas en papel.

Se sujetó el pelo en una cola de caballo y comenzó a teclear

apresuradamente. Ni ella misma podía creerse cómo había recuperado la inspiración.

—¿Puedes dejar de aporrear esa maldita máquina? —La voz grave de Lucas la sobresaltó—. No hay quien duerma así, joder.

—Perdona, no podía dormir y, como hasta ahora nunca te habías quejado, pensé que el ruido no te molestaba. Buenas noches. —Se levantó y salió del dormitorio.

Virginia estaba disgustada por la forma, grosera e injustificada, con la que Lucas se había dirigido a ella. Gritarla no era propio de él, pero no tenía la menor intención de enzarzarse en una batalla dialéctica a esas horas de la madrugada.

Lucas se arrepintió inmediatamente de haberse comportado de aquel modo. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho. En realidad, le encantaba verla escribir.

Muchas noches, cuando ella creía que él dormía, la observaba sentada frente a su vieja máquina, escribiendo sin parar. Le gustaba su forma desenfadada de sujetarse el pelo con un lápiz, cómo se sentaba con las piernas cruzadas sobre la silla, su gesto nervioso del dedo al hacer tirabuzones en el pelo mientras, seguramente, pensaba en la siguiente frase... Estaba realmente sexy.

Se levantó y fue en su busca. La encontró sentada en un taburete giratorio de la cocina, tomándose un vaso de leche.

—Anda, vuelve a la cama. —Lucas la abrazó por la cintura—. Siento haberte hablado en ese tono.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —respondió ella en tono seco y enfadado—. Hacerme el amor y tema zanjado, ¿no?

Lucas no sabía adónde quería ir ella a parar con ese comentario tan mordaz, pero el tono de su voz denotaba que estaba bastante disgustada.

—Estoy harta de que me trates como a una cualquiera. Crees que puedes gritarme y luego echarme un polvo y... asunto arreglado. Pero, ¿quién te crees que soy? ¿Tu puta particular?

Él abrió los ojos de par en par. Estaba perplejo. Jamás había oído a Virginia emplear un vocabulario tan soez.

—Yo jamás he pensado semejante disparate.

Estupefacto por la asombrosa conclusión a la que había llegado Virginia, consideró que era el momento de aclararle algunas cosas. Lo último que

deseaba era que ella pensara que era un mujeriego, interesado exclusivamente en el sexo y los placeres carnales.

Todavía la tenía sujeta de la cintura. Con un ligero movimiento, hizo girar el taburete y la obligó a mirarle a los ojos.

—Me duele que pienses eso de mí. Creía que, después de todo este tiempo, te habrías dado cuenta de que me importas por muchas otras razones, tal y como tú me dijiste una vez. —Bueno, pensó Virginia, era un comienzo saber que, al menos, albergaba algún sentimiento hacia ella—. Lamento mucho si en algún momento te he hecho sentir como lo que no eres, pero de lo único que soy culpable es de haberme comportado como un idiota.

—De modo que admites ser un idiota.

—Yo... Ayer me volví loco de celos —confesó, mientras ella arqueaba las cejas, mostrando sorpresa—. Ya sé que no tengo ningún derecho, pero me estaba produciendo náuseas ver cómo Pablo te desnudaba con su mirada enfermiza y depravada.

—¿Estabas celoso? —dijo, complacida—. ¡Y yo que creía que simplemente estabas cabreado por cómo él te había humillado y desprestigiado!

—Bueno, eso no me gustó, pero sé muy bien cuáles son mis capacidades y creo haber demostrado sobradamente que soy un excelente empresario. Fue lo otro lo que me sacó de mis casillas. Y ahora, ¿podemos volver a la cama? Prometo no hacerte el amor.

—Pues es una pena, porque no hay nada que desee más —le provocó, besándole apasionadamente y enganchando las piernas alrededor de sus caderas, que desprendían un calor sofocante.

De pronto, Virginia se quitó efusivamente la camiseta de manga corta, dejando los pechos al aire y provocando en Lucas un sinfín de estímulos y sensaciones. Tenderla sobre la mesa de la cocina y poseerla allí mismo era lo que su cuerpo le pedía, pero temió que Carlos o Raquel irrumpiesen de golpe y estropearan la magia.

Como si Virginia estuviese dentro de sus pensamientos, ella le susurró algo caliente al oído y se sentó encima de la mesa.

«Oh, Dios, siempre he soñado con que un hombre me haga el amor, salvajemente, como a Kim Basinger en Nueve semanas y media y no voy a desperdiciar esta oportunidad.»

Si durante un momento, en la cabeza de Lucas la cordura se impuso sobre

la locura, fueron segundos porque, impaciente, deslizó sus manos hasta la cintura de Virginia y le fue bajando los pantalones del pijama, lentamente, acariciándole los muslos y contemplando lo hermosa que era, sin importarle nada de lo que pudiese ocurrir a su alrededor.

Mientras, Virginia jugaba con el vello del pecho de Lucas. Le acarició los pezones, inclinándose lo suficiente para llevárselos luego a la boca y saborearlos con movimientos sensuales de la lengua. Lucas estaba encendido. Se despojó del calzoncillo y la tumbó con ternura sobre la tabla de la mesa. La tocó. Estaba húmeda y preparada para recibirle. Virginia gimió, expectante, y él la penetró. Primero con movimientos suaves, haciéndola disfrutar de esa unión perfecta entre los dos, y luego imprimiendo más ritmo y fuerza, provocando en ella irresistibles sacudidas de placer.

Le gustaba sentirse dueño de ese juego, en el cual cada uno de sus movimientos era capaz de despertar en Virginia infinidad de emociones; poniéndole la miel en los labios hasta casi elevarla al infinito, para detenerse después, ligeramente, haciéndole sentir una dulce y agradable decepción, y poder volver a provocarla de nuevo. Para ambos, alargar ese placer era excitante.

Cuando Virginia no soportó más aquella maravillosa crueldad, le bastó una mirada ardiente y un movimiento ansioso de caderas para que Lucas, obediente, acelerase el ritmo penetrándola con más ímpetu y ella, complacida, le acompañó en cada embestida, alcanzando ambos sus expectativas.

Sin poder detener más el inminente orgasmo, Lucas extendió las manos hacia los pechos de su amante y los masajeó con furia. Ese gesto primitivo, junto con el choque salvaje y desenfrenado de sus cuerpos, fue suficiente para que Virginia estallase en un grito ahogado y sofocado alcanzando el éxtasis. Entonces él también se dejó ir, culminando un momento inolvidable.

Lucas jamás creyó que hacerle el amor a una mujer pudiera ocasionarle tanta felicidad, algo más allá del placer y el deseo. Además de su cuerpo, sentía cómo su corazón estaba envuelto en aquella vorágine de sensaciones. Y era algo maravilloso.

A pesar de haber practicado sexo con Lucas en innumerables ocasiones, esta vez Virginia había sentido algo especial. No sabría decir el qué, pero la forma de poseerla y el brillo en sus ojos al mirarla, más intenso y profundo que nunca, parecían querer lanzarle un mensaje.

CAPÍTULO 10

Lucas estaba intrigado por los resultados que Riquelme decía haber obtenido. Le había llamado la noche anterior para citarle esa mañana y comentarle cómo avanzaba el caso. Se moría de ganas por saber quién era el causante de sus pesadillas y qué motivos le habían llevado a desear acabar con una empresa y, con ella, la estabilidad de varias familias.

—Bueno, señor Saldarriaga —el detective mostraba una actitud sobria y misteriosa—, si he de serle sincero este caso me está resultando bastante complicado. No solo por el gran número de empleados que trabajan en Vidasa, sino porque realmente no partimos de ninguna prueba concluyente que permita tomar un rumbo u otro en la investigación.

—Entiendo. En realidad solo tiene mi corazonada de que algo no va bien.

—Correcto. No obstante, le diré lo que he podido averiguar hasta ahora. —Lucas permaneció a la expectativa—. Para empezar, aquí tiene un informe detallado de cada empleado y sus familiares más cercanos, y también de aquellas otras personas que he considerado que podrían estar relacionadas con el tema.

—Como Márquez, ¿no?

—Exacto. Como no sabemos realmente lo que estamos buscando, me he permitido realizar un estudio concienzudo de cada uno de ellos, incluyendo trayectoria profesional, datos personales... Ya sabe, casado, soltero, número de hijos, situación económica, ficha policial —si es que la hubiera— y algún otro dato que he considerado de interés.

—Estupendo.

Lucas ojeó los informes

—¿Y ha encontrado algo sospechoso?

—Pues, la verdad, todos parecen disfrutar de vidas más o menos normales, con algún que otro problemilla financiero o familiar, pero nada que indique un motivo oculto para hundir a Daniel. —Hizo una pausa—. Quizá lo que más llamó mi atención es que el abogado, Oliver Salgado, mantiene una relación con una joven llamada Marta Vila desde hace un año.

Lucas se encogió de hombros sin comprender qué había de raro en eso.

—¿Y? La conocí la otra noche. Una chica muy agradable.

—Nada, si no fuera porque durante más de cuatro años, Marta Vila fue la directora de Marketing de Luis Márquez.

—¡Mierda! —exclamó Lucas—. ¿Oliver? No, no puede ser. Además de ser el abogado de la familia, es íntimo amigo de mis cuñados y de mi mujer. No veo qué motivos podría tener él para destruir Vidasa.

—Bueno, tengo entendido que estuvo enamorado de Alicia en el instituto. Es más, salieron juntos unos meses y fue ella quien rompió.

—¿Y? ¿A quién no le han dejado plantado alguna vez? Eso no te convierte en un malnacido.

—Lo sé, es bastante retorcido, pero no sería la primera vez que el amor empuja a alguien a cometer una locura.

—No me cuadra, ¡han pasado más de quince años! Además, dice que actualmente tiene pareja.

—Sí —suspiró pensativo—. Pero no me negará que es una extraña coincidencia que, precisamente su actual acompañante, haya estado estrechamente vinculada a Márquez quien, por otro lado, quiso comprar Vidasa, ¿no le parece?

—Pues sí, la verdad, pero me resisto a creer que Oliver sea el culpable.

Lucas se detuvo, meditando aquella información. Analizó mentalmente los últimos acontecimientos y sopesó los posibles motivos que podrían haber empujado a Oliver a cometerlos.

—Claro que... él dispone de plena autonomía para entrar y salir de Vidasa sin levantar sospechas. Luego está el hecho de que solo él tenía un juego de llaves de mi despacho, pudiendo haber hecho desaparecer el pedido de Zabala... y, por último, su férrea negativa a admitir que los incidentes ocurridos sean algo fuera de lo normal.

Lucas hablaba en susurros, como si estuviese atando cabos sueltos. Las dudas comenzaban a hacer mella y su confianza en Oliver se resquebrajaba.

—¿Cree que Oliver podría estar confabulado con Márquez y esa tal Marta? —preguntó Lucas, sacudiendo la cabeza, sin dar crédito a sus propias conclusiones.

—Hasta ahora solo tenemos conjeturas basadas en informaciones muy vagas y nada concluyentes. La relación de Oliver con esa señorita puede ser pura casualidad.

—Sinceramente, hay algo que no encaja. ¡Fue Oliver el que abortó la operación de compraventa de la empresa!

Respiró profundamente. Este tema le estaba ahogando. El detective captó su ansiedad y esperó paciente a que Lucas se recompusiera.

—Nada de esto tiene sentido.

—Esto es solo el principio, Saldarriaga. Queda mucho trabajo por hacer, pero encontraremos a su hombre.

—En fin, examinaré el dossier en casa y veré si encuentro alguna otra pista.

Estaba visiblemente afectado y desilusionado por la información que acababa de recibir. Le costaba asimilar que alguien en quien confiaba pudiera estar detrás de todo.

—Señor Saldarriaga, hay algo más.

Lucas, todavía impresionado, le hizo un gesto con la mano invitándole a continuar.

—Es sobre el accidente de Daniel.

—¿La policía tiene ya algún sospechoso?

—Hasta donde yo sé, la policía siempre sostuvo la hipótesis de que fue un atraco con ensañamiento debido a la resistencia que, con toda probabilidad, opuso su cuñado.

El detective se detuvo, meditando la siguiente afirmación. Era un tema delicado.

—Sí, así es. ¿Y?

—Que la cartera de Daniel apareció al día siguiente en un buzón de correos muy cercano al lugar donde se produjo el atraco.

—¿Adónde quiere llegar?

—Señor, si algo me han enseñado estos años de profesión es que un vulgar atracador no se expone a una acusación de asesinato u homicidio involuntario por cuatro duros. A la menor dificultad salen corriendo. Daniel es de complexión fuerte y probablemente opuso resistencia...

—Por Dios, Riquelme, suéltelo de una vez.

—Lo que trato de decirle es que alguien estuvo a punto de matar a Daniel por un puñado de euros deshaciéndose, a escasos metros, de su cartera. No utilizaron las tarjetas de crédito ni se llevaron el reloj. Estará de acuerdo conmigo en que, o los atracadores eran muy idiotas e inexpertos, que no lo creo pues la policía ya habría dado con ellos, o hay algo que no huele bien en este asunto.

—Quiere decir que el atraco a Daniel...

—Me baso exclusivamente en la intuición, pero yo juraría que su cuñado es la pieza de partida de todo este embrollo.

—Vamos a ver si le he entendido bien. ¿Está insinuando que la brutal paliza a Daniel fue premeditada con la clara intención de matarle o dejarle malherido? —Él asintió—. Entonces el tema es mucho más grave de lo que yo creía. Una cosa es utilizar ruines artimañas para provocar la quiebra de una empresa y aprovecharse de la situación y, otra muy distinta, emplear la violencia para matar o dejar a su propietario en coma.

—No se olvide de que tan solo son suposiciones.

Lucas estaba espeluznado.

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—Dispongo de algún contacto metido en ese reducido mundillo de los matones a sueldo. Ya le he encargado que haga las oportunas averiguaciones. Si contrataron a alguien para ese trabajo, pronto sabré de quién se trata.

—Ajá.

—Mientras tanto, creo que sería buena idea que extremara las precauciones. Es muy probable que se extienda rápidamente el rumor de que alguien está haciendo preguntas sobre este tema y el asunto se ponga feo. ¡Ándese con ojo!

—¿Está diciéndome que mi familia y la de Daniel podrían estar en peligro?

—Estoy diciéndole que hay alguien que no les desea ningún bien y, hasta que no sepamos algo más, deberían ir con cuidado. Advierta a su mujer y a su cuñada de que no anden solas por callejuelas deshabitadas o a altas horas de la noche. Invéntese cualquier excusa.

—No conoce a mi mujer...

—Estoy seguro de que se le ocurrirá algo. Respecto a Daniel, si alguien hubiese querido acabar con él, ya lo habrían hecho. Creo que mientras permanezca en coma no supone ninguna amenaza para nuestro enemigo.

—Riquelme, este asunto no me gusta. ¿No deberíamos ir a la policía?

—Me temo que sin pruebas y un móvil aparente, no tiene nada que hacer. Lo siento.

—Entonces, ¿debo quedarme de brazos cruzados esperando que ocurra otra tragedia?

El detective se encogió de hombros.

—Yo no hago las leyes. Pero le garantizo que le largarán de cualquier comisaría si va, sin pruebas, con semejante historia.

—¡Cojonudo! —exclamó Lucas, indignado.

—Le diré algo más en cuanto recabe nueva información.

—Gracias y, por favor, hágalo rápido. Se trata de mi familia.

Lucas salió bastante angustiado tras su reunión con Riquelme. Le costaba creer que Oliver pudiese estar implicado en una historia tan horrible, más propia de una película de cine negro que de la vida real. Miró la hora y vio que tenía el tiempo justo para llegar al aeropuerto a recoger a sus invitados.

Ya había oscurecido y Virginia conducía su Mini blanco descapotable por la A6 de regreso a su nuevo domicilio. Esa tarde había acudido a la editorial tras recibir un mensaje en su teléfono móvil que decía: «Te espero en la editorial a las 17,00 h. Urge verte. Problemas. Bárbara.»

Intentó llamarla varias veces, pero no obtuvo respuesta. ¿Habría surgido algún problema con Miguel? ¿Pensaría Bárbara que su novela era una basura?

Cuando llegó a la editorial Bárbara estaba reunida con Carlota, pero no tardaron mucho en recibirla.

—Hola —sonrió Virginia—. ¡Tan ocupada como siempre!

El semblante de su amiga estaba serio y mostraba una gran preocupación.

—¿Va todo bien?

—Hola Virginia —dijo Bárbara—. Siéntate.

Sin saber exactamente el motivo, Virginia presintió que el ambiente estaba algo cargado. Carlota salió del despacho y las dejó solas.

—Le he contado a Carlota la posibilidad de que me vaya a Tokio con Miguel después del verano. —Virginia asintió, contenta de que hubiese tomado una decisión—. Carlota ve inviable seguir llevando el negocio sola. Insiste en que yo soy la clave del éxito de la editorial y que, con la crisis que tenemos encima, sin asomo de mejora, el negocio podría irse al carajo.

Virginia permaneció callada, a la espera de sus conclusiones.

—No se cree capaz de asumir tanta responsabilidad. ¡Qué tontería! Es perfectamente capaz —prosiguió.

—¿Y qué pensáis hacer?

—No sé, Virginia. Se me ha ocurrido que quizá podría interesarte, temporalmente claro, hacerte cargo de la editorial junto con Carlota.

—¿Qué? —Estaba atónita—. Ni hablar, Bárbara. No podría aunque quisiese. Ya sabes el tipo de vida que llevo: desordenada e impredecible. Soy un completo caos. Además, ni siquiera sé qué va a pasar con Daniel. Quizá él y Alicia necesiten de todo mi tiempo. No puedo comprometerme a algo así.

—Bueno, no te queda mucho para terminar tu novela que, por cierto, está

fenomenal.

Virginia sintió una enorme alegría. Le había gustado.

—Tal vez ahora que te has casado y tu vida se ha vuelto más estable... — Virginia continuaba negando con la cabeza.

—No sabes lo que dices —replicó disgustada por no poder echarle una mano a su amiga—. No puedo, Bárbara, lo siento.

En cierto modo se sentía como una traidora al ocultarle los verdaderos motivos de su boda con Lucas. Su vida era demasiado complicada como para asumir más responsabilidades.

—En fin, tenía que intentarlo —contestó, sin el menor reproche—. En cuanto a tu novela, ¡es fantástica! Me encanta el personaje masculino, tan viril y engreído, pero a la vez tan tierno y sensual. La idea del matrimonio por conveniencia ha sido genial. Estoy completamente enganchada.

—Entonces, ¿te gusta?

—¿Gustarme? Estoy entusiasmada. Además, y sin ánimo de ofenderte, el personaje de ella me recuerda mucho a ti. Independiente, altiva, desordenada, temerosa de los compromisos emocionales... —Virginia esbozó una sonrisa. «Si tú supieras», pensó—. Estoy deseando saber el final.

«Y yo —susurró Virginia, para sí misma—. Y yo...»

Sin apenas darse cuenta, su novela se había ido convirtiendo en una parodia de su vida actual. Tan solo tenía que limitarse a plasmar en el papel su propia aventura, adornando algunos aspectos y añadiendo un poco de fantasía para no verse totalmente reflejada en la misma.

Durante un breve instante se preguntó si Bárbara habría atado cabos y temió que la sometiera a un interrogatorio exhaustivo acerca de los motivos por los que se había casado tan repentinamente con Lucas. Pero la editora tenía tantos frentes abiertos que, probablemente, ni se le había pasado por la cabeza que la novela estuviese basada en hechos reales: la actual e intensa vida de Virginia Delgado.

—Lamento mucho no poder ayudarte con lo de la editorial —se excusó Virginia.

—Tranquila, estoy segura de que se trata de uno de los pasajeros ataques de pánico de Carlota. Cuando recapacite verá que es perfectamente capaz de llevar el negocio sin ayuda. Además, yo siempre voy a estar en contacto con ella.

—Por lo que veo, has tomado una decisión respecto a irte con Miguel.

—No del todo, pero quiero ir cerrando temas por si acaso. —Era evidente que Bárbara no deseaba ahondar en el asunto y Virginia respetó aquella postura reservada—. ¿Crees que terminarás tu novela para que pueda publicarla antes de irme? Por nada del mundo querría perderme la celebración de tu próximo éxito literario.

—Si no ocurre ninguna otra... desgracia, que últimamente parezco atraer como un imán, estoy segura de que estará lista para después del verano.

—Mira que eres melodramática —sentenció Bárbara—. Daniel se va a poner bien. La empresa parece estar remontando. Te has casado con un hombre maravilloso. Tu novela promete convertirse en un éxito. Yo diría que tu vida va viento en popa.

—Eres una romántica empedernida. Respecto a Daniel, ojalá tengas razón. Y sobre Lucas, no olvides que, al fin y al cabo es un ser capaz de joderlo todo en un segundo. —Bárbara frunció el ceño—. Bueno, me limito a repetir tus propias conjeturas acerca del sexo masculino.

Ambas rieron desinhibidas.

—En lo que estoy totalmente de acuerdo es en que esta novela va a ser un éxito.

«Lo que no tengo tan claro es si Patricia —la protagonista del libro— y yo, tendremos el mismo final feliz», pensó Virginia.

Virginia estaba radiante de felicidad por la crítica positiva de su novela. Deseaba compartir esa alegría con Lucas. Lo deseaba de verdad.

Aparcó el coche y entró en casa. Oyó voces y risas provenientes del interior. Estaba segura de que la voz masculina correspondía a Lucas, pero la otra, dulce y femenina, no le resultaba familiar y, desde luego, no pertenecía a Raquel.

Ansiosa por satisfacer su curiosidad, abrió las puertas del salón de par en par y se dio de bruces con una mujer de una belleza espectacular. Tenía la cara ovalada y la tez clara, además de unos enormes ojos verdes y unos labios finos y sensuales. Vestía una falda beige ceñida por debajo de las rodillas y una camisa verde que, junto con las sandalias de tacón de aguja, hacían resaltar su esbelta figura. Su larga y ondulada cabellera castaña le recordó un anuncio de champú.

Lucas le dio un tímido beso en la mejilla. Le disgustó esa forma tan fría y distante de recibirla.

—Hola Virginia, te estábamos esperando. Te presento a Natalia.

Los ojos de Virginia se abrieron como platos.

—Hola, encantada —dijo, con un hilo de voz ahogado.

«¿Natalia?» Si su cabeza no la estaba jugando una mala pasada, era aquella novia de Lucas, elegante y dulce, a la que las tres arpías de la fiesta mencionaron. Lo cierto es que era más guapa de lo que ella jamás hubiera imaginado.

—Virginia... —Lucas se detuvo y tragó saliva.

Se arrepentía de no haberle dicho nada antes, pero no había encontrado el momento adecuado. ¿Cómo explicarle a tu actual mujer, por muy ficticia que ésta fuera, que tu ex novia venía para quedarse unos días en casa?

Virginia percibió la tensión en el rostro de Lucas. Era evidente que estaba violento.

—La cena estará lista enseguida —continuó Lucas, nervioso.

—Bien.

—Natalia se quedará con nosotros unos días... aquí, en casa.

—¿Cómo dices? ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

¿Es que en esta casa todos tenían el firme propósito de hacerle quedar como una idiota? Odiaba sentirse ignorada.

Natalia la miraba entre avergonzada y apenada. Se retiró discretamente hacia una de las ventanas del otro extremo del salón, intuyendo que algo no marchaba bien, para dejarles cierta intimidad.

—Te lo estoy diciendo ahora —contestó Lucas desafiante, advirtiéndola con la mirada de que no era el momento de montar una escena—. Carlos servirá la cena enseguida y confío...

—Pues tendréis que disculparme, pero he tenido un día horrible.

—No hablarás en serio.

Lucas le lanzó una mirada asesina.

—Seguro que lo pasáis estupendamente solos.

—Virginia, no se te ocurra...

—Además, tendréis muchas cosas de qué hablar. No creo que mi presencia aquí sea necesaria. Buenas noches. Te veré mañana, Natalia.

—¡Virginia!

Lucas estalló de rabia, pero ella ya estaba subiendo las escaleras en dirección al dormitorio. Natalia le miró y se encogió de hombros.

—Yo... Quizá debería irme a un hotel. No quisiera crearte problemas con tu mujer.

—Ni lo sueñes —espetó Lucas, incapaz de disimular su ira—. Tú y Mateo os quedáis aquí.

—¿Lucas? —dijo Natalia en tono inquisitivo—. ¿No le habías dicho a Virginia que vendríamos a pasar unos días?

Lucas negó con la cabeza.

—¡Pero cómo se te ocurre!

—Diablo de mujer —gruñó furioso, ignorándola—. Será mejor que vaya a hablar con ella.

Lucas irrumpió enérgicamente en el dormitorio. Virginia estaba sentada sobre la cama rodeándose con los brazos las piernas, dobladas contra su pecho, y con la cabeza apoyada sobre las rodillas.

—¿Pero se puede saber qué mosca te ha picado? ¿Era necesario ser tan grosera? Por el amor de Dios, Virginia, no creo que sea mucho pedir que te comportes como una adulta delante de una invitada en lugar de como una jovencita caprichosa y maleducada.

—¡Es increíble! ¿Ahora resulta que la grosera soy yo? Habló el maduro.

—Podrías haber sido más amable.

—Estoy harta de que en esta casa todos me tratéis como una idiota redomada.

—¿Pero se puede saber de qué estás hablando?

—Te hablo de que te acuestas conmigo cada noche, pero luego eres incapaz de informarme de si te vas o no de viaje, de si tienes pensado realizar despidos en mi empresa o de si tenemos una invitada que se va a alojar en casa durante unos días y que, por cierto, resulta ser tu ex novia.

—Si se trata de...

Virginia continuó, sin darle ninguna opción.

—Hasta para tu mayordomo resulta bastante obvio que nuestra relación no es todo lo estrecha que debería ser. Me ocultas información, me mientes... ¿qué va a ser lo siguiente? Salvo que estés preparando el terreno para un divorcio inminente, no entiendo tu estrategia —dijo con sarcasmo.

—¡¿Crees que todo esto es fácil para mí?! Me desvivo por sacar adelante Vidasa, por hacerte sentir cómoda... Y, ¿qué haces tú? Acusarme de mentiroso y aprovechado por acostarme contigo, cuando mi único delito ha sido ocultarte cierta información para no disgustarte.

—¡Alto ahí! No te atrevas a tergiversar mis palabras.

—¿Sabes? Estoy empezando a cansarme de que me acuses de ser un

mujeriego, salido y depravado. ¿No se te ha ocurrido pensar que si me acuesto contigo es porque me gustas?

—Yo...

—No, claro. Es algo que ni yo mismo comprendo porque, algunas veces, haces lo imposible por resultar odiosa. En fin, ni siquiera sé por qué me molesto en darte explicaciones...

Salió del dormitorio dando un portazo que retumbó en toda la casa.

Virginia se quedó perpleja. Nunca antes le había visto tan furioso y fuera de sí. No era propio de él perder los nervios y, mucho menos, las formas. Todavía le pitaban los oídos por el estridente ruido del portazo.

Odiaba a Lucas por hacerla sentir tan insegura y culpable. Si ella tenía razón, ¿por qué se sentía tan mal? Él había malinterpretado sus palabras. Quizá se había excedido un poco al insinuarle que la utilizaba pero, en ningún caso le había llamado salido y, menos aún, depravado. Solo pretendía que alguien de esa maldita casa la respetase ¡ella también vivía allí! Tenía derecho a saber si alguien venía o no de visita y, con más razón, si se trataba de una ex novia. ¿O no?

«¡Mierda!» Estaba completamente descolocada. Le asaltaban mil preguntas, provocándole dudas acerca de sus propios sentimientos. ¿Quién era ella para pedirle explicaciones a Lucas? No era su mujer. Ni siquiera era una amiga. Ahora mismo no tenía la menor idea de qué tipo de relación existía entre los dos.

Lo cierto es que la presencia inesperada de Natalia la había pillado por sorpresa y, para ser sincera consigo misma, no le había gustado nada descubrir que era mucho más guapa y elegante de lo que le hubiera gustado. ¿Estaba celosa?

Sin saber muy bien por qué, las lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas.

Le hubiese gustado que Lucas, en lugar de arremeter contra ella, la hubiera abrazado y consolado. Claro que, pensándolo bien, si resultaba ser tan odiosa como él decía, no era de extrañar que se hubiese puesto furioso y huido lejos.

Sabía que había sido cruel e injusta al acusarle de acostarse con ella como si fuera un objeto sexual. Era evidente que ambos estaban encantados y disfrutaban de cada encuentro.

Entonces rememoró la última cuestión que Lucas había esgrimido: «si me acuesto contigo es porque me gustas.» ¿Qué habría querido decir?

Sorprendentemente, la expectativa de que Lucas sintiese algo especial por ella hizo que le diese un vuelco el corazón. Se enjugó las lágrimas, complacida ante aquella idea.

Por primera vez en sus treinta y tres años de vida tenía una sensación de regocijo ante la leve posibilidad de gustarle a un hombre; era como si cientos de mariposas revoloteasen en su estómago.

Pensar en Lucas le producía dos sentimientos muy dispares: angustia, por lo inusual de sus propios sentimientos y por el comportamiento visceral de él hacia ella, y felicidad, al recordar cada segundo que habían pasado juntos. Su cuerpo se estremecía solo con recordar cada caricia, cada penetrante mirada de Lucas examinando su cuerpo desnudo o, simplemente, ante la perspectiva de volver a verle. Si eso era amor, era un sentimiento contradictorio y desagradable.

Sus modales no habían sido del todo correctos y era consciente de que Lucas tenía motivos para estar molesto con ella. Pero no era menos cierto que él debería de haberla informado de que Natalia iba a alojarse en casa durante unos días. ¿Por qué no lo había hecho? ¡¿Tan poco accesible era ella?!

Arrepentida por su comportamiento infantil, pero convencida de que su marido le debía una explicación, Virginia optó por no darle más vueltas al asunto y se puso a escribir. Eso la ayudaría a relajarse, ahuyentando el malestar que el enfrentamiento con Lucas le había causado.

Virginia conseguía sacarle de sus casillas aunque, por otro lado, era consciente de que él no había sido sincero al no informarla de la visita de Natalia.

Su intención al ocultárselo había sido provocar en ella un ataque de celos para hacerla recapacitar sobre sus sentimientos; pero toda esta estúpida estrategia estaba teniendo un efecto rebote que, sin duda, le estaba perjudicando. Virginia no solo no mostraba ninguna señal de estar enamorada de él sino que, para más inri, pensaba que era un mujeriego depravado y mentiroso ¡Sabe Dios qué más cosas horribles y sin fundamento se imaginaría! Era obvio que debía cambiar de estrategia porque ésta estaba resultando ser funesta.

Por unos instantes dudó de si debería seguir adelante con todo. ¿Realmente valía la pena tanto esfuerzo por una mujer a la que no podía comprender y, mucho menos, conquistar? Quizá se había obsesionado tanto que era incapaz de discernir lo que le convenía de lo que no.

Pero bastó con cerrar los ojos y recordar la imagen de esa mujer, fuerte y entregada, para que todas las dudas se disiparan y su cuerpo se tensara. La amaba y deseaba compartir su vida con ella, aunque ello significase vivir en permanente batalla.

Natalia escuchó el fuerte portazo y supuso que el asunto, lejos de solucionarse, se había agravado.

Le bastaron dos minutos para darse cuenta de que Virginia reunía todos aquellos atributos que ella soñó con poseer, años atrás, mientras duró su noviazgo con Lucas. Con toda probabilidad, aquellas carencias fueron el resultado del trágico final de su relación.

Sin embargo, lejos de sentir envidia, Virginia le provocó una gran admiración. Ella jamás se atrevió a enfrentarse a Lucas; ni siquiera era capaz de lanzarle una mirada desafiante cuando sabía que llevaba razón. Le tenía demasiado miedo como para llevarle la contraria o rebatirle cualquier decisión u opinión.

Sin embargo, Virginia no solo le había lanzado una mirada asesina, sino que le había provocado y arruinado los planes para cenar sin apenas pestañear. Era evidente que tenía un temperamento fuerte y una personalidad arrolladora. Todo aquello de lo que ella siempre careció y de lo que, todavía a día de hoy, adolecía.

Aunque en la actualidad aceptaba su personalidad, consciente de que el carácter de las personas se puede moldear pero nunca cambiar, se odia a sí misma por no cumplir los requisitos que, en su opinión, debía reunir la futura mujer de Lucas. Le costó meses comprender que era inútil luchar contra las evidencias; cada persona debía aceptarse tal como era porque, al fin y al cabo, ¿acaso no era eso lo que nos hacía diferentes?

Se alegró cuando, por fin, su relación con Lucas terminó. Aprendió a quererse, recuperó su autoestima y volvió a ser ella misma. Era un alivio no tener que fingir ser la mujer perfecta o no ponerse a temblar ante las órdenes de un hombre que la atemorizaba. Ahora era una mujer libre y sin complejos.

Lucas respiró profundamente antes de volver al salón.

—Lucas, sigo pensando que quizá Mateo y yo deberíamos irnos hasta que Virginia y tú aclaréis este malentendido —insistió Natalia.

—Tú y el niño no vais a ninguna parte —respondió. Natalia todavía se ponía a temblar cuando Lucas le hablaba en ese tono autoritario—. El niño está durmiendo plácidamente y no tengo la más mínima intención de ceder en

este asunto.

—Pero yo no quisiera ser la responsable de un enfrentamiento entre vosotros.

—¡Tonterías! Esto no tiene nada que ver contigo. Tú no eres quién ha provocado el enfado, sino yo.

—Pues es un alivio.

—Tranquila, pronto tendrás la oportunidad de conocerla mejor. Tiene un temperamento muy fuerte, como habrás podido comprobar con tus propios ojos; puede ser encantadora o un verdadero dolor de muelas.

—Supongo que por eso hacéis tan buena pareja —se burló Natalia.

—Muy graciosa. Apostaría algo a que vosotras dos vais a convertir os en grandes amigas.

—Eso espero aunque, aparte de conocerte, no sé qué podemos tener en común.

—Por desgracia compartís una gran afición: hacer todo lo que esté en vuestras manos para hacerme la vida imposible.

—Vamos, Lucas, no te va nada el papel de mártir, más bien te iría el de verdugo —dijo Natalia con sarcasmo—. Sinceramente, no me pidas que tome partido porque creo que me pondría del lado de Virginia con los ojos cerrados.

—No sabes lo que dices.

—Creo que al fin has encontrado a alguien capaz de plantarte cara sin que le tiemblen las piernas. Ahora vas a probar tu propia medicina.

—Cualquiera que te oiga pensará que soy un ogro. —Su semblante se tornó serio—. Y que yo sepa, fui yo el que se llevó la peor parte en nuestra relación.

—¿No irás a empezar con eso otra vez? —respondió Natalia con gran tristeza en los ojos—. Creo que ya me he disculpado cientos de veces por aquello.

Lucas asintió. No valía la pena ahondar más en un tema tan doloroso y, con un movimiento de brazo, elegante y cortés, le indicó a Natalia que se sentase a la mesa para cenar. Era evidente que Virginia no les acompañaría esa noche.

A la mañana siguiente, Virginia bajaba por la escalera con la intención de disfrutar de un buen café y una deliciosa tostada, cuando oyó una vocecilla dulce y risueña en el jardín.

—¿A ver si me pillas? Vamos, mami, corre, corre.

Aquellas inocentes palabras, junto con la carcajada que vino después, le confirmaron que correspondía a un niño.

Se fue directa hacia el jardín, de donde procedía aquella misteriosa voz. Hacía una mañana espléndida y el reflejo directo del sol le impedía ver con claridad.

De repente sintió cómo una diminuta mano le tiraba de la camiseta. Miró hacia abajo.

—Hola señora.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo, divertida.

Se puso de cuclillas, a la altura del pequeño que estaba frente a ella. Era un precioso niño de unos tres años, delgado, de piel tostada, cabello negro y rizado y enormes ojos negros.

—Hola pequeño, ¿cómo te llamas?

—Mateo —respondió con descaro.

—Mateo, no molestes a Virginia. —La voz provenía de la zona donde estaban las hamacas, junto a la piscina.

Natalia estaba tumbada, vestida con un pantalón negro y una elegante camisa blanca. Sostenía una revista de decoración entre las manos y parecía algo tensa. Su belleza era indiscutible.

—Buenos días —dijo educadamente Virginia, mientras acariciaba el pelo de Mateo.

—Es mi hijo —se apresuró a aclarar Natalia.

—Es un niño encantador —respondió, disimulando el impacto que le produjo saber que Natalia tenía un hijo—. ¿Cuántos años tienes, Mateo?

—Tres —replicó el niño, mientras se esforzaba por levantar tres deditos de la mano—. Soy muy mayor y tan fuerte como un león.

—Ya lo creo. Y tan grande como un elefante —se rio Virginia, mientras Mateo imitaba el rugido de un león.

—Señora Virginia —Raquel se asomó por el gran ventanal que daba acceso al jardín desde el salón—, ¿le gustaría desayunar?

Raquel se había propuesto que Virginia estuviese bien alimentada y engordase unos cuantos kilos.

—Sí, por favor, Raquel, ¿podrías traerme un café y una tostada? Desayunaré aquí, en la terraza.

—Enseguida.

—Y deja de llamarme señora. Me haces sentir como una de esas señoras

mayores y estiradas que acudieron al baile de la otra noche.

Raquel soltó una risita y Natalia esbozó una tímida sonrisa.

—Ya veo que has tenido ocasión de asistir a una de esas terribles fiestas honoríficas que, presiento, aborreces tanto como Lucas —dijo Natalia—. Supongo que esas brujas cotillas te sometieron al tercer grado.

—Bueno, digamos que... no pasé desapercibida. —Virginia no quiso entrar en detalles.

Virginia devoró el desayuno. Estaba hambrienta. Desde el altercado con Lucas, la noche anterior, no había probado bocado.

—¿Qué planes tienes hoy, Natalia?

—En realidad, ninguno. No he pensado nada. Supongo que me iré a dar una vuelta con Mateo.

—Yo tengo que ir al centro, a la editorial, para entregar unos capítulos de mi nueva novela, pero me llevará solo unos minutos. Si te apetece, podríais acompañarme y luego dar una vuelta con el niño por el parque del Retiro.

—Claro, es una idea fantástica. Me encantaría —respondió, sorprendida por la generosa invitación—. ¿Qué te parece, Mateo, te gustaría ir a un parque muy grande donde hay un lago, peces, marionetas...?

—¡Yupi! Vámonos ya, mami —gritó, dando saltos y completamente emocionado ante la idea.

CAPÍTULO 11

Lucas sacó una pequeña llave del bolsillo del pantalón, abrió el cajón derecho del escritorio y extrajo el dossier que el detective Riquelme le había entregado. Contenía el resumen de la investigación realizada a cada uno de los empleados e incluía también informes sobre Virginia, Alicia y Márquez.

En cierto modo se sentía como un intruso escudriñando en la intimidad de la gente.

Comenzó por el de Oliver: «Oliver Salgado. Hombre soltero de 36 años, abogado, domicilio en la calle Zurbano, hijo único, de padre José y madre Cristina...» Narraba todo tipo de aspectos familiares, como número de hermanos, residencia actual de los padres, profesión de los mismos, aficiones, trabajos anteriores... Un sinfín de datos que a Lucas le parecieron irrelevantes. Finalmente llegó a la parte del informe que hacía referencia a su vida amorosa. «Actualmente mantiene una relación con Marta Vila, que trabajó como directora de Marketing durante cuatro años para el empresario Luis Márquez.»

«¿Por qué tienes que ser tú, Oliver?», maldijo Lucas en su interior.

Por más que se empeñase, el hecho de que Oliver hubiese salido hacía más de quince años con Alicia no le parecía motivo suficiente, y mucho menos razonable, para querer destruir a un buen hombre como Daniel. Si bien, en un principio, el obstinado rechazo de Oliver sobre el boicot contra Vidasa le hacía parecer sospechoso, se negaba a admitirlo dada su amistad y simpatía hacia él. ¿Pero, por qué no compartió con ellos la información de que su actual novia había trabajado para ese cabrón? Las dudas le bombardeaban, impidiéndole ver los hechos con claridad.

Fabián golpeó dos veces en la puerta y luego asomó la cabeza.

—Lucas, ¿qué tal te fue con Pablo Zabala? —preguntó con aire de preocupación.

—Bien. De momento continúa con nosotros. —La expresión de Fabián se tornó incrédula, como si estuviese asombrado—. Esta vez ha habido suerte —prosiguió Lucas, encogiendo los hombros y sin ninguna intención de entrar en detalles.

—Pareces disgustado —comentó Fabián, en un fallido intento de alargar la conversación.

—Fabián, tengo trabajo y no quisiera distraerme —replicó Lucas,

invitándole a salir de su despacho.

Fabián le parecía excesivamente servil y atento. La primera vez que le conoció, hacía más de un año, su cara le resultó familiar. Era un hombre de porte elegante y facciones bien parecidas. Sus rasgos le recordaban a algún famoso actor, atractivo y viril, al que a día de hoy todavía no había logrado identificar. Cada vez que le veía era como un juego, un acertijo para intentar adivinar de qué misterioso galán era doble Fabián. Estaba convencido de que algún día daría con la respuesta.

Cuando Fabián advirtió la insinuación se retiró discretamente, dejando a Lucas con su ardua tarea: «Fabián González, soltero, 30 años, economista, hijo de Silvia, una hermana, actualmente sin pareja...»

La asimilación de tanta información le estaba aturdiendo. ¿Qué aportaban todos estos datos insignificantes? Nada, pensó desalentado.

Por unos segundos tuvo la sensación de que la investigación no les llevaría a ninguna parte. Era imposible descubrir a un malhechor basándose en detalles irrelevantes y sin pista de partida. Se llevó las manos a la cara en un inequívoco gesto de desesperación y negó con la cabeza, incrédulo ante la posibilidad de hallar una señal.

Siguiente empleado: «Diego Morcillo, de padre Alfonso y madre Pilar, casado con Margarita, 56 años, tres hijos, licenciado en Psicología, con domicilio en...» «Fernando Casado, viudo, dos hijas...»

«Esto es de locos», pensó Lucas.

Le llevó horas revisar toda la información y cuando terminó de leer el último expediente, nada le había llamado la atención; lo cual irremediablemente le llevaba al principio... es decir, a ninguna parte.

La única esperanza era que las indagaciones de Riquelme acerca del supuesto atraco de Daniel tuvieran algún fruto.

La mañana, de temperatura agradable y brisa ligera, invitaba a pasear.

—Hacía años que no visitaba este parque —dijo Natalia, mirando a su alrededor—. Es precioso.

—Sí, si que lo es —estuvo de acuerdo Virginia—. ¿Te gustaría montar en barco, Mateo?

—Síiiii —gritó el niño con gran entusiasmo.

Mateo estaba fascinado. Asomaba la diminuta cabecita por la barandilla del barco, saludando con la mano al resto de la gente que les observaban desde los alrededores del lago.

—Por cierto, Natalia, creo que te debo una disculpa por mi comportamiento de anoche —dijo Virginia—. Pero es que no logro acostumbrarme a la conducta reservada de Lucas. Me exaspera. O no dice nada o lo hace tarde y de manera escueta.

—No necesitas disculparte. Desgraciadamente, sé de lo que hablas.

—Oh, claro, se me olvidaba que tú...

—Además, he de admitir que anoche disfruté muchísimo. Tu actitud altiva y desafiante al enfrentarte a él fue digna de verse. Valió la pena sólo por contemplar su rostro descompuesto.

Ambas jóvenes rieron al recordar la expresión de ira de Lucas.

—¡Dios mío, yo no me hubiese atrevido ni a pestañear! —confesó Natalia, divertida—. Todavía hoy me tiemblan las piernas cuando tenemos alguna discusión subida de tono.

—No puedo creerlo.

—En serio. Nunca he sabido encararle. —Se quedó pensativa—. ¿Sabes? Me alegro de que por fin haya encontrado a alguien con quien compartir su vida.

—Si no es mucha indiscreción, ¿puedo saber por qué rompisteis? Salta a la vista que mantenéis una relación estupenda. No es muy habitual que dos antiguos novios se conviertan en buenos amigos.

—¿Quieres decir que Lucas no te ha contado nada acerca de nuestra ruptura? —preguntó, sorprendida.

—No, ya sabes lo reservado que es.

—Si se entera de que voy hablando acerca de su pasado, me mata. Y yo no podría soportar su furia. Todavía a día de hoy me quedo paralizada.

Virginia frunció el ceño, compadeciéndola. Si ya era complicado mantener una relación, hacerlo con alguien a quien temes debía de ser espantoso.

Natalia se quedó pensativa y luego se decidió a hablar.

—Para no extenderme mucho, te lo resumiré.

—Perfecto, siempre me han encantado los relatos cortos.

—Digamos que descubrí que no era el hombre de mi vida y, créeme si te digo, que durante tres años deseé que lo fuera. Es un hombre honrado, leal, cariñoso y justo, pero su carácter reservado y autoritario me tenían atemorizada. Sencillamente, me horrorizaba la idea de compartir mi vida con él. Sin saber muy bien cómo, un buen día me encontré en brazos de otro hombre del que me enamoré locamente. —Tenía una enorme tristeza en los

ojos—. Le engañé durante meses. Sé que hice mal, pero le tenía tanto miedo que no tuve valor de confesarle la verdad y dejarle. Lucas se enteró y, ¡ya puedes imaginarte el resto!

—Debió de ser terrible y todo un escándalo.

Pese a que debía admitir que su comportamiento no fue el más valiente y heroico, Virginia sintió lástima por ella. Parecía realmente arrepentida.

—Nuestra ruptura fue inesperada para muchos, pero los motivos no trascendieron y eso hizo que pronto se olvidaran de nosotros.

—Ya.

—Sé que mi comportamiento fue monstruoso y cobarde... —continuó, como leyéndole el pensamiento—, y todavía hoy no entiendo cómo pudo suceder ni cómo Lucas ha podido perdonarme. Nunca podré agradecerérselo lo suficiente.

Virginia le dedicó una amplia sonrisa. Ese sencillo gesto fue suficiente para que la joven de pelo castaño supiese que la actual mujer de Lucas no censuraba su actitud.

Si había una lección que Virginia había aprendido a lo largo de la vida es que no debía juzgar a nadie de antemano. A veces, las personas cometían errores conducidas por sentimientos contradictorios que les nublaban la visión, impidiéndoles ser conscientes de la realidad. Ella era un claro ejemplo. Se había equivocado cientos de veces arrastrada por su carácter temperamental e inestable.

—Espero sinceramente que seáis muy felices. Es evidente que te ama. A mí jamás me miró como te mira a ti.

Virginia se ruborizó, sorprendida por esa apreciación.

—¿Y qué fue de ese otro amor? ¿Todavía seguís juntos? —preguntó, con el fin de darle un giro a la conversación, consciente del sufrimiento de Natalia.

—Durante un tiempo creí que era el hombre de mi vida. Nos amamos apasionadamente, pero finalmente no resultó ser la persona que yo esperaba. Se acabó.

Virginia observó cómo se le humedecían los ojos ante el recuerdo de ese misterioso amor.

—Lo siento.

—Supongo que fue el castigo a mi detestable comportamiento. Gracias a Dios, tengo un trabajo que me encanta y un hijo maravilloso.

—¿A qué te dedicas?

—Tengo una tienda de decoración en Denia, pero suelo venir a menudo a Madrid para comprar muebles y complementos. Siempre nos alojamos en casa de Lucas. ¡Mateo siente adoración por su tío Lucas! Así es como él le llama.

—Parecía querer justificar la estancia en su casa.

—Entiendo.

—Aunque confieso que cuando me dijo que se casaba pensé que nuestra relación inevitablemente sufriría algún cambio. —Se detuvo—. Me quedé sorprendida cuando, hace unos días, me llamó invitándonos a venir. Insistió en que no había inconveniente en que nos alojásemos en su casa.

—Claro que no hay problema. Lo que me fastidia es que no me lo haya dicho.

—Sé que no debe ser fácil compartir tu techo con una antigua novia de tu marido... Virginia, yo no quisiera que tuvieseis problemas por mi culpa.

—¿Lo dices por la discusión de anoche? Tranquila, ya irás acostumbrándote a nuestra tortuosa relación. Además, estoy encantada de tener una aliada contra Lucas. Será divertido.

Ambas rieron de nuevo.

A Virginia, Natalia le pareció una mujer fascinante y con un gran sentido del humor. Era agradable charlar con alguien que, supuestamente, conocía a Lucas mejor que ella. Eso le daría la oportunidad de profundizar en la personalidad de su marido.

Las dos congeniaron estupendamente y, en apenas unas horas, parecían dos viejas amigas. Solo había algo que a Virginia no cesaba de atormentarla: ¿sería Mateo hijo de Lucas? Bastaba mirar al muchacho para ver el gran parecido entre ambos. Pero entonces, ¿por qué ocultar que Lucas era su verdadero padre?

Eran más de las seis de la tarde y Lucas, cansado de trabajar y sin poder quitarse de la cabeza la maldita investigación, se dirigió hacia el coche a fin de regresar a casa temprano.

Se acomodó en el asiento del conductor y abrió completamente la ventanilla, esperando que aquello le ayudase a airear las ideas. Se sentía algo confuso. Vidasa y Virginia estaban acabando con su preciada estabilidad. Arrancó y tomó el camino más corto.

Confió en que Virginia estuviese más tranquila y cordial y que no hubiese comenzado una guerra contra Natalia. Hoy no estaba de humor para otra escena.

Tomó la salida doce de la autopista cuando, de pronto, sintió una gran sacudida bajo el coche, que empezó a tambalearse, haciendo que perdiera el control por completo. No tuvo tiempo de reaccionar.

El vehículo se salió de la carretera dando varias vueltas de campana y Lucas, firmemente sujeto por el cinturón de seguridad, sintió cómo su cuerpo se golpeaba una y otra vez contra la puerta. La cabeza le daba vueltas y no conseguía ver con claridad. Los airbag se dispararon.

Cuando por fin el coche se detuvo, sintió un dolor agudo en la frente y, con ciertas dificultades, se llevó la mano a la cara, que se tiñó de rojo. «¡Sangre!» Conmocionado y desorientado, pensó que era el final.

«Dios, ayúdame, no puedo marcharme sin despedirme de la gente que quiero. Tengo tantas cosas que confesarles... Debo decirles la verdad.»

Antes de perder el conocimiento por completo, solo alcanzó a pronunciar unos nombres... «Virginia, Nicolás, Mateo...»

Ya casi estaba oscureciendo. La excursión al Retiro había sido un éxito.

Una vez en casa, mientras se encontraban en el jardín disfrutando de las últimas horas del día, oyeron el sonido de un motor que debía corresponder al coche de Lucas.

—Viva, el tío Lucas. ¡Tío, tío! —exclamó Mateo, echando a correr hacia la puerta principal, deseoso de contarle su aventura en barco.

Cuando la puerta se abrió de par en par, el corazón de Virginia se encogió. Lucas, sin apenas poder andar y con un collarín en el cuello, se apoyaba sobre Gonzalo, que le sujetaba con firmeza. Estaba completamente lastimado, con heridas y golpes en el rostro. Su ropa rasgada le hacía parecer un vagabundo. La escena era tan dantesca que creyó que su corazón se saldría del pecho.

—Por el amor de Dios —exclamó, aterrada y corriendo hacia ellos—, pero ¿qué ha ocurrido?

Lucas trató de esbozar una sonrisa para indicarle que estaba bien, pero su rostro era el vivo reflejo del dolor y la rabia.

—Su coche se salió de la carretera —le explicó Gonzalo, mientras le subían al dormitorio—. Necesita descansar. Tiene una leve conmoción y magulladuras por todo el cuerpo. —Hizo una pausa y suspiró—. ¡Ha podido matarse! Debemos dar gracias de que no le haya ocurrido nada.

—¿Nada? Pero si apenas puede hablar... ¡Está destrozado! —dijo Virginia, con los ojos humedecidos, conteniendo el llanto.

—Se pondrá bien, confía en mí. Lucas sabía cuánto te preocuparías y

prefirió llamarme a mí para que fuera a recogerle al hospital. —Gonzalo sostuvo su barbilla en un gesto que a Virginia le pareció conmovedor y la abrazó—. Tranquila. Mañana estará mucho mejor.

Virginia rompió a llorar recordando el momento en que recibió la trágica noticia del grave estado de su hermano. También entonces los doctores dijeron que al día siguiente estaría mejor y, sin embargo, se había convertido en un trozo de carne postrado en una cama. ¿Por qué diablos la tragedia se cebaba con ella? Había cometido errores en su vida, pero ninguno tan cruel como para merecer aquel castigo. Tanto dolor en tan poco tiempo era demasiado para cualquier ser humano.

«Maldita sea, esto es peor que una película de terror.»

Tumbaron a Lucas en la cama y Gonzalo se retiró, dejándoles a solas. Era uno de los hombres más atentos, educados y discretos que Virginia jamás había conocido.

Se sentó junto a Lucas y éste, cariñosamente, le pasó el dedo por las mejillas, limpiándole las lágrimas que todavía rodaban sobre ellas.

—Eh, no irás a derrumbarte ahora que te necesito tanto, ¿verdad? Me pondré bien, Virginia —y le cogió la mano—. Solo necesito descansar y dormir toda la noche. Tengo un terrible dolor de cabeza.

—Lucas, yo... —deseaba decirle tantas cosas.

—Sshh... —la interrumpió, poniéndole el dedo sobre los labios—. Mañana hablamos.

Obediente, entrecerró los párpados, asintiendo.

—Iré a ver cómo están todos. Mateo parecía bastante impresionado.

—Ésta es mi chica. Fuerte y decidida.

A la mañana siguiente, todos parecían haber superado la impactante imagen de un Lucas malherido y aturdido.

Mateo había recuperado la sonrisa y jugaba, inocente y alegre, en el jardín. Natalia parecía algo cansada, pero era natural después del susto de la noche anterior y Virginia, pese a no haber pegado ojo, era pura energía.

—Entonces, ¿Lucas ha pasado buena noche? —preguntó Natalia, preocupada.

—Sí, dentro de lo que cabe. Está bastante dolorido. Espero que duerma toda la mañana, necesita reposo —respondió Virginia, sin poder disimular su preocupación y angustia.

—Y tú, ¿cómo estás? —preguntó su nueva amiga con dulzura—. Tienes

una cara horrible. ¡Apostaría a que no has dormido nada en toda la noche! Deberías descansar o enfermarás tú también.

Lucas, sin embargo, no tenía la menor intención de quedarse postrado en cama durante el resto del día. Además, la absurda idea de que la rueda delantera derecha había sufrido un reventón no le convencía en absoluto.

Su coche apenas tenía tres años y estaba en perfecto estado. Él mismo se ocupaba personalmente de llevarlo a todas las revisiones.

Debía llamar a Riquelme de inmediato y ponerle en antecedentes. Ahora estaba seguro de que él y los suyos corrían peligro, ¡y eso no iba a consentirlo!

—Riquelme, soy Lucas Saldarriaga.

—Buenos días.

—Ha ocurrido algo que debería saber. —Riquelme emitió un pequeño gruñido al otro lado de la línea y Lucas continuó—. Anoche sufrí un accidente. La policía dijo que fue un reventón de una de las ruedas de mi coche...

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó amablemente.

—Sí, tan sólo rasguños y magulladuras, pero pude haberme matado y... creo que no fue por casualidad.

—Entiendo.

Riquelme permaneció en silencio, digiriendo esa dura revelación. Por desgracia, no le sorprendió en absoluto. Sabía que las cosas podrían complicarse.

—Quiero que averigüe todo acerca del accidente. Especialmente el informe pericial de mi vehículo. Si alguien intentó matarme, quiero saberlo.

—De acuerdo, visitaré el taller esta misma mañana. ¿Ha tenido ocasión de revisar los informes que le entregué?

—Sí, pero no he encontrado nada sospechoso. Lo siento —contestó Lucas desalentado.

—¿Creé que su mujer pudiera estar en peligro?

En la planta de abajo, junto al salón principal, Virginia descolgó el teléfono con la intención de llamar a Alicia. El accidente de Lucas le había hecho recordar el funesto día en que le comunicaron el grave estado de Daniel. Necesitaba saber que él estaba bien y contarle a su cuñada lo ocurrido.

Al llevarse el auricular a la oreja, escuchó la voz de Lucas al otro lado del aparato.

—No lo sé, pudiera estarlo. Necesito que mantenga vigilada a Virginia.

Quiero saber cada paso que dé, no debe perderla de vista y, por favor, advierta a quien la siga que sea cauteloso. Es muy astuta y si sospecha que ocurre algo o que la oculto información, estoy muerto.

—Descuide, así se hará.

—Bien, espero sus noticias.

Virginia colgó inmediatamente, asustada, intentando asimilar la información que acababa de interceptar. ¿Quién demonios era Lucas? ¿Y qué pretendía de ella? ¿Por qué la vigilaba? Su cabeza era una olla a presión a punto de estallar. Necesitaba pensar sobre todo lo sucedido hasta ahora.

«Lucas, maldito seas —se dijo a sí misma—, ¿quién eres y qué quieres de mí?» Y se sumió en sus pensamientos con una absoluta apatía y desilusión.

Lucas no se hizo esperar. Apenas unos minutos después, bajaba por la escalera con un aspecto razonablemente saludable para haber sufrido un accidente.

«Es increíble», pensó Virginia al verle. Su fortaleza y afán de superación eran dignos de admiración.

—Virginia, ¿estás bien? Parece que hubieras visto a un fantasma. Estás pálida. Sé que debo de estar horrible, pero no creo que sea para tanto —bromeó Lucas.

—¿Qué?! —Virginia se sobresaltó. La cabeza no dejaba de dar vueltas a la conversación que acababa de escuchar; aún así, le regañó—: ¿Se puede saber dónde te crees que vas? No pienso permitir que vayas a ninguna parte en esas condiciones.

—Vaya, si llego a saber que para acaparar toda tu atención debía sufrir un accidente, hace tiempo que hubiera fingido chocar contra algo. —Lucas estaba de buen humor, dadas las circunstancias.

—Oh, serás idiota, no bromees con eso. Anoche nos diste un susto de muerte.

—¿Estabas realmente preocupada por mí? —preguntó en tono seductor. Lucas se acercó a ella y le sujetó la cara con ambas manos—. ¿Significa eso que estoy perdonado? —Y la besó tiernamente en la punta de la nariz. Era obvio que se refería al asunto de ocultarle la llegada de Natalia.

—Ni lo sueñes —espetó, impasible—. No pienso ablandarme por unos rasguños de nada.

Lucas no pudo reprimir el impulso de besarla en los labios y ella, aún sabiendo que Lucas podía estar traicionándola, le respondió, sintiendo que se

le encogía el corazón.

—Siento interrumpir —se disculpó Natalia, conmovida por ese momento tan tierno entre ellos—. Ya veo que estás mucho mejor, Lucas. Me alegro. —Miró el reloj—. Se me hace tarde.

—¿Es hoy cuando vas a comprar los muebles para tu nueva colección? —preguntó él.

—Sí. Raquel cuidará de Mateo y confío en que no dé mucha lata —respondió—. Llamaré a un taxi y me iré volando.

—Ya que mi querida esposa me ha prohibido tajantemente ir al trabajo, ¿qué te parece si te acompañamos? —Lucas no pensaba quedarse en casa lamentándose de su mala suerte.

—Sería estupendo —asintió Natalia, gratamente sorprendida.

—Creo que yo paso —se apresuró a decir Virginia—. Me quedaré descansando. No os importa, ¿verdad? Podéis llevaros mi coche. Estoy agotada —aclaró, al ver la expresión de disgusto de su marido.

Necesitaba quedarse a solas para meditar sobre todo lo que le estaba sucediendo últimamente y, en especial, acerca de la misteriosa llamada telefónica que acababa de interceptar por casualidad.

—Lo cierto es que no tienes buena cara —repuso Lucas, en tono preocupado—. Te convendría dormir un rato, mi amor. Ayer fue un día duro para todos.

A Natalia no le pasó desapercibida la dulzura con la que se dirigía a Virginia. Estaba loco por ella. ¡Cuánto añoraba que alguien se preocupara también por ella!

—¿Nos vamos Natalia? Será mejor que conduzcas tú. Creo que mi mujer se quedará mucho más tranquila —agregó con sana ironía. Ella le respondió con una mueca en forma de burla.

—¿No deberías desayunar primero? —le preguntó Virginia en tono exigente.

—Por el amor de Dios, cariño, estoy bien. Ve a descansar. Natalia cuidará de mí —y le guiñó un ojo a Natalia.

Era sorprendente que después de un percance tan traumático Lucas estuviese de tan buen humor, pensaron ambas.

—No nos esperes para comer, volveremos tarde. Ya se sabe como sois las mujeres en cuanto os dan una tarjeta de crédito.

—Ja, ja.

Virginia seguía sin poder quitarse de la cabeza la conversación que había escuchado por teléfono hacía apenas unos minutos. ¿Por qué tenían que vigilarla? ¿Qué pretendía Lucas de ella? Si su intención era estafarles y quedarse con parte de Vidasa, no lo iba a permitir. Hicieron un trato. Claro que, desde el punto de vista legal, aquel farsante tenía todas las de ganar. El acuerdo había sido exclusivamente verbal. Él se había comprometido a pagarles cierta cantidad si no lograba que la empresa remontara económicamente, pero ¿cómo iba ella a demostrarlo? Legalmente, no había manera. Estaba exento de toda culpa.

Dios, fue una estúpida al fiarse de él y del maldito Oliver. Le iba a romper los huesos cuando lo viera. Hoy estaba demasiado cansada para llamarle y contarle su lamentable descubrimiento, pero mañana mismo iría a verle personalmente a la oficina y, entre los dos, averiguarían qué pretendía el impostor de su marido.

Pensó en Alicia, ¿le habría fallado? Su cuñada insistió en que no debía casarse con él, pero ella hizo oídos sordos. Quizá debería haberle vendido la empresa a ese cabrón de Márquez y asunto arreglado. Pero era demasiado tarde para lamentaciones. Ahora estaba casada con un hombre al que apenas conocía. Tan solo sabía de él que había sido criado por Adela, junto a un hermano desaparecido en algún remoto lugar y con el cual no parecía llevarse demasiado bien, que había mantenido una relación anterior con Natalia y que disfrutaba de una buena posición económica y social. ¡Y que era adorable!

«¡Serás idiota!» Se odiaba a sí misma por albergar esos sentimientos hacia Lucas. Incluso después de su escucha telefónica, al verlo bajar por la escalera sintió una necesidad acuciante de cuidarle y protegerle, cuando debería haberle dado una patada en el culo. Lucas estaba logrando acabar con todos sus valores y convicciones. Ya ni siquiera estaba segura de no querer compartir su vida con un hombre... Con un hombre como él.

«¡Mierda!»

Deseaba compartir todas sus dudas y secretos con Alicia, quien con su intuición y sagacidad probablemente podría darle una explicación coherente a este engorroso asunto, pero no podía cargarla con aquella inquietud. No sería justo, bastante tenía ya con lo de Daniel. Además, de sobra sabía ella que la obligaría a abandonar esa casa de inmediato y eso la impediría continuar con la investigación que, desde el instante en que colgó el maldito teléfono, se había convertido en su prioridad número uno. Iba a llegar al fondo de este

asunto, costase lo que costase.

«¡Juro por Dios que pienso averiguar hasta el último detalle de lo que te traes entre manos, Lucas Saldarriaga!»

De repente, el sonido agudo del timbre de la puerta principal y las voces procedentes del vestíbulo la obligaron a regresar a la realidad.

—Santo Cielo, ¡¿cómo se atreve a aparecer por aquí después de lo que pasó?! —Virginia escuchó la voz asustada y nerviosa de Raquel—. El señor no se encuentra en casa. Por favor, váyase.

Virginia bajó la escalera preguntándose qué diablos ocurría ahora.

—Raquel, ¿ocurre algo?

—Buenos días, tú debes de ser Virginia. Encantado de conocerte. Soy Nicolás. Nicolás Saldarriaga, el hermano de Lucas.

—¡Oh! —El asombro de Virginia fue tan brutal, que el extraño no dudó en continuar.

—Por la expresión de tu cara, sospecho que te ha hablado de mí. Y no muy bien, imagino —bromeó con un deje de cinismo.

Era tan alto como Lucas, delgado y bien proporcionado. Tenía la tez tostada, pero sus ojos eran marrones en lugar de negros y ligeramente rasgados, lo que suavizaba sus facciones y le daba un toque algo exótico. Su voz sonaba melódica y dulce y a Virginia le pareció tremendamente guapo. Sin duda, Adela debía estar orgullosa de sus dos cachorros.

—Adelante —dijo Virginia, una vez recuperada de su asombro—. No sabes cuánto me alegro de conocerte por fin.

Nicolás estaba confuso por el efusivo recibimiento de su nueva cuñada. Esperaba rechazo y desconfianza.

—Señora, no creo que el señor opine de la misma manera —añadió Raquel, tímidamente.

—¿Le ha citado el señor? —La voz de Carlos sonó rotunda y tajante desde el marco de la puerta que daba acceso al salón—. Si no es así, quizá debería marcharse hasta que él regrese —dijo implacable.

Nicolás permaneció impasible, sin un ápice de rencor en su mirada. Ni siquiera hizo amago de responder a tanta descortesía. No parecía importarle demasiado el trato vejatorio e irrespetuoso al que estaba siendo sometido por parte de un mayordomo y una sirvienta. Solo parecía estar interesado en ella.

—Por el amor de Dios, es el hermano de Lucas —exclamó Virginia exasperada por aquellos malos modales—. Por supuesto que es bienvenido a

esta casa —y les dirigió una mirada desafiante—. Adelante, Nicolás, tomaremos algo en la terraza y así podremos conocernos mejor.

La mañana transcurrió de lo más entretenida, en contra de lo que cabía esperar después de la controvertida llegada de su cuñado, que resultó ser un hombre encantador, muy comunicativo y realmente divertido.

Mateo también pareció congeniar bien con él. Nicolás no dejaba de jugar y bromear con el niño.

Sin embargo, a Virginia no le pasó desapercibida su expresión de asombro al saber que Mateo era hijo de Natalia. De hecho, no dejó de observarle durante toda la mañana. También a él debió de chocarle el gran parecido entre el muchacho y su hermano.

Virginia le puso al corriente de todas las novedades, incluyendo su boda con Lucas, el estado crítico de salud de Daniel, los problemas financieros por los que atravesaba Vidasa y cómo Lucas se estaba haciendo cargo de todo. Le contó también el grave accidente de tráfico de su hermano. Inmediatamente notó cómo la expresión de Nicolás se tensó tras conocer esa última noticia, volviéndose a relajar después de saber que sus heridas no eran más que magulladuras y rasguños.

Aunque ambos hermanos se esmeraban por fingir indiferencia ante la vida del otro, sus gestos y expresiones les delataban. Virginia estaba convencida de que ninguno de los dos estaba conforme con la relación que actualmente mantenían, fría y distante. «Tengo un arduo y duro trabajo por delante», pensó fatigada. No solo se proponía averiguar qué pretendía Lucas de ella, sino también el motivo por el cual había tanto resentimiento entre los hermanos Saldarriaga.

—He de confesar que mi hermano es un tío con suerte —dijo Nicolás, en tono cautivador—. Además de tu indudable belleza, eres una espléndida anfitriona y una mujer extraordinaria.

—¡Eres igual de embaucador que tu hermano! —rio Virginia—. ¡Si ni siquiera me conoces! Si lo que pretendes es que te invite a comer, no tienes más que decirlo.

—Vaya, siempre he infravalorado la sagacidad de las mujeres. Me has pillado —¿Cómo podía Lucas haberse distanciado tanto de un hermano tan encantador?, se preguntó Virginia—. Hablando de mujeres, ¿cómo está Natalia?

—Pues bien, supongo. Apenas hace unos días que nos conocemos, pero

creo que es una de las mujeres más bellas y sensibles que conozco. —Nicolás esbozó una ligera sonrisa—. Es mucho más fuerte de lo que ella se cree. No es fácil criar a un hijo sola y, máxime si debes ocuparte en sacar adelante tu propio negocio.

—Natalia es así. Dulce y dura. Frágil y fuerte. La gran desconocida —repuso Nicolás, como abducido por los recuerdos.

—Hace un calor espantoso —se quejó Virginia, sintiendo la ropa pegada a su cuerpo, fruto del ambiente húmedo y caluroso—. ¿Te apetecería darte un chapuzón con Mateo antes de comer? Nos iría bien un baño fresquito en la piscina.

—Es una gran idea, pero creo que no sería muy correcto si en nuestra primera cita me exhibiese en calzoncillos o desnudo. ¿Qué opinas tú, Mateo?

Mateo se desternilló de risa. Era un niño muy espabilado para su edad y no se le pasaba ni una, advirtió Virginia.

—En mi dormitorio encontrarás un bañador de Lucas. Mesita de la derecha, tercer cajón.

—¿Me estás invitando a tu dormitorio? —bromeó—. No creo que a Lucas le gustase saber eso.

—Vamos, no seas tonto. —Virginia le pegó un manotazo en el brazo—. Vas a escandalizar al niño.

CAPÍTULO 12

De camino al taller, Riquelme recapituló la información con la que contaba. Lamentablemente, todas sus predicciones se iban convirtiendo en realidad.

Su contacto le había confirmado que la paliza de Daniel había sido premeditada y que podía dar gracias de continuar con vida.

Los artífices de la paliza eran dos hermanos, ex presidiarios y malhechores de la peor calaña. Recibieron la orden de eliminarle pero, cuando estaban propinándole la somanta de palos, les sorprendió un grupo de jóvenes y no pudieron rematar el trabajo. Salieron corriendo sin tiempo suficiente de cerciorarse si la víctima estaba muerta o viva.

Por lo que Riquelme había podido averiguar, los sicarios andaban bastante disgustados porque solo les habían pagado la mitad de lo convenido al no haber acabado el asunto correctamente. Insistían en que dejar a un hombre en estado vegetativo venía a ser lo mismo que muerto y que, por lo tanto, les habían estafado.

Como no estaban en disposición de denunciar a nadie y no conocían el nombre de la persona contratante, tampoco habían podido exigir el pago íntegro acordado.

El trabajo en cuestión fue encargado mediante una llamada al móvil, y no podían asegurar si el que lo había hecho era hombre o mujer, pues la voz estaba distorsionada.

No habían mantenido ninguna entrevista y éste había sido tan cauteloso como para proporcionar una fotografía y los datos de interés de la víctima a través de un apartado de correos. También el pago, antes y después de ejecutar el trabajo, se hizo mediante ese sofisticado método. Por lo tanto, los ex presidiarios carecían de cualquier dato que pudiera identificar al instigador de esta tragedia.

Todo lo que Riquelme pudo averiguar fue que los ejecutores se mostraban claramente molestos y consideraban que se les había humillado y engañado. No tenían ningún reparo en anunciar a los cuatro vientos que si daban con la identidad del individuo que había osado estafarles, a buen seguro se iban a cobrar la deuda, si no en metálico, de alguna otra forma.

Cuando el detective, siguiendo las instrucciones de Lucas Saldarriaga llegó a su destino, quedó impactado al ver los restos del antaño espectacular

BMW de su cliente. Era siniestro total.

Tras escuchar las explicaciones que amablemente le había dado el jefe de taller, no le cupo ninguna duda de que la rueda delantera derecha del vehículo había sido manipulada. Había recibido un navajazo intencionado y sobre el tajo se habían encontrado restos de una masilla pegajosa que el autor de aquella maliciosa idea había aplicado concienzudamente, probablemente con la firme intención de ocultar el delito y evitar que la rueda reventase de inmediato.

De este modo, dedujo Riquelme, aquella masilla se había ido desprendiendo durante el trayecto, poco a poco, hasta conseguir los resultados deseados cuando iba a toda velocidad por la autopista.

El jefe de taller lo atribuyó a una gamberrada de adolescentes. Ni siquiera consideró dar parte a la policía, aunque hubo de admitir que pudo haberle costado la vida al conductor y al resto de los pasajeros del vehículo.

Pero Riquelme sabía que aquello no había sido por casualidad. La intención era clara: eliminar a Saldarriaga, al igual que habían intentado hacer con Daniel Delgado. Por lo tanto, debía actuar con rapidez y cautela si quería dar con él o los tipos responsables del accidente aunque, por cómo se habían desarrollado los acontecimientos, sería bastante difícil e improbable localizarlos.

Este caso se estaba complicando y apenas avanzaba en sus pesquisas. Las pistas parecían señalar a Oliver y Márquez, pero eran vagas e imprecisas.

Quizá Oliver seguía enamorado de Alicia y por venganza y envidia había tratado de acabar con la vida de Daniel, aunque no parecía un móvil demasiado consistente. La relación de Oliver y Alicia había terminado hacía años y, para colmo, no lograba encajar a Márquez en ese puzzle. ¿Habrían trabado amistad a través de Marta, la reciente pareja de Oliver, y fraguado un plan para quedarse con todo? ¿Tan ambicioso era Márquez como para cometer un asesinato con el único fin de ampliar su negocio?

Era evidente que, fuese quien fuese el artífice de este malvado plan, ahora consideraba a Lucas un obstáculo para la consecución de sus fines. Probablemente, al supuesto asesino no le interesaba que Vidasa saliera de la crisis en la que parecía estar inmersa y eso era precisamente lo que Saldarriaga se proponía. Eso le convertía en una amenaza que casi le cuesta la vida.

Pero si realmente Oliver y Márquez fueran cómplices con el fin de hacerse

con la dirección de la empresa, ¿por qué Oliver intervino para evitar la operación de compraventa a Márquez? Algo no encajaba. Había algún cabo suelto en todo aquel asunto que Riquelme no alcanzaba a resolver.

¿Y si estaba centrando su búsqueda erróneamente en Oliver, pasando por alto cualquier otro tema relacionado con Daniel? Era crucial que mantuviese una conversación con su mujer y su hermana para poder recabar más información; algo que, por el momento, Lucas le tenía terminantemente prohibido. Debía hacerle entrar en razón o podrían llegar a lamentarlo más tarde. La cuestión se estaba poniendo muy fea y Riquelme tenía un mal presentimiento.

Lucas y Natalia llegaron a casa sobre las seis de la tarde, pillando por sorpresa a Virginia y Nicolás que mantenían una animada conversación acerca de la empresa textil que éste había montado en Bagdad y donde, según le contó, había residido los últimos cuatro años.

—Lucas —exclamó Virginia al verlos cruzar la puerta de acceso al salón —, mira quién está aquí.

Nicolás dio un respingo y se incorporó de la silla. Apretaba la mandíbula con tanta tensión que parecía que se le fuese a desencajar. Alzó la vista hacia su hermano, que le correspondió con una gélida mirada. Fingió no importarle y esperó su reacción en silencio. Se había imaginado cientos de veces cómo sería aquel primer acercamiento, confiando en que el tiempo hubiese aplacado la rabia y la cólera del último encontronazo.

—Vaya, vaya, qué sorpresa —dijo Lucas, al fin, de manera anodina y sin mostrar sorpresa o alegría—. El hijo prodigo ha vuelto a casa.

A Virginia le pareció adivinar cierto aire de satisfacción en la expresión de su marido. Este tiempo de estrecha convivencia le había permitido conocer sus rasgos y su particular forma de gesticular, de modo que con solo mirarle podía intuir sus pensamientos. Y, aunque podía equivocarse, en esta ocasión percibía claramente la actitud triunfal de Lucas y no alcanzaba a comprender por qué.

—Virginia me ha contado lo del accidente. Me alegro de que te encuentres bien.

—Estoy perfectamente... aunque mi aspecto diga lo contrario.

—Bueno, ¿no vas a darme un abrazo? —preguntó Nicolás.

Intentaba aparentar calma, pero el tembleque de su voz le delataba.

Virginia no salía de su asombro. ¿Cómo era posible que dos hermanos que

llevaban años sin verse se comportasen de una manera tan fría y distante? Era increíble. Si Lucas se sorprendió de la inesperada presencia de Nicolás, su rostro no mostró gesto alguno que lo evidenciase. No se podría decir lo mismo de la expresión de Natalia, que era de absoluto pavor.

Para sorpresa de todos, se dieron un abrazo. Eso sí, comedido y nada emotivo. Luego llegó el turno de Natalia, que al ver cómo Nicolás avanzaba hacia ella, retrocedió chocándose contra una silla. Estaba claramente alterada y desorientada.

—Hola, Natalia. —Nicolás le dio un cariñoso beso en la mejilla. Ella permaneció quieta como una estatua—. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, demasiado —tartamudeó, francamente nerviosa—. Quiero decir que... —no supo qué decir.

Durante un breve instante, se hizo un silencio sepulcral.

—Tienes un hijo precioso —apuntó Nicolás.

Ella asintió, todavía turbada, mientras su mente se remontaba al pasado, reproduciendo aquellas escenas que creía ya archivadas hacía mucho tiempo. Su cuerpo parecía encontrarse paralizado por el recuerdo de unos momentos que obviamente le llenaban de angustia y zozobra. Era como si estuviera atrapada dentro de una pesadilla y no pudiera escapar.

Por la actitud de Natalia, Virginia supo que algo verdaderamente terrible debió de pasar entre los tres. Algo que tanto Lucas como Nicolás conseguían disimular, ocultando las emociones y aparentando normalidad con aquel comportamiento de fingida cordialidad. Algo que era demasiado doloroso recordar y que solo Natalia parecía no dominar. Estaba tan aturdida que Virginia avanzó hacia ella y la rodeó por los hombros, tratando de transmitirle su apoyo y comprensión.

Se preguntó si quizá se había equivocado al abrir las puertas a un extraño. No había querido escuchar a Carlos y a Raquel cuando habían intentado advertirla de que no era bienvenido y que, sin la menor duda, sabían mucho de lo que allí sucedió cuatro años atrás.

Se sentía fatal. Y, para colmo, ni la mirada felina de Lucas ni la expresión desesperada de Natalia ayudaban demasiado a mitigar ese sentimiento de culpa. Confió en que todo volviese a la normalidad pasada la primera impresión, pero le parecieron horas hasta que eso ocurrió.

—¿Y se puede saber a qué debo el honor de tu inesperada visita? —inquirió Lucas, rompiendo el tenso ambiente, cargado de amargura.

—Negocios —repuso orgulloso—. Me requerían en Madrid para cerrar un asunto y pensé que no podía desperdiciar la ocasión de felicitar a mi hermano por su reciente boda, ¿no crees?

Su tono de voz era pausado, pero con cierto deje de acusación. ¿Le culpaba por no haberle informado personalmente de su boda?

—Por cierto, he de añadir que tu elección es asombrosamente acertada. Virginia me ha parecido una mujer excepcional —y le dedicó su sonrisa más sincera—. Aunque no sé de qué me sorprende, siempre tuviste buen ojo para las mujeres.

Esta vez sus ojos se posaron en Natalia, que le lanzó una mirada asesina.

—Te agradezco tu aprobación, pero nadie te la ha pedido. Mantente alejado de ella.

Su implacable advertencia cayó como un jarro de agua fría sobre Nicolás, cuyo rostro se tiñó de tristeza.

Virginia no atinaba a imaginar qué oscuro motivo podía provocar tanta crispación entre dos hermanos. La crudeza de aquellas palabras hizo que se le helara la sangre. No soportaba tanta tensión, en parte provocada por su obstinado atrevimiento de permitirle el paso a aquel desconocido.

—¡Lucas! —exclamó, increpándole por su gélida hostilidad—. Eso no ha sido muy cortés, ¿no crees? Pero, ¿se puede saber qué os pasa? Ya es suficiente.

—Virginia, no...

—Quizá no soy la persona más indicada, pero ¿no os parece que ha llegado el momento de que vosotros dos mantengáis una conversación?

—Creía que estábamos haciendo precisamente eso... hasta que nos has interrumpido —respondió su marido con sarcasmo.

—Me refiero a una sosegada y pacífica. Por el amor de Dios, sois hermanos.

—Virginia, haz el favor de callarte. Ni siquiera sabes de qué hablas.

Lucas le clavó sus ojos negros y ella contuvo una exclamación de protesta. Sabía dónde estaba el límite y estaba a punto de cruzarlo.

—¡Silencio! —le ordenó. Ella había hecho un amago de mover los labios para reprenderle por su grosera actitud, pero no tuvo tiempo—. Nicolás, hablaremos a solas en mi despacho.

Más calmado, desvió la mirada hacia su hermano, cuyo rostro mostraba la más absoluta incredulidad al presenciar aquel duro enfrentamiento entre unos

recién casados. Lucas odiaba que Virginia le dejase siempre en evidencia. Si no conseguía limar ese carácter, su vida en común iba a convertirse en un infierno.

Ella les observó mientras dirigían sus pasos, firmes y decididos, hacia la estancia privada de su marido.

Era impresionante ver el gran parecido entre ellos: el porte imponente, el pelo abundante y fuerte, las facciones angulosas... Si había algo que les distinguía era la expresión de los ojos, más intensa y penetrante en Lucas. Nicolás destacaba por sus rasgos algo más suaves, que junto con su melódica voz le conferían un carácter dulce y sensible.

Las miradas de Natalia y Virginia se cruzaron, temerosas por el resultado de esa reunión privada. Seguramente acabarían a gritos y a saber qué otras barbaridades se dirían. Quizá no era una buena idea dejarles solos, pero era demasiado tarde. La puerta del despacho se cerró tras ellos.

—¿Estás bien, Natalia? —preguntó Virginia, preocupada por su expresión, aturdida y vacilante.

—Pero, ¿cómo ha podido suceder? —susurró entre dientes—. Nunca creí que volvería después de... —se detuvo, con los ojos empañados en lágrimas y sin poder contener la emoción por más tiempo.

Virginia miró a su alrededor, buscando a Mateo, y se alegró al comprobar que estaban solas. Con gran perspicacia Raquel se lo había llevado a merendar, lejos de lo que prometía convertirse en una jauría de reproches, gritos y acusaciones.

Entonces, la abrazó con fuerza, sin saber muy bien cómo consolarla y sintiendo que aquella pena era únicamente por su culpa. Si ella no le hubiera dejado pasar, llevada por su incorregible curiosidad, ahora Natalia no se encontraría al borde de una crisis nerviosa. Era evidente que la llegada de Nicolás la había desbordado, reabriendo una vieja herida.

—Por favor, ocúpate de Mateo, ¿quieres? —le pidió, todavía ofuscada por el dolor—. Creo que subiré a mi habitación. Y, por lo que más quieras, no les dejes solos mucho rato o acabarán matándose —añadió completamente compungida.

Ambos hermanos se encontraban frente a frente, después de cuatro largos años sin hablarse, expectantes por descubrir qué les depararía esa improvisada reunión.

—Y bien, ¿qué negocios son esos de los que hablas y que te han traído

hasta aquí? —preguntó Lucas, escéptico—. Si no recuerdo mal, cuando te fuiste no tenías ningún oficio.

—Lucas, ha pasado mucho tiempo... Quizá demasiado. ¿No te parece que ya es hora de pactar una tregua? —propuso Nicolás, cansado de tanta hostilidad y rencor.

—Supongo que tienes razón, pero no esperes que olvide todo lo que sucedió —dijo, arrepintiéndose de su cruel acusación.

—No lo espero, simplemente confío en que intentes entenderme. —Lucas arqueó una ceja, exactamente del mismo modo en que solía hacerlo Virginia cuando una respuesta no era de su agrado—. Maldita sea, para mí también fue doloroso. ¡Lo fue para todos!

—Yo diría que todos no es la palabra adecuada. Además, tienes una extraña manera de entender el dolor. —Como siempre que un tema no era de su agrado, Lucas dio un giro a la conversación—. ¿Y a qué negocios te refieres?

—Después de... aquello... me mudé a Bagdad donde abrí un negocio textil. Fabrico ropa con telas y estampados exóticos: pañuelos, camisolas, pantalones... Y luego la exporto.

—Interesante.

—Tiene una gran acogida en el mercado europeo. Recientemente he firmado un acuerdo y tenía que ver a un cliente en Madrid. —Lucas frunció el ceño, tratando de disimular la admiración y el orgullo que le embargaba en esos momentos—. Lo cierto es que el negocio funciona sorprendentemente bien. Nunca creí que comercializar cuatro harapos pudiera aportar tantos ingresos. Es un negocio muy rentable y gratificante.

Lucas no se sorprendió en absoluto del éxito de su hermano que, en su opinión, poseía unas cualidades indiscutibles. Estaba dotado de una sensibilidad excepcional y una capacidad de comunicación envidiable. Lucas, sin embargo, era perseverante y metódico, destacando más por su rigor en el trabajo analítico.

Desgraciadamente, la baja autoestima de Nicolás, que se consideraba torpe e inútil, le condujo a terminar los estudios de empresariales con notas excelentes pero sin mayores aspiraciones. Al terminar la carrera sencillamente se abandonó, negándose a ejercer una profesión donde poner en práctica sus amplios conocimientos y sus habilidades sociales. Empleaba su tiempo exclusivamente en viajar, jugar al golf y al pádel, a salir con amigos y a

conquistar mujeres. No trabajaba ni deseaba hacerlo, si bien tampoco lo necesitaba. Ambos hermanos heredaron una fortuna a la muerte de sus padres.

Aquella frívola y desinteresada manera de vivir hubiese estado bien si no fuera porque Lucas intuía que su hermano no era feliz. Era su modo de huir de las responsabilidades por temor al fracaso o la falta de valía.

Quiso ayudarle, consciente de su apatía personal, tentándole con formar parte del equipo directivo de los negocios que entonces regentaba, pero el orgullo y la tozudez de Nicolás le impidieron participar en un proyecto en el que no había colaborado desde el principio, y rechazó el ofrecimiento.

No obstante, su hermano tenía un ojo excelente para las inversiones y, gracias a su don de gentes y sus innumerables contactos, solía invertir sabiamente el dinero en bolsa incrementando su patrimonio hasta una suma nada despreciable.

Pese a su gran obstinación de continuar con aquella vida monótona y carente de sentido, Lucas siempre supo que el sueño de Nicolás era emprender un negocio propio donde poder implantar todas aquellas ideas que había ido desarrollando a lo largo de su juventud y sus años universitarios. Lástima que la escasa confianza en sus posibilidades le cegara de una manera tan brutal.

Pero al fin, hoy Lucas veía en los ojos de Nicolás una enorme satisfacción y orgullo y, a pesar de estar tan distanciados, hubiera querido darle un abrazo y decirle que siempre supo que acabaría por desenterrar su talento para emplearlo en algo provechoso, como finalmente había sucedido. Sin duda, Adela se alegraría al saber que su pequeño había encontrado, por fin, su camino.

—¿A qué has venido, Nicolás? —insistió Lucas, desconfiando de las buenas intenciones de su hermano.

—Me enteré por casualidad de que te habías casado hacía unos meses y... —Se detuvo. Tragó saliva y continuó—: Bueno, he de admitir que cuando aquel individuo mencionó el nombre de tu reciente esposa, me quedé helado. «Virginia», insistió. No podía creerlo. Estaba seguro de que se trataría de un error hasta que lo leí en la prensa. Yo creía que Natalia y tú... —se interrumpió de nuevo.

—Pues ya ves, la vida da muchas vueltas. Si no te hubieras marchado de aquella manera tan precipitada, hubieras sabido que lo nuestro terminó hace ya mucho tiempo —le aclaró en tono reprobatorio—. Y ahora que has satisfecho tu curiosidad, ¿puedo saber los verdaderos motivos de esta visita?

—Lucas, te recuerdo que soy tu hermano. ¡Tu único hermano! —exclamó con desesperación—. Sé que me porté como un auténtico cerdo y, lo creas o no, lo siento de veras. Simplemente pensé que había llegado el momento de aclarar lo que ocurrió. —Lucas sacudió la cabeza—. ¿Piensas evitarme toda la vida?

—Pues ya que lo preguntas, quizá lo haga, sí. —Aquellas palabras retumbaron en la cabeza de Nicolás con tal dureza que creyó que le iba a estallar—. Respecto a lo que pasó, no tenemos nada de qué hablar. Ese tema está zanjado y olvidado.

—Yo no lo creo —saltó Nicolás, escéptico y dispuesto a defender su honor, difamado hacía ya cuatro años.

—Puedes creer lo que te plazca.

De repente, Virginia irrumpió en el despacho. No podía permanecer de brazos cruzados esperando a que esos dos animales se despellejasen vivos.

Le bastó mirar a los ojos de Lucas para saber que iba a ser ella la siguiente en sufrir su irrefrenable ira. Si hasta ahora se había librado era porque su marido todavía estaba sometido a la fuerte impresión de ver de nuevo a su hermano, pero no le cabía ninguna duda de que, en cuanto estuviesen a solas, le iban a llover todo tipo de improperios.

«¡Que Dios me ayude —pensó, temblando—, esta vez me he pasado de la raya!»

—Bueno, es un alivio ver que todavía estáis con vida. Tenía mis dudas... —bromeó, evitando mirar a los ojos de su marido, que despedían fuego—. ¿Qué tal si continuáis la charla cenando? —argumentó, tratando de disimular su inquietud.

—Nicolás ya se iba —espetó Lucas, fulminándola con la mirada.

«Si no la amase tanto, la estrangularía con mis propias manos por entrometida», se dijo para sí mismo.

—No puede ser verdad, pero si apenas habéis tenido tiempo de conversar —señaló, tratando de templar los nervios—. Además, ya le he dicho a Raquel que prepare una habitación para Nicolás. Se quedará con nosotros todo el tiempo que necesite.

Los dos hermanos se quedaron con la boca abierta, incapaces de rebatir tanta determinación.

Lucas la cogió por el brazo, clavándole los dedos, y la apartó hacia un rincón.

—Virginia, basta —le susurró.

—Pero, ¿qué diablos te pasa? —se encaró con él, sin sopesar las posibles consecuencias—. No sé qué puñetas ocurrió entre vosotros dos, pero tu hermano está aquí ahora... —La voz se le quebró—. ¿Es que no tienes corazón? —Hizo una pausa—. ¿Has pensado que quizá no tengas una nueva oportunidad de verle? El destino es muy cruel, Lucas. No lo olvides.

El rostro se le cubrió de melancólica nostalgia y Lucas supo que esta vez había perdido la batalla.

—Maldita seas, Virginia —gruñó.

Después de todo, quizá sí tenía corazón. Un corazón que se moría por ella y que era incapaz de verla sufrir. Sabía lo doloroso que estaba siendo para ella la ausencia de Daniel y ver cómo ellos, aun teniendo la posibilidad de disfrutar de su mutua compañía, se tiraban los trastos a la cabeza, debía exasperarla.

Lo cierto es que su obcecada intervención en este asunto trastocaba un poco sus planes pero, pensándolo bien, se le planteaba una oportunidad perfecta para sus propósitos. Quizá el hecho de que Nicolás se alojase en su casa no fuera tan descabellado.

—Está bien —cedió, dirigiéndose hacia Nicolás, que permanecía inmóvil junto a la ventana, estupefacto por la extraña relación que parecían mantener Lucas y Virginia—. Es inútil luchar contra los deseos de una mujer tan tozuda. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Pero te lo advierto, un mal paso y te echo a patadas —le amenazó.

—¿Lucas, ¿no irás a empezar de nuevo?! —intervino Virginia.

—¿Contenta?

—Mucho.

Lucas le dedicó una sonrisa llena de ironía y ella, en un gesto desenfadado, le sacó la lengua.

—Acompáñame Nicolás. Te enseñaré tu habitación.

—Yo no... —intentó articular una disculpa para irse, sacudiendo la mano en señal de rechazo.

—Ríndete, hermanito, ¿no te imaginas lo tozuda que es!

Nicolás se encogió de hombros y se limitó a seguir a Virginia. Cómo se había dejado embarcar en esta locura era todavía un auténtico misterio para él. Además, aquella pareja era de lo más extraña. Tan solo le quedaba esperar y confiar en que esa decisión no acabara en tragedia.

El resto del día transcurrió sin sobresaltos. Lucas se encerró en el despacho; Natalia no salió del dormitorio, ni siquiera para cenar, y Nicolás fue a recoger el equipaje al hotel donde estaba alojado.

Virginia esperaba inquieta el momento de enfrentarse a Lucas a solas. Sabía que no podría salir indemne de aquel asunto. Había interferido en sus temas personales y, sin duda, eso le iba a pasar factura.

Trató de abstraerse con la novela pero, tanto la visita de Nicolás como el misterio que envolvía la extraña conversación telefónica de por la mañana no la ayudaban precisamente a concentrarse. Había sido un día repleto de sorpresas y le costaba digerir tanta información.

CAPÍTULO 13

Al día siguiente Virginia no se levantó hasta estar bien segura de que Lucas se había marchado a trabajar. No deseaba enfrentarse a él. Sabía que tarde o temprano le acusaría de haberse entrometido en su vida y, con todos los acontecimientos del día anterior, no había pegado ojo. Estaba demasiado cansada para afrontar una acalorada discusión con él.

Por otro lado, estaba francamente preocupada por Natalia. Parecía aterrada con la visita de Nicolás, como si su presencia la hubiese sumido en un estado depresivo cuyo colofón tuvo lugar al descubrir que éste se había trasladado a la habitación contigua a la suya. Virginia creyó que se iba a echar a llorar desconsoladamente pero, finalmente, se contuvo.

El único que parecía ajeno a tanta tensión era Mateo, que jugaba con unos y con otros con una sonrisa permanente en los labios.

Tan pronto Virginia se hubo arreglado, se dirigió directamente a Vidasa.

Necesitaba compartir con alguien sus temores y sospechas, y quién mejor que Oliver, que conocía todo ese embrollo desde el principio. Él era el principal responsable de que se encontrasen en esta situación tan incierta. Pensaba reprenderle por su falta de profesionalidad. No haber plasmado por escrito el acuerdo alcanzado con Lucas podía costarles demasiado caro.

—¿Estás completamente segura de lo que oíste? —Oliver no salía de su asombro ante las acusaciones que Virginia acababa de revelar y que apuntaban directamente a su marido—. Debe tratarse de un error.

—¿Crees que me lo estoy inventando? —exclamó Virginia, irritada.

—Por supuesto que no. Siempre te he considerado excesivamente fantasiosa, pero no hasta el punto de inventarte una cosa así.

Virginia arqueó una ceja a modo de protesta.

—No te pases. No estoy de humor.

—Lo único que digo es que estoy convencido de que existe una explicación razonable para este asunto.

—Y bien, ¿qué propones, entonces?

—Creo que lo más sensato sería preguntarle directamente a Lucas.

—¡Ni lo sueñes!

A Virginia le irritaba la aplastante serenidad del abogado. ¿Cómo podía estar tan tranquilo después de aquellas escalofriantes revelaciones? ¡Lucas podría ser un impostor!

—Te repito que debe de haber una explicación para todo esto.

—Oliver, voy a llegar al final de este asunto, te guste o no —saltó como un resorte—. Y ni se te ocurra decirle una sola palabra acerca de mis sospechas. Sería darle ventaja y ya nos lleva suficiente. Mientras él siga creyendo que nadie conoce su intriga, podré realizar mejor la investigación.

—Pero, Virginia, ¿has perdido el juicio?! ¿Qué investigación?! —se enfureció Oliver—. Nada de esto tiene sentido.

—Vas a ayudarme, ¿sí o no?

—¿Ayudarte? —repitió, exasperado por su tozudez—. ¿Y se puede saber qué piensas investigar y cómo vas a hacerlo, mi queridísima Miss Marple?

—Ya se me ocurrirá algo —replicó, con la seguridad reflejada en la mirada.

—De eso no me cabe la menor duda.

—Oliver, esto es serio. No te burles.

—Sé razonable. Lucas se ha dejado la piel estos últimos dos meses, trabajando para sacar adelante tu empresa. ¿Por qué querría destruirla ahora? Es absurdo.

—Destruirla, no. ¡Quedársela! —sentenció con absoluta convicción—. Oliver, tú me metiste en esto. Confié en ti, maldita sea. ¡Hasta me casé con él! ¡Me lo debes!

Oliver sintió cómo aquellos dos ojos negros le apuntaban, atravesándole.

—Todavía no has contestado a mi pregunta. ¿Vas a ayudarme?

—Sí, diablos, claro que voy a ayudarte. Aunque no tenga la menor idea de cómo hacerlo —dijo finalmente, dándose por vencido. Era inútil luchar contra un potro salvaje.

—Tú encárgate de echar un vistazo en su despacho. Rebusca entre sus papeles a ver si encuentras algo sospechoso. —Hizo una breve pausa, tramando su plan mentalmente—. Yo miraré en casa.

—Dios mío, esto es de locos.

De pronto, Oliver cayó en la cuenta de un pequeño detalle.

—No puedo hacerlo.

—¿Cómo dices?

—Que no tengo forma de acceder a su despacho. Ha cambiado la cerradura y solo Lucas dispone de llave.

—¿Ha cambiado la cerradura? ¿Acaso no es eso sospechoso?

La mente de Virginia no paraba de procesar información.

—¿Por qué haría algo así? —murmuró, reflexiva.

—Está convencido de que alguien extrajo unos documentos de su despacho. —Oliver no daba crédito a tanto disparate—. Definitivamente, estáis los dos paranoicos.

—Oliver, sé lo que oí. De veras, tienes que creerme. —Él se limitó a asentir, receloso—. No sé qué diablos está tramando Lucas, pero no pararé hasta descubrirlo.

—Pues espero que sea pronto, porque no me gusta nada tener que meter las narices en sus cosas, a escondidas, como un vulgar ladrón. ¡Es desleal!

—También lo es engañarnos.

—Sinceramente, Virginia, creo que te equivocas.

—Ojalá —susurró, entre dientes.

Virginia creía que compartir aquel oscuro secreto la aliviaría, pero seguía con la misma angustia en la boca del estómago. Se sentía algo mareada y con unas ganas terribles de vomitar.

«Te odio Lucas», pensó para sí misma.

Pero sabía que no era cierto. Lo más terrible de todo era que, en el fondo de su corazón, quería creer en su inocencia. ¿Qué razones tendría él para seguirla? Y, ¿qué era eso tan importante que debía ocultarle?

Pero si había algo que realmente la estaba torturando era que no lograba despojarse del intenso deseo de abrazarle y comérselo a besos, cuando lo que debería hacer era mandarle al infierno. Era una idiota, una idiota redomada. Cada minuto se decía a sí misma que lo suyo con Lucas era solo sexo y que, tarde o temprano, la llama de la pasión acabaría por extinguirse. Pero ¿hasta cuándo tendría que soportar aquel tormento?

Se hizo prometer, una y otra vez, que no sucumbiría más a los encantos de Lucas. Ahora más que nunca era prioritario mantener la cabeza fría y firme, pero ¿cómo conseguirlo compartiendo el mismo lecho?

Era irónico. Ella que siempre había huido de los hombres sin el menor reparo y, ahora que su vida dependía de ello, no lograba apartarse de uno.

—Virginia, ¡qué sorpresa! —Absorta en sus pensamientos, se topó de bruces con Fabián.

—Hola Fabián —murmuró, dándole dos besos.

—¿Estás buscando a Lucas? Vaya susto lo de su accidente, como si no tuvieras bastante con lo de Daniel. ¿Cómo se encuentra, por cierto?

—Igual —contestó con tremenda desazón.

—¡Malnacidos! Espero que la policía dé pronto con ellos y se pudran en la cárcel el resto de sus días —espetó con los ojos llenos de odio.

Era la primera vez que le veía tan afectado y furioso. Por lo general, era un hombre excesivamente prudente y cauteloso.

—¿Se sabe algo nuevo de la investigación? —dijo, más calmado.

—Nada. Ha pasado ya demasiado tiempo. Solo confío en que mi hermano se recupere lo antes posible.

Fabián le dio unos golpecitos en la espalda, en señal de su apoyo.

—Por cierto, Fabián, ¿cómo sigue la situación financiera de la empresa? ¿Ha pasado ya lo peor? —Era un buen momento para comenzar sus pesquisas.

—Bueno, yo diría que las cuentas están bastante saneadas, si bien nos queda una ardua tarea hasta alcanzar nuestro posicionamiento de hace un año —le aclaró no excesivamente satisfecho—. Hemos perdido algunos clientes importantes pero, a cambio, Lucas ha logrado fichar a otros que, sinceramente, nunca creí que llegarían a engrosar nuestra cartera de clientes. Tu marido puede ser muy persuasivo, ¿sabes?

—Ni que lo digas —susurró ella—. Te agradecería que no le comentaras que me has visto. Se disgustaría si descubriese que he estado por aquí y ni siquiera he ido a verle... Pero no quiero distraerle.

—Ah, yo creía que... —se sorprendió Fabián.

—He venido a ver a Oliver —aclaró.

—Entiendo —dijo, esbozando una sonrisa que a Virginia le pareció algo forzada—. Supongo que has venido a firmar y supervisar la documentación que acredita la parte cedida a Lucas.

Ella le dedicó una leve sonrisa, ignorando de qué demonios estaba hablando. El papeleo era cosa de Oliver y ella nunca intervenía en esos asuntos.

Esa noche, como tantas otras, a Virginia le resultaba imposible conciliar el sueño. Intentaba hacer balance de los últimos meses de su vida y su cabeza solo era capaz de reproducir tragedias: el atraco a Daniel, la depresión de Alicia, su propia angustia y desesperación por el estado crítico de su hermano, la caída en picado de Vidasa, la precipitada boda con Lucas, las amenazas de Márquez y, ahora que empezaba a gustarle Lucas, la sospecha de que la estaba engañando y mintiendo. ¡Era demasiado!

Lo cierto es que la vida le estaba dando una lección que jamás olvidaría. Hasta el terrible suceso de Daniel, todo parecía estar de su parte, pese a sus

fracasadas relaciones y su extraña naturaleza al afrontar la vida. Pero, en cualquier caso, podría decirse que la vida le sonreía.

Con la muerte de su madre se cerró un capítulo muy duro para ella. No es que se alegrase, ni mucho menos. A su manera la quería, pero no podía evitar culparla por todo el tormento que le causó a su querido padre. No compartía aquella actitud frívola y desenfada de manipular a su antojo al resto del mundo con el único fin de satisfacer sus excéntricas comodidades y sus caros caprichos.

Con la muerte de su padre, algo se rompió dentro de ella. Fue un daño irreparable que, con el paso del tiempo, iba superando y aceptando. Desde entonces, todo su cariño lo repartía entre su reducido y leal grupo de amigas y su único hermano, dándose por satisfecha con aquel escaso pero íntimo círculo de personas.

¡Pero, tras el accidente de Daniel, toda su aparente felicidad quedó truncada! A partir de ese momento, su vida se desplomó y con ella, sus esperanzas e ilusiones. Recordaba estos últimos meses con horror y una tremenda soledad. Una angustia y tristeza que no le deseaba ni a su peor enemigo.

Sin embargo, la entrada de Lucas en su vida había mitigado ese sufrimiento, devolviéndole la esperanza y regalándole momentos realmente mágicos. Cuando apareció aquel día en las oficinas de Márquez, estaba envuelta en una vorágine de desesperación y apatía pero, en pocos días, él había logrado hacerle recuperar la ilusión y las ganas de vivir. Su llegada le había proporcionado un sosiego que, desde hacía meses, tenía enterrado en lo más profundo de su ser. Además, la recuperación de Vidasas parecía ir por buen camino.

Pero, por otro lado, Lucas la estaba volviendo loca. Desde aquel fatídico día no había tenido ni un segundo para pensar en ella y en sus necesidades. Antes de aquello, hacía meses —casi un año, recordó— que no practicaba sexo. Sin embargo, también Lucas había roto con eso.

Hacer el amor con él era como estar en el Paraíso. Jamás antes había disfrutado tanto en la cama. Solo de pensarlo hizo que una ola de calor recorriera su cuerpo.

«Maldita sea Lucas, ¿en qué me has convertido?»

Para empezar, le gustaba más de lo que quería admitir; disparaba sus emociones y sensaciones, lo que la estaba obligando a replantearse todas sus

convicciones y creencias. Todos los ideales en los que había creído firmemente hasta ahora, se estaban desmoronando. Era duro aceptar que quizá fueran equivocados. ¿Qué puñetas estaba pasando por su cabeza para desear romper con todo aquello en lo que una vez creyó sin fisuras?

Lucas había logrado poner su vida sentimental patas arriba. Nunca antes un hombre había conseguido arrebatarse el corazón y él, en tan sólo dos meses, lo había conseguido.

Estaba hecha un auténtico lío. ¿Por qué él? ¿Por qué tenía que traicionarla el único hombre que le hacía sentirse una mujer llena y satisfecha? Era una ironía del destino que tuviese que desconfiar de alguien que, en su corta pero intensa existencia, lograba disparar los latidos de su corazón solo con mirarla y transportaba su mente a un mundo de ilusión y fantasía, envolviéndola en abrumadoras y placenteras sensaciones. ¡Su traición le había afectado de una manera brutal!

Sintió que la garganta le abrasaba y le faltaba el oxígeno. Se levantó y salió precipitadamente a la terraza del dormitorio, buscando el aire puro de la noche. Respiró hondo y luego fue exhalando el aire poco a poco, repitiendo aquella operación varias veces hasta estar bien segura de que la opresión del pecho desaparecía.

Se inclinó, apoyando los brazos sobre la barandilla, y contempló la belleza de la noche. Era cálida, pero soplaba una agradable brisa. Cerró los ojos y dejó que la bruma le acariciase la piel. ¡Qué sensación de armonía y tranquilidad! Paz, eso era lo que anhelaba a gritos su corazón, ahora hecho añicos.

Necesitaba evadirse de todos los problemas. De manera inconsciente, su mente se trasladó a la niñez, cuando todavía tenía a su padre. ¡Cuánto le echaba de menos!

«Ayúdame papá. Estés donde estés, ayúdame —suplicó—, porque siento que ya no me quedan fuerzas para seguir luchando.»

Las lágrimas brotaron de sus ojos, liberándola. La traición de Lucas había sido el colofón de un sinfín de despropósitos, consiguiendo hacer tambalear la coraza de acero que parecía envolverla.

No sabía decir cuánto tiempo permaneció allí inmóvil, hipnotizada por la oscuridad y sumergida en sus recuerdos pero, de repente, la voz de Lucas interrumpió aquel momento mágico.

—¿Vas a contarme qué te pasa?

Virginia se giró de golpe, sobresaltada.

—No sé qué quieres decir —mintió, con un nudo en la garganta, sin poder mirarle a los ojos. Era demasiado duro, demasiado doloroso.

—¿Acaso crees que no me he dado cuenta de que llevas todo el día evitándome? —Lucas le lanzó una mirada inquisitiva, pero dulce—. Sé que has estado en Vidasa y ni siquiera has pasado a saludarme. Y me has estado esquivando desde que llegué a casa; si yo entro, tú sales. Quiero saber el porqué. ¿Ocurre algo?

—Te repito que no sé de qué me hablas —se encogió de hombros, cruzándose de brazos.

Rápidamente pensó en Fabián. «Bocazas, seguro que se ha ido de la lengua.» Pero, inmediatamente después, se le ocurrió la posibilidad de que ya la estuviesen siguiendo. Eso explicaría por qué Lucas conocía perfectamente sus pasos. Trató de guardar la compostura.

—Es cierto que estuve en la empresa, pero preferí no molestarte. Eso es todo. Quería ver a Oliver.

—Ya. ¿Esperas que me crea eso?

—¿Tienes algún motivo para no hacerlo? Si no te conociese diría que me estás espiando —le tanteó, esperando ver su reacción.

Lucas se puso rígido pero, inmediatamente, se acercó a ella y le acarició la mejilla con la mano, como si intuyese que había estado llorando. Ella dio un respingo, sorprendida por la calidez de su tacto. Era increíble las emociones que aquel hombre era capaz de despertarla con ese leve contacto.

—Virginia, si temes que esté enfadado por lo de Nicolás, es cierto, lo estoy. No me gusta que me desautorices delante de todos.

—Yo no...

—Déjame terminar, por favor. —Se detuvo—. Por evitar otra discusión, me he reprimido, tragándome mi orgullo. Creo que me he comportado como un auténtico caballero y no te he acusado de entrometerte en mi vida, aun cuando me has dado motivos más que de sobra.

—Lo estás haciendo ahora —apuntó con brusquedad, retirando el rostro de la palma de su mano.

—No, eso no es cierto.

Le dedicó una mirada tan ardiente que a Virginia le atravesó el corazón.

—Simplemente pretendo saber qué es eso que te está reconcomiendo por dentro los dos últimos días, alejándote de mí súbitamente. ¿Estás preocupada

por algo? —preguntó cariñosamente, obviando la actitud hiriente de Virginia.

—Dímelo tú —replicó fríamente—. ¿Tengo algún motivo para estarlo?

Le lanzó una mirada afilada y acusadora que, obviamente, a él no le pasó desapercibida.

—Ahora soy yo el que está fuera de juego.

Lucas se quedó perplejo ante aquella insinuación, sutil pero directa. ¿Sospecharía algo acerca de los sucesos contra Vidasa y del peligro que, supuestamente, corrían sus vidas? Lo cierto es que Virginia llevaba dos días comportándose de una manera extraña. Estaba distante, callada y muy nerviosa.

—Virginia, sé que te ocurre algo. ¿Por qué no confías en mí? Dime que te preocupa.

—¿Te parece que tengo pocos motivos para estar preocupada? —Esta vez contraatacó con su sarcasmo.

—Por supuesto que tienes motivos, más que suficientes, pero ya existían hace dos días y es evidente que algo nuevo ha sucedido para que te comportes... así —extendió el brazo hacia ella, mostrándole su actitud distante y fría.

—¿Así cómo? —preguntó con dureza—. ¿Y por qué diablos habría de confiar en ti? ¿Acaso lo haces tú conmigo?

Lucas se tensó, descolocado y bastante asombrado por aquella crispación.

—Bien, si es eso lo que quieres, adelante, dispara. Pregunta lo que quieras —soltó de pronto, invitándola a interrogarle.

Aquella reacción sí la pilló desprevenida.

—¿Por qué rompiste con Natalia? —preguntó, como una estúpida celosa y enamorada, cuando lo que deseaba realmente era preguntarle por qué le había robado el corazón para luego devolvérselo hecho pedazos.

—Virginia, eso pertenece al pasado. ¡Qué más da! —replicó, sorprendido por la intimidad de su morbosa curiosidad.

—¿Vas a contarme de una vez por todas qué ocurrió entre Nicolás y tú? —Esta vez atacó de frente y donde más dolía, sabiendo lo delicado del tema.

—Ya te lo dije una vez, no es de tu incumbencia.

Lucas elevó el tono de voz. Su crispación iba en aumento.

—Bien, ahí tienes la respuesta. Esa es la confianza que tienes en mí. ¡Ninguna! Y ya que tú pareces obcecado en no decirme ni una palabra, quizá tenga que preguntárselo a Nicolás —dijo, provocándole deliberadamente.

—¡Inténtalo! Simplemente sueña con hacerlo y te juro que en menos de un minuto te pondré de patitas en la calle.

Los ojos de Lucas despedían rabia y furia. Tanta, que hubieran podido atravesar el acero si se lo propusiese.

—¡No te atreverías!

—¡Ponme a prueba! —respondió con un semblante tan circunspecto que Virginia supo que sin duda lo haría. Había tocado un tema demasiado delicado.

—Maldita sea, Lucas, ¿tan difícil es compartir ese oscuro secreto? ¡Y luego resulta que soy yo la que tiene fantasmas!

—Vaya, vaya... habló la psicótica neurótica. No tienes ni puta idea de lo que estás hablando.

Era evidente que Lucas había perdido los papeles completamente. No era muy propio de él utilizar palabrotas y, mucho menos, descuidar la discreta compostura que parecía acompañarle siempre sin resquebrajarse.

—Eres un capullo, Lucas Saldarriaga —dijo Virginia de manera contundente, pero con un tono relajado.

Si el objetivo de Lucas había sido enfurecerla para acabar cuanto antes con este tema, no lo consiguió. Ella lo continuó con una tranquilidad pasmosa.

—Quizá yo sea una psicótica neurótica, incapaz de mantener una relación pero, al menos, tengo un hermano al que amo con locura y se lo hago saber siempre que puedo aunque, por desgracia, quizá no pueda volver a hacerlo.

—Virginia, yo no pretendía...

—En cambio, mírate a ti. Te engañas cada día fingiendo que tu hermano te importa una mierda, cuando la realidad es que este distanciamiento entre los dos te está matando. Adelante, sigue con tu farsa; tu vida, al igual que la mía, está llena de mentiras. Así es que, por favor, no trates de darme lecciones de moral. No eres el más indicado.

—Basta, ¿quieres? Déjalo ya. —Una expresión gélida y herida se dibujó en el rostro de Lucas.

—Desde luego, descuida. ¡La tarada se va con su rollo a otra parte! —Virginia se dio media vuelta y le dejó plantado—. ¡Buenas noches!

—¡Maldita seas, Virginia!

El tono grave y autoritario de su voz hizo que ella casi tropezase y cayese al suelo. Lucas se acercó y la ayudó a incorporarse.

—¿Es qué no podemos mantener una conversación sin acabar a gritos o

acusándonos el uno al otro de no sé qué? —preguntó resignado.

—Es evidente que no. Está claro que solo nos entendemos en la cama.

«Ay, Dios.» Al momento se arrepintió de semejante acusación. ¿Cómo había sido capaz de decir algo tan vulgar y soez? Tendría que haberse mordido la lengua y haberse quedado calladita. «Bocazas», pensó, pero es que ese hombre conseguía sacarla de quicio, aún sin proponérselo.

Lucas se limitó a mirarla directamente a los ojos, incapaz de articular palabra. Finalmente lo hizo.

—Si eso es lo que piensas de nosotros, está claro que he hecho un trabajo nefasto.

Dándose por vencido y sobrecogido por aquella demoledora acusación, Lucas se retiró a un rincón de la terraza. Necesitaba estar solo.

Virginia le miraba sorprendida, sin comprender el significado de aquel mensaje cifrado. Se le amontonaban las preguntas sin respuesta. ¿Por qué parecía tan abatido, como si realmente ella le importase? ¿Cómo podía ser tan cínico? ¿Cómo podía tener la sangre fría de fingir que sentía algo hacia ella cuando la había seducido con la única intención de utilizarla? ¿Qué demonios se proponía? ¿No tenía suficiente con haberle roto el corazón, que además ahora pretendía hacerla sentir culpable?

Lucas estaba sumido en la confusión más absoluta. Cuando parecían estar más unidos que nunca, la actitud de Virginia había sufrido un giro de ciento ochenta grados. Los dos últimos días se había comportado de manera fría y distante. Estaba arisca y excesivamente callada; al menos con él, porque con Natalia y Nicolás parecía mantener una excelente relación.

Él solo pretendía amarla y ella le sacaba las garras a la menor ocasión. Era evidente que se había equivocado al confiar en su estrambótico plan y en su, hasta ahora, irresistible poder de seducción.

Durante tres años había esperado, pacientemente, la ocasión perfecta para estar cerca de ella. Y, a pesar de que las circunstancias que le habían permitido alcanzar aquel sueño eran de lo más penosas, se sentía agradecido a la vida por haberle dado al fin aquella oportunidad.

Había trazado el plan perfecto: la obligaría a casarse con él y, de este modo, podría poner en práctica todas sus armas de seducción confiando en que ella se enamorase de él.

Cuando se embarcó en esta dura conquista conocía con creces las dificultades a las que tendría que enfrentarse. Sabía que Virginia no se lo

pondría fácil y que huiría de cualquier evidencia sentimental que pudiera surgir entre ellos, rompiendo drásticamente con todo aquello que fuera más allá de la diversión, la amistad y la necesidad física.

Pero, echando la vista atrás, hubiera jurado que la noche en que sufrió el accidente ella iba a confesarle algo. El dolor, la desesperación y el cariño que vio en sus ojos al verle magullado, no podían ser solo objeto de su imaginación. Aquella mirada fue la señal inequívoca de que, si no le amaba, al menos sus sentimientos hacia él no eran de indiferencia.

Entonces, ¿por qué ese cambio radical en su forma de comportarse? ¿Por qué le evitaba cada vez con mayor frecuencia? ¿Acaso iba a ser el siguiente en engrosar su innumerable lista de hombres conquistados y rechazados?

Miró al cielo, desesperado, echándose las manos a la cabeza. Sin apenas darse cuenta propinó un puñetazo a la barandilla de la terraza, confiando en que ese absurdo gesto le ayudaría a descargar la ira y la impotencia. Se equivocó, consiguiendo únicamente un dolor agudo en los nudillos, que comenzaron a sangrar.

—¡Mierda! —exclamó, agitando la mano.

Virginia oyó el golpe desde la cama y, acto seguido, el bufido de Lucas. Hizo un amago de levantarse para ir a socorrerle, pero desistió. Odiaba admitirlo, pero se preocupaba por él más de lo que hubiera deseado, dadas las circunstancias.

Incluso ahora que sabía que podría estar traicionándola, su cuerpo ardía en deseos de protegerle y poseerle. Se preguntó hasta cuándo duraría ese fervor juvenil y maldijo cada una de sus hormonas.

CAPÍTULO 14

En cuanto pudo, Virginia fue de visita a casa de Alicia. Necesitaba compartir con ella los sucesos de los últimos días y, aunque hubiera dado cualquier cosa por escuchar su sabio consejo, se hizo el firme propósito de ocultarle su hallazgo acerca de que Lucas podría ser un impostor. Tendría que conformarse con confiarle sus otras inquietudes, empezando por la extraña relación con su marido y la aparición de Nicolás.

Alicia era su otro yo, su conciencia, su confidente y una amiga incondicional. Cuando necesitaba que alguien apaciguase sus sentimientos más oscuros, recurría a ella teniendo la seguridad de que encontraría las palabras adecuadas para suavizar sus peores instintos que, en este caso, consistían en asesinar a Lucas.

Virginia empezó por informarle del accidente de Lucas y luego le habló de Nicolás y Natalia, con quien cada día estaba más unida.

—¿Y ahora vas a contarme qué te ocurre en realidad? —le preguntó Alicia, siempre tan intuitiva—. ¿Crees que no me he dado cuenta de que estos últimos días estás excesivamente callada y parca en palabras? Incluso me atrevería a añadir que estás terriblemente irritable.

—Es increíble —dijo ella, nada asombrada por la sagacidad de su amiga—. Recuérdame que cuando quiera ocultar un secreto evite por todos los medios toparme contigo. Eres una bruja en potencia.

—¿Qué pasa, Virginia? —Su tono cariñoso y dulce invitaba al desahogo.

—Lo cierto es que no lo sé ni yo. —Se encogió de hombros, apabullada por los recuerdos.

—¿Lucas?

—Sí, no... —Tomó una bocanada de aire, para aclarar sus ideas—. Soy yo, Ali. Ya no sé quién soy, no me reconozco. No puedo evitar sentirme terriblemente atraída por Lucas y tantas emociones juntas me tienen desbordada. Pero, por el amor de Dios, tendrías que verme, ¡me paso más de la mitad del día llorando!

—¿Sigues acostándote con él? —Ella asintió tímidamente—. ¡Sabía que esto acabaría ocurriendo! Virginia, te advertí que no era tan sencillo. No puedes pretender acostarte con alguien y obviar los lazos afectivos. Antes o después te acabas implicando de un modo u otro.

—Es que me saca de mis casillas. Puede ser realmente encantador o un

monstruo sin escrúpulos.

La noche anterior había tenido ocasión de constatar su vertiente más cruel. Le había llamado «psicótica neurótica» sin ningún reparo, aunque sus ojos parecían querer decirle algo muy distinto.

—¿No te parece que estás exagerando? Lo que de verdad te ocurre es que no le tienes comiendo en la palma de tu mano, como suele ser habitual. Y eso te tiene descolocada.

—Ali, no soy tan superficial. Es mucho más que eso. Me desconcierta. — ¿Cómo podría plantearle sus dudas y sentimientos teniendo que ocultarle sus sospechas de traición?—. Tan pronto es cariñoso y dulce, como reservado, hiriente y cruel.

—¿Estás segura de que esas conjeturas no son fruto de tu desbordante imaginación? Me cuesta imaginármelo como un despiadado bárbaro.

—Alicia, no te burles. Hablo en serio.

—Yo también.

—Entonces, ¿cómo te explicas que sea tan duro con su único hermano? ¿Y qué clase de hombre no reconoce a su propio hijo?

—Es evidente que debe de haber una explicación para eso. —Alicia tenía razones más que suficientes para creer que Lucas era un hombre íntegro y leal—. ¿Le has preguntado directamente a él sobre esas dudas?

—¡Lo he intentado, maldita sea! Pero siempre se muestra esquivo y hermético. Cuando intento acercarme a él, me espanta de un manotazo. Es increíblemente desconfiado. —«Al igual que yo», pensó con cierto cinismo. Después de todo, no eran tan diferentes.

Alicia se alegró de que, al fin, alguien hubiese roto la coraza, hasta ahora indestructible, que envolvía el corazón de Virginia. Desde luego era todo un acontecimiento ver a su cuñada apabullada y ofuscada por un hombre.

—Estás loca por él, ¿no?

—Admito que sí —reconoció, asustada—. Me gusta. Es endiabladamente atractivo, sensual, inteligente, misterioso; pero también es un auténtico desconocido. Te repito que puede llegar a ser realmente cruel, déspota e injusto.

—Creo que exageras.

—Nos pasamos las horas discutiendo de cosas tan absurdas, que incluso a mí me cuesta seguir el hilo de esas ridículas conversaciones.

—Bienvenida al complicado mundo de las relaciones de pareja.

—¡Es como si solo nos entendiéramos en la cama!

—¡Caramba!, ¿y qué tiene eso de malo? Es un buen comienzo —bromeó Alicia, logrando arrancarle una sonrisa.

—¡Alicia! —protestó Virginia, avergonzada—. Y luego está lo de aquella mujer a la que prácticamente arrastró en vuestra boda.

—Virginia, respecto a...

—¿No te has preguntado nunca por qué Lucas apareció en el momento justo de la compraventa de Vidasa? ¿No te resulta sospechoso? ¿Qué demonios quiere, Ali?

Alicia había pensado en eso un millón de veces, aunque prefirió no compartirlo con ella. Estaba segura de que la intervención de Lucas en este asunto no era fruto de la casualidad. ¿Tendría Virginia algo que ver? No dejaba de darle vueltas al modo lascivo en que la miraba. Decidió que ya era hora de averiguar lo que se proponía Lucas.

—¿Alicia?

Por primera vez en su vida, Virginia observó un destello de culpabilidad en aquellos ojos verdes. Ocultaba algo, no le cupo ninguna duda.

—¿Alicia? —insistió, animándola a hablar sobre ello.

—Tenemos que hablar, Virginia.

Aquel tono misterioso de su cuñada, que indudablemente guardaba un secreto, la estremeció. Se tensó y esperó en silencio su confidencia.

—Quizá no pueda darte la respuesta a todas esas preguntas, pero creo poder aclararte una de ellas. —Se detuvo—. Prométeme que no me interrumpirás y dejarás que me explique hasta el final.

Virginia frunció el ceño, aturdida y confusa, pero asintió con la cabeza.

—Bien, ponte cómoda. —Empleó un tono jocoso con la intención de quitarle hierro al asunto. No tenía ni idea de cuál sería la reacción de su mejor amiga al descubrir su secreto y rezó porque fuese comprensiva—. Pocos meses antes de casarme, Daniel fue invitado a una convención en Barcelona, a la cual también asistió Lucas. No sé cómo ocurrió exactamente, pero el caso es que, tras una larga noche y varias copas de más, se lio con otra mujer.

—¡¿Cómo, Daniel?! —estalló como un obús, sin dar crédito a sus oídos, indignada y compadeciendo a su eterna amiga—. No puede ser...

—No me interrumpas. Esto no es fácil. —Virginia tenía sus oscuros ojos negros clavados en Alicia—. Solo fue esa noche y Daniel se arrepintió en cuanto despertó en la cama de aquella extraña, consciente de su error y con

una terrible resaca.

Virginia reprimió el deseo de intervenir, echándose las manos a la cara y negando una y otra vez con la cabeza, maldiciendo a su hermano.

—El caso es que, no pudiendo luchar contra sus remordimientos, me confesó lo que había ocurrido, jurándome que me amaba y que no entendía qué pudo sucederle para hacer algo tan estúpido. Yo simplemente le creí y le perdoné al instante. Amo a Daniel por encima de todas las cosas.

—¿Cómo pudiste ocultarme algo así? Somos amigas, Alicia, te hubiese apoyado.

—Virginia, ¡es tu hermano! —contestó ella, justificándose—. Daniel estaba completamente avergonzado y arrepentido y tú te hubieras abalanzado sobre él con las garras bien afiladas y dispuesta a censurarlo.

—¿Cómo pude ser tan estúpida para no darme cuenta? —Se odió por no haberle prestado la suficiente atención—. Debiste sufrir una barbaridad.

—Fue duro pero, aunque parezca una locura, eso afianzó nuestro amor. —Suspiró e hizo una leve pausa. Sus ojos reflejaban el dolor de entonces—. Lo peor vino semanas más tarde, cuando aquella maldita mujer comenzó a acosarle, llamando a todas horas y atormentándole con suicidarse o ir a la policía acusándole de violación.

—¡Santo cielo!

—Fueron los peores días de mi vida, una auténtica pesadilla. Sus amenazas duraron unos dos meses. —Se le humedecieron los ojos por el recuerdo—. Cuando por fin creíamos que esa mujer se había olvidado de nosotros, apareció el día de nuestra boda, borracha y dispuesta a arruinarlo todo.

—Por el amor de Dios, no puedo creerlo.

Solo de imaginarse una escena tan dantesca, hizo que a Virginia se le saltasen las lágrimas de rabia e impotencia. Pobre Alicia.

Haciendo un repaso al pasado, ahora se explicaba por qué su amiga había estado tan ausente y apagada meses antes del enlace, lo que tanto ella como Bárbara achacaron a los estresantes preparativos. ¡Cómo pudo estar tan ciega!

Alicia prosiguió con su sorprendente historia:

—Entonces fue cuando Lucas intervino. Esa mujer se proponía montar un numerito a la salida de la iglesia, pero Lucas la detuvo justo a tiempo evitando un escándalo. La detuvo como pudo y se la llevó lejos. Nunca podré pagárselo. Si no llega a estar ahí, no sé que hubiera ocurrido. Le estaré

eternamente agradecida.

—Ahora entiendo muchas cosas —susurró Virginia suavemente, rememorando aquella escena que la había obsesionado tanto—. Por eso la tenía fuertemente sujeta, mientras ella no dejaba de insultarle, aporreando a Lucas con los puños.

—Esa fue la última vez que supimos de ella —explicó Alicia, ya más calmada—. Hasta dónde yo sé, Lucas se ocupó de que esa tarde no pudiese molestar más, aun a costa de perderse la celebración. Gracias a Dios, nunca más ha vuelto a molestarnos. Debió darse por vencida al no verse correspondida por Daniel.

—Oh, Ali, cuánto lo siento. No sé qué decir. —De forma impulsiva se abrazó a su amiga, tratando de reconfortarla—. ¿Cómo pudo Daniel hacer algo así?

—Olvídalo, Virginia —le pidió Alicia en tono dulce—. Yo lo hice y no me arrepiento ni un solo día de cada segundo que he compartido con él. ¡Y volvería a hacerlo! Daniel es mi razón de ser. Solo le pido a Dios que le dé fuerzas para recuperarse y poder envejecer a su lado. Le amo más que a mi vida.

Nuevamente las lágrimas rodaron por sus mejillas, pero esta vez Virginia supo que esas lágrimas no eran de tristeza, sino de la inmensa felicidad que sentía por haber conocido el amor verdadero; un sentimiento que no todo el mundo tenía el privilegio de experimentar. Un sentimiento que, sin ir más lejos, la vida le había negado a la propia Virginia y que, con toda probabilidad, ni siquiera llegaría a rozar jamás.

Entonces su mente buscó a Lucas, al leal y valeroso Lucas, confluyendo el deseo con el temor, la rabia con la ternura, la locura con la cordura. ¿Quién era realmente y por qué no podía odiarle sin más y olvidarle?

Quizá lo más sensato sería recobrar el mando absoluto de Vidasa, divorciarse y olvidar que él existió alguna vez, pero una fuerza sobrenatural le impedía huir de él impulsándola a permanecer a su lado hasta averiguar todo aquello que la obsesionaba. Y más aún después de la increíble historia de Alicia. Ahora más que nunca deseaba descubrir al verdadero Lucas. ¿Era un farsante cuyo exterior era pura fachada? ¿O un buen hombre, leal, honrado e íntegro?

Las dos amigas permanecieron abrazadas durante un largo rato, en silencio, tan solo meditando sobre esta revelación que, si algún día supuso una

brecha entre las dos, hoy las unía más que nunca. No había secretos ni mentiras, ni tan siquiera reproches; tan solo una profunda amistad alimentada por el amor y el perdón, por la comprensión y la tolerancia y por todos esos momentos compartidos durante años que, con toda certeza, les mantendrían unidas para siempre como a dos imanes.

A solas en su habitación, Virginia reflexionó sobre la reciente revelación de Alicia. Era frustrante reconocer que incluso el amor entre Alicia y Daniel, ese amor que ella siempre tachó de eterno e infalible, era también vulnerable. Ahora que sus temores y barreras empezaban a tambalearse, ahora que deseaba con todas sus fuerzas amar y ser amada, se le abría nuevamente un mar de dudas respecto a ese gran desconocido, pero ansiado, sentimiento llamado amor.

¿Era posible amar para siempre? ¿Era el amor una pasión efímera y superficial o una emoción eterna y profunda?

El timbre del teléfono móvil interrumpió drásticamente aquellas cavilaciones trascendentales. Miró la pantalla «Pablo Zabala» y contestó con desgana.

—Hola Pablo, me alegro de volver a oírte —saludó—. ¿Cenar? ¿Hoy? Un poco precipitado, ¿no te parece? —escuchó con detenimiento.

Pablo no le estaba dando suficientes argumentos como para aceptar esa inesperada invitación. Solo pensar en el precioso tiempo que iba a perder en arreglarse, ir hasta el restaurante, alabarle, fingir que sus bromas eran graciosas y oír las duras críticas contra Lucas le provocaban una pereza espantosa. No estaba de humor.

Cuando se proponía rechazar la invitación entró Lucas, que le dirigió una mirada fría y desafiante. Estaba claro que todavía estaba enfadado por la discusión de la noche anterior. Soportarle a él tampoco se le antojó divertido, así que sopesó ambas alternativas y tomó una decisión, primando la necesidad imperiosa de salvar Vidasa.

—De acuerdo, ¿dónde quedamos y a qué hora? —Se detuvo—. Estupendo, Pablo, ahí estaré, puntual como un reloj.

La reacción de Lucas no se hizo esperar. Ante el sonido de aquel nombre masculino se puso rígido, invadiéndole una sensación de impotencia y soledad.

—¿Vas a salir? —preguntó sin que su tono delatase su evidente malestar.

—Sí, voy a cenar con Pablo... Pablo Zabala —y como si sintiese la

necesidad de justificarse, agregó—: Se lo prometí, ¿recuerdas?

—Claro. ¡Cómo olvidarlo! Aunque esta vez procura evitar ponerte un escote provocativo si es que quieres conservar tu reputación intacta y lograr que ese gilipollas no se pase toda la cena con los ojos clavados en tus pechos —replicó con sarcasmo. Ella ni se molestó en contestarle—. Que disfrutes de tu cita —y salió por la puerta, indiferente.

Virginia estaba segura de que a Lucas aquella cita le había sentado como un jarro de agua helada y, sorprendentemente, no le produjo ningún regocijo. En un principio pensó que era una excelente manera de vengarse por sus mentiras y artimañas pero, en realidad, deseaba aquella cena, que prometía ser bastante aburrida, tan poco como él.

Efectivamente la cita fue un horror. Pablo no cejó en su inútil empeño de seducirla, manoseándola a la menor ocasión y haciéndola sentir claramente incómoda.

Sus miradas cargadas de deseo y sus frases con ardid sexual fueron subiendo de tono de manera inversamente proporcional a la cantidad de vino que iba quedando en la botella. Ella apenas bebió una copa; del resto se encargó Pablo, lo que precedido de dos cervezas, hacía que la tasa de alcohol en su cuerpo fuera considerable.

Virginia aguantó estoicamente, fingiendo pasarlo en grande y aparentando indiferencia con cada ataque e insulto de Pablo hacia su marido.

Dada la insistencia no negociable de Pablo por pagar la cuenta, a Virginia no le quedó más remedio que aceptar una copa en el bar junto al restaurante, para no parecer desagradecida. Si la cena fue un constante ataque verbal a nivel sexual, lo que vino después fue un ruin intento de acoso y derribo. Dos veces tuvo que quitarse sus babosas manos de encima, por no mencionar el constante roce accidental de sus labios contra los de ella. Fue asqueroso, haciéndola sentir violenta y, lo más curioso, sucia; como si estuviese traicionando a Lucas. ¡Qué idea más absurda!

En cuanto pudo se excusó, rechazando la última copa en su casa y alegando mucho trabajo al día siguiente.

Cuando por fin se sintió libre y lejos de ese pulpo con mil manos, respiró profundamente aliviada de poder volver a casa. Verdaderamente Pablo era un auténtico cabrón, grosero y depravado, tal y como Lucas predijo; aunque Dios la librase de confesárselo a él y darle el gusto de sentirse vencedor.

Esa noche, como tantas otras, Virginia escuchó el leve sonido de Lucas al

respirar y los rítmicos latidos de su corazón y, como si fuera una niña pequeña en busca de protección, se acurrucó junto a él ansiando su contacto.

Lucas, celoso y temeroso de perderla, no pudo pegar ojo hasta que ella regresó. Fingiendo estar dormido, no pudo evitar reaccionar ante aquella tierna necesidad de contacto por parte de ella y le pasó el brazo por la cintura, atrayéndola hacia él y confiando en que Virginia le necesitara tanto como él a ella.

La dura batalla interna de Natalia por evitar a Nicolás la estaba volviendo loca. ¿Cómo enfrentarse a él después de lo que pasó?

Solo de imaginárselo en la habitación contigua a la suya le erizaba el pelo. Era inevitable que tarde o temprano se topase con él, al fin y al cabo estaban bajo el mismo techo y no podía fingir un permanente dolor de cabeza. Además todavía tenía que hacer unas últimas compras para su tienda.

Desde el regreso de Nicolás, apenas había dormido ni comido y, por cierto, eso le hizo recordar que tenía un hambre atroz; su estómago rugía como si fuera una fiera salvaje. Si permanecía allí encerrada un minuto más, enloquecería. Reflexionó: haría esas compras y volvería a Denia sin demora.

Confió en que, puesto que ya era mediodía, Nicolás hubiera salido a hacer algún recado. Se vistió de manera informal, con un pantalón negro y una camisa roja sin mangas. Llenó los pulmones de aire y de valor su frágil corazón y, con toda la entereza que aquello le permitió, abrió enérgicamente la puerta de la habitación dispuesta a recobrar nuevamente el rumbo de su vida.

«Puedes enfrentarte a él como lo hiciste con Lucas —se dijo a sí misma—. Tranquila, solo serán unos días y de vuelta a casa.»

Escuchó la dulce vocecilla de Mateo y eso la reconfortó. Mateo era la culminación de un sueño, lo más importante que tenía en su vida. Menos mal que Raquel se había ocupado de él durante su confinamiento voluntario en el dormitorio.

—Mami, ¿ya estás buena? —El chiquillo corrió hacia los brazos de su madre, que le alzó hacia arriba para darle un beso en la mejilla.

—Hola cielo, ya estoy mejor —le explicó con la dulzura de una madre entregada e involucrada en la educación de un hijo—. Voy a comer algo y luego, si quieres, podemos hacer algo juntos.

—Es que Nicolás me ha prometido llevarme al parque —dijo el niño con una amplia sonrisa en la boca—. ¿Sabes? Me va a comprar caramelos de fresa.

A Natalia le entró el pánico. Eso significaba que él estaba por allí.

—Buenos días. —Reconoció aquella voz al instante. Su deje melódico era inconfundible—. Espero que estés mejor —agregó Nicolás, amablemente.

—Sí, eso creo —respondió ella tajante.

—Mami, ven con nosotros al parque, por fi, por fi —rogó Mateo.

—No creo que sea una buena idea, cariño. —Ella negó con la cabeza—. Tengo mil cosas que hacer.

El niño comenzó a sollozar y a Natalia se le partió el corazón.

—Venga, ánimo —sugirió Nicolás dirigiéndose a ella—. ¿No querrás darle ese disgusto al niño? —«Qué forma más sutil de manipularla»—. Te vendrá bien un paseo. El niño te ha echado de menos, ¿verdad, pequeño?

¿Estaba ella imaginándose lo o Nicolás parecía divertido con aquella comprometedoras escena?

El niño estaba firmemente aferrado a sus piernas y a su madre no le quedó más remedio que ceder ante su inconsolable llanto.

—De acuerdo... Pero solo un ratito. —Mateo recobró la sonrisa—. Pero primero comeré algo, me muero de hambre.

Lo que en un principio prometía ser un auténtico suplicio, se convirtió en un agradable, aunque tenso, paseo.

Lucía el sol y sentir el calor en las mejillas le hizo a Natalia trasladarse a su Denia natal. ¡Cuánto deseaba estar de regreso para poder expulsar la carga que todo este asunto le estaba acarreado!

Nunca imaginó que ver de nuevo a Nicolás le fuese a remover tantas emociones. Después de todo, ella ya había solucionado sus diferencias con Lucas y éste le había perdonado, cerrando aquel vergonzoso episodio en su vida. Cuando creía haber superado sus miedos, dudas y sentimientos más profundos su evidente nerviosismo la delataba. Era obvio que todavía le quedaba mucho camino por recorrer si quería aceptar aquella nefasta equivocación.

Claramente incómoda, se movía de forma atolondrada y nerviosa. Nicolás, tratando de suavizar la situación, bromeaba y jugaba con Mateo, con el cual parecía congeniar a las mil maravillas.

En cuanto el niño estuvo distraído jugando, Nicolás aprovechó la ocasión para abordar a Natalia.

—¿Sigues molesta conmigo? —preguntó, en tono conciliador.

—Molesta es un término demasiado suave —matizó ella, contundente.

—Lo siento, Natalia. —La miró directamente a los ojos, suplicando su perdón, pero éstos tan solo despedían ira y desprecio.

—No quiero hablar de aquello, ¿de acuerdo? —respondió alterada—. Ha pasado demasiado tiempo. Para mí el tema está olvidado y enterrado —tartamudeaba como una niña pequeña tratando de justificar sus travesuras.

—Ya había olvidado tu deliciosa tendencia a tartamudear cuando estás nerviosa —murmuró él, quitándole hierro al asunto. Ella no pudo evitar esbozar una sonrisa al recordar cómo solía él burlarse de su tartamudez ocasional—. ¿No piensas preguntarme dónde he estado y por qué?

—Ni lo sé ni me importa. —Si se propuso ser hiriente, lo consiguió. El rostro de Nicolás se tensó y sus ojos reflejaban un sufrimiento extremo—. Supongo que tomaste tu decisión y lo más fácil fue desaparecer. Guárdate tus explicaciones para Lucas, es a él a quien deberías darle una.

—Natalia, por favor, mírame. —Ella adoptó una postura de flagrante desprecio—. Solo te pido un minuto. ¿Querrás escucharme? Me gustaría explicarte los motivos que me impulsaron a...

—Escúchame tú a mí —le interrumpió bruscamente—, porque ésta será la última vez que tú y yo volvamos a hablar sobre este asunto. Han pasado cuatro malditos años desde aquello y no voy a permitir que ni tú ni nadie vuelva mi mundo nuevamente del revés. ¡Ya purgué mi culpa! Me importa un comino si has vuelto o no y para qué has vuelto. —Su voz firme y fría como el hielo, dejó perplejo a Nicolás—. He rehecho mi vida y tú ya no formas parte de ella. Una vez fuimos amigos, pero eso se terminó. Ya tengo suficientes problemas como para tener que ocuparme también de los tuyos. A ti y a mí no nos une ya ningún parentesco. Ya no salgo con Lucas y, por lo tanto, no tengo por qué soportar tu presencia.

—¿Natalia?! —la interrumpió Nicolás. No la reconocía.

Natalia nunca imaginó que fuese capaz de decir algo tan cruel y ruin, pero en aquellos momentos estaba poseída por el rencor y el dolor.

La dureza con la que escupió aquellas palabras hizo que las esperanzas de Nicolás se desvanecieran de un plumazo. No era propio de ella ser tan dura. La recordaba dulce y comprensiva. Siempre que había recurrido a ella en el pasado, no había dudado en ayudarle y echarle una mano. Solía hacer de intermediaria entre Lucas y él, lo cual provocó un estrecho y sólido lazo entre ellos. ¡Entonces se identificaban tanto el uno con el otro!

De los hermanos Saldarriaga, Nicolás siempre fue la parte débil y frágil,

al igual que lo fue Natalia en su tormentosa relación con Lucas. Ambos le temían y ese temor les unió irrevocablemente. ¿Dónde habían quedado aquellos tiempos en los que disfrutaban de una excelente relación?

—No es asunto mío si tus remordimientos no te dejan dormir —continuó atacándole Natalia—. Habla con Lucas, es tu hermano y seguramente te concederá su perdón. ¡Te sorprendería ver lo humano y razonable que puede llegar a ser!

—¿Su perdón? ¡Yo no cometí ningún crimen, maldita sea! —Nicolás explotó—. ¿Y cuál es la justicia de Lucas? ¿Dejarte embarazada, casarse con otra y fingir que el niño no es suyo?

—¡Cállate!, ¿quieres?

A Natalia se le llenaron los ojos de lágrimas. Aquello era demasiado. Ella tenía sus motivos para ocultar el nombre del padre de Mateo. No tenía por qué darle explicaciones a nadie y mucho menos a él.

—Lo siento. No tengo ningún derecho a... —Nicolás intentó detenerla, pero ella se incorporó del banco donde estaban sentados y echó a correr.

—Por favor, trae tú de vuelta a Mateo —alcanzó a decir entre sollozos. Él extendió los brazos, suplicándole que se quedase, pero fue inútil—. Necesito estar sola. Al menos respeta eso.

Nicolás se quedó allí sentado, pensando qué error habría cometido esta vez. Hubo un tiempo en el que fueron grandes amigos, compañeros de penas, confidentes... Disfrutaron de una estrecha amistad que ahora parecía haberse hecho añicos. Estaba claro que no quedaba nada de todo aquello y, posiblemente, pensó, se lo había ganado a pulso.

Se largó cuando ella más le necesitaba. Contaba con él y él sencillamente le falló, desapareciendo de su vida. Sabía cuán frágil era Natalia y lo difícil que sería para ella enfrentarse a Lucas sola y, sin embargo, la abandonó. La dejó a su suerte sin sopesar las consecuencias. Ahora las tenía delante: Natalia sentía un desprecio absoluto hacia él y, lo peor de todo, es que se lo tenía bien merecido. No solo la había abandonado, también la había traicionado. ¡¿Cómo pudo ser tan idiota?! Lo único puro que hubo en su vida y no pudo, o no supo, estar a la altura.

El paso del tiempo le había enseñado lo equivocado que estuvo entonces, dejando de lado todo aquello que era importante en su vida y por lo que valía la pena luchar. Ahora que trataba de recuperarlo, era una misión imposible. Todos le daban la espalda. Todos salvo Virginia que, ajena a la realidad, se

había mostrado cariñosa y receptiva.

Se preguntó si algún día tendría la oportunidad de explicarse, de exponer ante todos los motivos que le llevaron a actuar de forma tan egoísta. ¡Qué imbécil podía llegar a ser un hombre! Los años transcurridos le habían dado la madurez y la capacidad de juzgar las cosas en su justa medida, y eso le había permitido reordenar su escala de valores, su vida y..., desde luego, tanto la familia como la amistad se encontraban dentro de esa nueva escala, que si bien ya formaban parte de ella en el pasado, no ocupaban el lugar que les correspondía; probablemente debido a aquel absurdo sentimiento de inferioridad y fracaso que parecían poseerle en aquellos momentos.

Hoy tenía el firme propósito de luchar por todo aquello que descuidó cuatro años atrás y no iba a cejar en su empeño por conseguirlo.

Volvería a abordar a Natalia en cuanto pudiese y, esta vez, ella iba a tener que escucharle.

Natalia estaba deshecha. Se propuso odiar a Nicolás, pero sencillamente no pudo. Hubo un día en el que él significó todo para ella y eso perduraría imborrable en su corazón. Sin embargo, no por ello iba a dejarse embaucar por esos profundos y rasgados ojos oscuros que en tantas ocasiones le hicieron perder la cabeza. Debía abandonar la casa de Lucas inmediatamente, regresar a su hogar y huir lo más lejos posible de él.

Esa tarde Lucas regresó a casa temprano y se encerró en su despacho. Tenía un millón de temas por resolver, pero no lograba concentrarse en ninguno. La actitud violenta y desconfiada de Virginia había logrado perturbarle más de lo que hubiera deseado. ¿Pero qué demonios les ocurría a las mujeres? Su insaciable afición por curiosear en las vidas ajenas las volvía perversas y obsesivas. ¿Por qué querría Virginia saber cosas sobre su pasado? Tanta confusión le estaba levantando un buen dolor de cabeza.

—Mateo y yo nos vamos en un par de días. —Natalia irrumpió de golpe en su despacho, aparentando calma.

—Pero... Pensé que todavía tenías compras pendientes. ¡No entiendo este repentino deseo de volver a casa! —Lucas ya contaba con que aquello pudiese ocurrir. Sabía el impacto que la llegada de Nicolás había causado en ella—. ¿No tendrá Nicolás nada que ver con tu ferviente deseo de adelantar tu vuelta a casa?

—Lo siento, Lucas, pero no lo soporto. Su presencia me está matando —confesó, aturdida—. Siempre creí que no volvería a verlo y supongo que no

estaba preparada para semejante sorpresa.

Lucas se inclinó suavemente hacia ella y le levantó la barbilla con los dedos, obligándola a fijar la mirada directamente en él.

—¿No crees que Mateo tiene derecho a saber quién es su padre? — preguntó con cautela, temiéndose la inminente reacción de Natalia, que estalló.

—¡No te atrevas a sugerirlo!

Esta vez su tono de voz era elevado, lo suficiente para que Virginia, que pasaba justo por ahí, se quedara escuchando detrás de la puerta como una vulgar fisgona. La imperiosa necesidad de saber lo que estaba ocurriendo allí dentro acabó por romper uno de sus principios más aclamados, la discreción.

—Maldita sea, Natalia, piensa en el niño. Tiene un padre y tiene derecho a saber de quién se trata.

—¡Ni lo sueñes! —le increpó ella—. Te lo juro, si le dices una sola palabra de este tema a Mateo no volverás a verle. Huiré tan lejos que no podrás encontrarle jamás.

—Natalia, por el amor de Dios, recapacita.

Estaba más que harto de tener la misma discusión durante los últimos tres años. Esa mujer siempre acababa amenazándole con huir y desaparecer. Y, lamentablemente, la creía capaz de hacer una cosa así.

—Lucas, ¿por qué no dejas las cosas como están? —le pidió, cariñosamente—. Ya has hecho bastante. Desde que supiste de la existencia de Mateo no has parado de ocuparte de nosotros. Nunca nos ha faltado de nada. ¡Pero si hasta le has dejado una renta vitalicia al niño! —Esbozó una sonrisa—. Y lo que es más importante, le has dado todo el cariño que un padre puede darle a un hijo.

—No es suficiente —protestó Lucas.

—Es más que suficiente, dadas las circunstancias —respondió convencida—. No quisiera dar la impresión de ser una ingrata. Sé que tengo mucho que agradecerte, pero no pienses ni por un momento que voy a decirle a Mateo quién es su padre.

—Eres terca como una mula —sentenció Lucas, cayendo abatido en el sillón.

—Lucas, acordamos que así sería y esa fue la única condición que te exigí para dejarte ver a Mateo, ¿recuerdas?

—Sí, maldita sea, claro que me acuerdo y si alguna vez lo olvido, ya estás tú para restregármelo por las narices sin la menor compasión —dijo enfadado

—. ¿Pero no comprendes que las circunstancias han cambiado? Tienes una oportunidad única para resolver este tema.

—No hay nada que resolver. Me voy pasado mañana y, hasta entonces, te ruego que respetes las reglas del juego o te juro que te arrepentirás —le amenazó—. Te aprecio demasiado, así es que, por favor, no permitas que lo nuestro se estropee por tu cabezonería. —Abrió la puerta y echó a correr hacia su habitación, sin percatarse de la presencia de Virginia, que ahora estaba segura de que Lucas era el padre de Mateo.

Virginia sintió cómo algo se rasgaba en su interior. Siempre sospechó que Lucas podría ser el padre, el parecido entre ambos era asombroso y bastaba observarle para captar todo el cariño que el niño despertaba en él.

Perdida en sus cavilaciones no vio asomar la cabeza de Lucas hasta que la tuvo casi encima.

—¿Supongo que no has podido evitar escuchar parte de esta conversación *privada*? —enfaticó, acusándola con la absurda esperanza de que lo negase.

—He escuchado lo suficiente —afirmó, todavía procesando la información—. Supongo que era cuestión de tiempo que me enterara de que Mateo es hijo tuyo.

—¿Eso crees? —preguntó, divertido—. ¿Crees que soy el padre de Mateo? —Su mirada traviesa la desconcertó.

—¿Se puede saber qué tiene eso de gracioso? —dijo ofendida. «¿Pero es que en esa casa estaban todos locos?»

—Tú eres lo que encuentro tan gracioso. —Su tono pasó de jocoso a seductor.

—¿Cómo puedes coquetear en un momento así? —preguntó indignada—. ¿Es qué no sabes dónde está el límite? Tienes un hijo, maldita sea —y sintió una punzada en la boca del estómago.

¡Un hijo!, lo que daría ella por tener uno. Cuando años atrás le dijeron que debido a sus desajustes hormonales le sería casi imposible concebir, no paró de llorar durante días. Algo se desgarró en su interior. Ahora, transcurrido algún tiempo, se conformaba con disfrutar de los niños ajenos.

—¿De verdad crees que si Mateo fuese hijo mío yo le habría negado mis apellidos y un hogar? —Se acercó lentamente hacia ella hasta casi sentir el pulso acelerado de su corazón—. Mírame —y la atrajo hacia él agarrándola por la cintura—. ¿Qué clase de monstruosa criatura crees que soy?

—Yo... —con Lucas casi rozando sus pechos, le resultaba imposible

pensar—. Si tú no eres el padre, ¿entonces quién? —se preguntó apartando suavemente a Lucas, que estaba comenzando a remover sus hormonas y a alterar su ritmo cardiaco.

De repente Nicolás y Mateo entraron por la puerta y entonces lo vio claro. Pero ¿cómo no se había dado cuenta antes? Eran como dos gotas de agua.

—¿Nicolás?! —exclamó—. Pero cómo he podido estar tan ciega.

Lucas la observó, triunfal.

—Ahora comprendo esas miradas entre los dos —murmuró Virginia, haciendo un repaso de los distintos encuentros vividos en la casa.

—¿Qué miradas?! —preguntó Lucas, despistado—. ¿De qué diantres hablas?

—Oh, vamos Lucas, habría que estar ciego para no darse cuenta de cómo se devoran con los ojos.

—¿Hablamos de Natalia y Nicolás? ¿Los mismos que se descuartizarían a la menor ocasión si les dejaran?

—Pues claro, tonto, ¿quién si no? —agregó ella, imaginándose cómo debió ser su tórrida historia de amor.

Se había encariñado con Natalia y deseaba su felicidad por encima de todo. La muchacha sí era una romántica empedernida, no como ella que era escéptica y solitaria por naturaleza; o eso creía, hasta que Lucas entró a formar parte de su vida.

—¡No digas sandeces! Por desgracia, entre ellos solo queda rencor y odio.

—Y un hijo —añadió Virginia, inquebrantable.

—Y un hijo, por supuesto —repitió él—. ¿A dónde quieres llegar? —Conocía aquella sonrisa maliciosa del rostro de su mujer.

—Hombres —musitó casi en un tono imperceptible. Lucas alzó una ceja, esperando la siguiente estocada—. Lucas, si hubieses empleado tan solo una décima parte del tiempo que dedicas a censurarles en observarles, te habrías dado cuenta de cómo se estremecen sus cuerpos al rozarse, de cómo se dilatan sus pupilas al mirarse, de cómo tartamudea Natalia al dirigirse a él, incapaz de articular palabra; incluso de la melancólica mirada de Nicolás, claramente dibujada en sus ojos, cuando la espía a través de la ventana...

—Basta, creo que ya me hago una idea —le ordenó, sintiéndose como un novato inexperto y torpe en el flirteo amoroso—. Aunque te recuerdo que hace un momento creías que yo era el padre de Mateo.

—Bueno, he estado muy estresada últimamente —se justificó—. A veces

incluso a mí me falla el olfato romántico.

—De eso no te quepa la menor duda —repuso Lucas, dolido porque todos sus esfuerzos por conquistarla pasasen desapercibidos o, lo que era aún peor, fueran deliberadamente ignorados.

Virginia le miró, desconcertada.

—Entonces —se detuvo—. ¿Fue con tu hermano con quien te engañó Natalia?

—*Touché*. —«No hay dolor en sus ojos», pensó Virginia extrañada—. ¡Muy aguda!

—No pretendía ser hiriente —se disculpó.

—Me imagino —respondió él con ternura—. Y ahora, ¿podemos dejar de hablar de ellos y hablar de nosotros? —Las alarmas de Virginia se dispararon—. Ya que no estás dispuesta a contarme qué demonios te pasa conmigo últimamente, al menos, ¿puedo saber qué sientes por mí?

—¿Cómo dices? —La rigidez de su cuerpo le oprimía el pecho, que parecía querer salirse de su ajustada camisa. Se encogió de hombros, buscando una respuesta sensata.

—¿Piensas quedarte ahí plantada como un pasmarote o vas a decir algo coherente? —Su expresión de horror hizo que Lucas estallase en una gran carcajada—. ¡Es broma, tonta! Tendrías que haberte visto la cara.

Ella le miró furiosa.

—Serás idiota —y cerró los puños, golpeándole levemente en el pecho—. ¿No creerás ni remotamente que me intimidan tus comprometedoras preguntas?

Ese gesto heroico y desenfadado de Virginia encendió a Lucas, cuyos ojos libidinosos se impregnaron de lujuria y deseo.

—Mentirosa —le susurró al oído, rozándole el lóbulo con los labios—. Siento muchísimo lo que te dije la otra noche. Te echo de menos.

Se acabó. Aquello era demasiado para cualquier mujer. No pudo resistirse a su tono seductor y, poseída por un impulso salvaje, cubrió la boca de Lucas con la suya, devorándole. Su húmeda y juguetona lengua buscó sedienta la de él, ardiente, como si hubiesen transcurrido siglos desde la última vez que se besaron.

A Lucas se le había hecho eterna aquella abstinencia sexual que ella parecía haber impuesto y, con una fogaosidad incontrolable, la cogió en brazos y la llevó escaleras arriba, hasta el dormitorio.

Mientras la cabeza de Virginia le ordenaba salir huyendo, su cuerpo ardía

en deseos de quedarse allí. Echaba de menos las caricias, el ardor de sus besos apasionados, los juegos eróticos, su forma de hacerle el amor... echaba de menos a Lucas. Tanto, que dolía.

—Espera, para —le ordenó, atendiendo a las advertencias que le transmitían las escasas neuronas sensatas que aún le quedaban.

Pero Lucas no quiso escucharla y Virginia cedió ante su seducción. Necesitaba apagar ese fuego que la estaba quemando por dentro. Sin poder detener lo inevitable, se lanzó a los brazos de su marido. Le desabrochó la camisa lentamente, recorriendo su cuello con la lengua, disfrutando de cada una de las sensaciones que aquel contacto producía en ella. Pero Virginia quería más. Lo quería todo. Ansiaba fundirse bajo su cuerpo y saciar ese apetito que la estaba consumiendo.

Esa necesidad la volvió loca y, sin dejar de tocarle, cubrió la boca de Lucas con la suya con tanta pasión que podría haberle succionado los pensamientos.

Lucas sabía que no soportaría más esa deliciosa agonía y, siguiendo un impulso salvaje le desgarró la ropa, para poder contemplarla a su antojo. Tenía un cuerpo asombroso. Era única.

Virginia hizo lo propio y le quitó la escasa vestimenta que le quedaba. Los dos quedaron completamente desnudos, frente a frente. La joven observó el torso moreno y fibroso de Lucas, odiándole por ser tan perfecto. ¡¿Cómo resistirse a algo tan majestuoso y sensual?! Sus manos buscaron el pecho de él, acariciando cada surco de ese escultural cuerpo, sin dejar de devorarlo con la mirada.

Él se dejó hacer, acalorado hasta casi arder ante aquel roce. Cuando se convirtió en una tortura insufrible, la arrastró contra la pared y, ansioso por estar dentro de ella, la elevó ligeramente. Virginia, siguiendo su instinto, le rodeó la cadera con las piernas y el cuello con los brazos y entonces él la penetró con premura. Dispuesto a satisfacer todas sus necesidades y las de ella, la embistió con vigor, sujetándola con fuerza por las piernas y elevándola al mayor de los placeres. Repitió la maniobra una y otra vez, empujado por los gemidos de ella y su insaciable ansia por poseerla.

Ambos sucumbieron al placer, haciendo el amor con una pasión desenfadada y una entrega incondicional, deleitándose con ese momento tan ansiado, pero altamente peligroso.

¡Jamás una mujer le había hecho sentir algo parecido! La necesidad física

e irracional de poseerla era de tal magnitud que Lucas estaba desbocado por las emociones. Emociones que fluían con tal intensidad que no lograba dominarlas.

Tumbados sobre la cama, Virginia no pudo reprimir el impulso de saciar su incesante curiosidad.

—¿Lucas?

—Mmmm...

—¿Por qué nunca le has dicho a Nicolás que tiene un hijo? —Él giró la cabeza para mirarla, sorprendido—. Claro que... —prosiguió ella, ensimismada en sus pensamientos—, tampoco sabías dónde encontrarle, ¿no?

Observó que Lucas desviaba la mirada y ese gesto fue suficiente para que ella se percatase de que aquel secreto le estaba suponiendo una carga demasiado pesada.

—Seré boba. —Su media sonrisa le delató—. ¿Cómo no ibas a saberlo? Tú lo sabes todo. ¡A veces me das miedo!

—Virginia, tengo infinidad de defectos, pero abandonar a mi familia no es uno de ellos —repuso, satisfecho y calmado—. Cuando me enteré de que Natalia y Nicolás mantenían una relación paralela, exploté de ira. ¡No podía creer que mi propio hermano me hiciera una cosa así! —Ella se acurrucó contra él, mostrándole su apoyo y comprensión—. Nicolás y yo discutimos. Nos dijimos amargas palabras, horribles insultos y absurdos reproches.

Parecía estar rememorando cada escena. Tomó aire.

—Luego él desapareció sin más. ¡Maldita sea, tenía todo el derecho a estar furioso! ¡Me robó la novia!

—¿Y qué ocurrió después?

—Por supuesto, aquello supuso el final de mi relación con Natalia y, curiosamente, fue una liberación para los dos. Nunca estuvimos realmente enamorados. Los días pasaban y Nicolás no daba señales de vida. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Cuando Natalia supo que estaba embarazada, cayó en una profunda depresión. Fue entonces cuando me di cuenta de cuánto amaba a mi hermano. Le echaba de menos a cada momento pero, al mismo tiempo, le odiaba por haberla abandonado sin darle siquiera una explicación.

Virginia le escuchaba con gran interés, compadeciendo a la pobre Natalia.

—Transcurridos tres meses desde la desaparición de Nicolás —continuó Lucas—, ya no pude soportar más la incertidumbre y la preocupación por él y contraté a un detective, que finalmente averiguó que se había instalado en

Bagdad.

—¿No sentiste deseos de ir a verle y contarle que esperaba un hijo? — preguntó, ansiosa por saber más de aquella trágica historia de amor.

—A cada minuto —contestó él, amargamente—. Pero Natalia me amenazó con desaparecer para siempre y tuve que escoger. —Un destello de culpabilidad brilló en sus ojos—. Demonios, no me dio la oportunidad de disculparme, de recapacitar... Les hubiese dado mi bendición si no se hubiese esfumado de aquella forma tan precipitada.

Obviamente se refería a Nicolás. Virginia percibió su dolor y le besó tiernamente en la mejilla. Debería odiar a Lucas, desconfiar de él. Todavía quedaban muchos secretos por desvelarse entre ellos, muchas dudas, pero una fuerza oculta y potente le impulsaba a consolarle.

—Deja de atormentarte. No fue culpa tuya. —Esta vez le besó dulcemente en los labios—. Es curioso que el destino les haya empujado a encontrarse de nuevo.

Él, más relajado, esbozó de nuevo una sonrisa misteriosa.

—No ha sido casualidad, ¿verdad? Sospecho que has estado vigilándole todo este tiempo.

—Recibo informes periódicos de dónde está y cómo le van las cosas.

—Esa obsesión tuya por tenerlo todo controlado te acabará matando — dijo furiosa, recordando que también ella era objeto de sus indagaciones.

—Es mi hermano, Virginia, y pese a todo, le quiero y le echo de menos. Creo que mi hermano tiene derecho a saber que es padre y, aprovechando nuestra boda, le tendí una trampa.

—¿Me has utilizado? —dijo ella, malhumorada.

—No digas tonterías —le susurró al oído, acariciándole el lóbulo de la oreja.

—¿Entonces? —Virginia estaba ansiosa por conocer el final de este maquiavélico plan, perfectamente diseñado por la manipuladora mente de Lucas.

—Me cercioré de que alguien del entorno de mi hermano le diese la noticia de nuestra boda, recalcándole que debía hacer hincapié en el nombre de mi esposa. Le conozco. Estaba seguro de que si alguna vez amó a Natalia y le quedaba un resquicio de cordura y sentido común, le picaría la curiosidad, empujándole a regresar para descubrir qué fue de ella y también de mí. —Se apartó un mechón de la cara—. Cuando tuve la certeza de la fecha de su vuelo

a Madrid, llamé a Natalia para invitarla a pasar unos días. Estaba completamente seguro de que Nicolás se plantaría en mi casa. Como así fue.

—Y, casualmente, yo jugué un papel determinante para que tu concienzudo plan funcionase, provocando que Nicolás se quedase aquí. —Él asintió, contento de compartir con ella sus secretos más íntimos.

—Tu intervención fue providencial —se burló.

—Y supongo que ahora queda la parte más difícil, que ellos descubran lo mucho que se quieren y vuelvan a estar juntos como una auténtica familia.

—Si no te conociese, juraría que eres una romántica empedernida. Supongo que es la escritora la que habla. ¡Sería un guion fantástico para una de tus novelas! —rio Lucas.

«Si tú supieras cuánto de tu propia vida está en mi actual novela, te echarías las manos a la cabeza», pensó Virginia.

—Yo solo deseo la felicidad de mi hermano. Y la de Natalia, por supuesto, a quien aprecio y admiro.

—Y un hogar para Mateo —agregó Virginia—, tu sobrino.

—Eso sería fantástico —dijo él, soñando—. Tú me has devuelto la esperanza al asegurar que entre ellos todavía existe esa chispa. Ojalá no estés equivocada.

La fortuna nuevamente estuvo de su parte y Natalia enfermó de una salmonelosis, no pudiendo regresar a casa como tenía previsto. Por un instante, Virginia pensó si Lucas tendría algo que ver. Imposible, era demasiado retorcido.

CAPÍTULO 15

Alicia necesitaba conocer las verdaderas intenciones de Lucas y decidió no demorar más aquel encuentro, que prometía ser muy interesante.

—¡Dichosos los ojos! —dijo Lucas al verla en Vidasa, besándola en la mejilla—. Siéntate, por favor.

—Solo me quedaré un minuto —replicó, un poco violenta por la naturaleza de esa visita.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó, sorprendido—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, sí puedes. —Él se encogió de hombros, apremiándola a continuar—. Lucas, estoy preocupada por Virginia.

Se incorporó de la silla, inquieto.

—¿Le ha pasado algo?

Solo por la expresión de espanto, Alicia corroboró su firme sospecha de que ese hombre sentía algo por su amiga.

—No, tranquilo, no se trata de eso.

—¿Entonces?

—¿Qué intenciones tienes con ella? —Lucas se ruborizó como si fuese un adolescente, incomodando a Alicia—. Siento ser tan directa, pero estoy convencida de que tu misteriosa aparición en esta cadena de sucesos no ha sido fruto de la casualidad. Necesito saber qué te propones.

—Estoy enamorado de ella —confesó, ya cansado de negar lo evidente—. Cuando la conocí, el flechazo fue instantáneo, pero no era un buen momento para iniciar un cortejo, por decirlo de alguna forma.

—Ya.

—Desde entonces no he podido quitármela de la cabeza y Daniel no me lo ponía nada fácil... hablaba de ella a todas horas. Os quiere mucho a las dos.

A Alicia se le empañaron los ojos de lágrimas y Lucas le cogió la mano cariñosamente.

—Cuando me enteré, por casualidad, de la situación crítica que atravesaba Vidasa y de su inminente venta a Márquez, me puse en contacto con Oliver. El resto ya lo sabes.

—Entonces pensaste que casarte con ella era una buena idea.

—Sí, no solo me servía de coartada para evitar un posible juicio público por mi súbita intromisión en Vidasa, sino que era una excelente manera de

acercarme a Virginia y conocerla mejor. La amo, Alicia, no hay nada oscuro en esta historia. —Suspiró—. Además, Daniel es un buen amigo, quería ayudar. Él hubiese hecho lo mismo por mí.

—Lo sospechaba, pero necesitaba estar segura de tus verdaderas intenciones. Aunque te advierto que vas a tener que luchar con uñas y dientes para romper ese grueso muro que ha levantado Virginia en contra del amor. — Una extraña sensación de culpabilidad la invadió por desvelarle a Lucas intimidades de su amiga, pero en cierto modo se sentía en deuda con él—. Mi lealtad hacia ella me impide desvelarte más información, pero déjame darte un consejo Lucas: sé tú mismo.

—Es una mujer fascinante pero, ¡tan tozuda!

—Lucas, tú eres un hombre atractivo e inteligente, capaz de conseguir lo que te propongas —afirmó Alicia, animándole a luchar por ella—. No te rindas y olvídate de estrategias predeterminadas y estúpidos numeritos —le aconsejó, adivinando su ridículo plan inicial—. Simplemente sé tú mismo y confía en tus posibilidades. Todos necesitamos amar y ser amados, incluso Virginia, aunque ni ella misma lo sepa.

La charla se extendió media hora más. Lucas se interesó por la situación económica y emocional de Alicia, ofreciéndole toda su ayuda una vez más. Ella se fue satisfecha, esperando que él lograra redimir a Virginia y hacerla feliz. Los dos se lo merecían, pensó.

Nicolás no se separó de la cama de Natalia ni un segundo mientras estuvo enferma y ella se dejó querer; le dolía todo el cuerpo, como si le hubieran dado una paliza. Sentía que las piernas le flaqueaban, apenas tenía apetito y, en ocasiones, la fiebre le hacía delirar.

Pero, sorprendentemente, la mirada cálida de Nicolás la reconfortaba sumiéndola en un sueño profundo y relajado, imaginando que aquella llama que un día les unió ardía más que nunca.

Nicolás, sentado junto a la cama, recordó cómo el amor surgió entre ellos tiempo atrás, salpicándoles de dudas y remordimientos. Dios fue testigo de cómo lucharon con todas sus fuerzas contra aquella tormenta que, lejos de amainar, se iba avivando cada vez más con el paso de los días.

Finalmente esa agonía acabó por consumirles, sucumbiendo ante la pasión y el deseo, con la sombra del pecado y la traición pendiendo sobre sus cabezas.

Se enamoraron locamente como dos adolescentes. Se buscaban

desesperadamente, agotando cada segundo de cada día para estar juntos, ignorando que el final de esa bonita historia de amor les llevaría a caer en la más absoluta de las penumbras, separándoles trágicamente y desgarrándoles el corazón. El peso de la traición se apoderó de Nicolás, arrastrado por su personalidad insegura, lo que le impidió enfrentarse a su único hermano y luchar por lo que entonces más quería: Natalia.

Si enamorarse de una mujer y no ser correspondido era duro, enamorarse de una ya comprometida, siendo ésta tu futura cuñada, era un castigo peor que la muerte.

La contempló una vez más. Dormía plácidamente, indefensa, dulce... En todo ese tiempo no había dejado de amarla, pero ahora que la había vuelto a ver, la idea de separarse nuevamente de ella se le hacía insostenible.

Le dio un beso en la frente y se fue en busca de Mateo. Nicolás había descubierto con asombro que llevar al chico al parque se había convertido en una rutina diaria de lo más placentera, forjándose entre ellos una relación cada día más sólida y estrecha.

Daniel despertó de su largo letargo un caluroso martes de junio, con los huesos entumecidos y completamente desorientado.

El hermoso y apacible rostro de su esposa, sentada junto a él en un sillón, con los ojos cerrados, le transmitió paz y seguridad. «Estoy en casa», pensó. Parecía que hubiesen pasado siglos desde la última vez que la abrazó.

Intentó estirar el brazo para tocarla, pero su cuerpo no respondió a las órdenes que su mente le lanzaba una y otra vez. ¿Por qué no podía moverse? Quiso llamarla, pero el sonido de su voz se quedó en un gruñido. Un pánico sobrecogedor le invadió. ¿Estaba muerto?

Entonces ella abrió los ojos y se miraron, cómplices de un amor que ahora más que nunca lucía en todo su esplendor.

—¡Oh, Daniel, cuánto te he echado de menos!

Los ojos de Alicia se inundaron de lágrimas y emociones contenidas. Él trató de sonreír. Notaba cada rincón de su dolorido cuerpo, pero no era capaz de mover ni un solo músculo.

—No hagas esfuerzos, cariño —y le besó suavemente en los labios—. Llamaré al médico.

Antes de salir por la puerta, se giró hacia él y, como si fuese la primera vez que le confesaba su amor, le dijo:

—Te amo. —Daniel movió los párpados y ella supo que él también la

amaba.

Virginia casi se desplomó cuando escuchó la voz de Alicia a través del teléfono. Sentía cómo su corazón se le salía del pecho.

Ya en el hospital las dos amigas se abrazaron, esperanzadas de que aquel fuese el final de su agonía. Fue un momento mágico y repleto de vibrantes emociones.

Virginia se inclinó junto a la cama de Daniel y le besó fraternalmente, inyectándole fuerzas y un cariño incondicional.

Aún sin poder moverse y con los temores a flor de piel debido a su lamentable estado, Daniel supo que con la fuerza y perseverancia de su hermana y el amor incondicional de su esposa, su recuperación estaba garantizada.

Los médicos les habían confirmado que era del todo normal que Daniel hubiera perdido la movilidad por completo. Su inactividad había originado que perdiese el tono muscular y la capacidad de articular el habla, pero con la rehabilitación adecuada, recuperaría las fuerzas y volvería a hablar de nuevo muy pronto. Un escáner ratificó que su cerebro no había sufrido daños severos, por lo que las noticias eran alentadoras.

Lucas no podía creerlo. Aquello era una gran noticia. Se sintió inmensamente feliz por Daniel y, cómo no, por Virginia y Alicia, que estaban pletóricas de felicidad.

A pesar de la increíble noticia, a Lucas le invadió una sensación de temor. ¿Estaría ahora la seguridad de Daniel garantizada? ¿Qué ocurriría si su enemigo se enteraba de su flamante regreso a la vida? Era de vital importancia mantener la recuperación de Daniel en secreto. No debía llegar a oídos de nadie o el culpable de su estado podría querer actuar de nuevo y, esta vez, seguro que no fallaría. Nadie, salvo Virginia, Alicia y él debían conocer este giro en los acontecimientos.

—¿Por qué no puedo decírselo a Oliver? ¿O a Natalia? ¿O a Nicolás? ¿O a Bárbara? —preguntó Virginia confusa, enumerando sin parar a todos sus seres queridos.

—Virginia, créeme, es importante mantener el pico cerrado —reiteró Lucas, cansado de insistir en lo mismo, impotente al no poder compartir con ella su razón principal.

—Sigo sin entenderlo.

—Estos últimos meses Vidasa se ha estabilizado económicamente. Si la

recuperación de Daniel llega a oídos del gremio, comenzarán a formular preguntas acerca de un posible cambio en el equipo directivo provocando desconfianza entre los empleados y los clientes. Eso pondría en duda mi autoridad. Es mejor dejar las cosas como están.

—¡Al diablo con la empresa! Daniel ha vuelto.

—Lo sé, yo también me alegro, pero ¿piensas dejar que el esfuerzo de estos meses se vaya al infierno?

—Pero Oliver y Bárbara son de mi total confianza... Y amigos de Daniel. ¿No lo entiendes? También ellos han sufrido mucho con este asunto y tienen todo el derecho a conocer la noticia de su recuperación —protestó, divagando sobre los posibles motivos ocultos que impulsaban a Lucas a pedirle algo tan poco común.

—Y lo sabrán a su debido tiempo. Te lo ruego, Virginia —le pidió encarecidamente. A ella le pareció observar un atisbo de pánico en sus ojos.

Virginia accedió finalmente a tan peregrina petición pero, en lo más profundo de su ser, afloraron mil dudas y una dolorosa desconfianza hacia él.

Debido a la reciente revelación de la paternidad de Mateo y a la asombrosa historia de Alicia, había dejado de lado su investigación convencida de la inocencia de Lucas. Pero ahora, esa ferviente obstinación por mantener en secreto la mejoría de su hermano le hacía dudar de nuevo, planteándose si detrás de aquella insólita petición no habría una clara intención de hacerse con el mando absoluto de Vidasa.

Debía retomar las pesquisas y averiguar qué se proponía Lucas con aquella locura. No dejaba de ser curioso que, cada vez que su relación alcanzaba un momento álgido, algo repentino empañaba la magia, reconcomiéndola por dentro y haciendo resurgir nuevas dudas sobre la integridad de su marido.

Esa noche Virginia se propuso acabar con todas aquellas dudas que la atormentaban sobre Lucas. Necesitaba saber con qué clase de hombre se había casado.

Esperó pacientemente hasta estar bien segura de que Lucas dormía y entonces se deslizó sigilosamente fuera de la cama y bajó a su despacho.

No quiso encender la luz para no levantar sospechas y, haciendo uso de unos procedimientos algo delictivos y una linterna, forzó el cajón del escritorio con la esperanza de encontrar una pista sobre las pretensiones de Lucas. Su mirada se iluminó al ver una carpeta con la palabra “Vidasa” escrita

en la portada.

Concentrada, examinó la carpeta. Contenía el historial personal y laboral de varios empleados de Vidasa, descubriendo estupefacta que también estaban el suyo y el de Alicia entre ellos. «Maldito bastardo», pensó.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no escuchó los pasos que se dirigían directamente hacia ella. De repente, alguien la agarró por detrás, arrastrándola hacia la luz y obligándola a soltar los papeles, que ahora estaban dispersos por el suelo.

—Pero qué demonios... —Al descubrir que era Virginia y no un ladrón, como sospechó en un principio, Lucas la soltó de golpe, clavándole su mirada de absoluta censura.

—Por Dios, casi me matas del susto —exclamó ella, asustada y temblando por las consecuencias de su imprudente acto. La habían pillado con las manos en la masa.

—Pero ¿qué diablos haces aquí a estas horas...? ¿Y en mi despacho? —De pronto, al ver los papeles, que tan bien guardados tenía bajo llave dispersos por el suelo, lo comprendió—. ¿Qué hacías hurgando entre mis papeles? ¿Me estabas espionando? —Su tono de voz era elevado, constatando su furia y desconcierto.

—¿No podría preguntarte yo a ti lo mismo?

—¡No has contestado a mi pregunta! —gritó, inflexible, lapidándola con su gélida mirada.

—Sí, maldita sea —replicó, rindiéndose, con el pulso a cien por hora.

—¿Por qué? —susurró, confuso y afligido, haciéndola sentir como una auténtica miserable, desagradecida y ruin.

—Porque estoy asustada —confesó llanamente. Lucas sacudió la cabeza, sin comprender absolutamente nada.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de todas tus intrigas y artimañas, de tu manía por ocultarme las cosas y, por si eso fuera poco, de la extraña llamada en la que pedías a no sé quién que me siguiera. ¿Te parecen suficientes razones para estar asustada? ¿O continúo?

—¿De verdad crees que yo podría hacerte daño? —dijo de pronto, atando todos los cabos sueltos.

Incrédulo, la miró con tristeza. Esa mirada fue suficiente para que Virginia cayese en la cuenta de su tremendo error y no pudo contener las lágrimas, fruto

de la tensión y la humillación que sentía en ese instante. No había maldad en aquellos ojos negros, rebosantes de impotencia, pena y amargura. ¿Cómo había podido dudar de su lealtad? Le bastó aquella mirada abatida para comprender que debía haber una explicación para aquel malentendido. No obstante, él la abrazó, pero no dijo ni una palabra al respecto. Aquel generoso gesto la hizo sentir todavía más miserable.

—Ve a descansar, se te ve fatigada, yo recogeré esto.

—Lucas... —le faltaba el aire—. Déjame que te explique.

—Ve a descansar —dijo fríamente—. Es evidente que has estado hurgando entre mis cosas y quieres una explicación. Mañana tendrás una.

A la mañana siguiente, el ambiente continuaba tenso, pero los dos dejaron sus diferencias al margen para ponerse al corriente del verdadero significado de los papeles que Lucas tenía bajo llave en su escritorio.

Lucas la informó detenidamente de sus sospechas y posteriores descubrimientos, desde la intencionada paliza a Daniel hasta su provocado accidente de coche, sin olvidar mencionar a su único sospechoso: Oliver.

También le hizo partícipe de que, para llevar a cabo la investigación, contaba con los servicios del detective privado que en su día le ayudó a desvelar el paradero de Nicolás, defendiendo su discreción y profesionalidad.

Virginia le escuchaba con atención, sacudiendo la cabeza de vez en cuando, sin dar crédito a tanta locura y maldad. Era difícil de aceptar que alguien hubiera ordenado, intencionadamente, el asesinato de su hermano y, no satisfecho con el resultado, hubiese intentado acabar con Lucas. Era un trago demasiado amargo para digerirlo de golpe.

Fue un auténtico mazazo ir desgranando cómo el responsable de todo este caos había llevado a cabo su plan concienzudamente. Primero provocó el grave estado de salud de Daniel; luego se ocupó de hacer lo inimaginable para dificultarle el trabajo a Virginia utilizando ruines artimañas, como los pequeños hurtos, fingidas averías y otras pérfidas acciones que lograron desprestigiar al máximo la imagen de la empresa y, para terminar, había tratado de quitarse de encima a Lucas por su magnífica labor en la gestión de la compañía. Estaba claro que su marido suponía una amenaza para la consecución de los fines de ese desgraciado.

A Virginia le recorrió un escalofrío por la espalda al imaginar qué papel jugaban ella y Alicia en todo aquello. ¿Estarían realmente en peligro como decía Lucas? ¿Y Daniel? Ahora entendía las verdaderas razones de Lucas por

mantener en secreto la recuperación de su hermano. Todo encajaba a la perfección y las dudas que hasta la noche anterior la habían atormentado sobre Lucas, quedaron completamente disipadas.

Se sentía inmensamente estúpida por haber dejado que su imaginación la traicionase, creyéndole culpable de querer apropiarse de Vidasa, consiguiendo únicamente que Lucas la detestase por ello.

A pesar de su inútil esfuerzo por disimularlo, su esposo la miraba con recelo y, lo que era aún peor, con una tremenda apatía. Era evidente que su animosa intrusión en el despacho había acabado de rematar la pobre opinión que Lucas tenía de ella, incorporando las palabras desagradecida y desconfiada a su larga lista de adjetivos peyorativos. Por más vueltas que le daba, Virginia no encontraba forma de disculparse y demostrarle lo equivocado que estaba.

Había tratado de justificar su deplorable acto de mil maneras, intentando hacerle entender el miedo que la embargó al interceptar aquella llamada, pero Lucas siempre concluía en lo mismo: «pudiste haberme preguntado y simplemente no lo hiciste». Estaba segura de que esta vez le había perdido para siempre y se le partió el alma. ¡Nunca imaginó que su indiferencia pudiera afectarla de tal manera!

Al ponerla al corriente de toda la investigación, Lucas sintió que se quitaba una losa de encima. Ahora ya no había secretos entre ellos, salvo uno: que la amaba. Se sentía tremendamente desgraciado al comprobar que nunca sería correspondido. La incursión de la noche anterior en su despacho había sido la gota que colmaba el vaso, dejándole claro que cualquier intento por ganarse su confianza había sido inútil. Ella siempre dudaría de su generosidad y entrega. Era hora de darse por vencido. Se rendía.

—¿No piensas hablar de lo que sucedió anoche? —le instigó Virginia, preocupada por su evidente mutismo al respecto.

—No creo que sea necesario. Ya está todo claro.

¿Por qué seguía ella insistiendo en este tema? ¿Cuántas veces más iba a tener él que eludir una respuesta? Bastante tenía ya con aceptar su inexorable fracaso como para tener que hablar de ello. Era extremadamente doloroso ver cómo, después de tantos esfuerzos por conquistarla, ella todavía dudaba de él, incluso hasta el punto de espiarle. Era inútil seguir luchando por algo tan precario, que se desvanecía entre sus dedos sin aportarle otra cosa que disgustos y sufrimiento. Aunque pareciese mentira, él también tenía un corazón

y en esos momentos estaba hecho pedazos. Se le habían agotado las fuerzas y los recursos para continuar con aquella lucha por enamorarla.

—Lucas, por favor, mírame —le pidió, girándole la cara hacia ella—. Lo siento de veras. Fui una estúpida, desconfiada y desagradecida. Ya sé que pude haberte confiado mis temores, pero ¿tan difícil es de entender? Estaba asustada. Por favor —le rogó.

—Déjalo ya, ¿quieres? Centrémonos en la investigación.

Hubiera preferido que la azotara atada de pies y manos; que le gritara y zarandeara, antes que esa indiferencia total y desgarradora. Por si no fuera suficiente con asimilar la reciente revelación de que un asesino les acechaba, ahora también tenía que buscar la forma de lograr su perdón.

—¿Se te ocurre quién puede querer hacerle daño a Daniel y por qué? —continuó, extendiéndole los informes de las posibles personas implicadas.

Virginia negó con la cabeza, estudiando cada uno de ellos, todavía tremendamente impactada por la espantosa confidencia de Lucas.

—¿Confías en Oliver?

—Plenamente —respondió con extrema convicción.

—Entonces tendremos que ampliar el círculo de sospechosos. Y no sé por dónde empezar.

Virginia estaba hecha polvo, no sólo por la vorágine de sucesos que golpeaban sin piedad las paredes de su cerebro, sino por la actitud fría y demoledora de Lucas hacia ella. ¿Cómo concentrarse en esa maldita investigación cuando sentía cómo Lucas se le escapaba de entre las manos? Le estaba perdiendo y, por primera vez, sintió como si le atravesaran el corazón con una daga.

A Lucas le quedaba un único tema por resolver para sentirse libre de culpa para siempre. Le llevó poco rato deducir que no tenía nada que perder y que el momento era perfecto para encarar ese asunto pendiente. Rezó por salir airoso. Su corazón estaba tan deshecho que un disgusto más acabaría por romperlo en su totalidad. Aunque, después de todo, ¿qué más daba sufrir otra decepción si ya apenas era capaz de sentir?

—Nicolás, ¿podemos hablar? —le pidió, amablemente.

—Claro.

—¿Cómo está Natalia?

—Descansando. Parece que está recuperándose al fin.

—Fantástico. —Suspiró hondo—. Hay algo que debo decirte...

—Ya sé que he abusado de tu generosidad —le interrumpió Nicolás—. Si quieres que me marche lo haré en cuanto tenga la certeza de que ella está bien.

—No, no se trata de eso. —Decidió no darle vueltas al asunto e ir directo al grano—. Se trata de Mateo. Es tu hijo.

Se hizo un silencio largo y tenso.

—¿Mi hijo? ¿Estás seguro de eso? —alcanzó a decir, turbado.

—Te aseguro que mío no es —bromeó Lucas para relajar el ambiente—. Cuando te fuiste, hacía meses que Natalia y yo no... manteníamos relaciones. —Nicolás se ruborizó, avergonzado por haber traicionado a su hermano.

—Pero, ¿cómo es posible que...?

—Tenía que habértelo dicho antes, pero Natalia me amenazó con huir y esconderse de forma que no pudiéramos encontrarles jamás.

—Me olvidaba de lo independiente y terca que es —rememoró Nicolás, perturbado todavía por la magnitud de esa revelación—. ¡Cómo pude abandonarla! Fui un idiota, egoísta e inmaduro. Si hubiese estado ahí...

—Nicolás, no te martirices más. Es inútil pensar lo que pudo ser. Pero tienes una nueva oportunidad para enmendar ese error, si es eso lo que quieres.

—¡Por supuesto!

—Entonces, déjate llevar por tu corazón pero, te lo advierto, ve con cuidado o no volveremos a verles.

—¿Lucas? —susurró, acongojado.

—¿Sí?

—Siento muchísimo lo que ocurrió. Nos enamoramos perdidamente sin apenas darnos cuenta. —Tragó saliva—. ¡Intenté decírtelo un millón de veces, pero no quería hacerte daño!

—Dime una cosa, porque hay algo que no entiendo. Si la amabas, ¿por qué te fuiste?

Era algo que Lucas siempre se había preguntado: ¿por qué la había abandonado si todo indicaba que la amaba?

—Porque tú siempre me lo has dado todo, Lucas. Has sido mucho más que un hermano. Me derrumbé. ¡Sentí que te había defraudado como tantas otras veces! Pensé que si me iba, sacrificando el amor que entonces sentía por Natalia y que todavía siento ahora, te dejaría el camino libre a ti. Te lo debía. Además, ¿qué podía ofrecerle yo?

—¡Eso fue una estupidez! Ella te quería a ti. Y yo siempre he estado

orgullosa de ti. Siempre, menos en aquella ocasión. Abandonar a Natalia fue una auténtica tontería.

—Ojalá lo hubiese sabido entonces —se lamentó—. Me ha llevado cuatro malditos años darme cuenta de que Natalia y tú lo sois todo para mí. Y ahora Mateo. Si tan sólo hubiera regresado antes...

—Entonces ella no te hubiera perdonado. Estaba demasiado dolida. — Sintiendo que debía confesarle todo, agregó—: Tres meses después de tu huida contraté a un detective que, con grandes esfuerzos, localizó tu paradero. Supe que te habías afincado en Bagdad.

—¿Por qué no viniste a buscarme? —dijo, conmovido por la extrema generosidad de su hermano.

—Porque Natalia te odiaba. No quería ni oír mencionar tu nombre. Si hubiese ido a buscarte habría tenido que confesarte que esperabas un hijo. Habrías regresado y ella te hubiera rechazado.

—¿Y por qué ahora habría de ser diferente? —preguntó desconcertado.

—Porque ha pasado el tiempo suficiente para mitigar ese rencor.

—Ella todavía me odia, Lucas. Me desprecia, lo veo en sus ojos.

—¡Tonterías! Virginia dice que está loca por ti —dijo orgulloso de su mujer—. Si la quieres, lucha por ella. Una vez no lo hiciste, demuéstrole lo equivocado que estuviste entonces. Muéstrate dispuesto a cualquier cosa. Yo te apoyaré en todo lo que esté en mi mano.

—Gracias, Lucas. Te quiero, ¿lo sabías? —y le dio un abrazo sincero y emocionado—. ¿Podrás perdonarme algún día?

—Lo hice hace mucho tiempo. Yo también te quiero —y se fundieron nuevamente en un intenso abrazo.

—Tengo un hijo. ¡Mi hijo! ¿No es maravilloso? —y se fue a buscar a Mateo, deseoso de darle un fuerte achuchón.

CAPÍTULO 16

La empresa sufrió un nuevo revés cuando un grupo de personas que celebraban un congreso se intoxicaron después de consumir una partida de alimentos procedentes de Vidasa.

La policía, el Ministerio de Sanidad y otros organismos implicados en este tipo de incidentes hicieron sus pertinentes indagaciones, cerrando la empresa provisionalmente hasta que terminaron con la investigación.

Fue un duro golpe, pues trascendió a la prensa, ocasionando la cancelación de cientos de pedidos, así como la marcha de muchos clientes a la competencia.

—Este es el fin de Vidasa —apuntó Virginia preocupada, sentada en un mullido sillón del salón—. La prensa nos ha machacado. Todos nuestros esfuerzos por que la investigación se llevase con la máxima discreción y diligencia han sido inútiles. ¿Cómo diantres han podido trascender tantos pequeños detalles? ¡Estos periodistas son como sanguijuelas! Te chupan la sangre hasta dejarte sin aliento, sin importarles una mierda el futuro de decenas de personas.

—Tranquila. Antes o después encontrarán otro tema más interesante del que hablar —repuso Lucas.

—Supongo que tienes razón.

—¡Pienso llegar al fondo de este asunto! —exclamó, indignado consigo mismo por haber permitido que aquello sucediera.

Tendría que haber estado más alerta, pero la postura distante y hostil de Virginia tras su accidente de coche y su posterior decepción al descubrir que ella no confiaba en él, hasta el punto de espiarle, le habían dejado confuso y aturdido. El hecho de asumir que Virginia nunca le amaría todavía le producía una tremenda nostalgia. Recordar las maravillosas noches que habían pasado juntos era más duro de lo que imaginaba. Pero, definitivamente, era imposible seducir a una mujer tan independiente y huidiza que se cerraba al amor como un caracol asustado.

—No te atormentes más, Lucas, ¿quién iba a imaginar que algo así sucedería? —le consoló Virginia, que trataba inútilmente de ganarse de nuevo su confianza.

Ahora que Daniel había salido del coma, recuperar a Lucas se había convertido en su prioridad absoluta. Ni siquiera Vidasa era ya tan importante.

Si lograron levantarla una vez, volverían a hacerlo.

—Al menos Daniel se recupera felizmente —prosiguió, cambiando de tema—. Ya es capaz de dar sus primeros pasos con ayuda de un andador y ha recuperado la movilidad de la lengua, lo que le permite mantener una conversación.

—¡Es asombroso!

—Sí. Al fin Alicia ha recuperado la sonrisa. Es inmensamente feliz, aunque sigue sin comprender tu obsesión por mantener en secreto su regreso del coma. ¡No sé cuánto tiempo más voy a poder ocultarle la verdad!

Lucas todavía no había visitado a Daniel. Lo haría más adelante, y como amigo, no como cuñado. Acordaron no contarle nada acerca del acuerdo al que llegaron tras el descalabro de Vidasa, evitándole disgustos y preocupaciones innecesarias. Le mintieron haciéndole entender que la empresa iba de maravilla y que todo seguía igual que antes de su accidente.

Si bien Daniel respondía adecuadamente al tratamiento, el médico les había insistido en que era de vital importancia mantenerle al margen de las malas noticias, pues podrían hacerle caer en un estado depresivo que dificultaría enormemente su recuperación. Necesitaba sus cinco sentidos y toda su energía dedicados a la difícil misión de volver a ser el de antes: un hombre en plenas facultades físicas y psíquicas.

—Ese bastardo no va a salirse con la suya. Tengo guardado un as en la manga —dijo Lucas, volviendo al tema de la investigación y esbozando una sonrisa maliciosa y perversa.

—¿Qué estás tramando, Lucas? —inquirió, intrigada.

—Cuando me robaron los papeles de mi despacho, cambié la cerradura.

—¿Y?

—Pues que además mandé instalar cámaras ocultas por los rincones que consideré más convenientes para la seguridad de la empresa.

—¡Pero eso es ilegal!

—Por esa razón no se lo dije a la policía, que ni siquiera se percató de su localización. —Virginia meneó la cabeza, meditando las consecuencias legales de aquel delito—. Esta misma tarde tendré las cintas en mi poder. Al menos, en esta ocasión, he sido más listo que ese cabrón.

—Pero aunque apareciese en esas cintas, no podríamos ir a la policía.

—No, pero sería un primer paso para descubrir quién es y qué motivos le impulsan a destruirnos. En cuanto sepamos de quién se trata podremos

defendernos mejor y contraatacar. Esta vez le hemos cazado.

Lucas estaba ansioso por ver las cintas. Desde su accidente de coche se había tomado el asunto como algo personal. No iba a consentir que nadie hiciera daño a Virginia; la amaba más que nunca, incluso ahora que su relación estaba en un punto muerto. Ya no había sexo entre ellos, ni juegos eróticos, ni miradas seductoras, ni siquiera conversaciones algo subidas de tono... Su relación era estrictamente profesional, ciñéndose al trato que acordaron en su día.

Virginia observó a Lucas. Se le veía algo cansado. Desde la noche en que la pilló hurgando en sus cosas había cambiado radicalmente su actitud hacia ella. Tres veces más había intentado explicarle los motivos que la impulsaron a hacer una cosa tan ruin, pero él se limitó a asentir sin apenas escucharla. Virginia había recurrido a su innegable atracción, empleando sucios trucos para seducirle; pero él no sucumbió, permaneciendo firme en su propósito de ignorarla. Al menos, no le había retirado la palabra... todavía.

Lo peor de todo era descubrir que, lejos de agradecer ese distanciamiento, Virginia le echaba de menos a cada momento. Necesitaba sus caricias, sus bromas, su inagotable sentido del humor, sus abrazos llenos de ternura... ¿Cómo hacer para recuperarle? ¿Deseaba realmente volver a tenerle o era solo una cuestión de orgullo? Aquella indiferencia estaba acabando con ella. Se habían convertido en dos extraños vagando por la misma casa con el único propósito de terminar con la investigación y volver a sus anteriores vidas. Y eso le aterraba. ¡Qué ironía! Ella, la hasta ahora independiente y solitaria mujer glaciador sollozando por amor, o lo que demonios fuera aquello que sentía. Tendría que pensar en alguna táctica magistral para atraerle.

Gracias a Dios, Nicolás y Natalia no parecían captar la sutil hostilidad entre ellos. Estaban demasiado ocupados en sus propios flirteos como para ver más allá de sus propios intereses.

Natalia había decidido dar una tregua a Nicolás como agradecimiento a sus cuidados. Todavía estaba bastante débil, pero ya era capaz de moverse por la casa y pasar largos ratos levantada.

Virginia se alegraba de que, al menos ellos dos, gozaran de una bonita amistad en la que se palpaba una inminente reconciliación. Cualquiera podía ver cómo se buscaban desesperadamente, fingiendo encontrarse por casualidad pero sin separarse hasta varias horas después.

Por Lucas sabía que Nicolás todavía no le había confesado a Natalia que

conocía el secreto de su paternidad, ni pensaba hacerlo de momento. Tenía todo su esfuerzo concentrado en obtener el perdón de ella y conseguir que le admitiese nuevamente en su vida; luego abordaría el tema de Mateo. Al parecer, no la culpaba por habérselo ocultado; cualquiera en su lugar hubiese hecho lo mismo. Solo quería recuperarla y enamorarla de nuevo para volver a tener lo que en su día lo fue todo para él: una vida plena junto a la mujer amada.

Nicolás le había confesado a Lucas que deseaba formar una verdadera familia, y dado que perdió a sus padres de una manera tan brutal y repentina, soñaba con poder pasar cada segundo del resto de su vida disfrutando de su hijo. Ansiaba enseñarle a jugar al fútbol, acompañarle a clase el primer día de colegio, comprarle su primera bicicleta, llevarle de pesca... ¡Eran tantas las cosas que les quedaban por hacer juntos, que rezaba para que Natalia le diese una segunda oportunidad! Amaba con locura a esa mujer, en apariencia frágil y dulce, pero que le había dado una lección de fortaleza y saber estar.

Virginia suspiró al pensar que, cuánto más cerca de conseguirlo estaban Nicolás y Natalia, más distanciados estaban ella y Lucas. Los últimos sucesos no hacían otra cosa que ensanchar el abismo que parecía haberse creado entre los dos. Era más que evidente que Lucas la evitaba por todos los medios. Pasaba la mayor parte del tiempo en Vidasa, tratando de levantar el negocio y limpiando la imagen que, a consecuencia de la intoxicación, había quedado gravemente perjudicada. Virginia tenía la desagradable sensación de que cuando ella entraba en alguna estancia, él fingía alguna excusa para salir corriendo. Tan solo coincidían algunas noches, a la hora de la cena, y gracias a la amena conversación de Nicolás, su distanciamiento quedaba camuflado. Así, ¿cómo puñetas iba a recuperar lo que hubo entre ellos?

Solo Carlos parecía percibir aquel gélido comportamiento entre ellos. Le había pillado observándoles con actitud desafiante e inquisitiva en varias ocasiones. Sin embargo, su expresión pasaba a ser de admiración y compasión cuando contemplaba exclusivamente a Lucas. Sin duda la culpaba de todos sus males. Sabía que la vigilaba muy de cerca, esperando el momento de ponerle las maletas en la calle. Ese hombre la incomodaba hasta un punto insospechado, pero debía admitir que se ocupaba de Lucas como si fuese su propio hijo.

Riquelme llegó puntual a casa de Lucas. Virginia y Lucas le esperaban inquietos con la esperanza de que las cintas revelasen, por fin, algún indicio

de lo que estaba ocurriendo realmente en sus vidas y en Vidasa.

Lucas hizo la oportuna presentación, aclarándole al detective que su mujer ya estaba al tanto de todo y autorizándole a hablar abiertamente del caso sin temor a escandalizarla. También le informó de que ella ya conocía el hecho de tener que ir acompañada por la escolta a todas partes.

Se encerraron discretamente en el despacho, donde gozaban de la intimidad necesaria, y se sentaron frente al ordenador portátil, preparados para ver las secuencias que acabarían por desvelarles la incógnita a sus pesadillas.

Las cintas correspondían a varios días consecutivos anteriores a la fecha de la intoxicación. Las fueron examinando una a una, sin observar nada fuera de lo normal. En las mismas solo se veía el desarrollo de una jornada laboral habitual, con los trabajadores ejerciendo sus oficios y tareas eficazmente, sin indicios de nada sospechoso.

—Un momento —exclamó Lucas—. Mirad, ¿quién coño está manipulando mi puerta?

En la cinta figuraba un hombre, de espaldas a la cámara, forzando la puerta del despacho de Lucas. No hubieran podido asegurar de quién se trataba si no hubiera sido porque, en el último momento, el tipo se giró para comprobar que no había nadie a ambos lados del pasillo antes de introducirse en la estancia y cerrar la puerta tras de sí.

Una vez dentro, se le veía abriendo cajones y estudiando papeles a toda velocidad, nervioso y mirando hacia la puerta con temor. Su rostro reflejaba una ansiedad que no correspondía con el carácter calculador de quien se suponía que había tramado el asesinato de Daniel.

—¡Es Oliver! Le tenemos. ¡Vaya decepción! Le tengo cariño a ese tipo —maldijo Lucas.

Virginia no pudo evitar esbozar una leve sonrisa al imaginar el mal rato que debió pasar Oliver por secundar su absurdo plan.

—No es él. Oliver no es la persona que buscamos —sentenció.

Los dos hombres de la sala la miraron incrédulos.

—Puedo explicarlo —dijo avergonzada—. Yo le pedí que entrase en tu despacho y mirase tus papeles. Ya sabes, por aquel asuntillo de la llamada de teléfono.

«¿Por qué no me sorprende nada eso?», pensó Lucas.

—Si lo desean, les dejaré solos unos minutos —intervino Riquelme,

incorporándose de la silla y haciendo acopio de su discreción.

—No será necesario —repuso Lucas, sin evidenciar ninguna pista sobre su actual estado de ánimo tras aquella confesión. Si se lo proponía podía ser un iceberg—. Prosigamos con las cintas.

Virginia levantó una ceja, mirándole directamente a los ojos. Esperaba una señal, un gesto, algo que delatase sus pensamientos, pero él se limitó a sacudir la cabeza en forma de reprimenda y no dijo ni una sola palabra del asunto, siguiendo su tónica habitual de los últimos días. Ese mutismo irritaba enormemente a Virginia, pero se consolaba pensando que era un justo castigo por su falta de confianza en él.

Tras varias horas sin ningún otro indicio en las cintas, por fin llegó el momento tan esperado. En una de ellas se veía cómo una persona, con el rostro cubierto por un pasamontañas, se movía libremente por el edificio hasta alcanzar su objetivo, la estancia de manipulación de alimentos. Entraba en ella con un maletín en la mano y salía cinco minutos más tarde por la misma puerta. Lo que había ocurrido dentro de las cocinas —donde no había ninguna cámara instalada— se lo imaginaban todos. Sin duda alguna, aquel misterioso individuo debió verter alguna sustancia nociva en los pedidos y de ahí la intoxicación sufrida por los asistentes a la convención.

La fecha de grabación indicaba que aquel día era festivo, por lo que no había nadie en el edificio que le impidiese llevar a cabo sus fechorías. Solo tuvo que esperar que el guarda de seguridad que custodiaba la entrada principal del edificio se ausentase unos minutos para hacer la ronda, burlar la alarma —que lógicamente conocía— e introducirse en las oficinas. Una vez dentro fue pan comido. En las imágenes se veía cómo el individuo disponía de una tarjeta de identificación que le daba acceso a todas las zonas restringidas. Pero, ¿de quién se trataba?

—Bueno, al menos sabemos que alguien manipuló el pedido y no fue un error de cocina —dijo Lucas, algo disgustado por la escasa información que habían obtenido—. Pero seguimos sin saber de quién se trata. Partimos de cero, para variar.

—No tan deprisa —repuso el detective—. Tenemos un individuo que por su aspecto físico parece relativamente joven, fuerte y ágil. Y también tenemos un día concreto y una tarjeta de identificación que ha dado acceso a diversas zonas restringidas. Esa tarjeta dispone de un código que debe figurar en los registros de la empresa de seguridad. Es cuestión de rastrear esos registros y

aparecerá el nombre de la persona que está en posesión de la misma.

—¿Así de fácil? —preguntó Virginia, esperanzada.

—Bueno, si la persona que buscamos es tan lista como parece hasta ahora, probablemente haya manipulado la tarjeta, pero también cabe la posibilidad de que piense que no le buscamos y no haya tomado tantas precauciones. Habrá que esperar hasta mañana.

—¡Todo este asunto es de locos! —replicó Virginia, desesperada—. Pero, ¿por qué tomarse tantas molestias en malograr la imagen de Vidasa?

—Esa es la clave, señora Saldarriaga —contestó el detective—. Y ahora, si no le importa, ¿podría hacerle algunas preguntas respecto a su hermano?

—Claro, si cree que eso puede ayudar. Pero ya le he dicho a Lucas que no tenía enemigos, al menos, que yo sepa.

—¿Nunca ha habido ningún capítulo escabroso en su vida? —Ella le miró entre contrariada y enojada—. Siento ser tan directo, pero sería de gran ayuda conocer cualquier detalle, por muy insignificante que pueda parecerle. Un competidor, un familiar dolido, una amante, una ex novia... Cualquier cosa podría ser importante.

—¿Una amante?

Virginia desvió levemente la mirada hacia Lucas, esperando ver una señal de que él le había mencionado la infidelidad de Daniel. Nada, su anodina expresión no le decía nada. A ella se lo había ocultado, siguiendo su habitual discreción, pero había llegado el momento de desvelar aquel secreto. ¡Estaba en juego la vida de todos ellos!

—Mi hermano le fue infiel a Alicia una noche, meses antes de casarse, y por lo visto aquella mujer le estuvo acosando hasta el mismo día de la boda. Luego nunca más supieron de ella.

El detective escuchaba con atención, sin mostrar ningún juicio de valor. En cambio, Lucas se puso rígido y la observó con el ceño fruncido, seguramente preguntándose desde cuándo tenía ella esa información.

—Ya. ¿Sabe el nombre de esa mujer?

—No, pero tal vez Lucas pueda ayudarle. Creo que él llegó a conocerla.

Lucas estaba perplejo. Siempre pensó que tanto Alicia como Daniel habían mantenido aquel asunto en secreto, pero era obvio que alguno de los dos debió compartirlo en un momento de debilidad.

—Creo que se llamaba Silvia —repuso Lucas—. No recuerdo su apellido... ¿Ramirez, Fernández, Gómez...? No sé, era un apellido corriente,

muy español. Si lo necesita miraré en mi agenda de trabajo, quizá lo tenga ahí.

¡Ojalá su relación no estuviera en fase de distanciamiento, porque Lucas deseaba abrazarla! ¡Cómo compadecía a Virginia en esos momentos! Sus ojos vidriosos reflejaban su indiscutible tristeza. Estaba seguro de que este sorprendente suceso había acabado definitivamente con las esperanzas de su mujer de encontrar un amor puro y eterno. ¿Habría contribuido también esa infidelidad a ratificar su erróneo concepto del amor? A tenor de los hechos que la rodeaban, Virginia tenía motivos más que suficientes para insistir en su teoría de que el amor es un sentimiento pasajero y superficial, en el que antes o después alguien sale herido y perjudicado. Aunque, paradójicamente, en este caso en particular, la pareja seguía feliz y eso rompía con aquella absurda teoría.

—¿Dónde conoció Daniel a esa mujer?

—En una convención. Creo recordar que era directiva o socia de una pequeña empresa de alimentación. —Lucas se detuvo—. Solo fue una noche —y miró directamente a Virginia intentando apaciguar el dolor de su corazón, pero ella desvió la mirada.

—¿Tuvo ocasión de conocerla bien?

—No, pero me pareció una desequilibrada. Se encaprichó de Daniel de forma obsesiva, aunque él siempre fue claro y sincero. A la mañana siguiente de su aventura le confesó su error y le dijo que no volvería a ocurrir algo parecido. Daniel amaba y aún ama a Alicia por encima de todas las cosas. —Aquella última afirmación la hizo mirando nuevamente a Virginia, que parecía desolada—. Sinceramente, no creo que esta mujer tenga nada que ver con el asunto que nos compete.

—Señor, he visto demasiadas cosas insólitas en mi carrera de investigador como para fiarme de nadie. Le agradecería que me diese los apellidos de esa señorita cuando pueda.

Lucas asintió, mientras Virginia permanecía sentada, callada y abatida. Era evidente que le angustiaba el asunto de la infidelidad de su hermano.

—¿Alguna persona más que deba investigar? —dijo el detective.

—¿Márquez? —dijo Virginia, tajante, reponiéndose de su letargo—. Quiso comprar la empresa y no se salió con la suya.

—Ya le estamos investigando —respondieron los dos al unísono.

—Respecto a usted, señora, ¿cree que podría haber alguien que la odiase tanto como para querer destruir a su hermano y su entorno? —Riquelme iba

directamente al grano, sin tapujos.

—Ex novios he tenido unos cuantos, pero no creo que ninguno me odie tanto como para querer acabar con la vida de mi hermano. Es probable que sí con la mía —replicó Virginia en un tono algo subido, poniendo de manifiesto su malestar por el interrogatorio, que si bien reconocía necesario se le estaba haciendo insoportable—. ¿Quiere que le haga una lista? —dijo con sarcasmo—. Sinceramente, todo esto me resulta absurdo.

—Virginia, solo hace su trabajo —medió Lucas, posando la mano sobre el hombro de su mujer con la intención de aplacar tanto dolor.

Ella asintió con resignación.

—Lo siento —se disculpó—. Es que me cuesta tanto creer que alguien quisiera matar a Daniel intencionadamente... ¡Es un hombre tan bueno y honesto! Todos los trabajadores de Vidasa le admiran por su entrega y dedicación. Se ocupa de ellos como si fueran parte de su familia. Si tienen problemas económicos les da un adelanto, si tienen un hijo enfermo les autoriza días libres... ¡Es una excelente persona! A Fabián, por ejemplo, le dio trabajo sin conocerle de nada solo porque su mujer le había abandonado y estaba a punto de tirarse por un puente. Lo encontró y le ofreció una oportunidad. ¿Quién querría hacer daño a alguien así? —Sus ojos se empañaron. Se incorporó y se detuvo frente a la ventana.

—Bien, creo que es suficiente por hoy —respondió Riquelme, sabedor de cuándo un interrogatorio había llegado a su fin—. No obstante, le agradecería que cualquier detalle que considere de interés me lo haga saber enseguida. —Ella le miró y entornó los párpados, asintiendo.

Cuando por fin se quedaron solos, Virginia esperó a que Lucas le increpara la intrusión de Oliver en su despacho, pero él se limitó a sentarse frente al ordenador, pasando las cintas una y otra vez.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó, cansada de esperar su reacción—. No, ya veo que no —susurró al ver que Lucas permanecía callado y apenas se inmutaba.

Pasados unos segundos no pudo soportarlo más. Se acercó de golpe hacia su mesa y bajó ligeramente la tapa del ordenador impidiéndole continuar con su tarea. A Lucas no le quedó más remedio que prestarle atención. Levantó una ceja, malhumorado.

—¿Hasta cuándo vas a seguir comportándote de este modo tan infantil? ¿Como si yo no existiese? Por el amor de Dios, grítame si hace falta,

insúltame; pero reacciona de una maldita vez.

—¿Eso te haría sentir mejor?

—No, creo que no —vaciló ella. Él se encogió de hombros, levantando nuevamente la tapa del ordenador, dispuesto a seguir con su tarea—. ¡Lucas, por favor!

Le dirigió una rápida mirada.

—Lo siento, de veras —continuó Virginia—. Solo te quedan dos opciones; o comprendes hasta qué punto me impactó tu misteriosa llamada telefónica, lo que me llevó irremediablemente a desconfiar de ti y espiarte, o sigues ignorándome hasta que desaparezca definitivamente de tu vida, lo que, por el momento, veo una tarea imposible dado que vivimos bajo el mismo techo. —Hizo una leve pausa—. Puedo irme si eso es lo que quieres.

A Lucas le dio un vuelco el corazón. Fijó su mirada en ella tratando de adivinar el significado de aquellas duras palabras.

—No tienes por qué seguir adelante con esto; al fin y al cabo, se trata de mi familia.

A Lucas le hubiera gustado gritarle que ese era precisamente el problema, pero se reprimió. Solo deseaba hacerse un hueco en su corazón y en esa familia que ella tanto protegía, pero Virginia se empeñaba en rechazarle continuamente.

—¿Olvidas que intentaron matarme? Desde ese preciso momento se convirtió también en un asunto mío —repuso rotundo, rogando que ese argumento fuera suficiente para zanjar el tema y la obligara a permanecer en su casa algún tiempo más.

Debía seguir protegiéndola. Una cosa era haber renunciado a ella, dándose por vencido en la malograda misión de conquistarla y, otra muy distinta, dejarla marchar. La necesitaba cerca, muy cerca. Si ya era duro resistirse a besarla, dejar de verla sería como ir directamente al infierno y ser consumido por las llamas de la desesperación. No, no podía ni quería dejarla marchar.

—No quiero que te vayas —susurró Lucas.

Virginia suspiró. ¡Qué alivio! No soportaba la idea de estar lejos de él, de no compartir su lecho cada noche, de no disfrutar de su compañía... Aunque últimamente esta no fuese precisamente de lo más placentera.

—Bien, como quieras, y piensa en lo que te he dicho —dijo con determinación y salió por la puerta.

La atmósfera cargada y violenta que parecía reinar en la casa la estaba

ahogando. Virginia necesitaba salir de allí con urgencia para renovar el aire de sus pulmones y aclararse las ideas. Todas esas nuevas sensaciones, que invadían tanto su cuerpo como sus pensamientos sin haber sido invitadas, se habían propuesto volverla loca.

Se sentía completamente abatida después de haberle echado un órdago a Lucas, arriesgándose a perderle. ¿Y si le hubiese pedido que se fuese? La sola idea la aterraba. Por un momento creyó que la invitaría a abandonar la casa para siempre y eso casi la mata del susto.

Lucas se había asentado en su corazón de una manera total, sin darse apenas cuenta. Sus latidos se aceleraban con su presencia disparando su pulso hasta alcanzar un ritmo casi frenético, llenándola de una absurda euforia. ¿Qué la estaba pasando?

Resultaba curioso que, meses atrás, cualquier hecho inesperado y doloroso la hubiese empujado a buscar la soledad de su pequeño apartamento y, en cambio ahora, solo la reconfortaría estar entre los brazos de Lucas.

Todavía no eran ni las nueve de la noche y pensó que un paseo le vendría bien. Le abriría el apetito para la cena. A estas horas la temperatura ya habría bajado al menos cinco grados y no haría un calor tan sofocante como en pleno día.

Repasó su indumentaria: pantalones cortos color caqui, un polo rojo y unas cómodas sandalias. Perfecto, estaba lista para dar una pequeña vuelta por los alrededores y poner sus ideas en orden. Todavía le temblaban las manos de pensar que ahora podría estar haciendo las maletas.

Dirigió sus pasos sin rumbo fijo, acabando finalmente en un parque frondoso y verde. Hacía una tarde preciosa. Se sentó en un banco para contemplar la puesta de sol. ¡Qué maravilla!

Cuando quiso darse cuenta, había transcurrido una hora y comenzaba a anochecer. Al tratarse de un barrio residencial apenas había gente por la calle y, de pronto, recordó las palabras de Lucas «Jamás salgas sola a la calle cuando caiga la noche». Y eso era precisamente lo que acababa de hacer. Estaba sola. Un escalofrío recorrió su espalda.

Aceleró el paso para volver lo antes posible, tratando de convencerse a sí misma de que su vida no corría ningún peligro. ¿Quién en su sano juicio hubiese esperado que saliera a pasear a esas horas? Nunca lo hacía, por lo tanto, era improbable que el sospechoso apareciese de repente.

«Tranquila», se dijo, con ánimo de calmar su claro nerviosismo. «Si al

menos no le hubiera dicho al escolta que se fuera a descansar.» Realmente había sido una insensata desobedeciendo las órdenes de Lucas dándole así un motivo más para odiarla. «¡Perfecto Virginia, conseguirás perderle para siempre!»

Calculó que le restaban unos seiscientos metros para alcanzar su meta. Su respiración comenzó a agitarse. De pronto, le pareció escuchar unos pasos tras ella, pero no quiso detenerse para asegurarse. Entró en pánico y echó a correr. Ahora estaba segura de que la seguían, pues el sonido de aquellos pasos aumentó al mismo ritmo de los suyos, retumbándole en los oídos. Se le encogió el estómago. No quiso echar la vista atrás. No podía perder ni un segundo. Se maldijo una vez más por haber sido tan imprudente. ¡Como si el atraco a Daniel y el accidente de Lucas no hubiesen sido más que suficientes, ahora era ella la que estaba a merced de ese desalmado!

El cansancio comenzó a hacer mella en ella. No conseguiría llegar sin que la alcanzara aquel malnacido. Estaba perdida. Esta vez no había escapatoria. ¡Y ella que creía que las clases de pádel y de aeróbic bastarían para mantenerla en forma! Era evidente que no, la carrera la estaba dejando exhausta. Notaba cómo sus piernas empezaban a flaquear y comenzaba a sentir un ligero dolor en el costado derecho. «¡Flato!» «Vamos Virginia, un último esfuerzo», se animó. Pero, por desgracia, sus fuerzas la habían abandonado. Apenas podía aguantar el ritmo de su corazón y sus piernas ya no le respondían.

De repente, su pie derecho se topó con un pequeño objeto que se encontraba en la acera y, sin poder esquivarlo, chocó directamente contra él. «Mierda», exclamó. Perdió el equilibrio, incapaz de soportar el peso de su propio cuerpo, agotado y débil. Como si se tratase de una escena a cámara lenta, vio cómo caía de bruces contra el suelo rodando un metro por la acera, golpeándose todos y cada uno de sus huesos. Cada sacudida era mucho peor que la anterior. Trató de protegerse y de amortiguar los envites, envolviendo su cuerpo en sus brazos, pero el dolor era insoportable. Debía encontrar algo donde poder agarrarse o seguiría rodando eternamente. No fue hasta que su cabeza se empotró contra una farola que pudo detenerse al fin. El impacto fue brutal y Virginia perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 17

Cuando despertó, lo primero que vio fue el rostro preocupado de Lucas y luego a Natalia y Nicolás al otro lado de la cama.

—Virginia, ¿puedes oírme? —preguntó su marido visiblemente afectado.

—Alto y claro —respondió con voz ahogada—. Pero, por lo que más quieras, baja la voz. Me va a estallar la cabeza de un momento a otro —aclaró, mientras se llevaba las manos a la cabeza.

Lucas y los demás suspiraron. Al menos, no parecía estar desorientada.

—Dime tu nombre.

—¿Es una broma? —repuso intentando incorporarse de la cama—. Lucas, ¿no creerás que vas a librarte de mí alegando amnesia? Pienso seguir dando guerra durante mucho tiempo.

Él la abrazó, ya más relajado, y ella sintió que estaba a salvo.

—Oh, Virginia, nos has dado un buen susto —dijo Natalia, con expresión de absoluto pavor—. ¡Vaya porrazo!

—¿Puedes andar? —preguntó Lucas—. Te llevaré al hospital, te has dado un buen golpe. ¿Pero en qué demonios estabas pensando?

Ella se encogió de hombros. Ya le explicaría lo ocurrido cuando estuviesen solos. Al menos estaba en casa, aunque no tenía la menor idea de cómo había llegado hasta allí.

No fue hasta que volvieron del hospital, donde la radiografía reveló que Virginia no había sufrido más daños que los externos, que Lucas sintió deseos de estrangularla por ser tan insensata. Durante el trayecto al hospital su mujer le había informado del accidentado paseo y cómo creyó que alguien la seguía. Ahora nunca lo sabrían.

Estaba realmente cabreado con ella. ¿Por qué diablos tenía que ser tan impulsiva? Si él no hubiese salido a buscarla, ahora todavía se encontraría tirada en el suelo o, sabe Dios, lo que podría haberla sucedido en manos de ese bellaco vil y perverso. Al llegar la hora de la cena y no verla por ninguna parte de la casa, se extrañó y le preguntó a Carlos si sabía dónde podía encontrarla. Éste le informó de que había salido hacía más de una hora, pero como su coche seguía allí aparcado, era obvio que se había ido andando. Entonces decidió salir en su busca y, nada más doblar la primera esquina, vio cómo Virginia tropezaba y caía.

—Pero cómo se te ocurrió salir, ¡y sin escolta! Eres una insensata —le

gritó, ya en el dormitorio.

Hasta ahora, el temor por lo que podría haberla sucedido le había mantenido ocupado, pero ahora que tenía la certeza de que Virginia estaba relativamente bien, descargó la furia contenida contra ella. No deseaba otra cosa que darle una buena reprimenda por haberse comportado de manera tan temeraria. Si algo le ocurriese, él se moriría.

—¿Es qué no ves lo que podría haberte ocurrido? ¿Y si no llego a estar yo ahí? ¿Y si realmente te seguía ese tipo? ¡Podría haberte matado!

Ella sacudió la cabeza, consciente de que cada una de aquellas afirmaciones era cierta. No tenía excusa ni argumentos para rebatirle y sí un buen dolor de cabeza.

—Lo siento, fui una estúpida —convino, sin la menor intención de discutir.

—¡Creí haberte advertido de que era peligroso salir de noche!

—Cuando salí todavía no había oscurecido —dijo, en un vago intento de justificar su estupidez. Cerró los ojos y se tocó el golpe de la frente. La cabeza amenazaba con explotar—. Me entretuve, eso es todo. No volverá a ocurrir.

—Maldita sea, Virginia. Te has comportado como una irresponsable temeraria y suicida. —Sus ojos la miraban con reproche, pero con la ternura de un enamorado—. ¿Es qué no te das cuenta de que te podría haber ocurrido algo terrible? Ese tipo no tiene escrúpulos y sí muchas ganas de deshacerse de algunos de nosotros.

—Basta, Lucas, por favor. La cabeza me va a estallar, apenas siento los huesos y, si te sirve de consuelo, admito y acepto todas tus críticas. Fui una estúpida, insensata, temeraria y suicida... pero, apiádate de mí, ¿vas a estar toda la noche gritándome y reprochándome mi mal comportamiento o piensas darme un respiro para ducharme?

El médico le había dado órdenes expresas a Lucas de no dejarla dormir durante las próximas horas hasta que estuviese seguro de que la cabeza de Virginia regía con normalidad. Pasadas unas horas, podía dejarla descansar pero despertándola cada tres horas para comprobar si continuaba con todos los sentidos en orden. Le advirtió que, durante las próximas cuarenta y ocho horas, podría sufrir desorientación, visión borrosa, vómitos, mareos o cualquier otro síntoma como consecuencia del traumatismo craneoencefálico sufrido. En ese caso, debían acudir a urgencias con rapidez.

—Son casi las doce —continuó Virginia—, y si vas a pasarte toda la noche reprochándome mi estupidez, al menos, prefiero ponerme cómoda.

—No estoy para bromas, Virginia —apuntó Lucas, impotente ante su sarcasmo. La miró con dulzura—. Me has dado un susto de muerte.

—Vaya, eso sí que es una novedad. Es agradable saber que todavía albergas algún sentimiento hacia mí... aparte de la indiferencia, quiero decir —contestó desafiante, pero en un tono sensual.

—Lo digo en serio. —Lucas se acercó a ella y le acarició la mejilla—. Si te hubiera pasado algo...

—Estoy bien. —Le dedicó una amplia sonrisa, que lo desarmó por completo. Su enfado se había esfumado—. Aunque, a decir verdad, me duele cada diminuto e insignificante hueso de mi cuerpo.

Él la miró de arriba abajo y sintió lástima. Tenía las rodillas y los codos ensangrentados, además de enormes hematomas por todo el cuerpo. A pesar de que en el hospital le habían limpiado y curado las heridas, todavía tenía sangre pegada en la piel. Su ropa estaba manchada y desgarrada; por no hablar del enorme chichón de la frente, que también cubría parte de la cabeza. Este suceso le iba a pasar factura durante unos días.

Virginia se encerró en el cuarto de baño. Necesitaba estar sola. No quería que Lucas percibiese el miedo que todavía tenía en el cuerpo, pero sus manos temblorosas la delataban. Nunca en su vida se había sentido tan frágil y débil.

Apoyó aquellas manos en el lavabo, agarrándose con fuerza y rabia, y se miró al espejo. No podría tener peor aspecto.

Una vez se hubo duchado y aseado, se tumbó en la cama, dándole la espalda a Lucas. Se sentía morir. Todavía recordaba el pánico que le invadió al saberse en peligro. Solo de pensar en lo que podía haberla sucedido, le asaltaban unas enormes ganas de llorar.

Tras un tenso silencio, Virginia decidió romperlo.

—¿Podrías abrazarme? —«Estoy asustada.»

—¿No estarás tratando de aprovecharte de mí por estar convaleciente?

—Por favor —rogó, suplicante y abatida.

Al verla tan desvalida, no pudo negarse y obedeció, condescendiente. Estaba abrumado por aquella insólita petición. Se deslizó hacia ella y, envolviéndola con la totalidad de sus brazos, la atrajo hacia él. Era maravilloso volver a estar tan cerca de ella. Percibió la rigidez del cuerpo de Virginia, frío y tembloroso, fruto del susto, imaginó.

—Se me había olvidado lo agradable que es estar entre tus brazos —murmuró Virginia.

Lucas se estremeció de placer al oír aquellas palabras que tanto significaban para él. Su mujer se alegraba de tenerle cerca, ¡eso era un avance en su actual, inexistente, relación!

—¿Has pensado sobre lo que te dije esta tarde? ¿Vas a seguir ignorándome o piensas perdonarme algún día? Admito que no he sido justa contigo. Tú te ofreciste a ayudarme y yo... te juzgué erróneamente. —Hizo una breve pausa—. Espero que no me odies por eso. Al menos reconoce que tú tampoco fuiste precisamente muy sincero, aunque tus intenciones fueran honestas.

—Tal vez —convino Lucas, sin excesivo entusiasmo. De sobra sabía él que no había jugado limpio—. Y sabes que nunca podría odiarte —le aclaró, apretando su cuerpo contra el de Virginia como si quisiera fundirse con ella y darle todo el calor que en estos momentos necesitaba para reponerse de aquel duro trance.

—Pues tienes una extraña forma de demostrarlo —susurró ella amargamente—. Yo, en cambio, odio que seas tan sumamente encantador.

Virginia se revolvió hasta conseguir girarse hacia él y le rozó los labios con los suyos. ¡Cuánto echaba de menos saborear esa boca tan masculina y sensual!

—¿A qué viene esto? —quiso saber Lucas, sorprendido por ese gesto tan espontáneo y tierno.

—Te he echado terriblemente de menos estos días —le confesó Virginia, sin ningún pudor—. No sé qué diablos me estás haciendo, pero provocas un efecto en mí que ni siquiera yo alcanzo a comprender.

—¿Y eso es bueno o malo?

—No tengo la menor idea. Creo que es la primera vez que no siento ganas de salir corriendo cuando un hombre me abraza con la ternura que lo haces tú.

Virginia se sorprendió por la magnitud de sus palabras. Eran lo más parecido a una declaración de amor y, sin embargo, compartir ese sentimiento la hizo sentirse libre. Jamás antes había tenido el deseo de abrirle su corazón a un hombre, pero con Lucas todo parecía ser diferente. Ansiaba compartir cada una de las emociones que él era capaz de provocarle. Por esa razón, estos días se había sentido tan desdichada. Le costaba digerir su indiferencia y rechazo.

—¿Sabes? Me siento fatal cuando me esquivas como si fuese una apestada.

—Yo no te esquivo —mintió él, descaradamente—. Y ese golpe de la cabeza definitivamente te ha trastornado. ¿No será tu orgullo el que está herido?

—No sé si es mi orgullo o mi corazón. Pero lo que sí sé, es que no soporto la idea de que me alejes de ti de esa manera tan brusca. —Esta vez le atravesó con la mirada—. No quiero perderte.

«¡Oh, ¿cómo has podido decir algo tan... cursi?!», se reprochó Virginia. «La falta de costumbre, supongo. O tu maldita vena literaria», se lamentó.

Lucas no podía dar crédito a sus oídos. ¿Era esa confesión fruto del golpe o un sueño hecho realidad? ¿Qué significaban aquellas palabras exactamente?

Ante aquella avalancha de confesiones, Lucas quedó anulado. No sabía qué decir o hacer, pero lo cierto es que Virginia acababa de robarle el corazón de un plumazo. Era inútil luchar contra sus propios sentimientos. Desde el incidente del despacho, Lucas había aceptado su derrota y se había propuesto no hacerle más el amor; cada vez que la tomaba se volvía más adicto a ella. Pero ¿y si ahora cabía una leve esperanza de recuperarla? Además, ¿cómo luchar contra alguien que te tiene hechizado por completo? Era una batalla perdida.

—¿Qué?! —le increpó Virginia al ver su cara de perplejidad—. ¿Por qué me miras así? Debo estar horrible, ¿no?

—Horrible —consiguió articular Lucas, con un hilo de voz ahogado, todavía abrumado por la calidez de sus palabras.

—Vaya, eso sí que es sinceridad —y no pudo evitar reírse de sí misma—. Odio ser yo quién te lo diga, Lucas, pero creo que deberías replantearte tu nefasta estrategia de seducción. A las mujeres nos suele gustar que nos adulen, aunque lo que digas sea una flagrante mentira.

—Ya... debe ser por eso que no tengo mucho éxito con las mujeres.

—Eso sí que no me lo trago.

—Anda, descansa —le ordenó Lucas mientras le daba un suave beso en los labios.

—¿Significa eso que vas a darme una segunda oportunidad? —preguntó con coquetería—. ¿Se acabó el huir de mí?

—Significa buenas noches —y ambos se rindieron al sueño que se apoderaba de ellos sin piedad.

La llamada de Riquelme no se hizo esperar. Al día siguiente ya tenía el resultado de la identificación de la tarjeta que daba acceso a todas las zonas restringidas de Vidasa.

Lucas aprovechó para informarle sobre la supuesta persecución de su mujer la noche anterior, concluyendo ambos que nunca sabrían la auténtica

verdad de aquel incidente. Era imposible saber con exactitud si era el sospechoso el que seguía a Virginia o cualquier transeúnte de la zona dando un paseo o, incluso, haciendo footing. Eso explicaría el ritmo acelerado de los pasos. No obstante, debían de estar alerta.

—¿Y bien? —preguntó Lucas, esperanzado, al otro lado del hilo telefónico. Confiaba en que esta vez Riquelme hubiese tenido éxito en sus indagaciones. Identificar al propietario de la tarjeta de acceso a Vídasa ayudaría mucho.

—No se lo va a creer —repuso el detective con un deje de misterio en su voz.

—Sorpréndame.

—La tarjeta está a nombre de... Daniel Delgado.

—Pero, ¿qué coño significa eso? ¿Es una broma pesada? Esto es peor que una pesadilla. Mi cuñado ha estado en coma meses, ¿quiere decir que alguien está utilizando su acreditación libremente?

Lucas estaba cada vez más desanimado y furioso.

—Supongo que pudieron quitársela durante el atraco o, quizá alguien la extrajo de su despacho. Incluso el sospechoso pudo haberse hecho pasar por él y coger un duplicado de la misma en las oficinas de seguridad. Eso explicaría por qué tenía acceso a cualquier estancia de la empresa. No obstante, he dado orden en Seguridad de anular esa tarjeta; están a la espera de su confirmación.

—Bien, me pasaré por allí esta misma tarde, sin falta —le aseguró Lucas.

La central encargada de la seguridad de la empresa y, por tanto, la responsable de facilitar las acreditaciones magnéticas a los empleados, se encontraba a escasos minutos andando desde el despacho.

El primer trámite para empezar a trabajar en Vídasa era estar en posesión de esa acreditación magnética, sin la cual ningún empleado podía entrar en el edificio. Para ello, el trabajador debía presentarse personalmente en el centro de seguridad, junto con una fotocopia de su carnet de identidad —que era debidamente compulsado con el original—, y una autorización firmada por el máximo responsable de la empresa. Una vez testada toda la documentación, se le tomaba una fotografía, que iría impresa en la acreditación, junto con los datos personales.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lucas, impotente.

—Este asunto se me escapa de las manos, Saldarriaga —confesó Riquelme.

Aquél era uno de los casos más complicados de su extensa carrera profesional. Estaba bloqueado por la complejidad del mismo

—Estoy seguro de que estoy pasando algo por alto y eso me está haciendo muy difícil la investigación.

—Confío en usted, Riquelme —le animó, sabiendo la dificultad que este insólito caso entrañaba—. Ya lo hice una vez y el resultado fue inmejorable.

—Pero entonces no estaba en juego la vida de nadie —puntualizó el detective, que sentía que en este caso en particular no se merecía los altos honorarios de su minuta.

—Pondremos todos los medios a nuestro alcance para protegernos. No repare en gastos. Quiero dos escoltas en la puerta de mi casa, día y noche, y otro asignado a mí, que me muevo mucho. La casa y sus habitantes deberán estar vigilados en todo momento. Me encargaré de dar instrucciones para que no salgan a la calle, salvo extrema necesidad. Ya me inventaré una razón.

—Bien, así se hará. —Al detective le asaltó una duda—. ¿Qué pasará con sus cuñados? También ellos pueden estar en peligro.

—Ya me he ocupado de eso. Ahora que Daniel parece estar recuperándose, les he reservado plaza en un lujoso centro de rehabilitación que dispone de una seguridad soberbia. Mañana mismo le trasladan en ambulancia. Tanto él como Alicia residirán allí hasta que le den de alta. ¡Y espero que para entonces este maldito asunto esté resuelto! De este modo, mataré dos pájaros de un tiro: Daniel dispondrá de los mejores especialistas y, a su vez, los dos estarán protegidos de un nuevo ataque. Están prohibidas las visitas, salvo petición previa, y he dado orden expresa de que nadie, excepto Virginia, usted y yo, podamos hacerlo. Creo que podemos confiar en que estarán a salvo.

—Sospecho que ellos no saben nada acerca de lo que está sucediendo, ¿no es así?

—Nada en absoluto y, por el momento, debe seguir siendo así. No les ayudaría saberlo y, en cambio, la angustia y preocupación que les generaría podría retrasar la recuperación de Daniel.

—Supongo que tiene razón, aunque quizá fuese buena idea interrogar a Daniel.

—Olvídelo.

—Bien —obedeció Riquelme sin más—. Repasaré el dossier de personas allegadas y empleados, y profundizaré en aquellos aspectos que llamen más mi

atención.

—¿Alguna novedad respecto al causante de mi accidente de tráfico? — preguntó con sarcasmo.

—Ninguna, salvo que no fueron los mismos matones que agredieron a Daniel. —Analizó esa información detenidamente y continuó—: Si su coche estaba estacionado en el aparcamiento de la empresa, eso me hace suponer que...

—El sospechoso es alguien de la empresa o de su entorno —le interrumpió Lucas, concluyendo la frase por él—. ¡Podría ser cualquiera! Se reciben visitas continuamente. Los empleados entran con su correspondiente tarjeta magnética y las visitas con un pase temporal que se les entrega con solo presentar el documento nacional de identidad e indicar el nombre del empleado al que desea visitar. Pero, una vez dentro, pueden moverse libremente. Todo queda registrado en el ordenador de la caseta de seguridad situada en la puerta principal de Vidasa. ¡Cualquiera pudo manipular mi coche!

—Bien, echaré un vistazo a los registros del día en que tuvo lugar el accidente, aunque dudo mucho que nos aporte ninguna información adicional. ¡Este cabrón es demasiado listo!

—Gracias por todo, Riquelme —se despidió—, y no olvide mandar el equipo de escoltas hoy mismo.

—Descuide, esta misma tarde estarán en la puerta de su casa.

—Perfecto —agradeció—. Y, por favor, tenga cuidado. Usted también puede estar en peligro.

Virginia durmió toda la mañana. Natalia fue la encargada de despertarla cada tres horas y comprobar que todas sus constantes vitales siguiesen intactas y en perfecto orden.

Podría decir que, para haberse dado semejante golpe, se encontraba sorprendentemente bien. La cabeza parecía regirle correctamente y estaba contenta y animada, aunque con fuertes molestias en todas las articulaciones. El dolor de cabeza había remitido y eso, de por sí, ya era bastante consuelo.

—Ha llamado Lucas —le dijo Natalia mientras le curaba las heridas—. ¡Al menos tres veces! Ya le he explicado que estás bien pero sospecho que no se quedará tranquilo hasta que te vea con sus propios ojos. Ayer estaba desenchajado. A decir verdad, todos lo estábamos. Nos diste un buen susto.

—Lo sé. ¡Vaya torpeza! Mira que tropezar contra un baldosín roto —

mintió descaradamente.

—En fin, lo importante es que no fue nada. —Virginia frunció el ceño, dolorida, a modo de protesta—. Nada importante, quiero decir.

—¡Ay, duele!

—Ya lo sé, pero hay que limpiar esas heridas. Y deja de quejarte, eres peor que un niño —le increpó Natalia cuando ella hizo un amago de retirar el brazo.

—¿Natalia? —Ésta la miró de reojo, concentrada en su tarea—. ¿Qué tal con Nicolás? Es un hombre encantador.

Sus manos se detuvieron de golpe, paralizada por la intimidad de aquella pregunta.

—Te lo ha contado, ¿verdad? —dijo Natalia avergonzada—. Me refiero a Lucas —insistió. Virginia asintió—. Debes de pensar que soy una fresca.

—Pienso que eres la mujer más dulce y buena que conozco. Después de mi cuñada, claro —bromeó, con el fin de relajar el ambiente. Sabía que era un tema demasiado delicado como para tomárselo a risa—. Jamás me atrevería a juzgarte por lo que hiciste. Sé lo difícil que puede ser lidiar con Lucas. Es muy bueno pero, a veces, es imposible razonar con él. Me imagino que debió de ser horrible descubrir que amabas a tu futuro cuñado y que él también te amaba a ti.

—Tienes que creerme, nunca quisimos hacer daño a Lucas. Lo nuestro surgió de una manera espontánea e inocente —argumentó afligida.

—Por supuesto que te creo. —Virginia la abrazó con ternura—. Pero ahora háblame de Nicolás. Si quieres, claro.

—Ay, Nicolás —suspiró, extasiada—. ¿Qué te voy a contar?

—¿Le quieres? —Natalia clavó sus cristalinos ojos verdes en ella—. Lo siento, no pretendía ser indiscreta.

—No pasa nada —la tranquilizó, descubriendo gratamente que no le importaba hablar del tema con ella. En estas semanas había demostrado no solo ser una buena amiga y mejor persona, sino alguien en quien se podía confiar—. Supongo que somos la comidilla de la casa. Parecemos dos colegiales en plena edad del pavo.

Virginia no pudo contener la risa y Natalia se relajó.

—No sé qué pensar —continuó—. No puedo evitar que mis sentimientos me traicionen. Sigo queriéndole, pero tengo tanto rencor hacia él, que no sé si sería capaz de darle una segunda oportunidad.

—Él te quiere —dijo Virginia con determinación—. En cuanto te ve, se le ilumina la mirada como si fueras la única mujer en todo el universo.

—¿Me estás diciendo que me mira del mismo modo que Lucas a ti? —respondió Natalia divertida—. Está claro que le vuelves loco. A veces no le reconozco. Nunca creí que llegaría a verle perdidamente enamorado y doblegado por una mujer.

—¿No te parece que exageras?

Virginia hubiese deseado que las palabras de Natalia fueran ciertas, pero la cruda realidad era que su marido era impermeable. No manifestaba ningún sentimiento o emoción hacia ella, salvo en momentos críticos como la noche anterior, en que bajaba la guardia y se transformaba en alguien más sensible y cariñoso. ¿Pero eran esos sentimientos reales o fingidos?

—Además, no cambies de tema. Estábamos hablando de ti.

—Estoy confundida, Virginia. Ojalá pudiese olvidar todo el daño que me hizo y lanzarme a sus brazos como años atrás. Pero sencillamente no me fío de él. No puedo evitar preguntarme si me quiere lo suficiente o saldrá corriendo al menor contratiempo.

—Natalia, todos cometemos errores. Quizá entonces el engaño y la traición contra su propio hermano fueron una carga demasiado pesada para él. No debe ser fácil aceptar algo así, teniendo que enfrentarte a las críticas y los reproches de tus seres queridos.

—Lo sé. Pero largarse de aquel modo, sin ni siquiera darme una explicación, fue ruin y mezquino. Yo no me merecía eso. Me dejó aquí tirada y...

—Embarazada. —Virginia terminó la frase por ella. Se imaginaba lo difícil que debía ser para Natalia confesar algo así. Ella se limitó a asentir, con los ojos llenos de lágrimas. Virginia le cogió la mano con firmeza—. Comprendo lo duro que debió de ser para ti. Seguramente tanto como lo fue para él. ¿Le has preguntado qué motivos le llevaron a actuar de ese modo?

Natalia negó con la cabeza, limpiándose las lágrimas de las mejillas.

—Quizá deberías hacerlo. Estoy convencida de que tuvo una buena razón para irse. Al menos, entonces lo fue para él.

—Tal vez lo haga —repuso más tranquila—. Nicolás ha intentado hablar conmigo sobre ese tema, pero no sé si estoy preparada para oír esa poderosa razón que le llevó a abandonarme. Es demasiado doloroso.

—Pero vale la pena intentarlo, ¿no crees?

—Para ti es fácil hablar así —contestó Natalia, afligida—. Tú y Lucas os entendéis a las mil maravillas. Es evidente que gozáis de una fantástica relación. Se os ve tan enamorados...

—¿Eso crees, eh? —rio Virginia por lo cómico del asunto—. Te aseguro que no conozco una relación más complicada que la mía.

Natalia la miró incrédula.

—En serio, los dos somos demasiado temperamentales, viscerales y testarudos como para disfrutar de una hermosa convivencia en paz y armonía.

—Que sois temperamentales salta a la vista, pero se os ve tan felices juntos.

—No te dejes llevar por las apariencias —aclaró, sintiéndose fatal por no poder compartir con ella su oscuro secreto—. Créeme, tan pronto nos amamos como nos tiramos los trastos a la cabeza. Ninguna relación es fácil, y apostaría a que la tuya con Nicolás sería mucho más estable y pacífica que la mía. —Ambas se echaron reír—. Lo mío con Lucas es una permanente batalla campal.

—Pero tú le amas, ¿no? —preguntó Natalia confundida.

—¿Sabes?, te confesaré algo. Creí que nunca conocería el amor hasta que Lucas irrumpió en mi vida y puso patas arriba mi mundo. Estar casada con él resulta ser a veces una tortura, pero no estarlo sería como ir a parar a las llamas del infierno. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Supongo que sí aunque, ¿no sería mejor admitir claramente que estamos locas por los hermanos Saldarriaga?

—Admitirlo sería un buen comienzo, sí. —Volvieron a reír—. Lo segundo sería...

—Hablaré con él. Le daré la oportunidad de explicarse. Lo prometo.

—Perfecto. Creo que vale la pena intentarlo aunque solo sea por Mateo.

—La felicidad de mi hijo es lo primero.

—Te aseguro que tu felicidad será también la suya —y le dio un dulce beso en la mejilla.

Cuando Lucas regresó a casa, subió las escaleras a grandes zancadas, tan deprisa como pudo, ansioso por ver a Virginia. Deseaba comprobar con sus propios ojos que estaba perfectamente recuperada.

Abrió de golpe la puerta de la habitación, sin previo aviso, y allí estaba ella, asomada al balcón. Se giró al oírle llegar. Pese al enorme chichón de su frente estaba preciosa. Debía de estar recién duchada, porque su oscura melena caía mojada sobre sus hombros. Los ojos le brillaban más que nunca y

su sonrisa al mirarle le hizo derretirse por dentro. Era increíble que vestida de una manera tan informal —una camiseta ajustada de tirantes roja y un pantalón corto—, resultase un manjar tan apetecible.

—Hola —le saludó ella, todavía esbozando una amplia sonrisa.

—Hola —respondió, absorto.

La imaginación de Lucas se desbordó jugándole una mala pasada al traicionarle con escenas eróticas con ella y él como protagonistas principales.

—¿Estás bien? —le preguntó Virginia al verle tan distraído.

—Perfectamente —susurró, acercándose a ella de frente. Agarrándola por la cintura, no pudo reprimirse y la besó en los labios—. ¿Sabes que estás preciosa?

—Embustero.

A Virginia le recorrió una ola de calor por todo el cuerpo. Ese hombre la consumía por dentro. Clavó sus penetrantes ojos directamente sobre los de él e introdujo sus finos y largos dedos en su sedoso pelo negro.

Lucas se horrorizó al comprobar que su entrepierna reaccionaba al instante y se maldijo por ser tan vulnerable a los encantos de ella. Le sostuvo la mirada, como si se tratara de un duelo a vida o muerte, esperando el siguiente paso de ella, que se limitó a acariciarle la comisura de la boca con tal sensualidad que él sucumbió, atrayéndola con sus enormes manos hacia sus labios hambrientos y sedientos. Sus húmedas lenguas retozaron durante un minuto largo, ansiosas por recorrer aquel apasionante y recóndito territorio.

Lucas creyó que moriría de dolor si su calzoncillo seguía oprimiéndole; estaba erecto hasta la extenuación. Pero sin duda, valía la pena morir así, excitado y envuelto en los brazos de aquella asombrosa mujer. La intensidad del beso fue disminuyendo lentamente, pero ambos se negaban a abandonar la boca del otro. El dolor cada vez más acerado de su miembro le hizo recobrar el sentido y Lucas decidió que una retirada a tiempo era mejor que una derrota y, puesto que se había propuesto no hacerle el amor a Virginia hasta estar bien seguro de lo que ella sentía por él, interrumpió el beso suavemente y le acarició la mejilla con ternura.

—¿Cómo estás? —preguntó Lucas en un tono casi paternal, sin dejar de rodearla con sus brazos.

—¿A ti qué te parece? —musitó con coquetería y algo molesta por la súbita interrupción de ese momento tan pasional.

—A mí me parece que deberías descansar. No te convienen emociones

fuertes —dijo en un vano esfuerzo por justificar su gesto—. Ayer sufriste una conmoción muy fuerte.

—Para tu información, acabo de levantarme de una reparadora siesta y te aseguro que no hay mejor medicina que estar entre tus brazos. —Virginia podía ser realmente persuasiva y seductora si se lo proponía.

—No seas cruel y deja de provocarme. ¿Qué te propones, acabar con el único medio que tengo de propagar mi apellido? —Y se miró directamente al pantalón, donde una delatora curvatura evidenciaba su estado de excitación. No se percató de la expresión sombría de Virginia—. Si sigo así un minuto más, voy a necesitar un buen chute de morfina.

—Creo que bastará con una ducha de agua helada —respondió, satisfecha de comprobar que todavía era capaz de dominar a Lucas en el aspecto sexual—. Debe de ser de lo más desalentador asumir que todo vuestro mundo gira alrededor de ese salvaje e indómito miembro.

—No te equivoques, Virginia, no es precisamente mi miembro lo que me quita el sueño. —Esbozó una maliciosa sonrisa, sin quitarle los ojos de encima. Ella captó la indirecta—. Aunque he de admitir que están directamente relacionados, no imagino el uno sin el otro.

—Eres un perverso —se burló ella.

—¿Perverso? Eso es del todo imposible. Siempre me he caracterizado por mi rectitud. —La seriedad en su tono de voz, la sobrecogió—. He cumplido siempre con todo lo que se esperaba de mí. En no pocas ocasiones he tenido que dejar de lado mis emociones y deseos para dar paso a las obligaciones y compromisos.

Virginia le observaba confusa sin saber muy bien adónde les conduciría aquella conversación.

—¿Era cierto todo lo que dijiste anoche? —preguntó Lucas, de repente.

—No sé a qué te refieres —mintió.

Él levantó una ceja, molesto por haber sido tan ingenuo al confiar en que las palabras que ella había dicho la noche anterior hubieran significado algo. Una vez más, se odió por ser tan estúpido al creer en una declaración hecha en un momento dominado por el miedo y la necesidad de consuelo.

A Virginia le pareció captar cierta decepción en su rostro y se le antojó inútil negar la evidencia.

—¿Te refieres a mis sentimientos?

Lucas asintió, desanimado, sabiendo que le estaba prohibido soñar con oír

nuevamente algo que le hiciera recobrar la esperanza.

Virginia se armó de valor. Deseaba hacerle partícipe de sus sentimientos, aunque estos fueran confusos y revueltos, pero le resultaba extremadamente complicado confesarlos a plena luz del día.

—La verdad, Lucas, es que... —¿Por qué resultaba tan difícil decirle que quizá, solo quizá, cabía la posibilidad de que estuviera enamorada de él?—. Me gustas.

—Te gusto —repitió Lucas, completamente insatisfecho con esa respuesta evasiva.

—Está bien. Me gustas mucho. —Lucas no la quitaba ojo—. Por el amor de Dios, ¿por qué me resulta tan complicado decirte a la cara lo que podría escribirte con todo lujo de detalles en menos de un minuto?

—En ese caso, ¿por qué no pruebas a escribirlo?

—No te burles, Lucas.

—No lo hago. Lo digo en serio.

—¿Y por qué diablos habría de hacer tal cosa? —repuso ella enfadada consigo misma por no ser capaz de expresar en voz alta sus temores y sentimientos—. Es infantil.

—No lo es. Tú eres escritora. Te guste o no es la forma que has elegido para expresarle al mundo tus inquietudes y emociones. También podrías hacerlo conmigo.

Virginia estaba perpleja por los derroteros que estaba tomando aquella absurda conversación. ¿Por qué, sencillamente, no podían dejarse llevar por sus impulsos sin necesidad de analizarlos?

—Conociéndome, debería bastarte un «me gustas mucho» —le aclaró Virginia, con timidez—. Además ¿por qué tanto interés en saber por mi boca lo que mi cuerpo te grita? Lo que te dije anoche era cierto. Me atraes. Me gusta cómo me siento cuando estoy contigo... y odio pensar en el día en que todo esto termine y tenga que volver a mi vida anterior... sin ti. ¿Satisfecho?

Lucas la escuchaba con atención. El corazón le latía a cien por hora. No tenía claro si lo que acababa de suceder era un sueño o la realidad. Nunca imaginó que Virginia pudiera echarle de menos algún día y, menos aún, que se lo plantease siquiera.

—Además, detesto tu manía de tenerlo todo controlado. ¡Yo no te pregunto a ti lo que sientes!

—Quizá porque te asusta la respuesta.

—No seas tan vanidoso. Yo solo me asusto de mis propios sentimientos, sobre todo cuando estos me desbordan y no sé cómo asimilarlos.

¿Estaba Lucas confesándola que estaba enamorado de ella? ¿Y por qué esa absurda obsesión por conocer sus sentimientos?

—¿Podemos dejarlo ya? —continuó.

—Algún día tendrás que enfrentarte a esos temores que te impiden ver más allá de tus narices —dijo Lucas con ternura, tocándole la punta de la nariz.

—Al menos mi nariz es diminuta —bromeó—. Seguro que cuando llegue el momento podré sortear ese pequeño obstáculo sin problemas.

Lucas la miró divertido. Era realmente ingeniosa y singular.

—Ah, ya lo entiendo —prosiguió Virginia—. Disfrutas viéndome sufrir, enfrentándome a... déjame pensar, ¿cómo fue que le llamaste...? A mis fantasmas. ¡Cómo te encanta verme descolocada y confusa! Eres un demonio —y le propinó un leve puñetazo en el pecho.

—Eso no es cierto y tú lo sabes tan bien como yo.

—Apostaría a que disfrutarías de lo lindo viéndome sometida por un hombre.

—¿Tú sometida? —exclamó Lucas, complacido por esa absurda idea—. No creo que exista hombre en el mundo capaz de domar a una gata salvaje como tú. Y aunque así fuera, jamás lo admitirías. Eres demasiado orgullosa y tozuda.

—Es realmente halagador ver la excelente opinión que mi propio marido tiene sobre mí. ¡Y me temo que eso sea lo más suave del repertorio!

—No quieras saberlo, quizá te sorprendería; pero gratamente.

—Vaya, esto sí que es una novedad. ¡Lucas Saldarriaga admitiendo que hay algo que le gusta de mí!

—Virginia, por desgracia para mí, de ti me gusta casi todo. —La atravesó con la mirada, mientras ella ladeaba el labio en un gesto de desconcierto.

—Pues no quiero ni pensar cómo sería nuestra convivencia si no te gustase —se burló ella.

Lucas no insistió. Era inútil luchar contra su obstinado sarcasmo. Se dijo a sí mismo que si algún día tenía que confesarle su amor, antes la ataría a una silla y luego le taparía la boca con esparadrapo, obligándola a escuchar todas y cada una de sus palabras. No veía otra forma de convencerla de sus verdaderas intenciones.

¡Esa mujer le traía por la calle de la amargura! La amaba más que a su

vida y, por fin, ella admitía que existía algo entre los dos. Eso alentaba sus esperanzas. Sería paciente y esperaría el momento oportuno para confesarle sus sentimientos, aunque tenía que estar ciega y sorda para no captar sus insinuaciones.

Virginia detestaba admitir que Lucas le atraía como ningún hombre lo había hecho jamás, tanto en el plano sexual como en el intelectual. Bueno, eso no era del todo cierto. Lo que realmente detestaba era admitir que había sido irremediabilmente seducida por él. Era inútil negarlo, disfrutaba de cada segundo que compartía con Lucas. Lo que no alcanzaba a entender era por qué ese empeño de él en frenar cualquier ataque pasional que surgía entre ellos. Ella deseaba volver a sentir su cuerpo sobre el suyo, deseaba que la penetrase salvajemente, que la poseyese como si fuera la única mujer sobre la faz de la tierra y que luego la abrazase con la ternura que se emplea con un bebé.

Virginia no era ninguna mojigata inexperta. Ya había vivido varias relaciones, pero sin duda ésta era la más absurda y desconcertante que había tenido en su vida. Los dos se obstinaban, sin proponérselo, en enturbiar cada momento que pasaban juntos. Pasaban más tiempo discutiendo que disfrutando pero, de lo que no cabía ninguna duda, era de que se atraían como dos polos opuestos. Sus batallas dialécticas eran estimulantes, pero agotadoras.

En fin, al menos por primera vez en su vida, había sido capaz de superar sus miedos compartiendo parte de sus emociones con él; aunque no tenía claro que Lucas hubiese apreciado ese esfuerzo y, lo que era aún peor, que aquel sentimiento fuera mutuo.

Virginia sabía de su gran poder de seducción sobre los hombres pero, pese a que Lucas admitía descaradamente que ella le gustaba, necesitaba estar segura de que estaba enamorado antes de admitir que ella también lo estaba.

CAPÍTULO 18

Virginia observó la seriedad y la tensión en el rostro de Lucas mientras conducía de camino al hospital, donde Alicia y Daniel esperaban para ser trasladados al centro de rehabilitación. No había sido necesario que le pidiera que la acompañara, él mismo se había prestado voluntario alegando que todavía no estaba en condiciones de conducir tras el fuerte porrazo que había recibido. Pero era consciente de que Lucas lo hacía porque sabía que para ella era importante que él estuviera a su lado en ese momento tan especial.

Sin embargo, puesto que no habían informado a Daniel del papel que Lucas estaba jugando en la empresa y en su propia vida, su presencia allí hubiera quedado demasiado forzada, así que acordaron que esperaría en la cafetería tomándose un café, mientras ella ayudaba a Alicia a recoger las cosas de su hermano.

Era espectacular ver el avance en la recuperación de Daniel. Prácticamente su dicción era ya correcta aunque todavía le quedaba un largo camino por recorrer en la recuperación del fortalecimiento de la masa muscular. Aún estaba débil, lo que le obligaba a ir la mayor parte del día en silla de ruedas. Pese a todo, ya era capaz de dar sus primeros pasos con el andador y de mover los brazos con agilidad. ¡Incluso ya comía solo!

En general, los médicos estaban satisfechos por su sorprendente evolución. Sin embargo, para ella no suponía una novedad; era muy consciente de la gran fortaleza y afán de superación de su hermano.

—¿Preparados para vuestra excursión? —Se acercó a Daniel y le dio un cariñoso beso en la mejilla—. Estás espléndido, hermanito.

Era la primera vez que lo veía sin la horrible bata blanca o sin su pijama de rayas grises desde que ingresó en el hospital. Llevaba un chándal azul marino y estaba recién afeitado y peinado. ¡Tenía un aspecto formidable! Nadie diría que acababa de salir de un coma.

Todavía quedaban señales de cansancio en su rostro, pero sus mejillas habían recobrando su color natural y sus ojos estaban más vivos, no tan hundidos y tristes como el primer día que despertó.

Todavía la impresionaba recordar aquel día; su rostro demacrado y asustado, asomando de una masa inútil de carne, agua y huesos, con la mirada perdida y suplicante de ayuda. Jamás pensó que vería a Daniel en ese estado de indefensión y desesperación. Aquello fue incluso más traumático que

cuando estaba en coma porque, en esta ocasión, podía adivinar la lucha interna que estaba librando su hermano en lo más profundo de su ser, consciente e impotente ante la parálisis.

Gracias a Dios, el tiempo y la fuerza de voluntad de Daniel habían logrado suavizar esa esperpéntica imagen en favor del aspecto saludable que ahora mostraba. Se le veía otra persona distinta; esperanzada y dispuesta a seguir luchando con el único fin de retomar el rumbo de su vida.

—Pues tú estás hecha un asco —espetó él—. ¿Qué diablos te ha pasado en la cara?

—No es nada, tropecé, me caí y me di un golpe en la frente —respondió, quitándole importancia—. Además, no todos podemos presumir de ser tan apuestos y elegantes como tú.

Aunque su hermano no había heredado la belleza indiscutible de su madre, su metro noventa, su buena planta y sus rasgos duros y masculinos le conferían un atractivo muy singular.

—No te burles, Virginia —protestó Daniel—. ¡Odio ir sentado en este trasto!

Se sentía frustrado por depender de los demás para todo, aún sabiendo que debía de estar agradecido por haber regresado a la vida cuando nadie apostaba un duro por él. En cualquier caso, lo mejor de todo era poder sentir de nuevo el amor incondicional de su mujer que, desde que despertó, tan solo se había separado de él para ir a casa a asearse y cambiarse de ropa.

Hubo un tiempo en que temió perderla, pero ella le demostró que el amor verdadero implica perdón y sacrificios, dándole una segunda oportunidad. Si antes ya la amaba, desde entonces se convirtió en el aire que respiraba. Alicia le había enseñado todo acerca del amor y a ella le debía tener una vida tan completa y realizada. No podía negar que el trabajo y la empresa eran importantes para él, pero su mujer estaba por encima de todas esas cosas. Era un pilar insustituible en su vida, uno del cual confiaba poder disfrutar durante el resto de sus días.

En cuanto a Virginia, la quería con todo su corazón pese a llevar vidas tan dispares. Incluso ahora que era toda una mujer, independiente y muy capaz, no dejaba de preocuparse por ella cada día; especialmente por esa forma tan peculiar de relacionarse con el sexo opuesto. No dejaba de preguntarse si algún día encontraría el verdadero amor. A pesar de la obstinada negativa de Virginia por abrirle su corazón a un hombre, Daniel tenía el convencimiento de

que era capaz de amar con más pasión y entrega que muchas mujeres, precisamente por tratarse de alguien tan sensible, generosa y bondadosa; cualidades que desgraciadamente escaseaban en estos tiempos y que ni siquiera ella sabía que poseía.

—¿Qué diablos llevas en el dedo? Parece una alianza. —«¡Mierda!», pensó Virginia, se había olvidado de quitársela como hacía habitualmente cuando acudía a visitarle.

Daniel le clavó la mirada, esperando una respuesta.

—Ehhh... estoy prometida —se le ocurrió decir de pronto, sin meditar las consecuencias de esa estupidez.

La expresión de Alicia era de auténtico espanto.

—Hoy estás particularmente graciosa... —se burló Daniel, incrédulo. La cabeza de Virginia no dejaba de maquinarse acerca de cómo salir de ese atolladero en el que absurdamente se había metido—. ¡Ojalá que así fuera! Claro que, pensándolo bien, no sé si soportaría verte casada con uno de esos tipos sensibles y extravagantes de tu esferpéntico círculo de amistades.

Virginia no pudo evitar reírse entre dientes al oír su opinión acerca de sus amigos.

—Eres un auténtico esnob, Daniel, ¿lo sabías? —repuso, increpándole su injusta opinión—. Creo que esta vez te gustará; es más de tu estilo, estirado y soberbio, pero tremendamente atractivo.

—Con que esas tenemos, ¿eh? ¿Insistes en burlarte de mí? Un respeto, señorita, no solo soy tu hermano mayor, además soy un enfermo convaleciente necesitado de cariño y comprensión.

Alicia estaba paralizada. No podía ni quería imaginarse cómo reaccionaría Daniel al saber que no era ninguna broma y que además, el individuo en cuestión era uno de sus mejores amigos. «Al menos, está de un humor excelente» pensó, sin dejar de rezar. «Ay, Dios, ¿quién nos mandaría meternos en este lío?»

—Ali, dile a tu mejor amiga, que en este caso resulta ser mi odiosa hermana pequeña, que deje de atormentarme con sus mentiras.

Ella lo miró con expresión anodina, en silencio.

—Porque, ¿es mentira, no? —insistió, confuso.

—Es cierto, Daniel. Está comprometida. —Alicia no soportó tanta presión y decidió terminar con esa absurda conversación. Era una locura seguir ocultando a Lucas—. Aunque estoy segura de que, en este caso, considerarás

la elección de Virginia de lo más acertada.

Daniel ya no tenía claro de si se trataba de una broma o de si realmente su hermana había decidido sentar la cabeza de una vez por todas.

—Maldita sea, ¿por qué nadie me ha dicho nada? ¡Es una excelente noticia! —Se detuvo—. ¿No será una broma?

—Está abajo esperándome —aclaró Virginia, sorprendida por su propio entusiasmo—. Confiaba encontrar un momento mejor para decírtelo, pero ya que ha surgido así...

—Daniel, no te convienen emociones fuertes —intervino Alicia.

—Y, desde luego, ésta sin duda lo es —susurró divertido—. Pero, ¿a qué estás esperando? Ve a buscarle.

—Enseguida —musitó Virginia, lanzándole una mirada cómplice a Alicia, que permanecía inmóvil junto a la ventana de la habitación con la cara desencajada por el inesperado giro de los acontecimientos—. Por lo que veo, sigues siendo igual de autoritario que siempre —agregó, de manera desenfadada, y salió por la puerta sin darle opción a protestar.

Virginia se tomó unos minutos para explicarle a Lucas lo sucedido, al cual le pilló completamente desprevenido. Acordaron que le contarían, como a todos los demás, que intimaron gracias a las visitas de Lucas a la empresa y que fue un auténtico flechazo; confiando en que colase semejante mentira.

Lucas no estaba muy convencido de que ese plan fuese a funcionar. Daniel no era ningún estúpido y haría preguntas. Además, le conocía demasiado bien, no podría engañarle y temía hacer cualquier comentario o gesto que les delatase.

Alicia les esperaba impaciente en la habitación. Aquello era de locos. Habían llegado demasiado lejos con esa farsa y temía el momento en que le confesasen a Daniel que, no solo eran prometidos, sino un matrimonio de conveniencia urdido para salvar a la empresa de las garras de Márquez. La reacción de su marido no se haría esperar. Estaba segura de que a ella la reprendería por haber secundado aquel disparate y, en cuanto a Virginia y Lucas, ¡no quería ni imaginárselo! Conociéndole, lo más seguro era que, después de desahogarse y despotricar todo lo indecible, les acusaría de insensatos y necios y les retiraría la palabra durante días.

En fin, era mejor no adelantar acontecimientos y confiar en que ese par de majaderos acabasen por descubrir que estaban irremediablemente enamorados. Eso facilitaría las cosas y Alicia no podía negar que se alegraría

mucho por Virginia. Se merecía lo mejor y Lucas era de lo mejorcito del mercado.

Antes de entrar en la habitación de Daniel, Lucas suspiró. «Adelante —se dijo—, al fin y al cabo, tú la amas; ni siquiera tienes que fingir. Actúa con total naturalidad.»

—¿Estás listo? —preguntó Virginia, viéndole dudar.

—No, pero adelante —respondió, tomándola de la mano. Ella agradeció ese gesto tan tierno—. Por cierto, Virginia, cuida tu afilada lengua o nos pondrás en evidencia. —Ella le fulminó con la mirada.

—¿Lucas?! —exclamó Daniel, al verle aparecer por la puerta.

Si no hubiese estado sentado en su silla de ruedas, se habría caído de culo. Era imposible soñar, y mucho menos aspirar, que la alocada de su hermana hubiese elegido mejor. Desde su punto de vista, que habitualmente distaba mucho del de Virginia, Lucas era el hombre ideal para ella. Sensato, trabajador, honrado, prudente... se le podían aplicar un sinfín de buenas cualidades.

—Me alegro mucho de verte tan recuperado —dijo Lucas, dándole un fuerte abrazo, cargado de sinceridad—. Estás estupendo, amigo. Hola Alicia.

Por un instante, Virginia sintió una leve punzada de celos al ver la complicidad que existía entre los dos amigos. ¡Ojalá ella llegase a alcanzar ese grado de compenetración con él!

—Desde luego, estoy bastante mejor que tú —dijo divertido—. Si no te conociera diría que has perdido el juicio... que los dos lo habéis perdido. ¿Virginia y tú, prometidos?

—¡Daniel! —refunfuñó Virginia, dándole una palmadita en el brazo.

—Si no lo veo, no lo creo. —Su tono se tornó serio—. En serio, me alegro infinitamente por los dos. He de admitir que nunca confié demasiado en el buen juicio de mi hermana en relación a los hombres, pero me complace reconocer que me equivoqué. —Hizo una leve pausa—. Por fin un cuñado en condiciones.

Todos rieron, fingiendo naturalidad, cuando la realidad es que se estaban preguntando qué pasaría cuando Daniel descubriese la verdad.

Al cabo de dos horas, Daniel y Alicia ya se encontraban perfectamente instalados en su nueva y confortable habitación. Lucas y Virginia les acercaron todos sus enseres personales al nuevo centro de rehabilitación, aprovechando la ocasión para cerciorarse de que la seguridad era tan rigurosa como les

habían vendido y de que el centro disponía de todo lo necesario para que disfrutaran de una estancia cómoda y agradable. Ambos se fueron satisfechos con resultado.

Las constantes noticias en la prensa sobre la investigación a la que estaba siendo sometida Vidasa como consecuencia de la intoxicación sufrida por varias personas y el acoso permanente de los periodistas a los empleados, en especial al equipo directivo, le sirvió de excusa a Lucas para convencer a Nicolás y Natalia, con la ayuda de Virginia, de que durante las próximas semanas era conveniente no ponerse al alcance de los medios de comunicación.

Les informó de la gravedad de la situación, puesto que estaba en juego el cierre definitivo de la empresa, rogándoles precaución y discreción. Les convenció de que lo más razonable era encerrarse en casa durante unos días, evitando así la posibilidad de ser fotografiados por los periodistas que estaban acampados en la puerta principal de la vivienda a la búsqueda de algún rumor malicioso. «Solo será hasta que la tempestad vuelva a la calma», les había insistido. «Por favor, necesito vuestra colaboración. Si salís a la calle, os abordarán con preguntas comprometidas y acabaréis explotando y diciendo algo de lo que luego os arrepentiréis. No podemos permitirnos ni un error más o nos machacarán.» Ellos accedieron a regañadientes.

Lucas respiró. Manteniéndoles dentro de la casa el mayor tiempo posible, vigilados por la empresa de seguridad contratada, estarían a salvo del desaprensivo que pretendía hacerles daño al tiempo que Riquelme dispondría de un margen de movimientos razonable para avanzar en sus pesquisas.

Mientras tanto, él se encargaría de lidiar con los organismos y medios de comunicación intentando que la sanción se limitase a una multa.

También le había advertido a Virginia de que esta imposición era para todos, lo que la incluía a ella. Confiaba en que esta vez fuese más prudente y acatase sus órdenes sin rechistar.

A Virginia no le sentó nada bien quedarse encerrada, al margen de la investigación, pero, francamente, estaba todavía tan dolorida y magullada que no se sentía con ánimo de discutir. Además le vendría bien para avanzar en su novela.

Llevaban más de una semana encerrados y, a pesar del ambiente distendido y alegre que parecía reinar en la casa, ese arresto domiciliario empezaba a pasarles factura. Estar entre cuatro paredes se estaba convirtiendo en una dura

prueba para los nervios de todos. Mateo era el que peor lo llevaba y empezaba a subirse por las paredes, irritado y aburrido.

Virginia también estaba bastante disgustada. No solo no podía poner un pie en la calle sino que, como Lucas estaba tan absorto e involucrado en los asuntos de Vidasa y en la investigación de Riquelme, apenas tenían tiempo para estar juntos. No se sorprendió al descubrir que le echaba muchísimo de menos; empezaba a ser una vieja costumbre.

Tenía que conformarse con arrimarse a él por las noches, disfrutando exclusivamente de su aroma y su leve contacto porque, por alguna extraña razón, Lucas guardaba las distancias más de lo que a ella le hubiera gustado, que ansiaba volver a recuperar sus noches de pasión y complicidad.

Durante los dos últimos días, Virginia tenía la percepción de que todos la ocultaban cosas, como si hubiese una especie de conspiración contra ella. Decidió no sucumbir a sus, más que probables, absurdas obsesiones y se hizo el firme propósito de mantener la confianza en Lucas, quien hasta ahora le informaba puntualmente de los escasos avances en las investigaciones.

Trató de centrarse en la novela y no especular con extrañas fantasías, o pesadillas, según se mirase, sobre que todos estaban tramando algo contra ella.

Sabía por Alicia que la recuperación de su hermano estaba en el buen camino, por lo que, dejando de lado sus tontas sospechas de conspiración, decidió relajarse y no darle más vueltas al asunto; si realmente le estaban ocultando algo, tarde o temprano acabaría enterándose.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por el sonido de la puerta. Natalia entró en su dormitorio con una amplia sonrisa dibujada en la cara.

—Supongo que ya puedo darte esto... son más de las cinco —dijo muy nerviosa, extendiéndole un sobre.

—No te entiendo —respondió Virginia, sorprendida—. ¿Qué es esto?

—Oh, perdona, ¡qué tonta soy! Estoy tan excitada que me olvidé de explicarte los detalles.

—¿Qué detalles?

—Siguiendo órdenes de Lucas, debía darte este sobre a las cinco. Creo que es una sorpresa —susurró emocionada—. ¿No es romántico? Venga, ábrelo. ¡Me tiene en ascuas!

—Cualquiera diría que es para ti —rio Virginia, comprendiendo ahora por qué había tenido la extraña sensación de que la ocultaban algo—. ¡No sé que

se propone Lucas, pero nunca me han gustado las sorpresas!

Dentro del sobre encontró una pequeña hoja, doblada por la mitad. La desdobló y leyó en voz alta:

—«Tienes una hora para arreglarte, algo formal y elegante, pero no de gala. Te recogeré a las seis.»

—¿Eso es todo? —Natalia daba botes de alegría como si fuera una quinceañera y la acabaran de invitar a bailar por primera vez en su vida.

—¿Pero qué diablos significa esto?

—Bueno, está clarísimo —saltó Natalia eufórica—, parece una invitación para salir a algún misterioso lugar. ¿No es romántico? —insistió. Virginia arqueó una ceja—. Nunca hubiera imaginado que Lucas pertenecía al reducido grupo de hombres detallistas y románticos. Tantos años creyendo conocer a alguien... y no deja de sorprenderme.

Natalia se quedó pensativa durante unos breves segundos. De pronto, recobrando el entusiasmo, empezó a hacer aspavientos con los brazos.

—Pero, por el amor de Dios, Virginia, ¡dí algo! Te has quedado muda.

—Supongo que tendré que darme prisa en arreglarme. ¿Quieres ayudarme a elegir un vestido o estás demasiado nerviosa para ordenar tus ideas?

—Oh, Virginia, a veces pareces un témpano de hielo. Tu marido te sorprende con una cita secreta y te quedas ahí sentada como si nada. ¡Qué mal repartido está el mundo! Y pensar que lo dejé escapar...

Ambas se miraron, como si se conociesen de toda la vida y, durante un largo minuto, no pudieron dejar de reír.

—No olvides que también es autoritario, engreído, egocéntrico... —comentó Virginia, sin poder ya disimular su entusiasmo.

Lucas le había preparado una sorpresa. ¿Significaría eso algo importante? ¿Querría decirle algo? Dios, ese hombre le resultaba tan controvertido que a veces no sabía ni cómo actuar.

—Venga, date prisa, ve a darte una ducha —ordenó Natalia—. Mientras tanto yo iré echando un vistazo a tu guardarropa. No pienso dejarte salir de esta habitación hasta que estés realmente deslumbrante.

Virginia sentía que Natalia y ella habían congeniado desde el primer momento. Tan solo habían transcurrido algunas semanas desde aquella noche en que la conoció. Entonces la odió por ser tan perfecta, pero ahora todo ese odio se había transformado en cariño, admiración y una gran amistad. Le gustaba Natalia. Era divertida, generosa, dulce y una compañía excelente.

—Estoy segura de que algún día encontrarás a un hombre maravilloso que se desvivirá por hacerte feliz —dijo Virginia en un tono cariñoso—. Si es que no lo has encontrado ya —añadió con picardía.

—Claro —respondió Natalia con la mirada melancólica, pero esperanzada.

Cuando Lucas llegó a casa para recogerla, Virginia estaba radiante. Llevaba un ceñido vestido de color verde que resaltaba su escultural figura. Se había recogido su larga melena con un elegante pasador, destacando su rostro discretamente maquillado.

—¡¡¡Guau!!! Estás preciosa —exclamó Lucas al verla.

—Supongo que esa expresión significa que mi atuendo es lo suficientemente formal y elegante —respondió, satisfecha al ver su cara de alhelado.

Él llevaba un moderno traje gris de Hugo Boss y una camisa negra. Virginia siempre le encontraba extremadamente sexy con esa combinación de colores. Hubiera renunciado al misterioso plan por una noche de lujuria sin dudar.

Subieron al coche y se encaminaron adónde fuera que Lucas pensaba llevarla.

—¿Y bien? —preguntó Virginia, con coquetería—. ¿A qué viene esto? ¿Vas a decirme ya adónde vamos?

—Ni hablar —Negó con la cabeza, enigmático y divertido—. Es una sorpresa. —Virginia arqueó las cejas, a modo de protesta. Estaba ansiosa por conocer más detalles—. Feliz cumpleaños, Virginia —dijo, de repente, con dulzura.

La expresión de Virginia se tornó en pura sorpresa e incredulidad. Lucas pensó que, solo por esa respuesta llena de gratitud había valido la pena tanto esfuerzo y dinero.

Le había costado un riñón y parte del otro localizar dos buenas entradas para el estreno de la ópera Tosca en el Teatro Real. Cuando se enteró, por casualidad, de que apenas unos días después sería el cumpleaños de Virginia, su cabeza no había dejado de maquinarse. Quería sorprenderla con un regalo especial y, al saber por Alicia que una de sus grandes aficiones era la ópera, no lo dudó ni un instante. Fue una gran decepción no encontrar ni una sola entrada disponible para ese día, que coincidía con el estreno.

Aún así, movió cielo y tierra para conseguir esas entradas, hasta el punto

de sobornar a un empleado del Teatro Real, que finalmente le proporcionó el nombre y teléfono de algunos privilegiados que disponían de un abono anual. Fue llamando uno por uno a todos ellos, ofreciéndoles una cantidad considerable de dinero a cambio de sus entradas, sin éxito; pero cuando ya estaba a punto de darse por vencido, habló con una pareja de ancianos que, accediendo a su insólita petición, le vendieron dos magníficas entradas en el patio de butacas. Hasta el día anterior no había tenido la certeza de lograr su objetivo, pero por fin las localidades estaban en su poder, a buen recaudo en el bolsillo de la chaqueta.

—Dios mío, es cierto, es mi cumpleaños —exclamó Virginia, emocionada—. Con todo lo ocurrido en las últimas semanas, no sé ni en qué día vivo. —Se quedó dubitativa—. Treinta y cuatro... —y añadió—: ¡Es extraño que nadie me haya llamado para felicitar-me! Alicia no suele olvidarse de estas cosas aunque, es comprensible, bastante tiene con ocuparse de Daniel.

Entonces la imagen de su hermano le vino a la memoria; por fin su recuperación iba en buen camino y podrían celebrar muchos cumpleaños juntos.

—Bueno, quizá se deba a que les pedí que no te felicitasen hasta pasadas las diez de la noche para no descubrir mi regalo —confesó Lucas.

—¿Qué has hecho qué? ¿Has estado conspirando a mis espaldas, eh? —preguntó divertida—. Eres una caja de sorpresas, Lucas. —Buscó su mirada y le dedicó una amplia sonrisa—. Gracias. La verdad es que si pretendías sorprenderme, sin duda lo has conseguido. Para empezar, salir de esas cuatro paredes ya es todo un regalo.

—Y todavía no has visto nada —contestó, en tono misterioso.

Virginia no podía evitar sentirse especial. Lo cierto es que Lucas no tenía por qué haber montado toda esa parafernalia y, sin embargo, lo había hecho. Por ella. Era un bonito detalle que le honraba y a Virginia le hacía aflorar infinidad de emociones.

De pronto, Lucas introdujo el coche en un aparcamiento público del centro de Madrid, dejándola atónita al ver que estaban en plena Plaza de Oriente, junto a su casa. ¡Cómo añoraba aquel pequeño pero acogedor apartamento! Prefirió no mencionar el hecho, esperando que Lucas diese una señal de hacia dónde se dirigían. Había muchos buenos restaurantes por esa zona y Virginia supuso que el plan consistiría en disfrutar de una romántica cena; aunque tan solo eran las siete, demasiado temprano para cenar, pensó.

—Bueno, ¿lista para disfrutar de una maravillosa tarde en la ópera? —le preguntó Lucas al llegar a las columnatas que delimitaban la entrada principal del Teatro Real, con una enorme sonrisa de satisfacción.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Virginia, emocionada—. ¡*Tosca*! Es una de mis obras favoritas. —Él se quedó sorprendido al comprobar que ella sabía de qué ópera se trataba antes incluso de ver el cartel—. Intenté comprar unas entradas hace un mes y estaban agotadas. ¿Cómo las has conseguido, granuja? —rio ella.

—Ah, es un secreto.

Virginia frunció el ceño, como hacía siempre que una respuesta no era de su agrado.

—¿No habrás hecho algo ilegal?

—Por el amor de Dios, ¿quién te crees que soy, Al Capone? —respondió, perplejo—. Uno tiene sus recursos —añadió con cierto tono de chulería.

—Oh, Lucas, esto sí que es una maravillosa sorpresa —y le dio un efusivo beso en los labios. Él la aferró por la cintura con ternura—. Gracias. No sabes lo que esto significa para mí. Adoro la ópera.

—Lo sé —dijo Lucas y ella le miró sorprendida.

—No me lo digas... me imagino que has empleado *uno de tus recursos* —susurró Virginia con sarcasmo, mientras él le guiñaba un ojo con cierta complicidad.

Una vez terminado el espectáculo, Lucas la llevó a cenar a un lujoso restaurante de la zona.

—¿No ha sido maravillosa? —preguntó Virginia, refiriéndose a *Tosca*—. Mi padre me inculcó el amor por la ópera desde muy pequeña. Tenía una gran colección de discos de todos los grandes tenores y sopranos: Plácido Domingo, Monserrat Caballé, Pavarotti... Yo solía escucharlos a todas horas. Me encantaba recrearme en todas esas historias con finales trágicos.

—¿Por qué no me sorprende nada eso?

—De vez en cuando me premiaba con unas entradas para acudir a algún estreno importante.

Lucas la escuchaba con atención.

—Me parece que tu padre no solo demostró tener talento empresarial, sino una gran sensibilidad artística. Igual que tú. —Su voz tenía un deje de admiración.

—Sí, supongo que debo de estarle agradecida por permitirme desarrollar

mi vertiente literaria y musical. —Era evidente el amor que Virginia sentía por su padre. Se le iluminaba la mirada solo con mencionarle—. Daniel, sin embargo, fue el que heredó sus habilidades matemáticas y su carácter emprendedor.

—Tu padre debió ser un gran tipo. Y crio a dos hijos estupendos. Aunque, a decir verdad, de los dos, creo que siento debilidad por la parte femenina —y le dedicó una sonrisa completamente embaucadora.

—¿No estarás tratando de seducirme? —respondió ella, coqueteando.

—Confiaba en haberte seducido ya. Me lo estás poniendo muy difícil. Ninguna mujer se me había resistido tanto.

—Y tú, ¿echas de menos a tus padres? —le preguntó Virginia, haciendo caso omiso de sus palabras y conteniendo su emoción ante esa declaración informal.

—Hubo un tiempo en que sí. Nicolás no paraba de preguntar por ellos y yo no sabía qué decirle. —Su semblante se ensombreció.

—Debió de ser duro.

—Adela cuidó tan bien de nosotros que, poco a poco, fuimos reponiéndonos de la pérdida. Nunca encontraré el modo de agradecersele. Es todo corazón y bondad. Hoy por hoy, la considero mi madre. Lástima que no la veamos lo suficiente.

—No debió de ser fácil para ella criar a dos adolescentes en plena edad del pavo, con la rebeldía que eso conlleva.

—Todavía no sé cómo aguantó el chaparrón —sonrió—. ¡Le hicimos cada trastada! —Virginia arqueó una ceja, mostrando su curiosidad e invitándole a continuar. Él bebió un sorbo de vino saboreando su aroma—. Una tarde, a la salida del colegio, nos fuimos con unos amigos a un descampado a disparar con una escopeta de perdigones. Algún vecino llamó a la policía y nos retuvieron toda la noche en el calabozo. A la mañana siguiente, Adela acudió a buscarnos a la comisaría y, allí mismo, delante de todos, se limitó a agarrarnos de una oreja y sacarnos a rastras. Aquello fue tan humillante que juramos no volver a enfadarla de ese modo.

—¡Lo tuvisteis bien merecido! Sin duda, Adela es todo un temperamento.

—Me parece que en ese sentido tienes poco que envidiar. Compadezco al pobre chaval al que le propinaste un puñetazo por llamarte Virgi, y solo por querer ligar contigo, lo que, por otro lado, encuentro muy razonable. ¡Debiste de marcarle para siempre!

—Oh, Lucas, no seas cruel. Bastante mal me siento ya cuando lo recuerdo.

—¿Sabes? Es agradable mantener una conversación sin que discutamos. Es toda una novedad. ¿Será por la edad? Te ha sentado bien cumplir años —sonrió.

—Serás tonto... —Virginia no podía resistirse a esa sonrisa. ¡¿Cómo podía ser alguien tan extremadamente guapo y encantador?! Debía admitirlo, estaba loca por él y, aún más, después de aquella maravillosa velada.

Se quedó pensativa durante un largo minuto, observándole.

—¿En qué piensas? —le preguntó Lucas.

—En que eres un hombre difícil de entender; unas veces tierno y leal y otras, duro como un roble. Estoy algo confusa. No es sencillo saber qué clase de hombre eres.

—Clint Eastwood.

—¿Cómo dices?

—Que soy como Clint Eastwood, tierno cuando hay que serlo y duro cuando las cosas lo requieren —bromeó.

—¡Un símil excelente! Ahora lo tengo mucho más claro —se burló—. ¿Me acompañarías a un sitio?

—¿Ahora?

—Sí, ahora —susurró Virginia, suplicante—. Ya hemos terminado de cenar y estamos cerca. A unos minutos paseando. Venga, te gustará.

—Bien, entonces, adelante. ¿Cómo voy a negarle un deseo a la chica del cumpleaños? Soy todo tuyo.

Cuando Virginia le abrió la puerta de su apartamento, Lucas sintió una enorme alegría. Sabía lo celosa que era ella de su intimidad. Daniel le contó en una ocasión que solo las personas más íntimas del círculo de su hermana habían tenido el privilegio de conocer su más preciado tesoro: su hogar. Para ella era mucho más que una casa, era como el aire que respiraba; un espacio imprescindible para su supervivencia.

Virginia abrió el enorme ventanal que daba acceso al balcón, preguntándose qué le había impulsado a dar aquel paso tan importante. Aquel era su espacio, donde se encontraba más segura, resguardada y protegida de sus temores más oscuros y donde, hasta ahora, había fraguado y escrito todas sus novelas. Nadie, salvo unas cuantas personas muy cercanas a ella, pisaban aquel lugar sagrado. Su apartamento le proporcionaba la paz que necesitaba después de haberle roto el corazón a un pobre amante enamorado, lo que la

hacía sentirse como una auténtica miserable. Allí buscaba soledad, nunca compañía.

Hasta esa misma noche no había dejado entrar en su casa a ningún hombre con el que hubiese compartido algo más que una simple amistad. Eso significaría abrirle por completo el corazón y, hasta hoy, una fuerza oculta le impedía hacer tal cosa.

Pero con él todo parecía ser diferente. Deseaba compartir su tesoro, sus secretos, sus hermosas vistas...

—¿Habías visto alguna vez algo tan hermoso? —le preguntó cuando, asomados al balcón, contemplaban la espectacular vista que se alzaba frente a ellos. Era una imagen mágica, llena de luces y colores. Virginia no pudo evitar emocionarse al recordar cómo era su vida meses atrás—. Si de noche es una maravilla, tendrías que verlo a la luz del día. Es impresionante.

—Eres toda una privilegiada. Es increíble —murmuró Lucas, realmente impactado por el bello paisaje que se alzaba ante a sus ojos, todavía sin dar crédito a que ella hubiese accedido a compartir su guarida secreta.

—No existe un lugar mejor donde quisiera estar ahora —repuso ella, mirándole fijamente, observando y analizando cada rasgo de su rostro. Y, como si luchase contra sus propias emociones, le besó suavemente en los labios. Sentía verdadero temor a ser rechazada.

Ese beso encendió a Lucas como una llama, que la rodeó por la cintura sin dejar de besarla. Había sido una noche perfecta y esto era la culminación de un sueño. Deseaba decirle cuánto la amaba, pero sabía que no era el momento; o quizá sí, pero temía que eso fuese el final de aquel sueño. Era muy consciente de que si ella intentaba seducirle, él sucumbiría sin pensarlo.

—Vamos a la cama —le ordenó Virginia, arrebatada de pasión.

—¿Siempre eres tan directa? —respondió Lucas, con sarcasmo, consciente de que había perdido la batalla antes de empezarla.

—Siempre que me encuentro en mitad de la noche junto a un hombre enormemente atractivo e interesante, sí —replicó con picardía, sin dejar de desabrocharle la camisa.

—En ese caso, no puedo defraudarte —y de pronto, la cogió en brazos, dejándola caer suavemente sobre la cama.

Hicieron el amor con tanta pasión y ternura, que ambos se fundieron en uno, entregándose por completo.

Para Virginia, cada vez que hacía el amor con Lucas, era una experiencia

nueva. Sentía que, además de entregarle su cuerpo, Lucas le iba robando pedazos de su corazón. Y eso le aterraba tanto como la atraía. Quizá, por fin, ¿estaba enamorada? ¿Sería eso amor o una obsesión más allá de lo indescriptible? Las preguntas sin respuestas la acuciaban sin parar.

Después de una larga noche cargada de pasión, ambos cayeron rendidos y durmieron como bebés.

Virginia fue la primera en despertar y, como solía hacer meses atrás, cuando todavía vivía allí, se preparó un café con leche y salió a saborearlo al balcón.

«¡Dios, qué belleza!», pensó. Ella era una fiel amante de Madrid. Le encantaba esa ciudad. Era fácil encontrar dónde ir a satisfacer sus necesidades artísticas y culturales, por no hablar de las del paladar, ya que a cada paso encontrabas los mejores restaurantes. Pero por encima de todo, lo que más le complacía era su paisaje urbano y, especialmente, la zona de la plaza de Oriente; rodeada de edificios con gran significado histórico, como el Palacio Real, la Ópera y la catedral de La Almudena.

Cuando Lucas abrió los ojos, no podría haber imaginado una escena más erótica. Virginia estaba asomada al balcón, de espaldas a él, con una taza en la mano y vestida exclusivamente con la ropa interior y una camiseta blanca dos tallas más grandes de la que le correspondía. Era preciosa. Tenía las piernas más largas y torneadas que jamás había visto y el pelo suelto y alborotado le daba un toque realmente sexy. ¡Cómo amaba a esa mujer! La noche había sido perfecta, aunque hubiese deseado decirle cuánto significaba ella para él, que era la mujer de su vida y que deseaba envejecer a su lado. Pero le aterraba tanto la reacción de Virginia, que sencillamente no pudo.

Se levantó y se acercó a ella, sigilosamente, abrazándola por la cintura y apoyándole la barbilla sobre el hombro.

—Buenos días —dijo, besándola en la mejilla.

—¿No te dije que era espectacular? Podría estar horas contemplando este paisaje. Creo que no me cansaría jamás.

—Tienes razón, espectacular —afirmó Lucas, recorriéndola de arriba a abajo con la mirada.

—Vas a hacer que me ruborice.

—Me parece que haría falta algo más que un bonito piropo para ruborizarte —rio Lucas.

—Lucas —pronunció su nombre en un susurro. Se detuvo, girándose hacia

él—. Gracias. Ayer lo pasé francamente bien. Fue un regalo de cumpleaños perfecto. Nunca lo olvidaré. —Y buscó su boca, besándole con ternura.

—Virginia, yo... te quiero. —Sin poder evitarlo, aquellas palabras que tenía celosamente guardadas en su interior afloraron a su boca, pero al ver que la expresión de Virginia pasaba de gratitud y dulzura a pavor y desconcierto, rectificó inmediatamente—: Te quiero... decir algo —continuó, con el fin de que sus sentimientos quedasen diluidos y enterrados—. Para mí ha sido un auténtico placer disfrutar de un día tan especial junto a mi querida esposa.

Virginia se limitó a sonreír, mientras en su cerebro saltaban todas las alarmas. Por un momento creyó que Lucas le decía que la quería y, por primera vez en su vida y tras una declaración así, había sentido que tanto su corazón como su cabeza iban en la misma dirección. Antes, aquellas palabras la hubieran golpeado sin piedad, mandándole la orden de huida, mientras que ahora se habría abalanzado sobre Lucas para besarle con pasión. Este sentimiento, completamente nuevo para ella, le había desconcertado de tal manera que, por un instante, había sentido miedo.

Miedo de estar enamorada y no poder dar ni recibir lo que eso significaba. Miedo de defraudar al ser amado. Miedo a sufrir una decepción. Miedo a todo lo que una verdadera relación entre un hombre y una mujer conllevaba: amor, pasión, lealtad, respeto, confianza, amistad, entrega, tolerancia... Eran tantas las emociones que la supuesta declaración de Lucas le habían provocado que, al descubrir que aquellas palabras eran tan solo una manifestación de lo estupendamente que lo habían pasado, había sufrido una gran decepción.

Deseaba, ahora más que nunca, que Lucas la amase, que le confesase su amor; pero él, simplemente, había alabado la maravillosa noche que habían pasado juntos. Lo peor de todo era que ahora debía enfrentarse a sus propios fantasmas. No había ninguna duda, estaba enamorada, enamorada de Lucas de pies a cabeza. ¿Y ahora qué?

Lucas no cesaba de maldecirse por haber sido tan imprudente. No pudo evitar decirle que la quería, necesitaba compartir ese sentimiento con ella y, por un momento, pensó que iba a ser correspondido. Pero ahora no se quitaba de la cabeza la expresión descolocada y temerosa de Virginia. Confiaba en haber enmendado su error y que su declaración hubiese pasado desapercibida. ¡Dios, se había comportado como un patán enamorado!

En fin, ahora solo cabía esperar y confiar en que la espléndida relación de la que parecían gozar de nuevo no se echara a perder por su torpeza.

Los días siguientes fueron como una auténtica luna de miel. Para tranquilidad de Lucas y, pese a su imprudente declaración, Virginia no le había rechazado; probablemente porque no llegó a percibir el alcance de sus palabras.

Todo lo contrario, le esperaba cada tarde con el entusiasmo de una auténtica recién casada. Estaba viviendo un sueño del que no deseaba despertar jamás. Cada noche hacían el amor como si fuera la primera vez y pasaban largas horas charlando.

Virginia no podía evitar sentirse tremendamente feliz al comprobar que, al fin, también a ella le estaba permitido amar sin que le produjese angustia ni temor. Era una sensación nueva que, sorprendentemente, le provocaba una enorme alegría.

Ahora sabía con absoluta certeza que amaba a Lucas y deseaba disfrutar del momento con toda la intensidad que su corazón le permitía. Quizá lo único que empañaba esa felicidad era no saber los verdaderos sentimientos de Lucas hacia ella. Constantemente le insinuaba que era una pieza fundamental en su vida y la atracción entre ellos era obvia, pero no tenía la plena seguridad de que él la amase, y Dios sabía cuánto deseaba ser correspondida.

En esta ocasión, la vida se la estaba jugando y le negaba lo que ella más ansiaba: una declaración de amor sincera y contundente de Lucas.

CAPÍTULO 19

Virginia conducía, eufórica y satisfecha, de regreso de su reunión con su vieja amiga y editora. Bárbara le había asegurado que su novela iba a ser un auténtico éxito.

Pese a la oposición de Lucas, se había empeñado en acudir ella misma a la editorial a entregar los nuevos capítulos, negándose a permanecer ni un minuto más encerrada en aquella casa. Su novela era un tesoro demasiado preciado para dejarlo en manos de un mensajero o del propio Lucas que, en un ataque de curiosidad, podría ojearla y encontrarse con que su vida estaba perfectamente plasmada en aquellas páginas. No, debía ir ella misma a ver a Bárbara. Además, tenía ganas de salir de esas cuatro paredes que la estaban empezando a agobiar de manera considerable.

Apenas le quedaban unos pocos capítulos para terminarla y esperaba rematarla con un sorprendente final feliz; el mismo que confiaba tener en su propia vida, que estaba completamente desbocada y en manos del destino.

Ahora que tenía la certeza de estar enamorada de Lucas debía tomar una decisión: compartirlo con él, lo que supondría permanecer casada y comenzar una relación seria y sincera o ignorar esos sentimientos que, seguramente con el tiempo, solo le aportarían dolor y sufrimiento.

Lo fácil sería lo último. Después de todo, era en lo que tenía más experiencia, aunque con una sutil diferencia: nunca antes había estado enamorada. Había existido siempre una tremenda atracción hacia sus anteriores parejas, pero jamás amor.

Lo que sentía por Lucas se le escapaba de las manos. No soportaba la idea de no compartir con él cada minuto del día, sentía una necesidad acuciante de hacerle partícipe de sus planes y emociones y, lo que era aún más grave, deseaba fervientemente decirle que le amaba. Esas palabras que a lo largo de toda la vida se le habían atragantado, convirtiéndola en una mujer fría y distante, ahora luchaban por emerger con todas sus fuerzas.

Sus sentimientos le aporreaban la cabeza sin piedad. ¿Qué hacer ante esta nueva y deliciosa sensación de felicidad? Algo le decía que no tardaría mucho en confesarle a Lucas sus emociones, arriesgándose a ser rechazada. Hasta hoy había huido del amor como un conejo asustado, pero ahora había llegado el momento de enfrentarse a él, combatiendo sus miedos y fantasmas. Tomó una determinación: esta noche le diría que le amaba. Valía la pena correr el riesgo;

Lucas valía la pena.

Aparcó el coche y se dirigió hacia la puerta con la intención de abalanzarse sobre él. Le había echado de menos durante todo el día y deseaba pasar la noche en sus brazos.

El silencio que reinaba en la casa era inusual. ¿Ocurriría algo? Se dirigió al salón, donde encontró a Lucas y Gonzalo, con semblante serio y siniestro. Gonzalo estaba de pie junto a la ventana y Lucas, nervioso, andaba de un lado a otro. Los dos permanecieron en silencio, clavándole la mirada; una mirada asesina que hizo que a Virginia se le helase la sangre.

—Hola —dijo, asombrada por ese frío recibimiento.

Lucas se volvió hacia ella con un gesto gélido y hostil.

—¿Lucas? ¿Pasa algo?

—¿Que si pasa algo? ¡Debería darte vergüenza presentarte aquí como si nada!

—¿Cómo dices?

A Virginia se le paró el corazón al escuchar aquellas duras palabras. Gonzalo la contemplaba con recelo y cierta compasión.

—Jamás he conocido a alguien con tanto descaro —continuó Lucas. Su tono de voz era alto y grave y desprendía una rabia que le erizaba la piel.

—¿Quieres tranquilizarte? ¿Podrías decirme qué te ocurre y por qué estás tan furioso? —musitó con toda la calma que sus nervios le permitieron.

—¿Cómo puedes ser tan cínica?!

Virginia se quedó petrificada.

—¡Lucas! —Gonzalo le reprendió por la rudeza de su acusación. Debían de ser cautelosos. Todavía no conocían su versión de los hechos.

—No la defiendas, Gonzalo. Lo que ha hecho no tiene nombre —agregó él con una ira desmesurada—. ¿Cómo has podido ser tan desagradecida y desleal?

—Lucas, cálmate, ¿quieres? No sé de qué me hablas —repuso Virginia, tratando de guardar la calma, pese a sus insultos infundados—. Debe de tratarse de un malentendido. No sé de qué demonios me acusas, pero te juro que yo no...

—¡Cállate! No quiero escucharte. No te molestes en buscar una excusa. Las pruebas te delatan.

—Pero, ¿se puede saber qué se supone que he hecho?

—¡Hicimos un trato, maldita sea! Siempre creí que, pese a tu alocada

personalidad, respetarías las condiciones. —Ella sacudió la cabeza, desconcertada—. ¿Cómo has podido hacer algo así? Yo me he jugado mucho para sacar adelante tu condenada empresa. He arriesgado mi carrera, poniendo en tela de juicio incluso mi honor y mi posición.

—Lucas, por favor, basta. Dime, al menos, de qué se trata. Así podré darte una explicación. Me estás haciendo daño.

Virginia quería echarse a llorar. Jamás pensó que Lucas podría hablarle en ese tono tan áspero y cruel y, menos aún, después de la deliciosa relación de los últimos días.

—¿Que yo te estoy haciendo daño? —repitió con furia.

—Eso he dicho, sí.

—¡Serás embustera! Con tu actitud irresponsable has podido echarlo todo a perder. No tenías bastante con acostarte conmigo, ¿verdad? —Esa acusación se le clavó a Virginia en el pecho, rasgándose. ¿Pero de qué demonios le estaba hablando? ¿Qué era eso tan perverso que se suponía que había hecho? —. Tenías que tirarte a ese bastardo poniendo todo en peligro.

—¿Qué?!

Virginia sintió una punzada en la boca del estómago y creyó que se caería al suelo desplomada. Las náuseas comenzaban a asaltarla y las lágrimas amenazaban con desbordarse. De pronto, se vio reflejada en aquellas discusiones que tan habitualmente tenían lugar entre sus padres. Aquello era precisamente lo que ella había tratado de evitar toda la vida y ahora se le venía encima como un río de lava hirviente.

—¿Sabes lo que podía haber ocurrido si Gonzalo no llega a estar allí? — Ella estaba completamente paralizada. Sus cuerdas vocales no le respondían. No podía articular palabra—. Tu estúpida aventura podía haber terminado con mi honestidad e integridad como político y como persona. ¿Cómo has sido tan insensata? ¿Es que eres incapaz de respetar nada?

—Es así de simple, ¿no? —Estaba francamente confusa y dolida—. ¿De verdad crees que podría hacerte algo así?!

—Déjalo ya. No tienes por qué seguir fingiendo. Gracias a Dios, Gonzalo ha podido frenar la publicación de esa foto. De lo contrario, yo estaría acabado, humillado y hundido, al ser sometido a un juicio público por mentiroso... o estúpido, al haber confiado en una mujerzuela como tú.

Ella miró de reojo a Gonzalo, que con toda seguridad conocía ya su acuerdo con Lucas. Era humillante ser insultada y acusada de aquella manera

tan injusta y brutal. Los ojos se le empañaron. En cualquier momento rompería a llorar.

—Te repito que no sé de qué demonios me hablas —añadió nuevamente con determinación, conteniendo las lágrimas que amenazaban con derramarse—. Tienes que creerme.

—¡Te hablo de esto, maldita sea! —le gritó, lanzándole una fotografía de ella besándose con Pablo Zabala.

Ella negó con la cabeza, sorprendida por la intimidad de aquella imagen. Aquello no podía estar pasando. No ahora que iba a decirle a Lucas que le amaba. Intentó explicarse, pero fue inútil. Lucas no la escuchaba. Estaba completamente fuera de sí.

—Para ti todo es un juego, ¿no es verdad, Virginia? Un juego divertido y desenfadado en el que todo vale. Juegas con los sentimientos y los valores de las personas, sin importarte una mierda las consecuencias de tus actos. —Ella le miró abatida y confusa.

—¡Pero, qué estás diciendo...!

—Eres el peor error de mi vida —dijo, arrepintiéndose al instante por haber lanzado aquella áspera acusación, cuando ni siquiera pensaba que lo fuera.

Aquellas palabras retumbaron en la cabeza de Virginia como si fuera una torre en la que las campanas anunciaran el preludio de una tragedia. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Si eso es lo que opinas, entonces no tenemos nada más que decirnos.

Esta vez las lágrimas rodaron por sus mejillas, sin poder reprimir el dolor de una esperanza rota y un amor imposible. Le dio la espalda y corrió hacia la puerta. Deseaba salir de aquella habitación cuanto antes.

—Ni se te ocurra dejarme con la palabra en la boca —exclamó Lucas, furioso, pero completamente roto por la evidente angustia de Virginia, cuyos ojos irradiaban una tremenda tristeza y un total desconcierto. Pese a todo, odiaba verla sufrir.

A Lucas, descubrir el engaño de Virginia le había hundido. Estaba deshecho. Sabía que si esa foto hubiese sido publicada habría supuesto el final de su carrera política y, casi con toda seguridad, empresarial, al ser acusado de embustero y manipulador por aprovecharse de su anterior posición para interferir en el desarrollo de una empresa. Aunque, eso podría haberlo soportado. Lo que le producía un dolor desgarrador era sentirse engañado y

utilizado por Virginia, sin el menor atisbo de esperanza de un futuro juntos.

Ella ni siquiera le contestó; estaba demasiado aturdida.

—No me des la espalda, maldita sea. —En esos momentos la ira superaba con creces a la cordura y Lucas continuó con su ataque irracional y desmesurado—. ¿No crees que, al menos, me debes una explicación? ¿Por qué, Virginia? ¿Por qué?

Ella se detuvo de golpe, impactada por el flagrante desprecio con que escupía aquella pregunta. Le miró de frente, imperturbable.

—¿Acaso no eres el Todopoderoso que todo lo sabe? Averígualo tú mismo. —Esta vez su llanto era inconsolable.

Alarmado por los gritos y los reproches, Nicolás dirigió sus pasos hacia el salón para ver qué estaba ocurriendo allí. Llegó justo a tiempo de cruzarse con Virginia y verla correr escaleras arriba, deshecha en un mar de lágrimas.

—Virginia, espera —intentó detenerla, pero ella lo ignoró sin mirar atrás. Solo deseaba desaparecer para siempre y olvidar que Lucas había existido alguna vez—. Pero ¿te has vuelto loco? —incredó a Lucas—. ¿Cómo has podido decirle semejantes barbaridades? Lo han oído hasta las moscas.

—Haz el favor de callarte, Nicolás —respondió él entre dientes—. Hay muchas cosas de mí que no sabes, ¿vale? —apuntó, mientras le entregaba la foto en cuestión.

Él la miró, impasible.

—No sé quién diablos es este tipo, pero conozco lo suficiente a Virginia como para saber que debe tratarse de un malentendido. —Lucas negó con la cabeza, incrédulo—. Por el amor de Dios, si basta con mirarla a los ojos para saber que está enamorada de ti hasta la médula. ¡Está destrozada!

—Pero, ¿por qué puñetas la defendéis todos?

—Esta foto no significa nada. Estoy seguro de que existe una explicación razonable para este asunto. ¡Ni siquiera le has dado la oportunidad de explicarse!

Él lo fulminó con la mirada, como hiciera cuatro años atrás al conocer su traición. De nuevo se repetía aquel escenario, pero con otros personajes. Solo que esta vez, la que consideraba la mujer de su vida le había traicionado con un hombre ruin y pomposo al que despreciaba. ¿Por qué la vida le trataba tan injustamente?

—Nicolás, es muy noble por tu parte intentar defenderla, pero hay muchas cosas sobre nosotros que no sabes.

—Sé lo suficiente.

—Siéntate. Tenemos que hablar.

Quiso explicarle personalmente la farsa de su matrimonio, pero era demasiado doloroso revivir los últimos acontecimientos y vivencias junto a Virginia. Asumir que, cuando creía haber encontrado la felicidad, ésta se venía abajo de una manera tan imprevista y cruel, le desgarraba el corazón.

—Gonzalo, por favor, ¿puedes poner a mi hermano al día de mi *desdichada vida*? —enfaticó con amargura—. Necesito estar solo.

Su amigo asintió, compadeciendo la mala suerte de Lucas con las mujeres. ¡Aunque hubiese apostado que ella era diferente! Era la segunda vez que lo veía sufrir por culpa de una mujer pero, en esta ocasión, el dolor era sincero e intenso, puesto que le había confesado amar a Virginia y había soñado compartir la vida con ella. Ella había truncado ese sueño y él estaba destrozado.

Lucas se encerró en su despacho maldiciendo su destino y preguntándose por qué la vida le atormentaba de aquella manera. Estaba viviendo un calvario.

Reprodujo cada segundo de la escena vivida en el salón y se odió a sí mismo por haber acusado a Virginia de aquella manera tan cruel y grotesca. Pero el impacto recibido al contemplar aquella foto había sido tan brutal, que se había sentido cruelmente traicionado. Estaba fuera de sí.

Ahora, más calmado, se arrepentía de su crudo comportamiento, pero su corazón estaba tan roto por el engaño que, de momento, no tenía fuerzas para subir a disculparse. Como bien le había señalado su hermano con mucha cordura, le debía, al menos, el beneficio de la duda y la oportunidad de explicarse; aunque quizá no estuviera preparado para oír la descarnada realidad de que Virginia no le amaba.

Su único consuelo era que podía sentirse satisfecho de tener buenos amigos. Tenía tanto que agradecerle a Gonzalo, que no sabía por dónde empezar. Era incondicional y leal. A última hora de la tarde se había plantado en su casa, contándole cómo esa misma mañana un periodista que le debía un favor, le había informado de que su periódico tenía previsto sacar un artículo publicando la foto de Virginia en actitud cariñosa con otro hombre. Pretendían apoyar la teoría de Márquez de que el ex político se había aprovechado de su cargo y conocimientos para introducirse en el equipo directivo de una empresa con un futuro prometedor, arrebatándosela de las manos a otro empresario en

sus mismísimas narices.

Gonzalo no dudó en emplear su dinero y su tiempo en hacerse con la única fotografía que podría poner en entredicho la reputación de su amigo y, sin pedirle explicaciones, se había limitado a entregarle la foto. Lucas, agradecido por aquella acción del que, sin duda, era su mejor amigo, le había informado de los auténticos motivos que le indujeron a casarse con Virginia. No omitió ni un solo detalle, desvelándole todo su plan.

Gonzalo le escuchó con atención, sin reprocharle que no hubiese confiado en él desde un principio, ofreciéndole todo su apoyo y comprensión. Lucas sabía que era un auténtico honor poder contar con un amigo tan leal, y se prometió a sí mismo que nunca volvería a ocultarle nada. Él no se merecía tal cosa.

Sus pensamientos se centraron nuevamente en Virginia. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Qué pensaría de él y de su absoluta falta de modales? Le costaba aceptar que ella le hubiera engañado con Pablo. La foto debió ser tomada el día en que salieron a cenar. Lo más curioso era que cuando se la enseñó a Virginia, no vio ni un ligero atisbo de culpabilidad en sus ojos, sino desolación y tristeza.

Recordaba claramente la expresión de espanto de Natalia cuando, años atrás, la acusó de infidelidad. En aquella ocasión sus ojos la delataron al instante. Pero Virginia no había mostrado vergüenza ni arrepentimiento. No había la más mínima señal de delito en su mirada y sí mucho dolor y desilusión. ¿Acaso consideraba ella que era libre de hacer lo que quisiera? ¿Y si Nicolás tenía razón y se había precipitado al acusarla? Se echó las manos a la cabeza, rogando a Dios que su hermano tuviese razón, aunque eso significara su condena. Virginia nunca le perdonaría esas brutales acusaciones.

La había tratado como a una cualquiera, hiriéndola intencionadamente. Se maldijo por haber perdido el control. Una vez casi pierde a su único hermano por su fuerte temperamento y ahora, probablemente, había perdido a Virginia para siempre por el mismo motivo.

Quizá sus esperanzas habían sido infundadas y nunca tuvo la posibilidad de conquistarla, pero ya nunca lo sabría. No obstante, no pararía hasta averiguar si ella le había traicionado de verdad, poniendo en peligro no solo su relación sino también su profesión.

El trato era que debían guardar las apariencias para evitar un posible juicio por cohecho o uso indebido de información privilegiada y, si bien ella

era atolondrada e impulsiva, todo parecía indicar que también era honrada y leal, por lo que le costaba creer que se hubiese lanzado en brazos de Pablo sin sopesar las consecuencias.

Miró la fotografía de nuevo con más detenimiento. De pronto, observó detalles que no encajaban. El pelo de Virginia parecía estar unos centímetros más corto que ahora y a Pablo se le veía algo más joven. Dios, ¿y si se había equivocado? Ojalá no hubiera sido tan impulsivo y se hubiera detenido a analizar esos pequeños matices antes de emprenderla contra ella. Tendría que haberle dado la oportunidad de explicarse, pero la ira le había cegado por completo. Ahora era demasiado tarde para lamentaciones y la culpa comenzó a reconcomerle. La idea de perderla le dejaba sin aliento y tenía que hacer verdaderos esfuerzos por respirar.

Decidió que tenía que salir de dudas y descubrir el verdadero significado de aquella foto. ¿Estaría trucada? Probablemente Virginia no querría ni verlo, así es que ideó un plan alternativo con el único propósito de averiguar todo acerca de la misma.

Con paso firme, entró en el salón. Nicolás y Gonzalo todavía seguían allí.

—Gonzalo me lo ha contado todo —le dijo Nicolás, en tono suave y cariñoso—. Imagino lo que habrás sufrido al ver la foto pero, insisto, tiene que tratarse de un malentendido. Virginia jamás rompería un acuerdo de esa magnitud. Parece una mujer íntegra y estoy seguro de que tiene mucho que agradecerte.

—Nicolás, apenas la conoces.

—Lucas, me juego la cabeza a que está enamorada de ti. No creo que te haya traicionado.

Lucas entrecerró los párpados, dolido por lo absurdo de aquella afirmación.

—Necesito que me hagáis un favor —pidió Lucas, con el rostro ensombrecido—. Quiero que vayáis a casa de Pablo Zabala y le enseñéis la foto. Quiero saber qué demonios significa y cuándo fue tomada. A mí no creo que me recibiera. Nuestra relación no es precisamente amistosa —aclaró.

—Pero son más de las nueve —agregó Gonzalo, mirando la hora.

—Por favor —rogó Lucas con tanta pasión que no pudieron negarse.

Virginia lloró durante horas. Cuando por fin se había enfrentado a sus miedos y tomado la decisión de confesarle a Lucas su amor, éste se había encargado de machacarla con sus sucias acusaciones. Acababa de destruir el

sueño que tan felizmente había forjado en su imaginación.

Lo más doloroso era que ni siquiera le había ofrecido el beneficio de la duda; la había acusado sin piedad, como si fuese una cualquiera, con la única intención de hacerle daño. Por desgracia, había logrado su propósito con creces. La había herido tan profundamente que si el corazón pudiese dejar de latir a consecuencia del dolor, el suyo estaría ahora petrificado.

Podía entender su enfado al ver la foto, empujado por la ira y la primera impresión del momento, pero jamás olvidaría su afilada mirada, cargada de odio y rencor. La había condenado desde el principio sin concederle la más mínima oportunidad.

Lo más duro era admitir que Lucas parecía más furioso por el riesgo de ver cuestionada su reputación, que por la idea de perderla. No parecía afectarle que ella hubiera roto lo que fuera que existía entre ellos. Es cierto que vivían una relación tormentosa pero, en su opinión, llena de atracción, sintonía y complicidad. Durante estos meses habían disfrutado de grandes momentos de felicidad.

Ella siempre creyó que Lucas era diferente, que no la juzgaba por sus anteriores relaciones ni por su peculiar manera de afrontar la vida. ¡Estaba claro que se había equivocado! Era como todos los demás. La tachaba de inmadura, frívola e insensible, además de desleal y desagradecida.

Sus ojos se inundaron de lágrimas otra vez. Era demasiado doloroso haber encontrado el amor y renunciar a él de una manera tan repentina e injusta. Y, lo peor de todo, era confirmar su teoría de que el amor solo traía desgracias y sufrimientos. Había librado una dura lucha interna por romper con aquella estúpida creencia y ahora no le quedaba más remedio que volver a tomarla como una máxima para el resto de sus días.

«Dios, Lucas, si tan solo me hubieras escuchado», pensó con tristeza.

Estaba completamente rota. Amaba a Lucas y era muy consciente de que olvidarle le iba a costar toda una vida. Él representaba todo aquello que había buscado en un hombre durante años, pero de nada le había servido. Era inútil obcecarse en encontrar el amor cuando éste era cruel y caprichoso.

No tenía sentido permanecer en aquella casa ni un minuto más. Solo le aportaría más dolor. Prepararía sus cosas y se marcharía esa misma mañana, muy temprano.

Le hubiese gustado despedirse de Natalia, que había llamado a su puerta varias veces, preocupada, pero Virginia se había limitado a decirle que

necesitaba estar sola. La consideraba una amiga y confiaba en que, al menos, a ella el amor le sonriera con todo su esplendor.

Lucas esperaba impaciente en el despacho. No soportaba más aquella incertidumbre y estaba que se subía por las paredes. Si Gonzalo y Nicolás no venían pronto, los nervios acabarían por provocarle un ataque al corazón.

Estaba arrepentido. Deseaba ir a consolar a Virginia, pero era mejor esperar al resultado de las pesquisas. Ahora más que nunca se daba cuenta de cuánto la amaba porque, incluso después de saberse engañado, la necesitaba como el aire que respiraba.

De repente oyó el rugido del motor de un coche. Por fin iba a conocer la verdad.

Gonzalo fue el encargado de explicarle el resultado de su improvisada visita a Pablo, que se había quedado estupefacto ante aquella foto.

Cuando le amenazaron con interponerle un juicio por atentar contra el honor de Lucas al haber utilizado y acosado sexualmente a su mujer con el fin de falsificar pruebas en beneficio propio en connivencia con un competidor empresarial, Pablo había sollozado como un cobarde, lamentándose por su ruin comportamiento. Confesó haber cenado con ella y haber empleado sucias maniobras con la única intención de llevársela a la cama, pero ella le había rechazado rotundamente, dejándole con las ganas y sin dar pie a sus malintencionados propósitos. Pero negó cualquier vinculación con Márquez.

Se disculpó como un niño cuando es pillado por sus padres en una travesura, jurando que jamás se repetiría. Obviamente estaba asustado por las posibles represalias de Lucas. Además, les explicó que era imposible que la foto perteneciese a ese día en cuestión porque Virginia, pese a su acoso permanente, no le había dado opción a ningún acercamiento, ni siquiera uno leve, guardando siempre las distancias. En ningún momento la había besado, como se veía en aquella imagen.

Contemplando la foto con detenimiento, llegaron a la conclusión de que debía tratarse de un sucio montaje, tomando como base una de años atrás, cuando mantuvieron una fugaz relación y Pablo era perseguido por los paparazzis al pertenecer su familia al mundo de la jet-set. Aquella imagen era el vivo reflejo de unos rostros con algunos años menos de los que actualmente contaban y una actitud cariñosa que no podía corresponderse con la noche de la cena a juzgar por las palabras del propio Zabala. No así sus ropas, que sí coincidían con las de aquella velada.

Alguien se había tomado muchas molestias en manipular la foto con la vil intención de destruir a Lucas y empañar su intachable reputación. Y lo más grave era que, si bien había errado ese objetivo, había logrado uno mucho peor: acabar con la relación que finalmente parecía reinar entre Lucas y Virginia.

—Ese pijo pomposo estaba muerto de miedo —musitó Nicolás, riéndose al recordar su cara de pavor al amenazarle con el juicio por atentado al honor.

—Es evidente que alguien me ha tendido una trampa con la intención de apoyar la teoría de Márquez y desequilibrar la balanza hacia su lado —dedujo Lucas sabiamente—. ¡Voy a matar a ese cabrón! Esta vez se ha pasado de la raya.

—Te dije que era imposible que Virginia fuera tan irresponsable. Además estoy convencido de que entre vosotros hay mucho más de lo que dices —agregó Nicolás esperanzado—. Al menos, ahora sabes que ella está exenta de toda culpa.

Lucas se echó las manos a la cabeza y se dejó caer en el sillón, con auténtico desasosiego. Estaba hundido. ¡Lo había echado todo a perder!

—Dios, ¡¿cómo he podido ser tan estúpido?! He metido la pata hasta el fondo —se lamentó con tristeza—. La acusé de cosas horribles.

—Ya puedes buscarte una buena excusa y una gran disculpa porque, amigo, perdiste los papeles por completo. ¡La has cagado pero bien! —le recordó Gonzalo—. Y podrías empezar por dejarte de tonterías y decirle, de una vez por todas, que la quieres.

—Quizá tengas razón —susurró, maldiciéndose por haber sido tan cruel e injusto con ella—. En fin, mañana hablaré con ella. Gracias por todo, amigos. Será mejor que nos vayamos a descansar.

Palmeó la espalda de Gonzalo. Era su forma de agradecerle su apoyo e incondicional amistad. Le acompañó hasta la puerta para despedirle.

—Gonzalo, siento no haberte contado todo desde el principio. Te agradezco sinceramente tu ayuda. Eres un gran amigo. El mejor.

—Lo sé —contestó él, orgulloso—. En cambio tú, eres un jodido cabrón, retorcido e introvertido; pero aún así te aprecio demasiado. Sé que tú hubieras hecho lo mismo por mí. —Se dieron un emotivo abrazo—. Espero que soluciones tus diferencias con Virginia. Es una gran mujer. Suerte.

A la mañana siguiente, muy temprano, Virginia salió sigilosamente de la habitación y se dirigió hacia la planta baja con una maleta en una mano y su

máquina de escribir en la otra.

Debido a las brutales y absurdas acusaciones de Lucas, no había pegado ojo en toda la noche. Además de la angustia que aquel suceso le había generado, la tensión de verle aparecer en la habitación acabó por ponerla tan nerviosa que conciliar el sueño se había convertido en una tarea imposible. Por fortuna, su marido había decidido no dormir en su cama aquella noche — debió escoger la intimidad del despacho— y ahora podía largarse sin dar ninguna explicación. Después de lo ocurrido, no hacía falta ninguna. Todo estaba claro entre ellos.

Haciendo el menor ruido posible y con suma cautela, llegó hasta el vestíbulo. Todo estaba en penumbra y así debía permanecer si no quería toparse con él.

Abrió la puerta principal con premura, deseosa de salir de aquella casa que tanta felicidad le había proporcionado, ahora empañada por la angustia y la desesperación. Cuando se disponía a cerrarla, oyó unos pasos tras de sí y su corazón se disparó, latiendo de modo frenético.

—¿Va usted a alguna parte? —la voz de Carlos sonó grave y contundente, sin que ella pudiese evitarle—. ¿No es un poco temprano para salir?

—Carlos, dejémonos de formalismos —respondió Virginia con entereza, dejando las maletas en el suelo—. No te caigo bien, ¿verdad? Desde el primer momento en que pisé esta casa tu actitud ha sido de rechazo y hostilidad hacia mí. —El tono de Virginia era pausado, pero cargado de dolor—. Pues bien, puedes estar contento, tú ganas. Me largo. Ya no tendrás que perder más tiempo en espíarme, protegiendo a Lucas de mis afiladas y despiadadas garras.

Él permaneció impasible, escuchándola.

—Se equivoca respecto a mí —agregó con la cabeza bien alta—. Yo me limito a hacer mi trabajo...

—Ya... ¡Y una mierda! —le increpó Virginia, subiendo el tono—. Aunque he de admitir que una cosa es cierta: no he visto a nadie proteger tanto los intereses de un jefe como a ti. —Él esbozó una amarga sonrisa—. Lucas puede estar satisfecho de tu lealtad. —Hizo una pausa—. En fin, cuida mucho de él —y sin poder remediarlo, la pena se apoderó de ella y se le empañaron los ojos, hecho que a él no le pasó desapercibido.

—Creía que usted no era de las que salían huyendo por la puerta de atrás al menor contratiempo —la provocó.

—Pues ya ves, te equivocas... como en tantas otras cosas —susurró con un

hilo de voz ahogado—. Ahora tengo que irme.

—¿Piensa irse así, sin siquiera despedirse? —preguntó, sabiendo ya la respuesta.

—¿Y a quién le importa? —alcanzó a decir Virginia con tremenda desazón en su voz.

—Señora, creo que...

—Adiós, Carlos.

Esta vez no pudo evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos y cayeran irremediablemente por sus mejillas. Dándole la espalda, se marchó. Carlos le hizo un leve movimiento de cabeza y cerró la puerta tras de sí.

Virginia se dirigió hacia su coche y, sin echar la vista atrás, se introdujo y apretó el acelerador con tanta desesperación como las lágrimas que rodaban por su rostro. ¿Acaso Carlos había intentado evitar que se fuese? Él, que siempre había dudado de sus intenciones y de la veracidad de su matrimonio y que, sin ningún disimulo, la había censurado y vetado desde el principio, hoy, al adivinar su intención de marcharse, parecía realmente compungido. Ese hombre la desconcertaba del todo. ¿Quizá la traicionaba la imaginación y él simplemente se estaba asegurando de que se marchara para no volver jamás? En fin... qué más daba, ese era el menor de sus problemas.

En un ataque de melancolía, dirigió sus vidriosos ojos hacia el retrovisor, echando un último vistazo al espléndido chalé de Lucas.

Nunca imaginó que su bonita historia de amor terminaría de aquella manera tan sórdida, lo que significaba, además, que tendría que inventarse un final feliz para su novela; uno cargado de amor y romanticismo, sentimientos ambos que a ella la vida le negaba cruelmente.

Ahora más que nunca sentía cómo la felicidad se desvanecía entre sus dedos como el humo de un cigarrillo.

CAPÍTULO 20

Lucas abrió los ojos de golpe al recibir directamente en la cara el impacto de los primeros rayos de sol que entraban por la ventana. Se echó las manos a la cabeza al recordar el suplicio de la noche anterior. Tenía un enorme dolor de cabeza y una terrible tortícolis.

Todas aquellas tortuosas horas desde su discusión con Virginia, aun siendo breves, se le habían hecho eternas. No había dejado de pensar en cómo disculparse. ¿Querría ella escucharle? ¿Le daría una segunda oportunidad? La idea de perderla se le hizo insoportable.

No dejaba de reprocharse lo estúpido que había sido al dejarse engañar por las ruines maniobras de Márquez, creyendo en la culpabilidad de su mujer. Probablemente ella no le perdonaría. Lo cierto es que sus modales habían sido detestables. «¡Idiota!», se dijo a sí mismo.

Los párpados le pesaban como dos bolas de plomo. Ni siquiera recordaba cuándo había dejado de pensar para dar paso a un fugaz sueño repleto de pesadillas y miedos. Calculó que no habría dormido más de dos horas, consumido por el sentimiento de culpa. Necesitaba hablar con Virginia. Cuanto antes lo hiciera, antes se mitigaría el malestar que estaba acabando con su temple y serenidad.

Subió hasta el dormitorio y llamó a la puerta con golpes ligeros. No obtuvo respuesta. Probablemente dormiría todavía. Giró el picaporte y entornó la hoja al tiempo que asomaba la cabeza. La cama estaba vacía. Comprobó con sorpresa que tampoco estaba en el cuarto de baño. ¿Dónde diablos se había metido? En la planta de abajo no parecía que hubiera nadie. Quizá estuviese en el jardín. Bajó la escalera a toda velocidad para descubrir que tampoco estaba allí. Su ansiedad iba en aumento.

De repente, se topó con el rostro preocupado de Carlos.

—¿Dónde está? —le preguntó, alterado. No hizo falta mencionar su nombre, ambos sabían a quién se refería.

—Se fue esta mañana muy temprano. —La consternación y sorpresa de Lucas daban pena—. Llevaba una maleta y su máquina de escribir.

«Se ha ido para siempre», se lamentó Lucas. Entonces reprodujo la imagen del dormitorio. Cuando había ido en busca de Virginia, hacía unos minutos, tuvo la sensación de que algo no encajaba. Ahora sabía el motivo: faltaba la vieja máquina de escribir sobre el escritorio.

—¡Maldita sea, Carlos, ¿por qué no me avisaste?! —Él se encogió de hombros—. ¿Dónde ha ido?

—No lo sé, no me lo dijo. —Sonaba compungido—. Intenté convencerla de que se despidiese, pero fue inútil. Parecía desesperada.

Carlos tenía tanto que agradecerle a Lucas, que la sola idea de verle sufrir le afectaba. Fue el único que le concedió una oportunidad para mostrar su valía cuando salió del centro de rehabilitación en el que estuvo internado durante años, tras superar su adicción a las drogas. Comprendía perfectamente la desolación que debía embargar a su jefe en esos momentos, porque también él cayó en una profunda depresión al morir su mujer, consumida por un cáncer. Eso le precipitó en un pozo sin fondo, repleto de calamidades y despropósitos, que le arrastró irremediamente a la pérdida de su empleo y le envió directo al mundo de los estupefacientes y la mala vida.

Cuando Lucas acudió al centro para negociar un contrato de suministro de alimentos se topó con él y le facilitó su tarjeta, comprometiéndose a ofrecerle un trabajo si lograba rehabilitarse. Su confianza desinteresada y la posibilidad de un futuro mejor fueron más que suficientes para impulsarle a salir del abismo en el que estaba inmerso. Se recuperó a los pocos meses y le llamó. Lucas cumplió con su palabra y le empleó en su casa para realizar pequeñas chapuzas y labores de jardinería. Con el tiempo se había convertido en su mano derecha, convirtiéndose en el responsable de la intendencia de su hogar.

—Ya —respondió, pensativo—. Siento haberte gritado —se disculpó Lucas—. Es culpa mía que se marchara. —Y sin mediar palabra, quedo sumido en sus pensamientos y se fue directo al dormitorio.

El olor de Virginia todavía flotaba en el ambiente; un olor inconfundible que le penetraba tan adentro que alteraba todos sus sentidos. Se dejó caer sobre la cama, como sumido en un trance, maldiciendo cada palabra que escupió la noche anterior conducido por los celos y la inseguridad.

La cabeza le traicionó, evocando el dolor que antaño vivió con la huida de Nicolás y cómo aquello le hizo sentirse tremendamente desdichado. Y ahora se sentía exactamente igual. Se consideraba el hombre más ruin y miserable del universo.

Cerró los ojos en un absurdo intento por olvidar, por evadirse de la cruda realidad que le acechaba a cada segundo. Era inútil lamentarse, debía actuar con rapidez. Dondequiera que Virginia se hubiera recluido, no iba a parar hasta encontrarla y, esta vez, le dejaría bien claros sus sentimientos, aunque

para ello tuviese que atarla de pies y manos. Quizá ella decidiese no perdonar su inaceptable comportamiento de la noche anterior pero, al menos, tomaría su decisión con todas las cartas sobre la mesa.

Amaba a Virginia como jamás creyó que podría hacerlo. Pese a sus evidentes defectos, la consideraba la mujer ideal. Necesitaba a alguien que no temiera enfrentarse a él cuando la ocasión lo requiriera; alguien independiente y emprendedora, luchadora y perspicaz; alguien a quien poder admirar. Y, sin duda, él admiraba a Virginia, tanto en lo personal como en lo profesional. Le había demostrado con creces su capacidad de sacrificio y entrega por los demás, su devoción a la familia, su enorme bondad y generosidad... Un cómputo de virtudes que la convertían en alguien excepcional. Virginia poseía todas las cualidades que Lucas valoraba en una persona y puesto que, además era mujer y con un enorme atractivo, la convertía en la elección perfecta.

Tomó la determinación de no compadecerse de sí mismo y ocuparse personalmente del tema. Y eso era exactamente lo que se proponía hacer. Empezaría por darse una ducha y salir en su busca. Probablemente Alicia pudiera decirle dónde estaba. Luego le haría una pequeña visita nada amistosa al cabrón de Márquez. Esta vez había llegado demasiado lejos y lo iba a pagar bien caro.

Se disponía a ducharse cuando reparó en un pequeño sobre apoyado contra la lamparita de noche. Los latidos del corazón se le aceleraron a tal velocidad que sus manos temblaron al intentar abrirlo. Era de Virginia. Desdobló la pequeña hoja blanca de su interior y leyó:

Una vez me pediste que te escribiera cómo me sentía. Entonces no lo hice por temor a decir las palabras equivocadas o, tal vez, porque ni siquiera reconocía mis propios sentimientos.

Pero nada de eso importa ya. Nada volverá a ser como antes. Tu cara, tus manos, tu voz, tu forma de mirarme... Cualquier esperanza que yo pudiera albergar para que lo nuestro fuera algo importante, se apagó anoche de un plumazo. No te culpo. Supongo que la imagen que doy es la de una mujer fría, insensible y cruel; pero, sobre todo, frívola y desleal.

Durante semanas me hiciste creer que eras diferente a los demás, que realmente habías llegado a conocerme y entenderme. Anoche supe lo equivocada que estaba. Supongo que debo resignarme y asumir que, pese a lo que hemos compartido, tampoco a ti logré transmitirte mi

verdadero yo.

No obstante, siempre nos quedará el recuerdo de aquellos maravillosos días que pasamos juntos. ¡Al menos lo fueron para mí! Tú me has hecho sentir cosas que jamás pensé que sentiría y has logrado hacerme olvidar parte de la angustia y desesperación en la que se encuentra inmersa mi vida. Te estaré eternamente agradecida. Por eso y por tu inestimable ayuda con Vidasa. Ya ves, contrariamente a lo que piensas, sí soy agradecida.

Ojalá nos hubiésemos conocido en otras circunstancias o, quizá sea mejor así. Hemos disfrutado de una fugaz y apasionada aventura, sin compromisos ni ataduras de ningún tipo. Si hoy he tomado la decisión de irme es porque nuestra historia ha sido demasiado bonita como para empañarla con dolorosos reproches, mentiras y absurdas promesas.

La felicidad, desgraciadamente, tiene fecha de caducidad, no así los recuerdos.

*Cuídate,
Virginia.*

P.D.: Deberías saber que la foto está trucada. Alguien te ha gastado una broma pesada de la que, seguramente, pretende sacar provecho. Estaré en casa de Alicia por si me necesitas.

Lucas releyó la carta una y otra vez intentando descifrar su verdadero significado o, quizá simplemente, deseando encontrar un atisbo de esperanza para recomponer su corazón roto. Todo parecía indicar que esa carta era un adiós y no un hasta pronto; una despedida y no una declaración de amor; transmitía nostalgia pero no esperanza. Pero lo que sin duda reflejaba era que él no había estado a la altura de las circunstancias al no haber sabido entenderla, juzgándola erróneamente.

Aquello le quemó por dentro como si le atravesaran con una espada al rojo vivo. Era cierto que la había acusado de ser desagradecida y frívola, empujado por los celos y el rencor, pero nunca pensó que lo fuera. En realidad, pensaba todo lo contrario. ¿Cómo podía ser de otra manera cuando había renunciado a su vida para retomar la de su hermano? La admiraba por eso.

Ahora había llegado el momento de reparar todos sus errores y transmitirle sus verdaderos sentimientos. Había llegado el momento de la verdad y, al pensar en ello, un escalofrío recorrió su cuerpo de arriba abajo.

Virginia se instaló en la habitación de invitados de casa de su hermano, como solía hacer en las ocasiones en que se quedaba a pasar allí la noche. Gracias a Dios tenía una llave.

La casa estaba vacía; eso le proporcionaría la paz y tranquilidad que necesitaba en esos momentos en que lo veía todo negro.

Por unos segundos pensó en ir a su acogedor apartamento, pero no hubiera sido muy inteligente. El mismo que se las ingenió para trucar la foto de ella besándose con Pablo podría tenerla vigilada y, un mal paso, le daría un motivo más para intentar desacreditar nuevamente a Lucas. Ya lo estaba viendo en la portada de las revistas: «Lucas Saldarriaga abandonado por su mujer» o «Lucas Saldarriaga y Virginia Delgado se han separado». Al menos, estando en casa de Daniel podría alegar estar acompañando a su cuñada, deprimida ante la larga enfermedad de su marido.

Pese a lo dolida y resentida que estaba con Lucas por no haber creído en su lealtad, era consciente de lo mucho que le debía y no pensaba dejarle tirado como una colilla. Seguiría con la farsa de su matrimonio hasta que su participación en Vidasa quedase absuelta de toda sospecha. Luego, recuperaría su antigua y solitaria vida.

Hubiera querido ocultarle a Alicia su actual situación —no quería preocuparla más de la cuenta—, pero finalmente echó mano del teléfono móvil y le contó lo ocurrido. No soportaba la idea de llevar en secreto su desdicha, era demasiado doloroso, y además debía alertarla sobre la conspiración urdida contra Lucas. Era importante que acordasen un motivo por el cual se había mudado provisionalmente a su casa y, con más razón, si como le había dicho Lucas días atrás, pronto les llamarían a declarar. Le habían llegado rumores de que Márquez había interpuesto una denuncia contra él por agresión física. Primeramente lo había intentado con una acusación por cohecho y uso indebido de información privilegiada pero, al tratarse de pruebas circunstanciales, el caso había quedado desestimado.

Virginia le hizo prometer a Alicia que no abandonaría a Daniel para venir a consolarla, como había sido su primera intención. «Estoy bien, no hace falta que vengas», mintió.

Nicolás no dejaba de pensar en cuál sería el mejor momento para declararle su amor a Natalia. ¿Y si ella se negaba a escucharle? Pero lo sucedido entre Lucas y Virginia le había abierto los ojos, haciéndole recapacitar. ¡Las cosas era mejor decirlas cuánto antes y sin tapujos!

La noche anterior había sido testigo de cómo dos personas con un futuro prometedor, se habían distanciado sin ni siquiera llegar a decirse cuánto se amaban —porque él tenía la certeza de que realmente se amaban—, anteponiendo los celos y la desconfianza a sus propios sentimientos.

Él ya había experimentado en sus propias carnes la pérdida de un amor y lo doloroso que era. No iba a dejar que algo así volviera a suceder. Debía hablar con Natalia esa misma mañana y expresarle sus verdaderas emociones, confiando en que le perdonara y le concediese una segunda oportunidad. Soñaba con hacerla feliz de nuevo.

Sin perder tiempo, se dirigió al jardín donde sabía que la encontraría.

—Hola Natalia, ¿podemos hablar?

Ella cerró la novela que estaba leyendo y se incorporó de la tumbona.

—Claro, ¿sabemos algo de Virginia?

—No, todavía no. —Ella lo miró expectante, esperando el motivo de su petición—. Es sobre nosotros.

Natalia se irguió, tensando cada músculo de su cuerpo. Sabía que esta conversación no tardaría en llegar, pero nunca pensó que fuera tan pronto.

—Natalia, te quiero. —Ella permaneció quieta, callada, temerosa de su propia reacción—. Sé que no quieres escucharme, pero si no te lo digo me arrepentiré toda la vida. Es muy posible que no quieras saber nada de mí después de aquello, pero solo te pido que me escuches. Déjame explicarte por qué me marche de aquel modo.

—Adelante —contestó, simulando estar tranquila, aunque en realidad era un flan—. Te escucho.

—Te parecerá una contradicción, pero abandonarte fue la decisión más dura de toda mi vida. Te quería entonces, te quiero ahora y te querré siempre. Natalia, no ha habido ninguna otra desde entonces. Solamente tú.

Una lágrima rodó por la mejilla de Natalia, aturdida por sus emociones.

—Pero... te fuiste sin mí.

—No tuve elección. Toda mi vida me he sentido un fracasado. ¿Cómo podía hacerte feliz cuando ni siquiera me aceptaba a mí mismo?

—Me bastaba con estar contigo.

—Tal vez, pero no soportaba la idea de arrastrarte al infierno que me quemaba por dentro. No tenía nada que ofrecerte. A veces el dinero no es suficiente, necesitaba descubrir que era capaz de hacer algo por mi cuenta, sentirme realizado y satisfecho conmigo mismo... Solo así podría hacerte feliz

a ti. Además, traicioné a mi propio hermano, que me lo había dado todo. Eso me estaba matando. Necesitaba tiempo para pensar, tiempo para perdonarme por haberme enamorado de ti. —Se acercó a ella y le limpió las lágrimas con el pulgar.

—Pudiste habérmelo dicho.

—Cariño, si lo hubiera hecho jamás podría haberme ido. No si te veía una vez más. Fue muy difícil renunciar a ti de un día para otro. Créeme, si me hubiera quedado, te habría hecho inmensamente desdichada.

—Me hiciste inmensamente desdichada marchándote —le aclaró ella con amargura.

—Ahora lo sé. Lo siento, de haber sabido que estabas... Yo nunca quise hacerte daño. Lo siento tanto. Te suplico que me perdones.

A tenor de aquellas palabras, Natalia dedujo que Nicolás lo sabía; sabía que Mateo era su hijo. No la pilló por sorpresa. Era cuestión de tiempo que Lucas se lo dijese. Ambos sabían que Mateo merecía conocer a su padre.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó desconsolada.

—No he dejado de pensar en ti ni un solo día durante estos cuatro largos años. Cuando supe que Lucas se había casado con otra, sentí la imperiosa necesidad de venir a buscarte. No soportaba la idea de estar ni un minuto más alejado de ti.

—¿Qué tiene que ver que Lucas se casara?

—Porque gracias a Dios no había sido contigo. Entonces recé cientos de veces para que no hubieras rehecho tu vida. —La miró directamente a los ojos, que brillaban más que nunca—. Te amo, Natalia. Daría cualquier cosa por que volvieras a confiar en mí. No deseo otra cosa que ver crecer a nuestro hijo, juntos. Te ruego que me perdones... por favor.

—Nicolás, yo... No sé... —tartamudeaba, como solía hacerlo siempre que estaba nerviosa.

—Déjame hacerte feliz. Ahora sé que puedo. —Le sujetó las manos con fuerza—. Por favor, dame una segunda oportunidad. No lo lamentarás. Déjame formar una familia contigo y con Mateo. ¡Un verdadero hogar!

—¿Y cómo sé que no volverás a traicionarme y saldrás huyendo al más mínimo contratiempo? —El llanto no la permitía hablar con claridad.

—Porque ahora sé que no renunciaría a vosotros ni por todo el oro del mundo. No podría soportar estar alejado de ti y del niño. Me moriría. Os quiero... ¡Déjame demostrároslo! Por favor.

—Dios, Nicolás, ¡cuánto te he echado de menos!

Y se lanzó a sus brazos, besándole apasionadamente.

Virginia, con los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar, se disponía a prepararse un poleo menta cuando escuchó unas llaves y, a continuación, el sonido de la puerta principal al abrirse. ¿Quién diablos sería? Dirigió sus pasos hacia el vestíbulo.

De repente vio asomar la dulce y angelical cara de Alicia. Era evidente que su esfuerzo por disimular la angustia y desesperación al teléfono, había sido inútil y su incondicional amiga no había dudado ni un segundo en acudir a consolarla. Nunca tendría suficientes palabras de agradecimiento para decirle cuánto significaba para ella, aunque tenía la certeza de que ya lo sabía. Entre ellas existía tal grado de complicidad que sobraban las palabras.

Se miraron fijamente para luego fundirse en un abrazo largo y profundo. Virginia rompió a llorar nuevamente y Alicia la apretó entre sus brazos con fuerza, intentando llevarse con él todo el dolor.

—¿Qué ha pasado exactamente, Virginia? —le preguntó cariñosamente—. Anda, procura tranquilizarte mientras yo preparo unas infusiones. Luego me cuentas.

Virginia se limitó a obedecer y fue a lavarse la cara con agua fría al cuarto de baño. Había intentado evitar que Alicia acudiese en su ayuda pero, ahora que lo había hecho, se alegraba enormemente. Era un gran alivio saber que siempre podía contar con ella.

—Ya me lo advertiste, ¿verdad? —reconoció Virginia, avergonzada—. Sabías que esto ocurriría.

Alicia esbozó una amarga sonrisa. Ni mucho menos se alegraba de haber pronosticado aquel fatídico final. Hubiera querido equivocarse, pero desgraciadamente sus temores se habían hecho realidad.

—Parecíais tan felices juntos el otro día en el hospital. Hasta Daniel creyó en vuestra insólita historia de amor. De hecho, está entusiasmado. —Hizo una leve pausa—. Le he dicho que venía a recoger unas cosas.

Virginia asintió, culpable de que su cuñada hubiera tenido que mentir por ella.

—No deberías haber venido.

—¿Acaso no hubieras hecho tú lo mismo por mí? Daniel está bien. Eres tú quien me preocupa. —Virginia le dedicó una tierna sonrisa de agradecimiento—. Y bien, ¿vas a contarme qué ha ocurrido?

Virginia detalló lo que había pasado en las últimas horas, desde su visita a Bárbara hasta cómo Lucas la había acusado ferozmente de tener un idilio con Pablo Zabala, culpándola de haber roto el trato que hicieron cuando se casaron y de haber puesto en peligro su carrera y reputación. Alicia escuchaba con atención.

—Pero entonces, si lo he entendido bien, alguien trucó la foto con el fin de publicarla en una revista de actualidad y desenmascarar así vuestra historia. ¡Será miserable!

—¿Cómo ha podido Lucas creer que le he engañado con otro después de lo que ha habido entre nosotros? Me acusó de cosas horribles. —El simple hecho de recordarlo hizo que se le pusiera la piel de gallina—. Ni siquiera me dejé explicarme. —Se cubrió el rostro con las manos, claramente desolada.

—Seguramente estaría impactado por la imagen y sus consecuencias — trató de justificarle Alicia, que conocía los profundos sentimientos de Lucas hacia Virginia.

—¡Eso no le da derecho a tratarme así! —exclamó Virginia, con rabia.

—No, no se lo da. Pero ponte en su lugar. Lucas se ofreció a ayudarnos desinteresadamente. Ha estado sometido a una gran tensión tratando de sacar a flote Vidasa y, para colmo, os habéis embarcado en una aventura amorosa que probablemente le tiene tan desconcertado como a ti.

«Y además han intentado matarle», se dijo Virginia para sí misma.

—Virginia, no estuvo bien que te tratara así, pero estoy convencida de que está completamente arrepentido.

—Dijo «que yo era el peor error de su vida» —Sus ojos se empañaron y no pudo continuar hablando.

—Estás enamorada de él, ¿no es cierto?

Virginia asintió. ¿Para qué mentir sobre algo tan evidente?

—Es más que eso. —Se detuvo—. Le amo tanto que me duele hasta respirar. —Al fin lo había dicho en voz alta y sintió un tremendo alivio.

—Ya. ¿Y qué piensas hacer?

—¡Nada! Ni siquiera sé si él siente lo mismo. Y aunque así fuera, es demasiado tarde. Nos hemos hecho demasiado daño. Ya nada podría ser igual.

—Nunca es demasiado tarde.

Virginia meneó la cabeza, incrédula.

«Ding, dong», el sonido del timbre interrumpió la conversación.

—Iré a ver quién es —dijo Alicia, sorprendida.

No esperaban a nadie, pero cuando abrió la puerta ya se lo había imaginado. Lucas estaba frente a ella, imperturbable, pero con cara compungida y unas monumentales ojeras que delataban su evidente angustia.

—Necesito verla, Alicia.

—Yo... No sé si querrá verte. —Lucas le dirigió una mirada desesperada y ella se apiadó de él—. Espera aquí.

Al cabo de medio minuto regresó con una expresión de tristeza.

—Lo siento.

—No pienso irme de aquí sin hablar con ella. —Y con paso firme y decidido, sorteó a Alicia.

—¡Lucas, detente! —exclamó Alicia, corriendo tras él.

Lucas no la escuchaba, tenía su mente ocupada en lo que iba a decirle a Virginia. Irrumpió enérgicamente en el salón sobresaltando a su esposa, que no le esperaba.

—Lo siento, no ha querido escucharme —se lamentó Alicia, entrando segundos después, casi sin aliento.

—Está bien. Déjanos solos, por favor.

Se detuvo hasta que su cuñada hubo abandonado la estancia y entonces miró fijamente a Lucas. Estaba lívido y con una expresión turbada.

—Ya veo que sigues teniendo la costumbre de entrar sin llamar.

Él esbozó una triste sonrisa. Era increíble lo luchadora que era, siempre en guardia para la batalla. Ni siquiera en esos momentos de gran crispación renunciaba a su carácter arrollador.

—Necesitaba verte —dijo con un tono suave, acercándose a ella lentamente.

Instintivamente, ella retrocedió dos pasos. Temía perder su capacidad de reacción al tenerle demasiado cerca. Lucas lograba anularla por completo.

—Lo siento, Virginia. Siento de veras todo lo que te dije anoche.

Como ella no dijo nada, él continuó. Necesitaba decirlo todo de corrido o nunca lo haría.

—Te amo, Virginia.

Ella no pudo evitar abrir los ojos de par en par ante aquella confesión que, lamentablemente, llegaba demasiado tarde.

—Intenté decírtelo el otro día en tu apartamento...

Virginia permaneció en silencio. ¿Por qué se lo decía ahora cuando todo había acabado entre ellos?

—Cuando te vi por primera vez en el despacho de tu hermano me sentí tremendamente atraído. Aquel día tu belleza, tu personalidad arrolladora y tu desplante lograron impactarme, lo reconozco. Supongo que me merecía tu indiferencia. Desde entonces no he dejado de pensar en ti ni un solo día.

—Eso es absurdo. ¡Han pasado tres años de aquello!

—Lo sé. Al principio fue solo atracción, luego obsesión. Daniel no dejaba de hablar de ti y no lograba sacarte de mi cabeza. Pensé en pedirte una cita, pero tus antecedentes amorosos me asustaron. Fue entonces cuando comencé en la política y aquello absorbía todo mi tiempo. Decidí aparcarme mis sentimientos hasta tener una mejor oportunidad.

—Lucas, yo...

—Déjame terminar, por favor. Cuando me enteré de los problemas financieros de Vidasa, quise ayudar. Además, no voy a negarlo, era la gran oportunidad que esperaba. Podía estar cerca de ti y conocerte mejor. Luego surgió la idea del matrimonio y no lo dudé ni un segundo. Era la única forma de salvar Vidasa y mi reputación. Aquella cercanía me permitiría intentar conquistarte.

Virginia estaba atónita y algo molesta. No podía creer que Lucas hubiese urdido todo aquel plan con el único fin de conquistarla.

—¡Esto es ridículo!

—Sé que suena algo rocambolesco, pero no supe encontrar un mejor modo de acercarme a ti. El destino me ponía en bandeja lo que más deseaba y no dudé en agarrarlo con ambas manos.

—Lucas, ¿de verdad esperas que me crea esta historia? —Su mente reprodujo rápidamente algunos de los sucesos vividos durante los últimos meses—. ¿Quieres decirme que accediste a comprar parte de Vidasa por mí?

—No vi otra forma de casarme contigo...

—¿Cómo dices?!

—Quiero decir, de conocernos mejor —rectificó Lucas al ver cómo ella alzaba una ceja a modo de reproche. Conocía ese gesto a la perfección. Virginia estaba enfadada.

—¿Durante todo este tiempo me has hecho creer que lo hacías por Daniel, por salvar su empresa, cuando lo único que querías era llevarme a la cama?

—Definitivamente, estaba furiosa.

—Eso no es justo —protestó Lucas—. Habría hecho exactamente lo mismo aunque no hubiese estado enamorado de ti. Simplemente aproveché la ocasión

que el destino me brindaba.

—Maldita sea, Lucas. Me has mentido, engañado y manipulado —le acusó ella, sin piedad. Lucas meneó la cabeza—. Te advertí que no lo hicieras. ¡Odio la mentira por encima de todas las cosas!

—¿Y qué querías que hiciera? —respondió, impotente—. Si te hubiera dicho la verdad, que te amaba, nunca hubieras accedido al plan.

—¿Y?! —le increpó, con rabia.

—Que no hubiera podido ayudar a Daniel... y, probablemente, tampoco hubiera podido saber lo extraordinaria que eres. Estoy loco por ti, Virginia.

—Y, con toda seguridad, no estaríamos aquí, discutiendo y reprochándonos todo el daño que nos hemos hecho inútilmente. ¿Has pensado alguna vez que quizá la idea de pedirme una cita y cortejarme hubiese sido un camino más fácil? —repuso con sarcasmo.

—Virginia...

—No, claro, eso es demasiado... típico. Es mejor engañarme con maquiavélicos planes. ¡No puedo creerlo! ¡¿Cómo he podido ser tan estúpida?!

—Virginia —dijo Lucas con dulzura—, mi intención siempre fue intentar sacar a flote Vidasa pero, para ello, era necesario casarme contigo. Por el amor de Dios, te estoy diciendo que lo siento. Te quiero. ¿Acaso no es eso lo más importante? —Ella negó con la cabeza, todavía aturdida por esa absurda locura—. Sé que estás dolida y enfadada por todo lo que te dije anoche. Y también por esta sorprendente historia. Lo entiendo.

—Tú no me quieres a mí, Lucas —musitó ella, con cierto tono de tristeza—. Amas un espejismo que nunca podré ser. Tú detestas mi fuerte temperamento, mi tozudez, mi comportamiento infantil... Te has enamorado de una utopía, de un imposible; de alguien visto a través de los ojos de Daniel, que solo es capaz de ver lo bueno que hay en mí. En realidad no sabes quién soy.

—Te equivocas. Sé todo lo que necesito saber de ti. Sé que mi cuerpo se estremece al verte y que la idea de perderte me aterra; sé que soy más feliz desde que tú entraste a formar parte de mi vida; sé que disfruto cada instante que paso contigo, incluso cuando la conversación deriva en una batalla lingüística en la que irremediamente acabaré siendo derrotado; sé que huyes del amor como un pavo asustado, y sé que alcanzo la luna cuando te hago el amor. —A Virginia una ola de calor le recorrió por dentro—. Sé

cuánto adoras tu familia, tu profesión y tu libertad pero, por encima de todo, sé que deseo pasar el resto de mi vida contigo.

—Podrás vivir sin mí —contestó, lo más fríamente que pudo, intentando no sucumbir ante la emoción de aquellas tiernas palabras. La amaba, ahora tenía la certeza y, sin embargo, ya era demasiado tarde.

—Podré. Pero no quiero hacerlo. Ayer estaba cegado por los celos y la ira pero, créeme, no pensaba ni una sola palabra de lo que te dije. Por favor.

Se acercó a ella y le acarició el rostro. Ella desvió la mirada intentando evitar que Lucas viese el amor que, sin duda, reflejaban sus ojos. Le amaba tanto que aquella confesión de amor hacía que su dolor fuese todavía más intenso. Renunciar a él se le hacía un largo y arduo camino, pero era lo mejor para los dos. No le estaba permitido amar. Tarde o temprano acabaría estropeándolo y haciéndole daño; como hizo su madre con su padre. No, lo mejor era acabar cuanto antes.

—Quiero que te vayas —dijo con determinación.

Lucas la miró directamente a los ojos intentando adivinar su estrategia.

—No lo dices en serio.

—Por supuesto que sí.

—No puedes engañarme, Virginia. Ya no. Te conozco demasiado bien. ¿Crees que no sé que detrás de esas crueles palabras y esa mirada dura hay un corazón roto y una mujer frágil y sensible?

Virginia contuvo las lágrimas como pudo, pero éstas luchaban por salir y supo que no podría retenerlas mucho más.

—Mírame a los ojos y dime que no me quieres. Solo entonces saldré por esa maldita puerta —la provocó, poniéndose frente a ella y mirándola directamente a sus oscuros y acuosos ojos negros.

Ella le retuvo la mirada cuanto pudo, pero cuando fue a escupir las palabras que tan encarecidamente le pedía, no pudo y desvió la mirada.

—Quiero que te vayas.

—No pienso irme sin ti —apuntó con tono cariñoso y dulce—. Ahora sé que me quieres.

Lucas la abrazó ligeramente y ella no intentó huir. Estaba demasiado cansada y herida para seguir luchando.

—Me amas, lo sé, aunque no quieras admitirlo. ¡Si ni siquiera eres capaz de mirarme a los ojos! —Ella le empujó suavemente, poniendo distancia entre los dos.

—Lucas, ¿es qué no te das cuenta? —gritó enfurecida—. Acabaremos haciéndonos daño, viviendo una vida llena de mentiras e hipocresía. Yo no quiero eso.

—¿Por qué no te rindes? No puedes luchar contra tus fantasmas eternamente.

—No te convengo. Soy demasiado inestable...

—¿No te parece que eso debo decidirlo yo? Además es demasiado tarde, te amo. Ya elegí hace tiempo y no creo haberme equivocado en absoluto. Ven conmigo. Dame una segunda oportunidad. Te prometo que no te arrepentirás — esta vez sí esperó una respuesta.

—No puedo —dijo rompiendo a llorar como un bebé—. No puedo.

—¿Por qué eres tan tozuda? ¿Por qué te empeñas en luchar contra lo inevitable? Tú me amas y yo te amo, ¿qué nos impide ser felices? —preguntó de forma retórica.

—¡No confío en ti, maldita sea! —terminó por exclamar Virginia, envuelta en un torbellino de confusión. No se le ocurrió otra manera de espantarlo. En realidad, era en ella en quien no confiaba; estaba demasiado asustada.

A Lucas aquella revelación le cayó como un jarro de agua fría. Esa era la verdadera razón por la que le rechazaba. Virginia no creía ni una sola palabra de lo que acababa de decirle.

—Ayer me dijiste que era el peor error de tu vida —continuó Virginia— y hoy me confiesas que me amas. ¿A quién debo creer? ¿Al Lucas que está hoy aquí rogándome una segunda oportunidad o al que ayer me espantó de un manotazo sin escucharme? No sé quién eres.

Lucas se echó las manos a la cara, impotente, sin encontrar la respuesta adecuada para sacarla de aquel tremendo error.

—Por el amor de Dios, Virginia... Tienes que creerme. Te quiero. —Ella sacudió la cabeza, aturdida—. ¡Maldita sea, ¿qué tengo que hacer para que me creas?!

—Vete, Lucas. Déjame sola. —Él negó con la cabeza—. Vete, por favor.

Y echó a correr hacia la puerta, dejándole allí plantado. Necesitaba alejarse de él o caería rendida a sus pies. La atracción entre ellos era demasiado fuerte como para luchar contra ella. No podía permanecer a su lado ni un minuto más.

—Será mejor que te vayas, Lucas —dijo Alicia, desde el vestíbulo.

Le compadeció. Lucas estaba desenchajado. Cuando le miró vio que estaba

paralizado y perplejo ante la actitud evasiva de Virginia.

—Hablaré con ella... —agregó, intentando infundirle esperanza.

Él asintió, agradecido, y se fue sin decir una sola palabra.

CAPÍTULO 21

Lucas salió de casa de Alicia convencido de que nunca más volvería a recuperar a Virginia. A tenor de sus palabras había cometido demasiados errores y éstos le iban a pasar factura. Ella le había oído, pero se negaba a escucharle. Por alguna absurda razón, no confiaba en él

Aunque, si se detenía a pensarlo fríamente, Virginia tenía cientos de motivos para hacerlo. La había mentido desde el principio, disfrazando los verdaderos motivos que le impulsaron a contraer matrimonio con ella. Luego estuvo inmerso en un doble juego en el que tan pronto le abría su corazón como fingía ignorarla, produciéndole un mar de dudas. Había sido un embustero y un farsante, aunque lo hubiera hecho con una única finalidad: conquistarla. ¡Ahora sabía lo equivocada que había sido aquella estrategia!

Lo verdaderamente frustrante era pensar que todo podía haber ido a las mil maravillas si no hubiera sido por esa maldita foto. Este pensamiento transformó su tristeza en ira en décimas de segundos. ¡Márquez! Si ya antes le aborrecía, ahora le provocaba náuseas. Estaba furioso. Furioso porque, probablemente, por culpa de ese miserable había perdido a Virginia para siempre.

Jamás imaginó que pudiera haber alguien tan ruin como para gastar su tiempo y dinero en un montaje semejante con el único propósito de hundirle. Y, sin embargo, su actual situación era un claro ejemplo de que sí existían mentes tan perversas y manipuladoras; mentes capaces de inventarse cualquier cosa con el único fin de destruir la vida a otro ser humano.

Su ira fue en aumento y, sin pensarlo dos veces, se subió al coche, apretó el botón de arranque, presionó el acelerador y buscó mentalmente el camino más corto para llegar a la Torre de Cristal.

En apenas veinticinco minutos estaba allí. Cogió el ascensor hasta la planta veintitrés, donde Márquez tenía sus oficinas.

Al abrirse la puerta, salió disparado hacia el despacho del individuo objeto de su rabia. Recordaba el camino a la perfección y no iba dejar que nadie le detuviese.

Ignoró a la recepcionista y siguió andando con una sola idea fija.

—¡Señor! —le llamó, educadamente—. Disculpe, señor... no puede pasar.

Pero Lucas estaba tan ofuscado y embrutecido que ni siquiera la escuchó. La mujer salió corriendo tras él, sin alcanzarle.

Cuando Lucas llegó al despacho que buscaba, abrió bruscamente la puerta. Márquez, que estaba sentado en una silla tras un elegante escritorio, alzó la vista, sobresaltado.

—Lo siento, señor —dijo la recepcionista, con un hilo de voz—. Intenté detenerle, pero...

—Está bien, Cecilia —respondió, comprensivo—. Puede irse.

Ella obedeció y cerró la puerta tras de sí.

—Vaya, vaya, Lucas, qué sorpresa. ¿En qué puedo ayudarte?

Lucas tenía los ojos inyectados en sangre. Su cuerpo era pura adrenalina y su mente una bomba de relojería que le repetía sin parar que le diese un puñetazo y le tumbase. Pero ya había perdido los estribos en demasiadas ocasiones. Esta vez era mejor tomarse las cosas con calma.

—¿Te has divertido lo suficiente? —preguntó Lucas con cierto sarcasmo, apoyando las dos manos sobre la mesa e inclinando el cuerpo hacia Márquez, con la ridícula intención de intimidarle. Éste no se inmutó y le dedicó una amplia sonrisa—. Esta vez te has pasado de la raya. —Y sacó la fotografía, lanzándola sobre la mesa.

—Bonita foto —se limitó a responder el empresario.

—Sí, lástima que tu sucia maniobra haya quedado en nada. Has ido demasiado lejos con este asunto.

—No sé de qué me hablas —contestó, altivo—. ¡Que tú no hayas logrado domar a esa fierecilla salvaje no es asunto mío! —Lucas hizo verdaderos esfuerzos por no propinarle un buen puñetazo.

—Quizá sí lo sea cuando llame a la policía y te detengan por sabotaje empresarial e intento de asesinato.

Aquella acusación desdibujó la sonrisa de Márquez por completo. Su expresión pasó de divertida a seria y circunspecta.

—¿Intento de asesinato? —preguntó preocupado—. ¿Alguien ha intentado matarte?

—Sí; el mismo que durante meses ha estado boicoteando Vidasa hasta casi acabar con ella; el mismo que manipuló mi coche con la intención de matarme; el mismo que adulteró una partida de alimentos, intoxicando a un centenar de personas y el mismo que, y esto es lo más grave, casi lleva a Daniel directamente a la tumba.

Márquez se levantó de la silla de un salto.

—¿Qué?! ¿No pensarás que yo he tenido algo que ver con todas esas

barbaridades?

Parecía realmente sorprendido. Lucas se encogió de hombros.

—Eso cuéntaselo a la policía.

—Un momento. Es cierto que mandé retocar la fotografía, pero no he tenido nada que ver con todo lo demás. Te lo aseguro. ¡Maldita sea, Lucas, me arrebataste Vidasa delante de mis narices!

—Entonces, ¿cómo se explica que fueses tú el único que conocía los problemas financieros que atravesaba la empresa? ¿Quién, sino tú, podía desear la muerte de Daniel para luego hundir Vidasa y, más tarde, pujar por ella?

Márquez sacudió la cabeza, acobardado.

—No sé de qué diablos me estás hablando.

—Ah, ¿no?

—Si puse una oferta sobre la mesa para comprar Vidasa fue porque, un buen día, recibí una llamada en el móvil advirtiéndome de que la empresa estaba al borde de la quiebra.

—¿Quién te llamó? —preguntó Lucas, con acritud.

—¡No lo sé! —repuso Márquez, impotente, alzando los brazos—. El número era desconocido. Parecía la voz de un hombre. Se limitó a sugerirme que si estaba interesado en hacerme con Vidasa, éste era un buen momento. ¿Qué está pasando, Lucas? —Hizo una leve pausa—. ¿Es cierto que alguien intentó matar a Daniel y también a ti?

Lucas asintió, mirándole fijamente, intentando descifrar si podía ser el verdadero culpable de tantas tragedias.

—Te juro por Dios que yo jamás haría algo así —prosiguió Márquez—. Reconozco que he intentado desprestigiarte. Pensé que la foto sería una buena manera de acabar contigo, pero del resto de acusaciones no he tenido nada que ver. No soy un asesino.

—En cualquier caso puedes estar orgulloso, has acabado con mi matrimonio —confesó, abatido.

—Lo siento, yo pensaba que... —Al ver la expresión de desolación de Lucas, se dio cuenta de que realmente aquel hombre amaba a su mujer—. ¿La amas, verdad?

Lucas le dirigió una fría mirada de reproche.

—Realmente no ha sido un burdo montaje para arrebatarme la empresa —continuó Márquez, de modo reflexivo. Con cierto toque de admiración, añadió

—: En ese caso, me quito el sombrero, amigo. Has arriesgado mucho por una mujer.

—¿No sabes quién pudo hacerte esa llamada?

Lucas cambió de tema radicalmente. No tenía ninguna intención de hablar sobre su vida matrimonial con el hombre que había acabado con ella de un plumazo.

Márquez dudó unos instantes antes de responder. Lucas frunció el ceño, impaciente.

—He de admitir que la llamada me dejó perplejo. ¿Por qué alguien iba a querer darme, precisamente a mí, esa información tan golosa? —Tomó aire y continuó—. Así es que, ante mi desconfianza, anoté el número en un papel.

—¿Conservas el número?

—Sí. No sé por qué lo he guardado todo este tiempo. Un presentimiento, supongo.

A Lucas le invadió una ola de esperanza. ¿Tendrían por fin una pista coherente?

Márquez abrió un cajón que tenía bajo llave y le extendió un pequeño papel, algo arrugado y del tamaño de una lámina de lasaña. El número, escrito en bolígrafo azul, empezaba por 91 por lo que no había duda de que correspondía a Madrid. Sin pensarlo dos veces, Lucas le dio un beso al papel. Aquel gesto sorprendió a Márquez por su espontaneidad.

—No te imaginas lo que este pedazo de papel puede significar —le explicó Lucas.

—¿Qué está pasando, Saldarriaga?

Éste le relató a grandes rasgos el asunto, obviando detalles importantes, como la contratación de Riquelme o la recuperación de Daniel. Todavía no sabía si podía confiar en él, aunque su olfato le decía que Márquez era inocente.

—Ahora comprenderás la importancia de este número de teléfono. —Luis Márquez asintió—. Espero, por tu bien, que me hayas dicho toda la verdad.

—Joder, Lucas, ¿me crees tan ambicioso como para matar a alguien solo por aumentar mi fortuna? —Lucas alzó una ceja—. Sí, lo sé, a veces puedo parecer un auténtico hijo de puta. Sé que en innumerables ocasiones he recurrido a sucias maniobras para quedarme con lo que no es mío, pero nunca, te repito, nunca, mataría a nadie por dinero. Y menos aún a Daniel. Yo le apreciaba. Es un gran hombre y un empresario excelente.

—No como yo, ¿quieres decir?

—En ti admiro la perseverancia y la tenacidad. Es evidente que tienes un olfato infalible para los negocios, pero nunca me has caído bien. Eres demasiado orgulloso y prepotente, además de un jodido solitario. Odio que siempre te posiciones al lado de los débiles. Me carga.

—Bien, estamos en paz. Tú tampoco me caes bien.

—Quizá pienses que soy un miserable, desalmado y sin escrúpulos, pero yo también tengo conciencia y principios, ¿sabes?

—No estoy seguro de eso.

—Siento mucho haber sido el responsable del distanciamiento entre tú y tu mujer. De haber sabido que la amabas... —Lucas le dedicó un gesto de agradecimiento con la cabeza—. Supongo que si yo hubiese tenido tus convicciones y tus valores, todavía conservarías a mi mujer, pero antepuse los negocios al amor y eso supuso el fin de mi matrimonio. Has arriesgado mucho por ella. Espero que todo salga bien.

—Gracias. Yo también lo espero —y le tendió la mano para despedirse.

—Una última cosa, Lucas. Cuando veas a tu mujer, preséntale mis disculpas, tanto por la foto como por mi injustificable comportamiento el día del baile benéfico. Lo siento de veras. Hoy me has dado una lección de principios y he aprendido que no se puede juzgar a las personas a la ligera.

—Supongo que, por una vez, estoy de acuerdo contigo. Admito que tú tampoco eres el monstruo que yo creía. Quizá algún día podamos hacer negocios juntos —añadió Lucas, agradecido por su sinceridad.

—Quizá —respondió Márquez—. Si puedo hacer algo más, no dudes en decírmelo. Por cierto, me imagino que en breve te llegará una citación para acudir al juzgado.

—Ya. Algo he oído.

—Lamento no estar a tiempo de detener el juicio por agresión. Veré que puedo hacer.

—Ya has hecho suficiente. Tal vez este insignificante papel sea la solución a todos mis problemas.

Virginia estaba destrozada, además de confundida. Ver a Lucas había sido peor de lo que esperaba. Ojalá no le hubiera dicho que la amaba; entonces todo hubiese sido mucho más fácil.

Lo irónico era que cuánto más claros eran los sentimientos entre los dos, más distanciados estaban. ¿Y si le daba una segunda oportunidad? Es muy

posible que pudiera hacerlo; al fin y al cabo, le quería más que a nada en el mundo. Pero ¿podía concederse otra oportunidad a sí misma?

Algo en su interior se negaba a dejarla ser feliz. Algo demasiado fuerte y profundo que le impedía coger el teléfono y decirle a Lucas que ella también le amaba y que deseaba volver a casa. Algo que durante toda su vida la había atormentado: ¿sería capaz de amar para siempre? ¿Podría cumplir con los requisitos que una relación formal exigía? ¿Soportaría una ruptura? Temía sufrir un desengaño tanto como ser ella la responsable de acabar con las esperanzas de un hombre.

—¿Estás bien? —preguntó Alicia, mientras le traía una taza de café con leche. Virginia negó con la cabeza—. Lucas te quiere, y tú le quieres a él. ¿Qué problema hay?

—Alicia, no lo entiendes. Es posible que ahora estemos enamorados y, durante meses, todo será maravilloso, muy bonito y romántico, pero con el tiempo acabaré estropeándolo. Le haré daño y él no se merece algo así.

—Eres la más tonta de las tontas, ¿me oyes? —saltó furiosa, sorprendiendo a Virginia, que no esperaba aquella reacción. Alicia raramente subía el tono de voz—. ¿Piensas atormentarte toda la vida? Maldita sea, Virginia, tú no eres como ella. No puedes culparte por los errores de tu madre. ¿Es qué no piensas darte la oportunidad de ser feliz? —Se acercó a ella y la agarró por los hombros, sacudiéndola.

—Pero, ¿qué te ocurre?

—Quiero que reacciones de una vez. Que tu madre se equivocara no significa que vayas a hacerlo tú. No eres como ella, ¿lo entiendes? Tú eres bondadosa y generosa. No tenéis nada que ver. ¡Nada!

—¡Alicia! —exclamó, afligida por aquellas duras palabras que nunca pensó oír en boca de su mejor amiga.

Siempre creyó que, al menos ella, la comprendía; que entendía sus motivos para no dejar al amor entrar en su vida. No quería causarle dolor a nadie ni tampoco que se lo causasen a ella. ¿Qué había de malo en elegir aquella opción? Con Lucas se había relajado, permitiéndole alcanzar su corazón, y el resultado la había conducido a esta penosa situación.

—No pienso callarme, Virginia. Eres mi mejor amiga. Durante años he visto cómo te has negado a aceptar la realidad. Tu madre engañó a tu padre, es cierto. ¡Pero no todas lo hacemos! Algunas somos felices con nuestras parejas... aunque también sufrimos. El amor es maravilloso. Te hace sentirte

bien, completa y feliz, pero también implica sacrificios, perdón y sufrimiento. Nadie dijo que fuera fácil. Nada es gratuito. Hay que luchar por lo que uno quiere.

Miró a Virginia que estaba perpleja, escuchándola.

—Pero, ¿adónde quieres llegar?

—No voy a quedarme de brazos cruzados mientras veo cómo echas tu vida a perder. Si dejas marchar a Lucas, te arrepentirás. Olvídate de tu madre. El día que dejes de juzgarla y aceptes todo lo bueno que había en ella, ese día, Virginia, podrás empezar una nueva vida.

—¡Yo quería a mi madre, maldita sea! Pero fue tan cruel...

—Lo sé, cariño. Sé cuánto les querías a los dos. Pero te empeñas en aferrarte al pasado sacrificando tu felicidad, convencida de que debes pagar un precio por los errores que ella cometió. Si tu padre pudo perdonarla, ¿por qué no puedes hacerlo tú?

—Nunca me habías hablado con tanta crudeza —dijo Virginia, todavía desconcertada por la transformación de Alicia.

—Nunca he tenido necesidad —repuso, sonriendo—. Hasta ahora tus relaciones eran puro capricho, nada serio. Pero sé que amas a Lucas. Por el amor de Dios, no le echés de tu vida.

—Sé que aprecias a Lucas —musitó ella, en tono comprensivo—, pero me ha mentado. ¿Cómo puedo confiar en él?

—Te quiere. ¿Por qué crees que se casó contigo? —Virginia alzó una ceja, disgustada. A tenor de aquellas palabras, su cuñada sabía mucho más de lo que decía saber. Debió suponerlo—. ¿Hubieras aceptado su ayuda si te hubiera dicho que creía estar enamorado de ti? Probablemente no, ¿verdad? Eres igual de orgullosa y tozuda que Daniel.

—¿Durante todo este tiempo has sabido que me amaba y no me has dicho ni una palabra? Debí imaginármelo. No se te pasa una.

—No hacía falta ser muy perspicaz. Bastaba con fijarse en cómo te mira. Está loco por ti.

—Hay algo que no comprendo. ¿Por qué, durante todo este tiempo, me has dejado hablar y hablar, divagando sobre sus sentimientos hacia mí, como a una tonta?

—Porque era el único modo de que descubrieras por ti misma tus propios sentimientos. —Virginia sacudió la cabeza a modo de protesta. No entendía una palabra—. Y ahora que ya lo tienes claro, solo tú puedes salir del agujero

en que te has empeñado en pudrirte.

—Ahora que lo sé, ¿de qué me sirve? —le increpó injustamente.

—Esa pregunta te corresponde responderla a ti —replicó su cuñada con cariño y dulzura, arrimándose a ella para abrazarla. Virginia permaneció allí acurrucada durante más de un minuto, confundida y aturdida—. Ahora debo volver con Daniel. Piensa sobre lo que hemos hablado y no hagas ninguna otra tontería.

—Alicia, la próxima vez te agradecería que me advirtieses del riesgo de contraer matrimonio con un atractivo desconocido —bromeó, quitando un poco de hierro al asunto.

Virginia imaginaba el inmenso esfuerzo que le habría supuesto a Alicia decirle aquellas sinceras palabras sobre su madre y no quería que se fuese con una sensación de culpabilidad o malestar.

—Gracias por venir a consolarme. Te quiero —y le dio un beso en la mejilla. Alicia la miró agradecida—. Anda, vete ya. Estaré bien. Te prometo que serás la primera en recibir el parte correspondiente antes de cualquier actuación por mi parte.

—Eso espero. Y, por favor, Virginia, controla tus impulsos. Te ruego que no cometas más tonterías. Aunque, conociéndote, eso es pedir demasiado.

—Muy graciosa.

Riquelme tomó nota del número que le facilitó Lucas por teléfono y comenzó a maquinarse sobre el siguiente paso. Debía actuar con rapidez. Los días transcurrían sin que vislumbrara ninguna pista razonable.

Además, para colmo, el único sospechoso, Márquez, se había desmarcado confesando su inocencia. ¿Y ahora qué?

Si, según Virginia, Oliver no tenía nada que ver, ¿quién demonios era el cabrón que deseaba destruir Vidasa y a todos los que tenían algo que ver con ella? No lograba encontrar una conexión entre el culpable y la familia Delgado y, por tanto, un motivo razonable para tanto odio y sed de venganza.

Había repasado, por enésima vez, los informes de los empleados de Vidasa sin hallar nada sospechoso. Para cerciorarse de que todo aquello que figuraba en ellos se ceñía a la realidad, había solicitado las distintas partidas de nacimiento, matrimonio y defunción a los correspondientes registros. Tardaría, como mínimo, un par de días en recibirlos por correo electrónico. Si bien no tenía demasiada fe en hallar nada de provecho en aquella información, era su deber comprobar cada dato que allí constaba y cerciorarse de su

veracidad. Podría serle de utilidad.

También se había dado una vuelta por los domicilios de todos ellos, haciéndose pasar por un reportero escribiendo un artículo acerca de los problemas de vivir en comunidad. Gracias a esta ingeniosa mentira, había logrado entrevistar a varios vecinos que, como cabía esperar, no habían dudado en despotricar y fisgonear acerca de los demás. Riquelme presumía de conocer la condición humana y sabía cómo persuadir a la gente para hablar.

Gracias a estas charlas informales había podido saber que Diego Morcillo, el jefe de personal, tenía un hijo drogadicto que les traía por la calle de la amargura. El chico no dudaba en vender las joyas de su madre o la ropa de sus hermanos para conseguir un poco de calderilla y poder así afrontar los gastos de un vicio tan caro como mortal.

También descubrió que Fernando Casado, el jefe de fábrica, actualmente viudo, salía con una señora diez años más joven que él que, según su vecina de enfrente, solo buscaba su dinero. Sus hijas no parecían estar conformes con este noviazgo, pero no les quedaba más remedio que aguantarse y confiar en que aquella «lagarta» no acabase con la fortuna de su padre.

Por otro lado, pudo confirmar la dramática historia de Fabián. Los vecinos recordaban vagamente a una hermosa mujer que vivió con él durante años. Ella solía salir muy temprano, siempre vestida de manera impecable, con trajes caros y elegantes, y regresaba a casa cuando caía la noche, al igual que Fabián. Ambos poseían un porte distinguido y eran bien parecidos. Se les tachaba de una pareja bastante anormal, pues raramente se les veía juntos, si bien parecían gozar de una estrecha relación. Al parecer, un día la mujer le abandonó y, desde entonces, Fabián vagaba por el barrio como un fantasma, desamparado. Últimamente se le veía más contento.

Riquelme recapituló toda aquella información, sin lograr encontrar una conexión que pudiera dar luz sobre la investigación.

Para colmo, sus pesquisas acerca de las tarjetas de identificación que daban acceso a Vidasa habían sido un absoluto fracaso. Todos los nombres que figuraban en los registros pertenecían a empleados o personas relacionadas con la empresa, como proveedores, clientes... Salvo la que se utilizó de Daniel, que ya había sido anulada por orden de Lucas, no había nada anormal.

Sin duda estaba pasando por alto algún detalle importante, aparentemente insignificante, pero que con toda seguridad era la clave de aquel engorroso

asunto.

Decidió centrar sus esfuerzos en localizar la procedencia del número de teléfono desde donde le habían revelado a Márquez la ruinoso situación de Vidasa, de la que intentó sacar provecho sin éxito.

Solo le hicieron falta un par de llamadas a unos colegas para saber que dicho número pertenecía a una cabina telefónica situada en un polígono a las afueras de Madrid. Hacia allí dirigió sus pasos. Quizá el entorno le diese alguna pista.

Habían transcurrido dos días desde que Lucas acudió en su busca, proclamándole su amor a gritos. Desde entonces Virginia no había dejado de pensar en él y en las reveladoras palabras de Alicia. «Tú no eres como tu madre», le había dicho con tanta pasión que casi logró convencerla.

Lo cierto es que echaba tanto de menos a Lucas que, solo de imaginarse una vida sin él, se le hacía insoportable y vacía. Nunca imaginó que unos meses de convivencia entre dos perfectos desconocidos pudieran unir de una manera tan brutal.

Si cerraba los ojos podía percibir la fragancia de Lucas, su olor corporal, su suave tacto... Pero, por desgracia, debía conformarse con soñar y rememorar aquellos maravillosos e inolvidables momentos que pasaron juntos.

Había tomado una decisión: no regresaría a su lado. Aunque se había esforzado por buscar más de mil razones para volver con él, y de hecho las había encontrado, en estos momentos predominaban la aflicción y el desconsuelo que todavía la embargaban al recordar aquellas palabras que se le quedarían irremediamente impresas en la memoria: «tú eres el peor error de mi vida». Aquello le desgarró el corazón. El dolor fue tan intenso y real que, por unos instantes, creyó estar muerta. Era como si su corazón se hubiera detenido para siempre. No deseaba exponerse a aquella agonía nunca más y cualquier relación implicaba un riesgo; un riesgo que no estaba dispuesta a correr. Amar era demasiado doloroso. «Si hasta ahora he sobrevivido sin Lucas, volveré a hacerlo», se dijo para sí misma, sin excesiva convicción.

El sonido del timbre la hizo despertar del estado de ensimismamiento en el que estaba inmersa desde su ruptura matrimonial.

Se acercó a la puerta y miró a través de la mirilla. ¡Qué maravillosa sorpresa! Abrió rápidamente y se lanzó a los brazos de Natalia.

—¡Oh, cuánto me alegro de veros! —Las dos amigas se abrazaron durante

un minuto largo. Luego saludó a Nicolás—. Pero, ¿a quién tenemos aquí?

—¡Virginia! —exclamó Mateo, con alegría, abalanzándose sobre ella—. ¿Cuándo vuelves a casa? El tío Lucas está muy triste y no tiene ganas de jugar. Creo que te echa de menos, ¿verdad mamá?

—Sí, cariño, pero ya te he explicado que la tía Virginia tiene que cuidar de su hermano, que está malito.

Mateo asintió, disgustado.

—Pero, pasad —insistió Virginia, ilusionada con aquella inesperada, pero grata visita—. ¡Dios, qué sorpresa!

Nicolás la miró con una expresión de preocupación que la alarmó. Inmediatamente supo que algo no marchaba bien.

—¿Lucas está bien? —preguntó nerviosa.

—Sí —respondió secamente y miró a Mateo de reojo.

Virginia captó rápidamente la indirecta. No debían hablar delante del niño.

—Mateo, ven conmigo —le pidió Virginia—. Te prepararé un rico vaso de leche con galletas y te pondré unos dibujos en la tele. ¿Te parece bien?

—Síiiii —gritó el niño, entusiasmado.

Nicolás esbozó una ligera sonrisa de agradecimiento, mientras Natalia, visiblemente inquieta, la seguía con la mirada.

Cuando el pequeño estuvo perfectamente acomodado y sus oídos lejos del alcance de sus voces, los tres tomaron asiento en el salón.

—¿Va todo bien? —insistió Virginia—. ¿Cómo está Lucas?

—Bueno, teniendo en cuenta todo lo que tiene encima, sobrevive —repuso Nicolás, mirándola directamente a los ojos.

De manera inconsciente ella retiró la mirada, sintiéndose culpable de muchos de sus males.

—Ya.

—Virginia, Lucas nos lo ha contado todo. —Ella asintió levemente, sintiendo cierto rubor en las mejillas. Toda esta historia era demasiado ridícula para estar orgullosa de ella.

—¿Cómo estás tú, cariño? —preguntó Natalia.

—¿Quieres la versión real o la ficticia? —bromeó Virginia, fingiendo estar bien.

Natalia frunció el ceño. La conocía lo suficiente como para saber que estaba aparentando una tranquilidad que no era en absoluto real. Virginia advirtió su preocupación.

—Estoy hecha un asco —murmuró finalmente con los ojos empañados. Natalia le pasó el brazo por los hombros, tratando de consolarla—. Todo esto me está desbordando. Primero la incertidumbre de si Daniel sobreviviría o no, luego el hundimiento de la empresa, más tarde la extraña y providencial aparición de Lucas, a continuación nuestra boda y, como colofón, todo lo demás. ¡Que no es poco! ¡Es un disparate!

—Sabemos lo del intento de asesinato de Daniel y de Lucas y también la conspiración contra Vidasa —le confesó Nicolás—. Ha debido ser muy duro para ti.

—Y para Lucas —añadió ella. A Natalia no se le escapó el brillo de sus ojos al nombrarle—. Y pensar que ese cerdo todavía anda suelto, intentando hacernos daño. ¿Por qué? Es terrible saber que alguien está esperando una ocasión para acabar con tu vida. Nunca pensé que tendría que contar con la protección de un escolta, como si fuese un delincuente. —Se detuvo un segundo—. Siento tanto que os hayáis visto involucrados en este asunto.

—No te preocupes por nosotros —dijo Nicolás, que cogió la mano de Natalia y la sujetó con firmeza—. Gracias a vosotros, hemos decidido darnos otra oportunidad.

—¡Al fin una buena noticia! —y besó a Natalia en la mejilla—. Sabía que finalmente recapacitarías y os darías cuenta de cuánto os queréis.

—Bueno, creo que vale la pena intentarlo. Mateo está muy ilusionado de tener, por fin, papá —dijo Natalia, satisfecha, mientras Nicolás la observaba orgulloso y lleno de esperanza—. Supongo que es inútil luchar contra los sentimientos —y le dirigió una mirada sensual y repleta de ternura a Nicolás, que no dejaba de mirarla y sujetarle la mano. La atracción y el amor que se profesaban era evidente y Virginia estuvo segura de que esta vez el destino les había unido para siempre.

—Me alegro mucho por vosotros. En serio.

—Virginia, una vez me dijiste que con Lucas habías conocido el verdadero amor... No estuvo bien que te acusara de liarte con ese antiguo amigo pero, te aseguro, que está terriblemente arrepentido. Está destrozado. Daría la vida por ti y tú lo sabes. —Virginia no supo qué decir—. Si le amas, y estoy convencida de que así es, vuelve con él. No cometas el mismo error que cometimos nosotros. El rencor nos hizo perder un tiempo precioso.

—Os agradezco vuestras palabras, pero es mucho más complicado que eso. —¿Cómo explicarles que la relación de sus padres le había marcado de

tal manera que le resultaba imposible enfrentarse al amor con naturalidad, ignorando los muros, creencias y convicciones que, equivocados o no, forjaban su peculiar forma de pensar?—. Toda yo soy pura contradicción y ahora mismo me encuentro inmersa en una nebulosa que no me deja pensar con claridad. No puedo lanzarme en brazos de Lucas y darle esperanzas, cuando el miedo, la duda y el rencor penden sobre mi cabeza.

—No lo entiendo, Virginia —comentó Natalia, con desazón en la voz—. Es tan sencillo como responder a una pregunta. ¿Amas a Lucas?

—Con todo mi corazón.

—Entonces, ¿qué te impide volver con él? —Esta vez era Nicolás el que estaba confuso.

—Por favor, sé que no es fácil de entender, pero os pido que respetéis mi decisión. Y os ruego que esta conversación quede entre nosotros. —De repente, se percató del intercambio angustioso de miradas entre ellos, como si ocultasen algo—. ¿Ocurre algo, verdad?

—Es Lucas —dijo Nicolás con un suspiro de resignación—. Hace unos días trajeron unas citaciones para acudir mañana al juzgado. Márquez le ha interpuesto una demanda por agresión física. Él está obligado a acudir; lo contrario sería desacato a la autoridad. Pero tu presencia allí es voluntaria, al ir solo como testigo del demandado. La vista oral es mañana a las diez.

—Pero... ¿por qué Lucas no me ha dicho nada? Tendría que haberme llamado —dijo Virginia, sin comprenderlo. De pronto se detuvo y lo vio todo claro—. No pensaba decírmelo, ¿verdad? Es demasiado orgulloso y terco como para pedirme ayuda.

—Virginia, si no vas, le declararán culpable. Todos vieron cómo le pegó. Solo tú puedes aclarar los motivos que le impulsaron a hacer tal cosa. Te agredió. Tu testimonio es vital.

Nicolás estaba francamente preocupado por su hermano. Lo cierto era que se enfrentaba a una demanda difícil de ganar. Era su palabra contra la de Márquez y la de cientos de testigos que vieron cómo le tumbó literalmente de un puñetazo. Y si ella no acudía a ratificar que primeramente Márquez la había agredido a ella, Lucas estaba perdido.

—Ha dedicado su vida entera a levantar sus negocios hasta conseguir un verdadero imperio, y siempre de forma noble y decente. Todo, absolutamente todo cuanto posee, lo ha ganado con el sudor de su frente. Sería muy injusto que su reputación fuese cuestionada solo porque defendió a la mujer que ama.

Virginia no podía evitar sentirse fatal. Ella era la única culpable de la actual situación de Lucas. Por ella, él había sacrificado su reputación, su dinero, su tiempo e incluso casi su vida.

—Nos ha prohibido decirte nada, pero...

—Tranquilo, estaré allí a las diez —le aseguró Virginia—. Puntual como un reloj. No pienso permitir que le hundan.

—Sabía que podíamos contar contigo.

CAPÍTULO 22

A la mañana siguiente, Virginia se vistió con un traje color berenjena, de chaqueta y pantalón, y se miró al espejo. No podía tener peor aspecto. Se había pasado la noche entera dándole vueltas a su declaración. De ella dependía que Lucas saliese indemne. Esto, junto a la tristeza que le provocaba su decisión voluntaria de no volver con él, le estaba costando la salud.

Su tez estaba pálida como las sábanas de un hospital, cuando lo habitual a estas alturas del verano hubiese sido estar bronceada. Sus labios antes tersos eran como papel de lija, ásperos y agrietados, y sus antaño preciosos ojos negros ahora se habían convertido en una ojerosa masa gris. Parecía un auténtico muerto viviente.

«Tienes que hacer algo para disimular este aspecto tan devastador», pensó, al verse reflejada en el maldito espejo. «Estás horrible.»

Echó mano del neceser de maquillaje y en apenas dos minutos la transformación era evidente. «Lista», se dijo a sí misma, sacando fuerzas de donde no sabía que las hubiera. «Acaba con ellos», se animó, sin ninguna convicción.

Llegó al juzgado quince minutos antes de la hora prevista. Entró en el inmenso vestíbulo y allí estaba Lucas, impecablemente vestido para la ocasión. Contuvo el aliento y luego cogió aire, dispuesta para la batalla que, inevitablemente, iba a estallar entre ellos.

Al verla, los ojos negros de Lucas echaron chispas. Virginia no tenía claro si aquel brillo en su mirada era de alegría o fruto de la ira al saber que Nicolás no había mantenido la boca cerrada, desobedeciendo sus órdenes. En cualquier caso, hizo caso omiso a las señales nerviosas de su cuerpo y se dirigió hacia él con paso firme y decidido. En apenas tres zancadas, se plantó junto a él y, sin darle tiempo a reprenderla, le besó suavemente en los labios.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lucas, envuelto en un torbellino de furia y sorpresa.

—¿A ti qué te parece que hago? —Le miró desafiante—. No pensarías que iba a dejarte tirado. Estamos juntos en esto, ¿me oyes?

—Virginia, no quiero...

—Olvídalo. Y haz el favor de controlar tu mal genio; hay cámaras por todas partes. —Le hizo un leve gesto con la cabeza, indicándole una de ellas—. Deberías ser más cariñoso. Es lo que se espera de unos recién casados.

Lucas frunció el ceño, molesto por su irritante sarcasmo.

—¡Puedo apañármelas solo! —replicó, manteniendo su postura obstinada. Una vez más su falta de autocontrol le traicionaba—. En serio, no quiero verte implicada en este asunto tan desagradable.

—Lucas, no seas cabezota y orgulloso. Me necesitas. —Le clavó los ojos implorantes—. Te guste o no fui una parte fundamental de este embrollo. Estoy metida hasta el cuello y no pienso dejar que te hunda ese cabrón.

—Tranquila. Bastará con mi declaración.

—Sabes mejor que yo que eso no es cierto. Voy a declarar. ¡No soportaría una nueva carga sobre mis espaldas! Ya tengo bastantes. Por favor.

Ella le dirigió una mirada tan sensual que casi le dejó fuera de juego. Lucas arqueó una ceja, esperando que ella continuase. Era obvio que tenía un plan.

—Bien, te diré lo que vamos a hacer —prosiguió. Lucas meneó la cabeza, impotente ante su terquedad—. Escúchame, por favor, y haz lo que te pido. Si te ciñes al guion, todo saldrá bien.

—Virginia, ¿pero no te das cuenta de que este juicio no me importa en absoluto? —Ella se quedó desconcertada—. Solo quiero recuperarte a ti. Si pierdo o gano esta absurda acusación, me importa un comino. —La mirada desesperada de Lucas le estaba suplicando nuevamente su perdón—. Te quiero.

—Ya. Lucas, hablaremos de eso más tarde —se apresuró a decir, mirando la hora.

El tiempo se les estaba echando encima y todavía tenía que explicarle su rigurosa puesta en escena. Necesitaba que le prestase atención.

—Escúchame bien. Esto es exactamente lo que vamos a hacer. —Virginia le narró tan rápido como pudo su plan, que aparentemente estaba perfectamente ideado para la ocasión. Era la palabra de Márquez contra la de ellos y si se mantenían unidos en este tema, tenía la certeza de que saldrían victoriosos—. ¿Podrás recordar todo lo que te he dicho?

—Claro que podré, ¿por quién me tomas? —protestó, enfurruñado—. Pero no estoy seguro de que vaya a funcionar. Además no me parece justo que seas tú quien cargue con...

—Yo no tengo nada que perder —le interrumpió enérgicamente—. Además, es la verdad. Si me creen, nadie saldrá perjudicado. Confía en mí, me gano la vida inventando historias.

—De amor —le recordó Lucas con ironía.

—Sí, pero siempre envueltas en un halo de suspense. Soy una experta en resolver crímenes perfectos y amores imposibles. Confía en mí; funcionará.

—No creo que sea así de sencillo —agregó Lucas, divertido por la extraña forma de razonar de su, todavía, mujer—. Además, estoy seguro de que nos harán todo tipo de preguntas acerca de nosotros.

—Lucas, mírame —le pidió ella con ternura—. Me parece que nos conocemos lo suficiente como para responder a cualquier pregunta, incluso íntima.

Virginia esbozó una sonrisa pícaro.

—Supongo que tienes razón —se rindió—. Pero no sé...

—Lucas Saldarriaga. —Su nombre sonó implacable en la voz de un desconocido, vestido con un traje azul marino—. Por aquí, por favor.

Lucas miró a Virginia. Si estaba nervioso, lo disimulaba a la perfección. Su semblante serio pero decidido transmitía seguridad y justicia. Lucas le cogió las manos y en un gesto espontáneo, las besó. Ella le dedicó una amplia sonrisa.

—Gracias —añadió Lucas—. Nunca dejarás de sorprenderme.

Virginia tenía infinidad de defectos, pero todos ellos quedaban eclipsados por su gran generosidad.

—De nada. Suerte. Nos vemos luego.

No tuvo que esperar más de treinta minutos para oír también pronunciar su nombre.

—Virginia Delgado —gritó una funcionaria del juzgado. Había llegado su turno.

Riquelme continuó con sus pesquisas. Por fin parecía encontrarse en el sendero adecuado hacia la resolución de aquel misterioso embrollo familiar y empresarial en el que estaba inmerso.

La inspección ocular del polígono desde dónde presuntamente se había hecho la llamada anónima a Márquez, le permitió descubrir el nombre de varias empresas del sector alimenticio que tenían su sede central de aprovisionamiento y distribución allí.

El detective fue tomando nota del nombre de todas ellas, así como visitando las escasas cabinas telefónicas del entorno. Finalmente localizó aquella desde la cual se había realizado la reveladora confidencia a Márquez. Estaba justo enfrente de la puerta principal de una empresa llamada

Alimentaciones Solymar, S.A.

Tras la interesante visita se instaló cómodamente en la mesa de la habitación del hotel donde estaba hospedado, con toda la documentación relacionada con el caso a su alcance y se dispuso a cruzarla con la información recién obtenida.

Lo primero que tuvo que hacer fue, con la ayuda de un ordenador, y más concretamente de Internet, buscar cualquier información relacionada con las empresas que había anotado escrupulosamente en su libreta. Cualquier dato que aparecía en la búsqueda: nombre del propietario, volumen de ventas, área de influencia de distribución, noticias relacionadas..., lo registraba junto al nombre de la compañía, elaborando un pequeño esquema que luego le desvelaría, a golpe de vista, una información exhaustiva de la empresa en cuestión.

Una vez terminada esta laboriosa tarea, pasó a cotejarla nuevamente con la ya obtenida a lo largo de su ardua investigación de las últimas semanas.

De repente, algo llamó poderosamente su atención. El nombre de la propietaria de Alimentaciones Solymar, S.A. era Silvia Ramos. Trató de hacer memoria, al mismo tiempo que rebuscaba ansioso entre sus papeles, concienzudamente clasificados. «¡Bingo!», exclamó satisfecho de encontrar al fin una posible conexión. No, su memoria no le había traicionado. La acosadora de Daniel también se llamaba Silvia. Silvia Ramos González, concretamente, según los datos que le facilitó Lucas. No podía ser casualidad; se trataba de un nombre corriente, pero hacía tiempo que Riquelme había dejado de creer en las coincidencias. Por sorprendente que pareciera, según su dilatada experiencia, la clave para la resolución final de un caso solía ser un absurdo e insignificante dato que se pasaba por alto y que, a veces, por no investigarlo, acababa en tragedia.

Bien, el siguiente paso era descubrir el segundo apellido de la propietaria de la empresa Alimentaciones Solymar, S.A. Tras mucho navegar por la sofisticada red, pudo hallar lo que buscaba.

Virginia fue conducida a una sala que no sería más grande que el salón de una casa convencional.

Tomó asiento. «Relájate», se dijo una y otra vez, con el fin de concienciarse de la pulcritud de su elaborado plan. Decidió dejar de pensar y se centró en examinar el entorno.

Su silla era de madera vieja y perfectamente tapizada en un tono rojo vivo.

Estaba situada frente a una mesa rectangular a la que estaban sentadas tres personas, de las cuales concluyó que uno era el secretario judicial, otro el fiscal —ya que era imprescindible su presencia al tratarse de un juicio penal— y, por último, el juez.

A un lado tenía a Lucas, junto a su abogado y, al otro lado de la sala, estaba Luis Márquez, también acompañado por el que supuso sería su abogado.

Después de que el juez, que en este caso resultó ser una mujer —lo que le daría cierta ventaja, pensó Virginia—, llevó a cabo las presentaciones oportunas y expuso el tema, pasó a solicitarle el juramento que a ella tanta gracia le hacía en las películas americanas y que, desde luego, nunca imaginó tener que sufrir en carne propia.

—Ha sido usted citada como testigo de la parte demandada y se presenta de forma voluntaria y sin ser coaccionada por nadie. ¿Cierto?

—Cierto —se apresuró a decir Virginia.

—Don Lucas Saldarriaga ha sido acusado por don Luis Márquez de un delito de agresión física, que tuvo lugar la noche del diez de mayo del presente año en el Casino de Madrid. ¿Agredió el señor Saldarriaga al señor Márquez aquella noche, propinándole un puñetazo?

—Sí.

—El denunciante presenta un parte médico de lesiones físicas con diagnóstico de fractura de tabique nasal. ¿Fue en la nariz donde le golpeó?

—Sí, creo que sí. Al menos le sangraba la nariz después del golpe.

—El denunciado ha declarado que actuó en legítima defensa al haberle agredido el señor Márquez previamente a usted. ¿Es eso cierto?

—Sí, totalmente cierto.

—¿Querría explicar los hechos?

—Minutos antes de aquella agresión, me topé con el señor Márquez en el jardín. Estaba ebrio. Me retuvo contra mi voluntad durante unos minutos, sujetándome con ambas manos e intimidándome con comentarios sexuales. ¡Me besó a la fuerza! Cuando finalmente pude soltarme, salí corriendo, atemorizada, y busqué a mi marido.

—¿Denunció el hecho en comisaría? —preguntó la juez, algo disgustada.

—No. No lo consideré necesario. Sabía que el señor Márquez estaba resentido conmigo por no haberle vendido mi empresa hacía un mes y preferí pasarlo por alto. Además, estaba borracho.

—¿Qué ocurrió después?

—Entré llorando al salón de baile, con la espalda arañada, el pelo revuelto y la ropa algo rasgada. Mi marido se acercó rápidamente a mí, pero yo estaba paralizada por el susto y no podía hablar. Entonces apareció Márquez, sonriente y altivo. Mi marido, Lucas Saldarriaga, intuyó que algo grave había ocurrido entre los dos y le preguntó. Éste le contestó y, cito literalmente, «tú te has quedado con todo: con la empresa y con ella, así que he pensado que, como mínimo, merecía darle un apetitoso bocado». Entonces fue cuando Lucas se abalanzó sobre él y le pegó. Márquez cayó al suelo y, después de intercambiar algún que otro comentario, nos marchamos.

—¿Eso fue todo?

—Sí.

—Bien, gracias. Puede sentarse allí. —La juez le señaló una silla junto a Lucas.

—Señoría, mi cliente desea declarar ahora —interrumpió el abogado del denunciante.

—Adelante, señor Márquez. Proceda.

—Puesto que he intentado retirar los cargos contra el señor Lucas Saldarriaga y, al existir un parte de lesiones la fiscalía exige continuar con el procedimiento, quisiera corroborar el testimonio tanto del denunciado como de su testigo y me disculpo por mi nefasto comportamiento de aquella noche. Gracias.

—Acérquese, por favor.

Tras varios minutos de privada conversación, entre los abogados defensores, el fiscal y la juez, ésta dijo:

—Declaro el sobreseimiento total del caso, retirando los cargos contra el señor Lucas Saldarriaga.

Lucas salió de la sala bastante ofuscado y descolocado, pero complacido. ¿Qué demonios había ocurrido allí dentro? Su mala opinión acerca de Márquez se había suavizado desde la conversación que mantuvieron en su despacho, pero nunca imaginó que fuese lo suficientemente íntegro como para retirar la acusación. Se había equivocado al juzgarle. Al parecer, sí conservaba algunos principios y eso decía mucho a favor del empresario.

Era un alivio pensar que, al menos, su propia honorabilidad y credibilidad no volverían a estar en entredicho.

Virginia, asombrada por la rapidez y el excelente resultado del juicio, le

abrazó.

—¿Qué ha podido pasar para que Márquez haya hecho algo así? — reflexionó Virginia confusa.

Pensó por unos instantes en aquel hombre detestable, ambicioso y sin escrúpulos que, en esta ocasión, había demostrado tener agallas y algo de cordura e integridad. Pero, ¿por qué ahora?

—Fui a verle hace unos días y le acusé de falsificar la foto, además del intento de asesinato de Daniel y de mi accidente de tráfico. —Ella abrió los ojos como platos, sorprendida, pero impaciente por conocer la reacción de Márquez ante aquellas graves acusaciones—. Negó todo salvo lo de la foto.

—¿Y tú le creíste?

—Sí —afirmó con gran seguridad—. Estaba bastante consternado cuando le hice saber que el atraco de Daniel no había sido fruto de la casualidad y que alguien estaba intentando sabotear la empresa.

—¿Y puedo saber por qué no me has dicho nada antes? —protestó Virginia. Intentó controlar su temperamento, pero las palabras salían a borbotones—. Se trata de la vida de mi hermano. ¡Tenía derecho a saberlo! Al fin y al cabo, Márquez era el principal sospechoso. Ahora no tenemos nada — le increpó, desanimada—. ¡¿De verdad esperas que confíe en ti cuando no haces más que ocultarme cosas?!

Virginia estaba tremendamente afligida y furiosa. Sin pensárselo dos veces, le dio la espalda y se dirigió a la salida de los juzgados.

—¡Espera! —le pidió Lucas, corriendo tras ella—. No quería preocuparte. Además, Riquelme está investigando otras vías —la tranquilizó.

—No soy ninguna niña, ¿sabes? —dijo, muy molesta ante su actitud paternalista—. ¿Cuándo vas a dejar de ocultarme la verdad? Si no llega a ser por Nicolás, hoy no hubiese podido estar aquí. ¿Cómo puedes ser tan orgulloso y tozudo?

—No empecemos con eso otra vez, ¿quieres? —le pidió con amargura—. ¿Por qué no vamos a tomar algo y hablamos? —Le tomó la cara con las dos manos y la besó—. Te echo de menos.

—Lucas, no me hagas esto —suplicó Virginia, descolocada por aquel ataque de ternura—. Este distanciamiento tampoco está siendo fácil para mí.

—Entonces vuelve conmigo.

—No puedo —exclamó, sintiendo el dolor de Lucas tanto como el suyo—. Ya te lo dije. Sé que resulta difícil de entender, pero no puedo renunciar a unas

creencias que he ido forjando a lo largo de toda mi vida y que han configurado mi carácter y mi forma de ser. Para bien o para mal, esta soy yo: temerosa, independiente y llena de fantasmas.

—Cariño, sé cómo eres y estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—Lucas, no puedo volver contigo. Lo siento. No después de lo que pasó. Desconfiaría de ti permanentemente, esperando tu siguiente acusación o queja; o incluso de mí, que poseída por mis absurdos fantasmas, lo echaría todo a perder en cualquier momento.

Las lágrimas amenazaban con brotar de un momento a otro y ella no deseaba que Lucas la viese llorar por amor.

—No estoy preparada para sufrir.

—Maldita sea, ¿hasta cuándo vas a renunciar a tu felicidad? Deja de atormentarte y danos una oportunidad a los dos. Siento muchísimo todo lo que te dije. Por favor. ¿Es que todo lo que ha pasado entre nosotros no ha significado nada para ti? —la provocó, sabiendo que aquello la haría reaccionar.

—¿Cómo puedes decir eso?! Lucas, no quiero hacerte más daño. ¿No ves que todo lo que toco lo estropeo? Aléjate de mí. —Y, sin pensárselo dos veces, echó a correr cruzando la calle sin mirar.

—¡Joder! —dijo Lucas, impotente.

Se quedó quieto, viendo cómo su mujer se alejaba.

De repente, un ruido grave llamó poderosamente su atención. Era el rugido de un motor. Un coche, con los cristales tintados, se acercaba hacia Virginia a velocidad de vértigo. Lucas supo que no tenía intención de detenerse y, en décimas de segundo, reaccionó.

—¡Virginia! —gritó tan fuerte como pudo, con el fin de alertarla y obligarla a girarse hacia el vehículo que se dirigía directamente hacia ella. Pero ella continuó cruzando a paso ligero, ignorando su llamada y sin percatarse de nada.

«¡No hay tiempo!» Entonces corrió hacia ella lo más rápido que pudo, sin dejar de vigilar de reojo al coche asesino. Fueron segundos, pero suficientes para alcanzarla y darle un fuerte empujón, logrando desplazarla hasta la acera, mientras él era atropellado por el vehículo que ahora huía a toda prisa.

Virginia oyó el brutal impacto desde el suelo y, temiéndose lo peor, se incorporó rápidamente alertada por los gritos de los transeúntes. Al ver a Lucas tendido en el suelo, ensangrentado e inconsciente, dio un grito

ensordecedor:

—¡Nooooooo! Lucas, no me dejes... Perdóname... Lo siento... Despierta, por el amor de Dios, despierta. Te quiero... —Se arrodilló junto a él, mientras la gente se acercaba al lugar del accidente, formando un círculo—. ¡Llamen a una ambulancia! —gritó desesperada.

Solo entonces fue consciente de lo estúpida que había sido. El dolor que la invadía en esos momentos ante la perspectiva de perder a Lucas era tan desgarrador, que no se podía comparar con ningún otro. Fue como una revelación. Ahora sabía que no le importaría arriesgarse a sufrir por amor, siempre que fuera con él. Necesitaba decirle, al menos una vez, cuánto le amaba.

Miró a Lucas, que permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, inconsciente.

—Que nadie le mueva —Virginia reconoció aquella voz tan masculina. Era el escolta de Lucas. Estaba arrodillado, examinando el cuerpo de su marido, junto a su propio escolta—. La ambulancia llegará de un momento a otro. Señora, tranquilícese, se pondrá bien. Tiene pulso —le aseguró, posándole una mano en el hombro para animarla—. Háblele, eso le reconfortará.

—Lucas, amor mío, tienes que luchar —le susurró Virginia acariciándole la cara, mientras mentalmente le rogaba a Dios que le dejara vivir—. No puedes irte ahora. Te quiero demasiado. Ya lo verás, volveremos a estar juntos.

Le pareció ver un ligero temblor en sus párpados. Virginia no cesaba de llorar desconsoladamente. Nuevamente la tragedia se cebaba con ella. Se derrumbó.

Hasta hacía unos minutos creía que, renunciando a Lucas, mantendría alejado el dolor, la pena y la agonía. ¡Qué ingenua! Ahora que el destino podía arrebatárselo para siempre, se daba cuenta de que perderle sería el peor de los castigos.

Deseaba empezar una nueva vida con él, lo deseaba de verdad. Ahora sabía, sin temor a equivocarse, que valía la pena arriesgarse. Amaba tanto a Lucas que se cambiaría por él sin pensarlo. «Maldita sea, Lucas, ¿por qué has tenido que jugarle la vida por mí? ¿No has hecho ya suficiente?» Hubiese preferido mil veces ser ella la atropellada, morir si fuera necesario, antes que verle morir a él.

Lucas estaba tendido sobre la cama del hospital, todavía inconsciente, con la cabeza vendada y enchufado a todo tipo de extraños aparatos.

Al verlo no pudo evitar evocar a Daniel, angustiada por si la historia volvía a repetirse, incluso con peores resultados. Ahora entendía la magnitud del dolor de Alicia, llegando a comprender lo que había sufrido al perder a su marido de aquella manera tan injusta y repentina. Un dolor igual al suyo pero incomparable.

¿Y si nunca podía decirle a Lucas cuánto le amaba? Si algo le ocurría, jamás se perdonaría no haberle declarado su amor.

Virginia, todavía en estado de trance, no podía creer lo ocurrido. Sentía que estaba al borde de sufrir una crisis nerviosa. Si los médicos no la informaban pronto, sería ella la que acabaría muerta.

Incapaz de estarse quieta, paseaba de un lado a otro de la habitación. Había telefonado a Nicolás y le esperaba de un momento a otro.

Nunca imaginó que unas pocas horas de agonía pudieran hacerse tan eternas y agobiantes. Lucas llevaba inconsciente más de dos horas y a Virginia le parecía toda una vida. Durante ese tiempo había rememorado todos los minutos vividos con él, cada momento pasional en el que habían hecho el amor, cada batalla intelectual y lingüística, cada discusión absurda y subida de tono... Pero, lo que no podía apartar de su cabeza, era la sonrisa seductora y la mirada ardiente de Lucas al confesarle que la amaba. ¡Cómo pudo estar tan ciega! Ahora lo veía todo tan claro.

Miró a su marido, malherido. Parecía sereno y sosegado.

«Te amo.» No habérselo dicho cuando todavía él podía escucharlo, la atormentaba. Si algo le pasara, la culpa la perseguiría el resto de sus días. «Oh, si al menos le hubiese dicho una sola vez cuánto le quería...»

—Estás aquí... —La voz de Lucas sonó como el aria del mejor de los tenores.

—¡Lucas! —Virginia se acercó a la cama y le cogió la mano—. Me has dado un susto de muerte. ¿Por qué has hecho semejante estupidez? ¿Estás bien? ¿Te duele algo? ¿Puedes moverte? —Las preguntas se le amontonaban sin descanso—. Dime algo, ¿quieres?

—Eso intento, pero con tantas preguntas no me dejas.

—Oh, Lucas... —suspiró y le dio un suave beso en los labios.

—¿Era cierto lo que me dijiste cuando estaba tirado en la calle? —Virginia arqueó una ceja, sin dar crédito a sus oídos. ¿Cómo era posible que

estando inconsciente hubiese escuchado su declaración de amor?—. ¿Me quieres?

Ella le dedicó una tierna sonrisa.

—Sabes que sí —confesó abiertamente—. Te quiero como jamás pensé que podría amar. Creo que siempre te he querido.

Le miró fijamente a los ojos, acercando sus labios a los suyos, y le dio un apasionado pero breve beso, como señal de su amor.

—Lucas, te amo con todo mi corazón —dijo, sin dejar de mirarle.

—Si voy a tener que jugarme la vida cada vez que quiera oírtelo decir, será mejor que vaya contratando un seguro por accidente —bromeó, disimulando la alegría que le invadía por dentro—. ¿Volverás a casa?

—Lucas, yo... yo... —el temblor de su voz le alarmó—. Tengo que contarte algo —tartamudeó, visiblemente nerviosa.

—Tranquila, no creo que sea para tanto —trató de serenarla, disimulando su propia inquietud. No soportaría que ella le rechazase una vez más.

—Me odiarás por esto —agregó Virginia, con los ojos empañados.

—Prueba y verás. Nada de lo que puedas decirme me hará cambiar de opinión. Te quiero demasiado.

—Yo no... —se interrumpió. Una lágrima rodó por su mejilla—. No puedo tener hijos, Lucas.

Virginia sintió cómo una losa, pesada y lacerante, se desprendía de su espalda. Había cargado con aquel secreto durante todo ese tiempo, pero ahora sabía que no podía condenar a Lucas a permanecer casado con ella sin contarle la verdad. Él adoraba a los niños y ella nunca podría darle uno.

—Sé lo importante que son los niños para ti y...

—Virginia —Lucas tiró de ella y la abrazó—, ¿crees de veras que eso me importa? No renunciaría a ti por eso ni por nada en el mundo. Solo deseo estar contigo. Podemos vivir sin hijos, no son imprescindibles... o, incluso, podemos adoptarlos.

—Dios, Lucas, te quiero tanto —dijo Virginia, llena de esperanza y abrumada por la emoción.

Nunca pensó que tendría que decirle a ningún hombre su triste verdad porque nunca imaginó que llegaría a comprometerse con ninguno. Cuando le llegó la menstruación padecía graves desajustes hormonales y fuertes dolores de ovarios, por lo que le realizaron un chequeo que desveló que, casi con toda seguridad, no podría tener hijos. Aquello supuso un duro golpe para ella que, a

estas alturas, creía más que superado. Aprendió a convivir con ello y, a decir verdad, su rechazo a comprometerse ayudaba bastante. Entonces no deseaba traer hijos a este mundo, repleto de mentiras e hipocresía, que solo les aportaría desgracias y dolor. Pero ahora... su sentimiento era muy distinto. ¡Ojalá pudiera tener un hijo de Lucas! Aunque, como bien había apuntado él, siempre podían adoptarlo.

—Por cierto —dijo Lucas con sarcasmo—, ¿tú no tomabas la píldora?

—Te mentí —sonrió, secándose las lágrimas. Hizo una pausa y meditó sus siguientes palabras—. Lucas, ¿se acabaron las mentiras? ¿Incluso las piadosas?

—Para siempre. —Y volvió a atraerla hacia él.

Esta vez se pusieron cómodos, tumbados en la cama, y se besaron apasionadamente.

—Hummm —alguien irrumpió en la habitación—. Celebro verle despierto.

—Lo siento, doctor; mi mujer es muy fogosa —se precipitó a decir Lucas.

—¡Lucas! —Virginia le dio una palmada en el antebrazo, perpleja ante el inagotable sentido del humor del hombre del que se había enamorado locamente. Incluso en estas circunstancias tan adversas, estaba contento.

—Estupendo —bromeó el doctor—, entonces es usted el doble de afortunado; el chequeo revela que no tiene daños internos, pero deberá guardar reposo en casa durante dos días. Ha recibido un fuerte impacto en la cabeza y, además, tiene un esguince importante en el tobillo derecho. Deberá andar con muletas, al menos, durante dos semanas.

—¿Eso es todo?

—Sí, son buenas noticias —confirmó el doctor.

—Excelentes —exclamó Virginia, ilusionada ante la perspectiva de una nueva vida al lado de Lucas.

Tras varias llamadas para verificar el nombre de la propietaria de Alimentaciones Solymar, Riquelme confirmó sus sospechas. Se trataba de Silvia Ramos González. ¡Bingo! El nombre coincidía con la acosadora de Daniel. Por fin tenía una pista. Ahora solo era cuestión de tiempo encontrar su paradero y terminar con esta locura.

Su absoluta decepción llegó una hora más tarde, cuando un colega le informó que aquella señorita había fallecido hacía aproximadamente tres años, cortándose las venas. Se había suicidado. Comprobó que su muerte se había

producido dos días después de la boda de Daniel y Alicia.

«¡Mierda!» El detective no paraba de maldecir su mala suerte. Cuando prácticamente tenía resuelto el caso, volvía a partir de cero. Bueno, no del todo, porque era obvio que aquella venganza personal tenía que ver con esa mujer. ¡Pero lo extraño del asunto era que habían transcurrido más de tres años desde su fallecimiento! ¿Por qué querría alguien vengarla ahora y no entonces?

No podía ser casualidad que la llamada alertando de la grave situación financiera de Vidasa se hiciese desde la cabina situada frente a la empresa que perteneció precisamente a la acosadora de Daniel. Debía de encontrar la conexión. Probablemente un familiar, un antiguo novio, un amigo, un empleado, alguien que la conociera bien, se estaba tomando la justicia por su mano, deseando eliminar al causante de aquel trágico final.

Por unos instantes, Riquelme se trasladó mentalmente al pasado, tratando de imaginar la muerte de Silvia y la furia y los deseos injustificados de venganza que, con toda probabilidad, debieron desencadenarse en alguno de sus seres queridos. Sin duda, esa misma persona fue la que ordenó el asesinato de Daniel pero, al malograr su propósito, decidió atacar con toda la artillería. De ahí, el sabotaje a la empresa y la obsesión por eliminar a Lucas, que estaba interfiriendo en sus planes de exterminar todo cuanto tuviera que ver con la familia Delgado.

Riquelme estaba convencido de que su planteamiento era certero, pero todavía le faltaba encontrar la pieza clave que le señalase directamente al culpable de aquella absurda venganza, cruel e irracional, motivada por un sentimiento de odio profundo. ¿Quién, en plena posesión de sus cabales, podía culpar a Daniel de la muerte voluntaria de otra persona, desequilibrada y obsesionada por una atracción no correspondida? Era una auténtica locura haber hecho a Daniel responsable de la muerte de aquella chica; una demencia injusta y de consecuencias trágicas.

A pesar de los años que llevaba en este oficio, Andrés Riquelme no se acostumbraba a convivir con la maldad. Era curioso ver cómo una tragedia, una muerte, incluso un desplante o una broma pesada podían hacer que una mente sana y juiciosa se convirtiese en malévola y enfermiza; la cordura era sustituida por la locura, el sosiego por el desequilibrio, el amor por el odio, la paz por la venganza... Sentimientos, todos ellos, dañinos y perjudiciales pero, por desgracia, innatos a la condición humana.

Lucas y Virginia, junto con Nicolás, que había acudido al hospital lo antes

que pudo, pasaron por casa de Daniel para recoger las maletas de Virginia y, luego, se dirigieron a lo que a partir de ahora sería su nuevo y definitivo hogar, la acogedora casa de Lucas.

Virginia miró a su marido. «Mi marido.» ¡Que bien sonaba aquello! Estaba rebosante de felicidad. Se alegraba de haber puesto todas las cartas sobre la mesa, exponiendo claramente sus sentimientos además de su secreto mejor guardado. Nada podría empañar ese momento tan especial que estaba viviendo.

Para que su vida se colmase de absoluta felicidad, solo faltaba por resolver el tema de la investigación. Una investigación que cada vez estaba tomando matices más graves, siendo su intento de atropello y asesinato la última consecuencia de una historia tan confusa como peligrosa.

Lucas había recibido la llamada de Riquelme alertándole de su reciente descubrimiento: Silvia Ramos González. Éste, a su vez, le informó de su atropello, aclarándole que el objetivo principal de aquel perturbado no había sido otro que truncar la vida de Virginia. Apremió a Riquelme. Debía actuar deprisa o, tarde o temprano, lo lamentarían. Hasta ahora la fortuna había estado de su lado, pero si seguían tentando a la suerte, ésta podría abandonarles acabando todo en tragedia.

Acordaron con Riquelme que se quedarían en casa hasta recibir nuevas noticias. Era lo más prudente.

Desde la comisaría habían informado a Lucas de la aparición del coche con el que le habían atropellado. Lo encontraron abandonado en una cuneta. Era un vehículo robado por lo que, de momento, no tenían ningún posible sospechoso. Aunque, pensó Lucas, era un alivio saber que la policía también estaba sobre la pista de aquel desalmado. ¡Cuántas más personas estuviesen buscándolo, antes darían con él!

Llegaron por fin a su destino. Virginia se emocionó al pisar de nuevo la casa que tanta felicidad le había traído en los últimos meses.

—Señora Virginia, ¡cuánto me alegro de que haya vuelto a casa! —Raquel se abalanzó sobre ella para darle la bienvenida—. El señor Lucas estaba de un humor de perros.

Él la fulminó con la mirada.

—Yo también me alegro de estar de vuelta —respondió, divertida.

—Señor, ha tenido usted mucha suerte —dijo Raquel, dirigiéndose directamente a Lucas—. Debería mirar antes de cruzar la calle. —Le regañó

como si de un niño pequeño se tratara.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez —repuso él, sin intención de darle mayores explicaciones. Cuántas menos personas conociesen este feo asunto, mejor.

—¿Señora? —Carlos hizo su majestuosa entrada en el vestíbulo. Sus ojos buscaron los de Virginia, que parecían pedirle a gritos una tregua—. Me alegro sinceramente de volver a verla. Espero que esta vez sea para quedarse —agregó, al ver sus maletas junto a la puerta.

—Vaya, esto sí que es una maravillosa novedad —le respondió Virginia, bromeando y agradecida por tan inesperada y calurosa bienvenida—. Yo también me alegro de verte, Carlos. —Se detuvo y le dedicó una amplia sonrisa—. ¿Crees que esta vez podremos llevarnos bien? —Lucas le lanzó una mirada reprobatoria—. ¡Es broma!

—No solo lo creo, sino que tengo pleno convencimiento —repuso Carlos, devolviéndole la sonrisa.

Era la primera vez que Virginia veía a Carlos relajado y en actitud amistosa. Entonces supo que habían firmado la paz. Carlos la aceptaba al fin.

—Déjeme ayudarla. Será un placer subirle las maletas.

Carlos debía admitir que la inesperada y precipitada boda le pareció de lo más sospechosa en su día. Lucas jamás había mencionado su nombre antes de aquel día y eso le hizo desconfiar de Virginia. Él solo deseaba la felicidad de su jefe, que tanto le había ayudado cuando estaba hundido en la más absoluta de las miserias. No pudo evitar pensar que esa mujerzuela con la que había contraído matrimonio en extrañas circunstancias solo quería aprovecharse de él.

Desde que Lucas le abrió las puertas de su casa, Carlos tendía a sobreprotegerle, y más después de verle sufrir en silencio la ruptura con Natalia y la extraña desaparición de su hermano. No es que dudase de su buen juicio, pero con las mujeres nunca se sabía; debía de estar alerta. Podían seducir a un hombre y acabar con su cordura en décimas de segundo.

Cuando conoció a Virginia percibió una extraña hostilidad entre Lucas y ella, que solían pasar del amor al odio con una facilidad pasmosa. Aquella actitud cambiante le tuvo desconcertado, sin acabar de fiarse de ella, aunque con el paso de los meses algo le decía que Virginia era una buena persona.

Fue al abandonar la casa de aquella forma tan discreta y con evidente dolor y amargura en los ojos, cuando tuvo la certeza de que amaba a Lucas.

Desde entonces había rezado para que el destino volviera a unirles.

—Por cierto —añadió Virginia—, ya que vamos a pasar mucho tiempo juntos, os pido encarecidamente que dejéis de llamarme de usted o señora. Mi nombre es Virginia.

CAPÍTULO 23

Riquelme quería cerciorarse de la autenticidad de la muerte de Silvia Ramos González, por lo que solicitó un certificado de defunción al organismo pertinente, aunque no lo recibiría hasta pasados unos días. Detestaba la lentitud y la burocracia que acarreaba cualquier trámite que tuviese que ver con la Administración Pública.

Decidió que no estaría de más hacer una breve visita al cementerio para comprobar que, efectivamente, su tumba estaba allí. Quería tener todos los cabos bien atados y confió en que aquella visita pudiera proporcionarle alguna otra pista que le permitiese avanzar en sus sospechas.

No le costó ningún trabajo localizarla. En ella había unas flores, todavía frescas, que reflejaban el amor con el que habían sido ofrecidas a tenor del primor con el que estaban colocadas junto a la leyenda de la lápida: “De tu hermano que no te olvida”, concienzudamente grabada en la misma.

—Disculpe —llamó a un hombre que vestía un mono azul y pertenecía al servicio de limpieza del lugar—, ¿trabaja usted aquí?

—Sí, señor —respondió el hombre, de tez quemada por el sol y edad avanzada—. ¿Quería usted algo?

—¿Sabría decirme quién ha depositado estas flores? —le señaló el ramo. El anciano pareció extrañarse ante aquella indiscreta pregunta—. Por favor, me sería de gran ayuda —le aclaró, animándole a hablar.

—No sabría decirle exactamente. Se trata de un hombre joven, de pelo castaño, bien parecido, que suele venir habitualmente los domingos..., aunque también se deja caer alguna que otra tarde. Se pasa las horas muertas sentado junto a la tumba, como esperando un milagro. Lo cierto es que en este trabajo se ven historias realmente dramáticas. Somos afortunados solo de estar vivos —reflexionó, apenado, mientras se alejaba y continuaba con su tarea.

«Entonces, solo es cuestión de tiempo. Daré con él», se dijo el investigador, recobrando la esperanza. Acudiría todos los días al cementerio y esperaría, agazapado, hasta que viniera ese tipo. Entonces descubriría la verdad. Por fin iba a ponerle cara al individuo que le había estado esquivando durante meses.

Sin duda, este caso era uno de los más absurdos de toda su trayectoria profesional, no tanto por su complejidad sino por la ausencia total de pistas de partida y la inexistencia de un móvil; móvil que, al fin, parecía haber

encontrado. Ahora ya disponía de un motivo y un nombre, y eso era una buena señal. Era irónico pensar que gracias a la pista de Márquez, su primer sospechoso en este caso, hubiera hallado el punto de partida.

Lo cierto era que le había costado un mundo llegar hasta allí y todavía no tenía nada claro que el asunto estuviese llegando a término. Lástima que solo estuviesen a martes... hasta el domingo las horas se le iban a hacer interminables pero, al menos, ya veía el final del túnel. Confiaba en resolver el enigma pronto.

¿Sería el culpable ese hermano que con tanto amor había hecho grabar su cariñosa dedicatoria en la lápida?

Virginia colocó de nuevo su vieja máquina de escribir sobre el escritorio, mientras Lucas la miraba con expresión de satisfacción.

Todavía no podía creer que la relación con ella fuera al fin real, un auténtico matrimonio basado en el amor. Era la culminación de un sueño.

Cuando años atrás sufrió la gran decepción de verse rechazado por Natalia, y a pesar de que no la quiso ni una cuarta parte de lo que amaba a Virginia, optó por renunciar a formar una familia. Las mujeres se le insinuaban allá donde fuera, pero ninguna de ellas poseía cualidades suficientes que le motivasen a iniciar una nueva relación. A lo más que le llevaban aquellos escauceos era a una o dos noches de pasión para satisfacer la necesidad física que inexorablemente le invadía a veces. Pero, a la mañana siguiente, miraba a la mujer que yacía junto a él y no sentía nada. Hasta que apareció ella, Virginia.

Recordaba con toda claridad la primera vez que la vio. Aquella expresión dura y desafiante al hacer girar su silla en el despacho de Daniel, con la firme intención de recriminarle sus malos modales, se le quedó grabada. Su mirada penetrante y profunda se le clavó en el corazón y justo, en ese preciso instante, supo que aquella mujer tenía la fuerza y el ímpetu necesario para hacerle vibrar de nuevo. No solo era un auténtico bellezón, que lo era, sino que irradiaba misterio, invitándole a profundizar y descubrir qué era eso que la hacía tan interesante.

Poco a poco había ido deshojando esa rosa, aparentemente espinosa e hiriente, hasta descubrir que se trataba de un hermoso capullo esperando ser regado y cuidado para poder ofrecer lo mejor de sí misma.

Virginia era única, de carácter arrollador y temperamental, pero con un corazón débil y generoso; solitaria e independiente, pero gran amiga de sus

amigos y entregada a sus seres queridos; fuerte y altiva, pero al mismo tiempo frágil y temerosa. Eso era lo que para Lucas la hacía tan especial, su carácter visceral y antagónico, envuelto en papel celofán. Todavía hoy Virginia era un auténtico misterio para él, arrastrándole a la placentera tarea de resolverlo.

—Me parece un milagro tenerte aquí de nuevo —musitó Lucas, tumbado sobre la cama y sin dejar de mirarla.

—Pues tendrás que acostumbrarte, porque no pienso dejarte jamás.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

—No las suficientes —dijo Virginia, tumbándose a su lado y apoyando la cabeza sobre su pecho.

Era un auténtico placer volver a sentir el calor de sus brazos envolviéndola. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua de creer que estar sin él era la elección más acertada? Nada podía proporcionarle tanta felicidad cómo saberse amada y correspondida por Lucas.

Él había conseguido hacerle sentir por primera vez en su vida. Le había enseñado a convivir con las emociones, ahuyentando sus temores y antiguas creencias, basados en experiencias negativas y relaciones fracasadas. Estaba aprendiendo a disfrutar de esas emociones sin temor a exteriorizarlas, descubriendo que era fascinante y gratificante.

Ni el susto por su reciente accidente ni su cuerpo magullado pudieron evitar que Lucas se excitase al notar el aliento de Virginia sobre la cara. Su corazón se aceleró y, con cada latido, quería zambullirse en ella.

Le alzó la barbilla suavemente, de forma que sus caras se enfrentaron y sus miradas se buscaron con pasión. Lucas se inclinó para besarla y Virginia le recibió con la boca abierta, provocándole con la lengua húmeda y lasciva. ¡Nunca imaginó que un beso pudiera despertar tantas emociones juntas: pasión, amor, ternura, entrega, confianza, seguridad, esperanza...!

Excitado, notó cómo su miembro comenzaba a crecer e hincharse, dispuesto para el envite, y de golpe se puso sobre Virginia sin dejar de besarla. Sus manos se apresuraron a recorrer el cuerpo de su amada. Primero buscó su pecho, pellizcándole el pezón, que rápidamente cobró vida; luego acarició su tripa, tersa como la seda, y rodeó su esbelta cintura; más tarde su lengua fue bajando por su cuello hasta alcanzar sus pechos, saboreándolos, mordisqueándolos, mientras Virginia se removía inquieta sin dejar de gemir.

Dominado por el instinto de poseerla, sus dedos desabrocharon el botón del pantalón de lino de su mujer. Ella hizo un leve movimiento de caderas,

alzando el trasero, movimiento que Lucas aprovechó para quitárselos sin ningún esfuerzo. Ella hizo lo propio con los pantalones de él.

Retozaron durante varios minutos, disfrutando de cada caricia, de cada beso, de cada juego erótico que les iba arrastrando hacia un estado de embriaguez y excitación que, finalmente, le llevó a penetrarla mientras le susurraba dulces palabras de amor.

Por fin estaban unidos, no solo por el ardor de sus cuerpos sino por la sintonía de sus corazones, convirtiendo aquel acto sexual en el más placentero de todos. Mientras se movían rítmicamente para alcanzar el mayor éxtasis jamás soñado, sus ojos se buscaban a cada instante declarándose a gritos su amor, su necesidad insaciable, su entrega absoluta.

Los gemidos roncós y la respiración agitada de Virginia le hicieron intuir a Lucas que iba a alcanzar el clímax en cualquier momento. Aquello le excitó aún más y aceleró cada embestida, hasta alcanzar la explosión conjunta más extraordinaria de todas y que les dejó rendidos sobre la cama.

—Te quiero, Lucas —dijo Virginia con la voz quebrada por la fatiga y el placer.

Era la primera vez que, tras hacer el amor, pronunciaba aquellas palabras que tanto pavor le producían días atrás y que con tanta naturalidad y convicción fluían hoy por su boca. Eso la hizo emocionarse.

—Yo también te quiero, Virginia. ¡No te imaginas cuánto! —respondió él con una determinación que la hizo estremecerse—. Pero, en adelante, te agradecería que respetases mis cuarenta y ocho horas de reposo o tendrán que ingresarme de nuevo —bromeó.

—Hace unos segundos no te he oído quejarte.

—Eres realmente cruel —y la besó con dulzura, atrapándola entre sus brazos.

Riquelme se levantó esa mañana de viernes algo desmoralizado. Sus incursiones al cementerio no habían dado ningún fruto y, por mucho que se esmerase en repasar continuamente toda la información de la que disponía, seguía faltando el nexo de unión entre Silvia y la persona clave. Ninguno de los empleados de Vidasa ni del entorno de Daniel coincidía en apellidos con la tal Silvia, por lo que dedujo que el recién aparecido hermano de la víctima no se encontraba entre los investigados.

«¿Y ahora qué?», se dijo el detective con gran apatía. Empezaba a creer que jamás hallaría al culpable y que, de no hacerlo pronto, se lamentaría toda

la vida. Intuía que algo trágico estaba a punto de suceder.

Era temprano y todavía disponía de unas dos horas antes de proseguir con la búsqueda. Luchando contra el desánimo, Riquelme echó mano de su insustituible portátil y se dispuso a comprobar sus mensajes de correo electrónico. Tal vez en esta ocasión hubiese suerte y ya estuviese en su poder la información que con tanto interés estaba esperando.

Al acceder al programa de correo, vio que tenía dos mensajes nuevos cuyo remitente era el Registro Civil. Esperanzado, abrió el primero de ellos, que a su vez contenía varios archivos adjuntos, todos ellos copias de las distintas partidas de nacimiento, matrimonio y defunción de los posibles sospechosos de esta trama, así como de sus familiares más directos.

Uno a uno fue comprobando que los datos oficiales que figuraban en la documentación coincidían con los anotados por él hasta ahora. De momento todo encajaba a la perfección.

De repente, algo llamó su atención. Un nombre: Silvia González Bárcenas. Figuraba como madre en la partida de nacimiento de Silvia Ramos González, pero también figuraba en la de...

—¡Joder! Será cabrón... —exclamó Riquelme, atando todos los cabos sueltos que hasta entonces no había podido encajar de un modo eficiente.

Pero debía asegurarse antes de acusar a ese malnacido y, para ello, abrió el resto de archivos buscando el dato que le daría la certeza absoluta de que efectivamente el tipo responsable de tantas miserias era al que los papeles apuntaban de forma implacable. Encontró la última prueba irrefutable.

—Te tengo, hijo de perra —susurró satisfecho—. Nos has engañado a todos, cabrón —repitió furioso.

Riquelme echó mano del teléfono y marcó el número de Lucas. Estaba apagado o fuera de cobertura. ¡Mierda!

Localizó el de su casa, donde el mayordomo le informó que el señor y su mujer habían salido hacía un rato. No disponía de más detalles. ¿Qué era eso tan importante que les había hecho salir de casa? Habían acordado que no se moverían de allí hasta nueva orden. A Riquelme le hervía la sangre. Finalmente probó suerte con el número de Virginia que también estaba apagado.

—¡Será posible! —exclamó el detective, furioso.

Sin pensarlo dos veces, cogió las llaves del coche y se encaminó hacia Vidasa lo más rápido que el acelerador y el tráfico le permitieron. El hotel

donde estaba alojado estaba muy cerca de la empresa, por lo que no tardó ni diez minutos en llegar.

Rápidamente se plantó en el despacho de Lucas que, como era de esperar, no estaba.

—El señor Saldarriaga no ha venido a trabajar en toda la semana —le confirmó su secretaria—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo? —preguntó nervioso. Ella pareció molestarse por su curiosidad insaciable—. Es muy importante que le localice.

—Lo siento, no puedo ayudarle. ¿Ha probado a llamarle al móvil? —agregó en tono complaciente.

—Está apagado. —«¿Dónde diablos se habrá metido Lucas?»—. ¿Se encuentra Fabián González en la empresa?

—No, salió a toda prisa hace unos minutos. Lo siento —se lamentó.

—¿Podría ver su despacho? —Riquelme sabía que era una petición demasiado inusual, por lo que se esmeró en poner su mejor sonrisa, pero la secretaria negó con la cabeza.

—Lo lamento, eso no es posible.

—Por favor, es una cuestión de vida o muerte. Las vidas del señor Saldarriaga y su esposa están en peligro —insistió, mostrándole su tarjeta en la que decía «investigador privado»—. Por favor, necesito entrar en ese despacho.

Ella pareció dudar, pero finalmente accedió.

—Venga por aquí.

Riquelme entró en el despacho de Fabián y echó una rápida ojeada. A primera vista, todo parecía estar en perfecto orden. Los libros de la estantería estaban escrupulosamente colocados por tamaños. Sobre el escritorio, un ordenador, un teléfono y varios archivadores repletos de papeles. No había fotos. Hurgó en sus cajones, donde sólo encontró material de papelería. Decepcionado, se dejó caer en la silla, golpeando accidentalmente el ratón del ordenador con la mano. Al momento, la pantalla cobró vida.

—¡Joder! —exclamó Riquelme al detener su vista en la pantalla, y se levantó de golpe, aterrado, como si hubiera visto un fantasma—. Llame al señor Saldarriaga al móvil. Insista. Dígale que Fabián González es nuestro hombre.

—Pero... —protestó la secretaria, sin entender una sola palabra de lo que estaba sucediendo, mientras el detective privado se alejaba a toda prisa. No

había un minuto que perder.

Virginia había insistido tanto, que a Lucas no le quedó más remedio que acceder a su petición.

Los viernes era el único día en que se admitían visitas en la residencia en la cual se encontraban alojados Daniel y Alicia, y ella no quería, ni podía, dejar pasar la ocasión de ir a verles. Necesitaba ver con sus propios ojos los avances de su hermano, además deseaba mostrarle su incondicional apoyo.

Daniel era lo único que le quedaba de su reducida familia y ahora que un milagro se lo había devuelto, sentía que debía estar a su lado. Si bien le adoraba y le quería con locura, hasta ahora no había sido consciente de cuánto le necesitaba. Sus absorbentes y dispares trabajos habían impedido que se viesen más a menudo, pero ahora tenía el firme propósito de solucionar aquello. Al igual que siempre encontraba un hueco en su apretada agenda para salir con sus amigas, también lo haría para Daniel.

A pesar de los motivos que Lucas expuso para convencerla de que salir de casa no era una buena idea, principalmente porque se expondrían a un nuevo ataque, Virginia se salió con la suya alegando que, de no acudir, su hermano sospecharía que algo no marchaba bien. Lucas tuvo que admitir que estaba en lo cierto y cuando quiso darse cuenta, ya estaban de camino a la residencia. Era inútil luchar contra los caprichos de una mujer tan testaruda y, más aún, si ésta le tenía completamente hechizado.

—Me parece un milagro verte andando. Es increíble —dijo Virginia, gratamente sorprendida por la evidente mejoría de Daniel, que ya daba sus primeros pasos sin la ayuda de muletas.

Estaba visiblemente más delgado que cuando cayó enfermo pero, sin embargo, desprendía salud por todos los poros de la piel. Virginia podía estar tranquila, Daniel estaba logrando en muy poco tiempo lo que a otros les hubiera costado toda una vida. Era fuerte y decidido, dos rasgos imprescindibles para una rápida recuperación. Además contaba con el apoyo incondicional de Alicia, que destacaba por su carácter positivo y generoso.

—¡Mi esfuerzo me está costando! —repuso Daniel—. Me tienen día y noche practicando ejercicios de rehabilitación —gruñó, como un niño pequeño al que acaban de quitar su juguete favorito—. No veo el momento de volver a casa.

—No refunfuñes tanto —le increpó Alicia—. Este sitio es fabuloso. La gente es muy amable y disponemos de los mejores especialistas. No le hagas

caso, Virginia, que está encantado de ser el centro de atención.

—¿Y qué dices que te ha pasado en el tobillo? —le preguntó Daniel a Lucas, que se ayudaba de unas muletas para andar.

—Nada serio, es solo un esguince. Jugando al pádel —le aclaró, mintiendo y sin dar pie a más preguntas.

Hasta ahora, Daniel y Alicia eran ajenos a todas las desgracias que les acechaban últimamente y así debía de seguir siendo. Cuánto menos supiesen de todo este asunto, mejor.

—Tal vez debería quedarme aquí unos días. Me ha parecido ver a alguna enfermera que no está nada mal —bromeó Lucas.

—¡Lucas! —le recriminó Virginia.

—Ten cuidado, chico, por menos han dejado plantado al novio en el altar.

Daniel parecía estar de buen humor. En cambio, la expresión de Alicia pasó de alegría a preocupación.

Lo cierto es que todo este asunto de su falso noviazgo le inquietaba terriblemente. A pesar de que Virginia le había informado telefónicamente de que habían decidido darse una segunda oportunidad y disfrutar, por fin, del matrimonio que les había unido inexorablemente, temía el día en que le comunicasen a Daniel que estaban realmente casados.

—Por cierto, ¿para cuándo es la boda? Si yo fuera tú, Lucas, me daría prisa. Mejor será que no le dejes demasiado tiempo para pensar a mi hermanita o se arrepentirá —sentenció Daniel, en tono pícaro.

—Es realmente halagador ver la confianza que mi único hermano tiene depositada en mí —le replicó Virginia con ironía—. Para tu tranquilidad, te diré que nunca antes he tenido nada tan claro.

Y, para reforzar aquella afirmación, se acercó a Lucas, que se encontraba cómodamente sentado en el sofá junto a la cama y le dio un suave beso en los labios. Él le dedicó la mejor de sus sonrisas.

La actitud cariñosa de Virginia hacia Lucas conmovió a Daniel, que por fin veía con satisfacción como su hermana estaba en paz consigo misma y se dejaba arrastrar por sus sentimientos, sacudiéndose todos sus infundados temores. Verla feliz y enamorada le hacía inmensamente dichoso, puesto que solo deseaba lo mejor para ella.

La charla se encontraba en pleno apogeo, con todos riendo y compartiendo un rato agradable, cuando alguien irrumpió en la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Fabián?! —exclamó Daniel, sorprendido de verle—. ¡Qué sorpresa! Lucas y Virginia se dedicaron una rápida pero reveladora mirada.

—Ya veo que te estás recuperando estupendamente —respondió él de manera seca y tajante.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —se apresuró a preguntar Lucas, bruscamente, invadido por un terrible presentimiento.

—¿Qué pasa? ¿No puedo visitar a un viejo amigo? —le replicó, con acritud.

A Lucas le asaltaron mil dudas. ¿Qué hacía Fabián allí? ¿Cómo sabía dónde se encontraba Daniel? ¿Cómo había burlado la seguridad de la residencia que presumía de ser excepcional?

—Tus discípulos se han tomado muchas molestias en ocultar tanto tu estado como tu paradero —continuó Fabián, mirando directamente a Daniel.

Lucas tuvo la certeza de que algo no marchaba bien y, sin grandes aspavientos, se incorporó como pudo y echó mano de sus muletas con el pretexto de dar un paseo. Era necesario pedir ayuda.

—¿Dónde te crees que vas? —el tono de Fabián era hostil y agresivo.

Entonces a Lucas no le cupo la menor duda, él era el hombre responsable de todas las desgracias, pero ¿por qué?

—Quédate donde estás si no quieres que te reviente la cabeza —dijo amenazándole con un revólver que sacó del bolsillo del pantalón.

—Pero, ¿qué significa esto? —saltó Daniel furioso, tendido en la cama, mientras Alicia se le arrimaba, sin saber muy bien si buscando protección o tratando de dársela a él.

Virginia miró a los ojos desorbitados de Lucas y no hicieron falta palabras, ambos supieron de quién se trataba.

—Eres un cerdo —exclamó Virginia, cuyos ojos irradiaban rabia y desconcierto.

Alicia y Daniel estaban completamente descolocados y fuera de juego. Naturalmente no entendían nada de lo que allí estaba sucediendo.

—Deja que te explique, Daniel —empleó Virginia un tono entre inquisidor y emotivo—. Este hombre al que tú, de manera completamente desinteresada, tendiste la mano cuando estaba al borde del suicidio, es el responsable de que hace meses te dieran la brutal paliza que casi te mata. Para ello contrató a dos matones, ¿no es verdad, Fabián?

Éste esbozó una sonrisa triunfal.

—¿Qué?! —gritó Alicia, compungida.

—Eso casi le mató, hijo de puta —le increpó Virginia, con los ojos inyectados en sangre.

Daniel meneó la cabeza, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Tú hiciste eso? —preguntó con la voz quebrada—. Pero, ¿por qué?

—Porque tú me arrebataste lo que más quería. —Daniel se encogió de hombros sin entender nada—. Mi hermana se suicidó por tu culpa. ¿Recuerdas a Silvia? ¿O ya la has olvidado? La utilizaste y luego la tiraste como si fuera un trapo usado. Murió obsesionada por ti.

Se detuvo, observando la expresión desenchajada y atormentada de Daniel, que obviamente sabía de quién se trataba.

—Después de vuestra fugaz aventura perdió completamente el juicio. ¡Era mi hermana y yo la quería!

—Y eso te condujo a vengar su muerte y acabar con Vidasá —Lucas terminó la frase por él.

Alicia agarró con fuerza la mano de Daniel, con la única intención de mostrarle su apoyo una vez más. ¡Cuando ya creían tener superado y olvidado aquel asunto, el fantasma de esa loca les perseguía de nuevo de manera implacable!

—Mi intención era acabar únicamente contigo, Daniel. Durante un año estudié la mejor forma de aproximarme a ti. Simulé mi intento de suicidio, fingiendo cruzarme en tu camino por casualidad. Luego me gané tu confianza, aparentando ser un hombre bueno y gentil. Pero cuando decidí pasar a la acción y vengar definitivamente la muerte de mi hermana, ese par de matones, con cuerpo de culturistas pero cerebro de mosquito, fracasaron. ¡Estúpidos! Si hubieses muerto aquel día, nada de esto estaría ocurriendo ahora... Pero siempre fuiste un tipo afortunado y te odié por eso también. Entonces decidí acabar con todo aquello que tuviese algo que ver contigo. Quería arruinar tu vida, como tú hiciste conmigo. Y empecé por Vidasá. Sabía cuánto apreciabas tu empresa.

Todos le observaban, atendiendo su relato irracional.

—¡Fuiste tú! Tú sabotabas los alimentos y estropeabas las máquinas —dedujo Virginia.

—Fue relativamente sencillo. Virginia, eras una novata y, aunque te esforzaste por sacar adelante la empresa, yo fui mucho más listo y rápido. Hasta que decidiste casarte... —Hubo un cruce de miradas entre Daniel y

Virginia—. Entonces apareciste tú, metiendo tus narices en todo —le dijo a Lucas.

—¡Estás loco! —le gritó Virginia.

—He de reconocer que tienes pelotas, Virginia. Me caías bien. Hasta que tú y tu maridito empezasteis a interferir en mis planes. —El desprecio de aquellas palabras no le pasó desapercibido a Lucas, que hacía verdaderos esfuerzos por pensar con rapidez. Necesitaban un plan y lo necesitaban con urgencia—. Me obligasteis a eliminaros.

—Pero fracasaste... —le provocó Lucas, intentando desestabilizarle emocionalmente para ganar tiempo y poder pensar en cómo reducirle.

—Bueno, eso tiene fácil solución. Pienso ponerle remedio ahora mismo —dijo riendo entre dientes y apuntándoles con la pistola.

—¿Realmente crees que podrás salirte con la tuya? —le esgrimió Virginia—. La policía está informada de todo. No tienes escapatoria.

—Buen intento, pero no te creo. Y aunque así fuera, no tengo nada que perder. Lo perdí todo cuando Silvia murió. —Se quedó en silencio, pensativo—. Siempre he sido un superviviente. Cuando mi madre se quedó embarazada, mi padre no quiso saber nada de mí. Se marchó incluso antes de que yo naciese. Recuerdo cómo mi madre solía acurrucarme en sus brazos cada noche, hasta que decidió casarse con un tipo que conoció en un bar. Un año más tarde nació Silvia. Solo por ella soporté las palizas que mi padrastro me daba habitualmente cuando llegaba a casa con dos copas de más, gritando y atemorizándonos a todos. Un desgraciado día mi madre no soportó tanto sufrimiento y se quitó la vida, dejándonos a Silvia y a mí en manos de aquel monstruo. Cuando cumplí los dieciséis, cogí a Silvia, que entonces tenía once, y con un puñado de monedas en los bolsillos nos marchamos lejos. Desde entonces nunca nos habíamos separado, hasta que ella no soportó tu rechazo y, repitiendo la pésima elección de mi madre, optó por quitarse la vida. Ella lo era todo para mí, ¿lo entiendes? ¡Todo! —gritó, con lágrimas en los ojos.

—Deja que ellos se marchen, Fabián —dijo Daniel de pronto—. Esto es algo entre tú y yo.

—Sabes muy bien que no puedo hacer eso. Debiste pensar más en tu mujer antes de tirarte a mi hermana.

Aquella dura acusación se le clavó en el pecho a Daniel. ¡Cuántas veces se lo había reprochado él mismo! Acostarse con Silvia fue la estupidez más grande de toda su vida y estaba pagando un alto precio por ello. Tendría que

vivir el resto de sus días con la sensación de culpa por haberle causado tanto sufrimiento a Alicia, que no se merecía aquello. Ella le había perdonado, pero todavía hoy los remordimientos le perseguían sin tregua. Aunque ahora no había tiempo para lamentaciones. Alicia le apretó la mano cariñosamente, sabiendo el inmenso daño que este tema le producía cada vez que salía a la luz.

—Si Daniel cometió un error fue engañarme a mí y yo ya le perdoné hace tiempo. Jamás engañó a tu hermana, que sabía que él estaba comprometido —dijo Alicia, siempre tan cabal y conciliadora—. Siento mucho lo que le ocurrió, pero nadie es responsable de su muerte, salvo su mente enferma y atormentada.

Aprovechando el emotivo discurso de Alicia, Lucas le dedicó una rápida mirada a Daniel, señalándole con los ojos el botón de aviso que estaba junto a la cama. Daniel captó la indirecta a la primera. Deslizó el brazo suavemente hacia el interruptor, apretándolo con discreción.

De repente, en el panel de mandos que había en la pared, se encendió una luz roja. Fabián se percató inmediatamente, inquietándose.

—Hola, ¿han llamado? —una voz sonó a través del interfono. Fabián agarró con fuerza el revólver, apuntando directamente a la cabeza de Daniel y haciéndole un gesto con el dedo para que guardara silencio.

—Noooo —gritó Alicia, al ver los ojos de Fabián inyectados en sangre, temiéndose un desenlace fatal. Instintivamente se arrimó a Daniel y le abrazó.

Lucas aprovechó aquellos momentos de desconcierto para agarrar la muleta con fuerza y, haciendo un movimiento brusco con el brazo, dio un golpe certero en la mano a Fabián con la intención de obligarle a soltar la pistola. Éste perdió ligeramente el equilibrio, tambaleándose, momento en que Lucas se le echó encima.

A Virginia se le heló la sangre. Intentó pensar en cómo ayudar a Lucas, que seguía forcejeando con Fabián, pero en su cabeza solo había espacio para un único propósito, mantener la vista fija en el arma que Fabián todavía sujetaba con firmeza. Rezó, temblando, para que ésta no se disparase.

De repente, Lucas pegó un grito de dolor al apoyar su maltrecho tobillo derecho y todos vieron con horror cómo caía al suelo, mientras Fabián, victorioso, le amenazaba con el arma, apuntándole directamente a la sien.

—Estás muerto, Lucas —le dijo con una rabia tan contenida que a él no le cupo ninguna duda de que iba a ser el primero en morir.

Entonces Virginia, en un intento de protegerle, se abalanzó sobre Fabián.

En el preciso instante en que Fabián apretaba el gatillo para eliminar a Virginia, cuyo cuerpo volaba directamente hacia él, la puerta se abrió de golpe y el estruendo de un tiro hizo retumbar la habitación y los tímpanos de todos los presentes. El cuerpo de Virginia yacía en el suelo, junto al de Fabián, inmóvil.

—¡Virginia! —El horror en las voces de todos ellos era evidente.

Lucas se arrodilló a su lado, desencajado.

Daniel intentaba incorporarse de la cama para socorrerla.

Alicia lloraba desconsoladamente, sumida en un auténtico estado de shock.

El cuerpo de Virginia se encontraba boca abajo, con la cara oculta bajo su gran melena, y un hilo de sangre asomaba junto a su brazo. Lucas la giró y se abrazó a ella, mientras una lágrima rodaba por su mejilla. No recordaba cuándo fue la última vez que lloró, pero debían de haber pasado siglos.

—Amor mío, ¿por qué lo has hecho? —Lucas se aferraba a ella con fuerza, deshecho.

—Dios, cómo duele —susurró Virginia, sin aliento.

Lucas alzó la vista. Jamás pensó que el sonido de una voz pudiera causarle semejante alegría. Daniel y Alicia respiraron profundamente aliviados.

—Creí que te había perdido —le dijo Lucas con tanta dulzura que Virginia no dudó en besarle apasionadamente—. Deja que te vea esa herida —insistió él, viendo con satisfacción que se trataba de un corte superficial en el brazo—. Gracias a Dios es tan sólo un rasguño.

Riquelme se aproximó al cuerpo de Fabián, acompañado de dos policías.

—Está muerto —sentenció el policía responsable del certero tiro que había acabado con la vida de Fabián.

—Justo a tiempo —exclamó Lucas, dirigiéndose a Riquelme—. Un minuto más y estamos todos muertos. ¿Cómo has sabido dónde estábamos? —le preguntó, mientras ayudaba a Virginia a incorporarse para que le atendiera el médico que ya se encontraba allí.

—Esta misma mañana descubrí en las partidas oficiales de nacimiento de Fabián y Silvia, que el nombre de la madre era común en las dos. Eso me llevó a sospechar que la mujer que hasta hace unos años vivía con Fabián no era otra que su propia hermana: Silvia. Para ratificar mis sospechas, busqué el certificado matrimonial de Fabián entre los archivos que me habían enviado desde el registro, pero no lo encontré; naturalmente, porque nunca se casó.

Permanecía soltero hasta el día de hoy. ¡Fui un idiota al no fijarme antes en ese pequeño detalle!

—Nos engañó a todos —intervino Virginia.

—Intenté avisarle, Saldarriaga, pero su móvil estaba apagado. Entonces decidí ir a Vidasa donde, al menos, mantendría vigilado a Fabián, pero éste había salido. Mi sorpresa llegó cuando, por casualidad, fui testigo de cómo en la pantalla del ordenador de Fabián aparecían enumeradas las distintas operaciones bancarias realizadas por la empresa en los últimos dos meses, entre las cuales figuraba una transferencia a la Residencia Olmos, cuyo asunto era «Reserva de plaza para Daniel Delgado».

—¡Mierda! Seré estúpido —se lamentó Lucas, dándose cuenta del error tan enorme que había cometido y que podía haberles costado la vida a todos.

—Entonces supe que se dirigiría hacia aquí y... el resto ya lo sabe.

—Ahora entiendo por qué el rostro de Fabián me era tan familiar. Siempre pensé que me recordaba a un actor, pero era a su hermana. Se parece muchísimo a ella —reflexionó Lucas.

—Lamento tanto haberos implicado en todo este asunto —musitó Daniel, sintiéndose responsable de aquella tragedia.

—Cielo, tú no eres responsable de que Fabián perdiese la cabeza al morir su hermana —respondió Alicia, transmitiéndole todo su cariño.

Era increíblemente enternecedor ver cómo, precisamente ella, la agraviada, era la que le inculcaba fuerzas y comprensión al desencadenante de aquel insólito asunto.

—Te quiero tanto. —Daniel nunca tendría palabras suficientes para describir el amor que sentía hacia ella—. Por cierto —dijo mirando fijamente a su hermana, a la cual estaba atendiendo el médico—, ¿quieres explicarme qué quiso decir Fabián cuando afirmó que decidiste casarte?

Hubo un cruce de miradas entre Virginia, Lucas y Alicia, que lógicamente no le pasó desapercibida. Podía estar convaleciente, pero su cabeza regía tan bien como antes del accidente. Estaba seguro de que le ocultaban algo.

—Es una larga historia, hermanito —repuso Virginia, gruñendo de dolor mientras le vendaban el brazo.

Daniel frunció el ceño, temiéndose cualquier cosa. Era muy típico de su hermana cometer locuras y estaba convencido de que, en esta ocasión, no se equivocaba. Solo confiaba en que su historia con Lucas fuera real, porque se les veía tan unidos que, de estar fingiendo, se llevaría un tremendo disgusto.

Hacían una pareja formidable y Lucas era una gran elección.

—Gracias a Dios, tenemos todo el tiempo del mundo —respondió, sin darle ninguna opción—. ¡Empieza a hablar!

—Creo que será mejor que se lo contemos todo desde el principio — decidió intervenir Alicia, con su habitual sensatez, ya cansada de ocultarle la verdad a su marido.

CAPÍTULO 24

Los dos meses siguientes a la muerte de Fabián fueron una auténtica locura para todos ellos. La primera semana tuvieron que enfrentarse a las innumerables preguntas de la policía, tanto personales como de la empresa, estando sometidos a una gran tensión.

La prensa no tardó en enterarse del boicot urdido por un empleado para acabar con Vidasa. Afortunadamente, tanto la policía como los implicados en aquella siniestra historia, fueron muy discretos acerca de las verdaderas razones que motivaron a Fabián a destruir la empresa que le daba de comer. El suceso no trascendió más allá de lo necesario y, al cabo de tres semanas, la noticia dejó de aparecer en prensa.

Muchos antiguos clientes que les habían abandonado durante su época de decadencia, llamaron para disculparse por haber desconfiado de su profesionalidad y su buen hacer, lo que ayudó a engrosar de nuevo su cartera de clientes. La empresa volvía a recobrar su esplendor y prestigio. Con el tiempo sanearían sus cuentas del todo y se posicionarían como número uno. Ahora solo quedaba confiar en que el tiempo y la justicia pusieran todo en su sitio.

Para Virginia y Lucas supuso el comienzo de una nueva vida. La gran incógnita era si su relación funcionaría en la rutina del día a día.

Cada uno retomó su profesión y sus vidas volvieron a la normalidad, como antaño, salvo por el pequeño detalle de que ahora vivían bajo el mismo techo, como marido y mujer.

Lucas repartía su tiempo entre la dirección provisional de Vidasa, dado que Daniel todavía no estaba en condiciones de volver al trabajo, y la difícil tarea de ponerse al día en sus propios negocios, los cuales había retomado junto a su antiguo socio y amigo.

Gonzalo los había gestionado con gran eficacia y diligencia, tal y como cabía esperar. Lucas no solo podía presumir de tener un gran amigo, sino un socio eficiente, trabajador y con un olfato empresarial excelente.

Pero lo mejor del día llegaba tras la dura jornada laboral, cuando él regresaba a casa y Virginia le esperaba dispuesta a comérselo a besos y a compartir las últimas horas del día. Nunca imaginó que la vida le concedería una recompensa tan extraordinaria. Por fin sentía que su dicha era completa.

A su vez, Virginia aprovechaba las largas ausencias de Lucas para

completar la novela. Se había comprometido a terminarla antes de que Bárbara partiese para Tokio, a finales de octubre. Ya casi la había acabado. Para cualquier avisado que estuviese al corriente de los últimos meses de su apasionante vida, no era difícil adivinar que su relato era un claro reflejo de la misma, maquillado con personajes ficticios y algún toque de imaginación.

Confiaba en que Lucas no le montase una escena al leerla. Comprobar que estaba perfectamente retratado como el galán indiscutible de la historia, tanto de amor como de misterio, junto a la bellísima y explosiva Patricia, protagonista femenina del libro, quizá no le hiciese ninguna gracia.

Por otro lado, tras aceptar Virginia sus sentimientos y darse una oportunidad para amar y ser amada, no pudo continuar con su mentira y, durante una comida con sus inmejorables amigas, aprovechó para contarle a Bárbara toda la verdad acerca del verdadero motivo que le impulsó a contraer matrimonio con Lucas.

Ésta se quedó perpleja y tuvo que admitir que había estado completamente ciega pues, bastaba con repasar mentalmente el libro, para darse cuenta de que se ceñía escrupulosamente a la fascinante e increíble historia que acababa de confesarle Virginia. Era un alivio saber que, al menos, la realidad y la ficción tendrían un final feliz.

Daniel continuaba con su rehabilitación, pero ya estaba en casa, muy recuperado y felizmente instalado con Alicia, que no dejaba de dar gracias a la vida por haberle devuelto a su gran amor.

Era increíble ver cómo, pese a los duros momentos a los que habían tenido que enfrentarse, seguían queriéndose como el primer día. Nada, ni el desafortunado desliz de Daniel ni los meses en que estuvo en coma, obligándoles cruelmente a estar separados, habían logrado empañar esa pasión tan grande, del que pocas parejas gozaban.

Los médicos aseguraron a Daniel que, en un par de meses, podría volver a hacer una vida normal.

Por otro lado, Nicolás y Natalia, junto con Mateo, habían alquilado una casa cerca de la de Lucas y estaban totalmente inmersos en la decoración de la misma, así como en la difícil tarea de gestionar sus respectivos negocios desde Madrid sin que éstos se vieran perjudicados.

Puesto que la idea era residir la mayor parte del tiempo en España y la fábrica principal de Nicolás se encontraba en Bagdad, el menor de los hermanos Saldarriaga estaba estudiando la posibilidad de implementar un gran

proyecto que consistiría, primero en abrir una tienda en Madrid —donde podría vender su línea de ropa—, manteniendo la exportación al resto de países desde su fábrica principal y, luego, ir abriendo paulatinamente tiendas en las distintas capitales europeas. Era un proyecto ambicioso pero posible, y eso le permitiría afincarse, junto con su familia, cerca de su único hermano mientras seguía desarrollándose como empresario, habilidad para la que había descubierto que estaba muy bien dotado.

Natalia también estaba sopesando la idea de trasladar su tienda a la capital de España. Eso le permitiría continuar con el negocio que tanta estabilidad y gratificación personal le había aportado.

Pero, sin duda, era Mateo el más encantado de esta nueva situación. Ahora ya podía presumir de tener un papá y una mamá, además de un colegio nuevo.

Lo cierto es que a Virginia le resultaba increíble pensar que dos personas tan enamoradas habían estado al borde de renunciar a ese amor y a la posibilidad de formar una familia, todo por anteponer el rencor, el miedo y la cobardía a las señales de sus corazones. Gracias a Lucas y al destino, ambos habían vuelto a reencontrarse y habían sido lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta de la inmensidad de sus sentimientos, dándose una segunda oportunidad que, sin duda y a la vista del resultado, había valido la pena.

Pero la felicidad de todos ellos se vio nuevamente empañada al conocer la triste noticia del fallecimiento de Adela.

El día anterior, Lucas y Nicolás, en compañía de Virginia, Natalia y Mateo, le habían dado una enorme alegría al acudir a visitarla por sorpresa. Disfrutaron de una tarde maravillosa en su casa.

Virginia comprobó el amor que los hermanos Saldarriaga le profesaban a su «madre». Se les veía muy contentos de poder compartir con Adela ese momento tan especial en la vida de ambos. Pasaron las horas reviviendo graciosas historias de la infancia y, otras no tanto, como la infinidad de trastadas, algunas de lo más inverosímiles, que protagonizaron en su adolescencia y juventud. Virginia y Natalia nunca imaginaron que los hombres a los que habían escogido libremente para compartir sus vidas pudieran tener unos comienzos tan conflictivos y rebeldes pero, sin duda, apasionantes.

Bastaba observar la expresión de alegría y sosiego de Adela al comprobar personalmente que sus pupilos se habían perdonado y reencontrado de nuevo, unidos por el cariño y el amor que ella siempre trató de inculcarles. La gran

complicidad entre los hermanos saltaba a la vista. Además, el saber que al fin ambos habían encontrado a dos mujeres estupendas con las que compartir el resto de sus días, la llenaba de satisfacción.

Conocer a Mateo también fue una gran alegría para ella que, a estas alturas, no imaginaba ni por lo más remoto, que la vida le brindaría el inmenso privilegio de disfrutar de un nieto. Y menos aún, de uno tan salado. Mateo estuvo gracioso y ocurrente, provocando la risa de Adela en innumerables ocasiones.

A pesar de su edad avanzada, que propiciaba la posibilidad de un inminente y previsible fatal desenlace, su muerte les pilló a todos por sorpresa.

—Adela era una mujer extraordinaria —dijo Virginia, ya de regreso a casa, después de su emotivo entierro—. Sospecho que hizo verdaderos esfuerzos por aferrarse a la vida, manteniendo su último aliento hasta asegurarse de que sus dos chicos volvían a reencontrarse felizmente. Creo que murió con la tranquilidad y satisfacción de ver cómo vuestras vidas estaban correctamente enfiladas. Solo entonces se permitió dejar de respirar.

Lucas y Nicolás no pudieron evitar esbozar una sonrisa al compartir aquella afirmación. Adela siempre fue muy temperamental y encaró la vida con energía y valentía. También la muerte, como no podía ser de otra manera. Solo al ver que todo estaba en perfecto orden, dio paso al último suspiro, generosa como era, con humildad y convicción; rasgos que siempre formaron parte de su increíble personalidad.

En la soledad de su habitación, Virginia tecleó en su antigua máquina de escribir la palabra «Fin».

Antes de este ansiado momento, había leído y releído cada palabra, cada frase, cada punto, cada coma, cada sentimiento allí expresado, de modo que todo estuviese perfecto. Estaba satisfecha. Había logrado plasmar en papel los distintos estados emocionales por los que ella misma, Patricia en la novela, había atravesado a lo largo de esta dura pero fascinante aventura.

Ahora que esta siniestra historia, repleta de venganza, amor, realización personal, amistad y traición se había resuelto satisfactoriamente para ella y todos sus seres queridos, podía publicar la novela sin temor a herir a nadie.

Lo único que lamentaba era la desgraciada e inútil muerte de Fabián, de la que no se alegraba en absoluto. A pesar de todo el daño que les había causado, nadie se merecía un final tan solitario, triste y amargo.

Bárbara y Virginia eligieron un soleado y apacible día de octubre para hacer la presentación oficial de la que, sin duda alguna, era la mejor de sus novelas. Era la número cinco, su número de la suerte.

Las cuatro anteriores le habían permitido darse a conocer y colocarse entre las escritoras españolas más leídas del género romántico. Confiaba en que ésta, que hoy se presentaba ante periodistas, críticos y amigos, la consolidase como escritora y como una de las mejores comunicadoras, capaz de transmitir con asombrosa precisión un mundo tan complejo como el de los sentimientos, tan desconocido para algunos como apasionante para la mayoría.

Virginia eligió para la ocasión un elegante pantalón negro y un original suéter rojo con cuello de pico. Su larga y negra melena le caía sobre los hombros dándole un toque muy seductor y femenino y apenas había necesitado maquillaje, pues todavía conservaba el dorado color del verano. Tan solo hizo falta un poco de rímel para alargar sus pestañas y una pequeña sombra para decorar sus oscuros ojos negros. Brillaba en todo su esplendor.

Lucas tuvo que admitir que estaba radiante, celoso de cuantos ojos se posaban sobre ella. Sin duda no solo se había casado con una mujer hermosa, sino de una inteligencia y unas dotes innatas para atraer a las masas. La sala escogida para el evento, en un céntrico hotel de Madrid, estaba a rebosar. No cabía ni un alfiler.

Tras una breve introducción de Bárbara, se abrió el turno de preguntas para la prensa.

—Buenas tardes, Virginia. En primer lugar quería darle la enhorabuena por esta novela que ha causado gran expectación entre los lectores y los críticos por las dramáticas circunstancias personales en las que fue escrita. — El periodista la miraba fijamente mientras elogiaba su reciente trabajo.

A Virginia todavía le costaba acostumbrarse a ser la entrevistada, a estar al otro lado de la mesa, como si se tratara de alguien importante. Ella tan solo se veía como una mujer haciendo aquello que más le gustaba: escribir. Estaba inmensamente agradecida al destino por permitirle ganarse la vida haciendo algo que consideraba más una afición que un trabajo. Tener a Bárbara a su lado siempre la infundía confianza.

—Se ha especulado mucho sobre si la novela esta basada en hechos reales autobiográficos o si es mera ficción —prosiguió el periodista—. ¿Qué tiene que decir sobre este aspecto?

Virginia no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa. Bárbara ya le había

advertido que se habían disparado los rumores acerca del libro, lo que en cierto modo favorecería las ventas, pero también las innumerables preguntas al respecto. Debía estar preparada para ello

—¿Son ciertas las acusaciones acerca de su matrimonio de conveniencia? —exclamó otra voz que provenía del fondo.

—Bueno, lo cierto es que por mucho que me esfuerce no dejaré de sorprenderme la atracción que tiene el ser humano hacia el chismorreo —bromeó Virginia. Se produjo un gran estruendo en la sala, provocado por las risas de todos los allí presentes—. Creo que es inútil tratar de darles argumentos suficientes para demostrar mi inocencia —enfaticó esta última palabra deliberadamente y en tono jocosos—. ¿Matrimonio de conveniencia? Lo único que puedo decir al respecto es que he pasado de escribir sobre príncipes azules a casarme con el más maravilloso de ellos.

Mientras realizaba aquella declaración, le dirigió una cálida mirada a Lucas, repleta de amor y ternura. Él se limitó a sonreír, disimulando la emoción que le embargaba en esos momentos. Nunca hubiese imaginado que la mujer que meses atrás era incapaz de aceptar, y mucho menos expresar, sus sentimientos en voz alta, lo hiciera ahora con total naturalidad delante de, al menos, cien personas. Le amaba, de eso no había ninguna duda.

—¿Significa ese comentario que esos rumores son del todo infundados? Se especula mucho sobre la similitud entre el libro y su propia vida personal. La novela comienza con un matrimonio concertado para salvar una empresa... —aseguró otro periodista de una revista del corazón.

—Damas y caballeros —dijo Virginia de forma pausada y divertida—. Pueden ustedes interpretar lo que les convenga. Eso es lo fascinante de esta novela y lo que la hace tan especial, ¡cuánto más misterio la envuelva, más atractiva resultará para los lectores! Cierren los ojos y comprueben lo increíble que es dejarse llevar por la imaginación... Algunos pensarán que este libro es un claro reflejo de mis vivencias personales, otros que tan solo es fruto de mi imaginación, pero lo cierto es que todos ellos disfrutarán de un momento realmente mágico al leerlo. ¿Acaso no es ese el principal objetivo de un novelista? Entretener y transportar al lector a un mundo imaginario repleto de fantasías y grandes dosis de amor. Me daría por satisfecha si un puñado de personas se sumergieran en el mismo durante horas, soñando que también encuentran el amor.

—También ha sorprendido la dedicatoria del mismo «A mi madre,

descanse en paz». Si no es indiscreción, ¿por qué a ella, después de tantos años de su muerte?

—Podría habérsela dedicado a cualquiera de los que están ahí sentados.

Señaló con el dedo la primera fila donde estaban sentadas las personas que más quería: Lucas, junto a su hermano Daniel y Alicia; Nicolás y Natalia, con Mateo en brazos; Gonzalo, íntimo amigo de su marido y ahora también de ella; Miguel, la actual y, esperaba, definitiva pareja de Bárbara; Oliver acompañado por Marta; Carlota, la otra socia de la editorial. Incluso Raquel y Carlos, sus fieles empleados, que habían pedido encarecidamente asistir. Y, por supuesto, Bárbara que estaba sentada a su lado. A ella le debía estar ahí, en la cima. Era gratificante ver reunida a la gente más importante de su vida.

—Hay momentos en la vida en la que uno es plenamente consciente de lo que una madre significa para un hijo. Me hubiera gustado decirle a mi madre, muchas más veces de lo que lo hice, cuánto la quería, pero el destino tenía otros planes para ella. Soy quien soy gracias a ella y a mi padre. ¡Qué menos que dedicarle la que creo que es mi mejor obra, obra que por supuesto lleva un pedacito de ella!

Daniel sujetó con fuerza la mano de Alicia. Era hermoso y muy tranquilizador ver cómo Virginia había superado el rencor que durante años tuvo contra su madre. Por fin se había permitido perdonarla y entenderla. Le había costado mucho llegar a la conclusión de que, a pesar de haber sufrido el desamor, permaneció al lado de todos, luchando por conservar una familia y haciendo un enorme sacrificio que, solo ahora que estaba enamorada, era capaz de comprender: renunció a conocer al amor verdadero.

Cuando Lucas y Virginia llegaron a casa era más de la una de la madrugada. Después de la presentación se habían ido a cenar a su asador favorito con Nicolás, Natalia, Daniel, Alicia, Bárbara y Miguel. Lo habían pasado estupendamente, bromeando acerca de la controvertida pero divertida polémica sobre la novela. Solo ellos, además de Gonzalo y Oliver, sabían la verdadera respuesta a todas aquellas preguntas que se habían formulado esa tarde. Lo cierto es que daba igual si su matrimonio comenzó siendo por conveniencia, lo realmente importante era que ahora se trataba de uno por amor; un amor muy grande.

—Estoy muerta —confesó Virginia al entrar en casa, quitándose los zapatos de tacón que le estaban machacando los pies sin piedad—. Ha sido un día repleto de felices acontecimientos, pero agotador.

—Pues todavía te queda una sorpresa más —le dijo Lucas, mientras sacaba un pañuelo blanco del bolsillo de la chaqueta.

Ella frunció el ceño, gesto que él encontraba francamente encantador, pues delataba claramente su confusión. Se acercó a ella y le vendó los ojos sin darle ocasión de protestar demasiado.

—Sígueme —ordenó, cogiéndola dulcemente de la mano para guiarla escaleras arriba.

—¿Es necesario el pañuelo?

—Por supuesto, no me fío de ti. Eres una tramposa.

—¡Tonterías! —exclamó, como una niña pequeña. Incluso con los ojos vendados era perfectamente capaz de reconocer el camino hacia el dormitorio.

—Ya puedes abrirlos.

Lucas retiró el pañuelo y Virginia se quedó sin palabras ante la maravillosa y moderna máquina de escribir digital de última generación que estaba sobre el escritorio. No había ni rastro de la antigua.

—Dios mío, es fabulosa. —Le dio un enorme beso de agradecimiento a Lucas, completamente desbordada por la emoción—. No sé que decir.

—Considéralo mi regalo de bodas. No tuve ocasión entonces...

—Lucas, haberte encontrado ha sido mi mejor regalo —dijo con una ternura que le derritió.

—Hay algo más. —Se detuvo y sacó un sobre del escritorio, ofreciéndoselo. Virginia extrajo dos billetes con destino a Lanzarote—. Creo que después de tanto trabajo y sobresaltos, nos merecemos una luna de miel. Solos tú y yo, desconectados del mundo real y disfrutando de una semana bajo el ardiente sol de las Canarias con una gélida cerveza en la mano.

—Unas vacaciones, ¿eso sería estupendo! —De pronto, torció el labio a modo de protesta al recordar sus futuros compromisos—. Pero, ¿qué pasará con la promoción del libro? Empiezo la semana que viene.

—Eso te hizo creer Bárbara para guardarme el secreto, pero no empiezas hasta dentro de dos semanas.

—Oh, cómo he podido olvidar que siempre echas mano de tus famosos recursos para salirte con la tuya —se burló, cariñosamente—. Lucas, muchas gracias. Te habrá costado horrores encontrar esta máquina. No era necesario...

—Te mereces eso y mucho más, Virginia. Te quiero.

Ella le dedicó una mirada traviesa, enigmática.

—Yo también tengo un regalo para ti.

—Ah, ¿sí? ¡Qué sorpresa!

Le cogió la mano y se la puso sobre el vientre.

—Vamos a tener un hijo. Estoy embarazada. —Lucas se quedó paralizado durante unos breves instantes, procesando la información. ¡No podía creerlo!

—¿Estás segura? Yo creía... —Virginia asintió, divertida por el desconcierto total de Lucas, al igual que el suyo cuando le comunicaron la inesperada noticia.

Era un milagro. Las probabilidades de que ella pudiera engendrar un hijo eran casi nulas pero Dios, el destino o su buena suerte habían hecho posible aquel sueño.

Pasaron unos segundos y Lucas reaccionó al fin, alzándola con los brazos y dando vueltas de alegría.

—No puedo creerlo, voy a ser padre. —La dejó nuevamente en el suelo, envolviéndole la cara con sus grandes manos—. ¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

—No las suficientes, amor mío. —Virginia le besó apasionadamente, con lágrimas en los ojos. Nunca imaginó que pudiera ser tan feliz—. He pensado que si es niño podríamos llamarle Álvaro, como mi padre, y si es niña, Adela.

—No podría estar más de acuerdo —repuso Lucas, todavía incrédulo ante la extraordinaria noticia.

Para él ya era un milagro estar casado con la mujer más maravillosa del mundo pero, además, poder tener un hijo con ella era el colofón de un sueño que nunca imaginó alcanzar. Había aceptado con resignación que no podrían ser padres. No le guardaba rencor a la vida por eso, ya le había ofrecido demasiado. Virginia era todo lo que un hombre podría desear.

—¿Asustada?

—¡Aterrada! Pero también tremendamente ilusionada. —Le dedicó una sonrisa donde todas sus emociones se manifestaban abiertamente—. Te amo, Lucas. Ahora más que nunca, no puedo imaginarme la vida sin ti... Y sin esta maravillosa sorpresa —dijo, tocándose la tripa—. Creo que te he amado toda la vida —agregó, acariciándole la cara.

Un día Lucas anheló oír esas palabras, hoy por fin sonaban como música celestial.

—Permíteme dudarlo —bromeó, muy consciente de todas las artimañas que había tenido que urdir para conquistarla. Ella le golpeó tiernamente en el brazo.

Virginia nunca hubiera imaginado, cuando el destino le arrebató lo que más quería obligándola a cambiar radicalmente de vida, que tanto sacrificio le sería recompensado con creces. Ni en el mejor de los sueños hubiera imaginado que la vida pudiera ser tan hermosa. Ahora, incluso olía y sabía diferente.

Rememoró satisfecha la frase final de su novela «El destino les había unido. Ahora les correspondía a ellos aprovechar aquella enorme oportunidad», frase que podría aplicarse fácilmente a su propia historia de amor.

Ahora que había sentido en sus propias carnes el amor verdadero, confiaba en poder descubrir también que, además de puro, podía ser eterno.